LA PLAZA ES NUESTRA

Eduardo Sartelli

LA PLAZA ES NUESTRA

El Argentinazo a la luz de la lucha de la clase obrera en la Argentina del siglo XX

Ediciones rr

Sartelli, Eduardo
La plaza es nuestra : el argentinazo a la luz de la lucha de la clase obrera en la Argentina del siglo XX - 3a ed. - Buenos Aires : RyR, 2007.
266 p. ; 14x20 cm.

ISBN 978-987-22816-6-3

1. Clases Sociales. 2. Clase Trabajadora-Luchas. I. Título
CDD 305.56

by Ediciones ryr, 2007, Buenos Aires, Argentina
Queda hecho el depósito que marca la ley 11723
Printed in Argentina- Impreso en Argentina

Se terminó de imprimir en Pavón 1625, C.P. 1870.
Avellaneda, Provincia de Buenos Aires, Argentina.
Primera edición: ediciones ryr, Bs. As., junio de 2003
Segunda edición: ediciones ryr, Bs. As., mayo de 2005
Tercera edición: ediciones ryr, Bs. As., mayo de 2007
Responsable editorial: Juan Kornblihtt
Diseño de tapa: Sebastián Cominiello
Diseño de interior: Agustina Desalvo
www.razonyrevolucion.org.ar
editorial@razonyrevolucion.org.ar

Indice

Prólogo a la tercera edición 9

Prólogo a la segunda edición 11

Génesis, desarrollo y descomposición de un sistema social 15

La Semana Trágica:
democracia, anarquismo y alianzas de clase 31

La huelga general del '36 y el 17 de Octubre de 1945:
La estrategia de la clase obrera y los límites del reformismo 63

Estrategia revolucionaria y partido: el Cordobazo 89

En busca del tiempo perdido:
la huelga general de julio de 1975 109

El Argentinazo, antes y después 135

Kirchner, un sobrino con buena suerte 177

A modo de epílogo: ¿Qué hacer? 199

Anexo

Para encontrar el rumbo...
Breve historia de la Asamblea Popular de Plaza Congreso
(contada por ella misma) 205

El futuro de la lucha de clases en Argentina
Charla con el movimiento piquetero 223

Prólogo a la tercera edición

A dos años de la segunda edición, *La Plaza es nuestra* se ha vuelto a agotar y las circunstancias justifican una tercera edición. No se trata simplemente del agregado de un nuevo capítulo que venga a cubrir los sucesos acaecidos en estos dos años. La razón, que esperamos demostrar en esas páginas que se incorporan ahora, es que nos encontramos camino a una nueva y probablemente más aguda crisis. Es bueno decirlo ya, cuando nada parece presagiarlo. Si nuestro pronóstico es erróneo, respiraremos aliviados: la magnitud de la catástrofe que se avecina puede barrer con todo lo conocido. Si resulta acertado, nadie podrá decir que no le avisamos. La función de este análisis es adelantarse a los hechos, preparar los ánimos y alentar a la organización de los llamados a ofrecer respuestas definitivas a problemas irresueltos desde hace al menos cincuenta años. Problemas que, a nuestro juicio, no tienen solución en la presente estructura social.

En efecto, como intentaremos probar en la segunda parte de la trilogía iniciada con *La Cajita Infeliz*, ese libro titulado *Adiós a la Argentina*, nuestro país se encuentra en un agudo proceso de descomposición social, producto del agotamiento histórico de las relaciones capitalistas en el territorio en el que comenzaron a desarrollarse hace unos dos siglos y medio. Suena apocalíptico e increíble: ¿la Argentina va a desaparecer? Cierto, resulta difícil de aceptar siquiera una posibilidad tal, pero nadie esperaba, tampoco, la caída de la URSS, el desmembramiento de Yugoslavia o la licuación masiva de monedas subsumidas por el Euro, pródromo necesario a una verdadera fusión estatal de más de veinte naciones que ya no serán sino recuerdo y folklore. Nada es eterno, el capitalismo no es una excepción y la Argentina menos aún.

Sí, la Argentina puede desaparecer. Y la secuencia de crisis cuya gravedad no hace más que crecer con el tiempo, le pone fechas a

ese itinerario: 1975, 1982, 1989, 2001. En los períodos intermedios, ahogados por alzas internacionales de precios de las materias primas, los temores suelen diluirse y las esperanzas alzarse como la luz del día. Todos los ministros de economía que protagonizaron, en esos momentos felices, ese teatro superficial que suele llamarse "política económica" (Martínez de Hoz, Sourrouille, Cavallo) tuvieron sus quince minutos de fama antes de morder el polvo estrepitosamente. ¿Será distinto esta vez?

Al mismo tiempo, el despliegue en una magnitud creciente de la crisis que mora en el corazón mismo del capitalismo mundial, una de cuyas mayores expresiones es la Argentina, va dando como resultado la contradictoria recomposición de la política obrera y de los instrumentos que le resultan necesarios. Cuando decimos que la Plaza sigue siendo nuestra y que el Argentinazo no está cerrado, decimos que a esa secuencia económica le sigue como correlato un cambio histórico en la política obrera, cambio que se evidencia en la muerte definitiva del peronismo. Cambio que también se evidencia en la muerte paralela del radicalismo y, por ende, que expresa una transformación no menos histórica de los alineamientos estratégicos de la pequeña burguesía. Aunque no lo parezca, un nuevo movimiento histórico está en marcha y tiene como contenido una tendencia creciente a la acción con independencia de clase (con independencia de la burguesía) de los aliados del 2001. El protagonismo en las luchas reales de los últimos dos años de varias de las fracciones de izquierda que encarnaron aquellas jornadas lo demuestra, aunque el proceso no sea visible a simple vista.

La primera versión de este texto fue el fruto de la lucha inmediata cuyo resumen encontrará el lector en el prólogo a la edición ya fenecida. La segunda, producto de una reflexión más serena y que se conserva en ésta casi intacta con el simple agregado del último capítulo, buscaba mantener viva la llama de esa conflagración que conmovió el mapa político argentino. La tercera, por el contrario, alerta que el tiempo en que la tierra tiemble nuevamente bajo nuestros pies se acerca y que, quienes quieran mantenerse en pie y triunfar en esa circunstancia, deben aprovechar estos momentos de aparente calma.

Eduardo Sartelli, abril de 2007

Prólogo a la segunda edición

Como conté en la primera edición de este libro, el 19 de diciembre de 2001 a la noche estaba con mi compañera mirando una película y empezamos a escuchar ruido. Me asomo a la ventana a protestar contra lo que suponía un vecino particularmente molesto y caigo en la cuenta de que el barullo venía de la calle. Busco canal 13 y me entero de que hay un cacerolazo en marcha. Bajamos (nosotros vivimos en Montevideo y Rivadavia) y vemos las fogatas en las esquinas, aunque todavía no estaba parado el tráfico por Avenida de Mayo. Instintivamente comenzamos a caminar hacia Plaza de Mayo, mientras notábamos como crecía el movimiento. Cuando llegamos, la multitud todavía no desbordaba el espacio que existe entre las vallas frente a la Rosada y el monumento a Belgrano. Nos cruzamos, de casualidad, con un profesor amigo que, muy contento, nos dice: "Este es otro Cordobazo". Seguimos caminando por la plaza, haciendo una especie de inspección sociológica propia de nuestra deformación profesional, intentando caracterizar lo que se nos venía encima. Cuando la plaza está medio llena, topamos con otro amigo que nos comenta: "Este es otro 17 de Octubre". Al día siguiente, siendo todavía secretario general de la Comisión Interna de la Asociación Gremial Docente de Filosofía y Letras, participo con el resto del sindicato, la Asociación Gremial Docente de la UBA (AGD-UBA), de la marcha convocada días antes para ese jueves 20 de diciembre. Ya había caído Cavallo, restaba saber cómo se procesaría la crisis. Partiríamos hacia Plaza de Mayo desde Congreso, junto con el SUTEBA de La Matanza, algún que otro gremio más y los compañeros del movimiento piquetero, con la notable ausencia de la CCC y la CTA. Pasamos el resto de la tarde corriendo de un lado a otro, escapando de la represión policial. Charlando con compañeros de la facultad que estábamos en la marcha, la sensación era

lo que mucha gente imaginaba ya: no era ni el 17 de Octubre ni el Cordobazo sino "otra Semana trágica". Meses después, uno de los compañeros de nuestra organización, participando de un debate en una asamblea, recuerda que un asambleísta dice en relación al Argentinazo: "Bueno, como ese 25 hoy llueve, como ese 25...". El 19 y 20 de diciembre de 2001 como Revolución de Mayo. Es evidente, entonces, que ese hecho obligaba a hacer conciente el fenómeno que habíamos protagonizado. De esa necesidad brotó este libro.

La plaza es nuestra nació, entonces, como libro de combate. No pretendía demostrar una verdad desconocida ni aportar datos novedosos. Su única intención era participar de la lucha ideológica de la coyuntura defendiendo la necesidad de la revolución socialista y de la organización de los revolucionarios, el partido. Su recorrido por las experiencias pasadas buscaba poner de relieve las limitaciones históricas del anarquismo y del reformismo, el fracaso del peronismo y del nacionalismo en general, el callejón sin salida del guevarismo y la viabilidad de una nueva experiencia socialista. Obviamente, se trataba de un debate contra los representantes actuales de esas tendencias: John Holloway, Toni Negri, Luis Zamora y el autonomismo (el nombre preferido de los anarquistas de hoy); la CTA (el más claro ejemplo contemporáneo de reformismo decimonónico); algunas expresiones del movimiento piquetero que luego terminarían plegándose al kirchnerismo en nombre del "nacionalismo popular" (como varios MTDs y Patria Libre); las corrientes piqueteras que, originadas en los restos del PRT de Santucho, defienden todavía la estrategia guevarista.

El texto que lo compone surgió de un ciclo de charlas llevadas adelante en conjunto por la Asamblea Popular de Plaza Congreso y la organización a la que pertenezco, **Razón y Revolución**, a fines de 2002. El curso abarcó una serie de cuatro charlas, cerrando con un debate con las principales figuras del movimiento piquetero. A lo largo de dos meses, en las escalinatas del monumento frente al Congreso, se analizaron los momentos culminantes de la lucha de clases en Argentina: la Semana Trágica, la Huelga General del '36, el 17 de Octubre, el Cordobazo y la Huelga General del '75. Sin embargo, tanto en el cierre como a lo largo de todo el curso, el objeto de análisis real fue el Argentinazo, esa necesidad del momento, sentida por los participantes y los organizadores de la

experiencia. La primera edición resultó de la transcripción de las charlas y el debate que cada una de ellas incluía, añadiéndose la mesa de cierre (en la que participaron Antonio Bitto, Oscar Kuperman, Nicolás Lista, Néstor Pitrola y Luis Oviedo) y una historia de la Asamblea escrita por sus militantes. Se adecuó el lenguaje oral a su forma escrita, manteniendo el tono coloquial y agregando un apéndice fáctico y una bibliografía de consulta. Visto desde el hoy, el libro reflejaba el desorden y el apuro que imponían las circunstancias: estábamos a comienzos de 2003 y el futuro era todavía una incógnita a corto plazo. Ni Menem parecía completamente fuera de juego, ni Kirchner mismo creía en su triunfo. No se sabía aún si la transición se completaría eficazmente ni si habría nuevos 19 y 20 a la vuelta de cualquier crisis menor. Aunque ya hacia agosto de 2002 habíamos advertido que el movimiento había entrado en un reflujo, todavía restaba mucho para que la burguesía pudiera sentirse relativamente tranquila sobre la estabilidad política del capitalismo argentino.

El cambio de las circunstancias explica los cambios necesarios en el contenido y la organización de la segunda edición. Por empezar, aunque se mantiene cierto tono coloquial, se ha considerado necesario reorganizar los capítulos, incorporando los apéndices fácticos al cuerpo principal y sintetizando los debates posteriores a cada charla a partir de los ejes que plantearon, tomándolos como centralizadores del nuevo relato. En todos los casos, la bibliografía sugerida se ha dejado intacta. Se agregan dos nuevos capítulos, uno al comienzo, que reúne todas las reflexiones sobre la historia económica argentina que acompañaban antes a cada exposición según la ocasión lo exigiera, y otro al final, que sintetiza una serie de debates en torno al Argentinazo y que se encontraban implícitos en los intercambios con el público. Entendimos que la historia de la Asamblea y el debate de cierre con los representantes del movimiento piquetero debían ser conservados, además de por su valor intrínseco, como testimonio de las condiciones que dieron lugar a esta experiencia. Por estas razones, aparecen ahora bajo la forma de apéndices al final. Se podría decir que, habida cuenta de la sustancia de los cambios, más que de una segunda edición, se trata de otro libro. Consideramos, sin embargo, que los motivos y la naturaleza del texto justifican admitirlo como una nueva versión, adaptada a las necesidades del mismo combate

en otro momento de su desarrollo. No se excluye, entonces, que una tercera instancia sufra una nueva transformación, reflejando el carácter cambiante de la vida misma. Nos resta, simplemente, volver a agradecer a los compañeros de la Asamblea Popular de Plaza Congreso por esta lucha compartida que, estamos convencidos, volverá a reunirnos en la felicidad de las calles recobradas, en la seguridad de que la plaza sigue siendo nuestra. A demostrar, en suma, que el Argentinazo sigue vivo, están dedicadas las páginas que vienen.

Eduardo Sartelli, 5 de abril de 2005

Génesis, desarrollo y descomposición de un sistema social

La historia de la Argentina ha generado mucha polémica en el campo de los estudios económicos y la problemática del desarrollo. El eje del debate es la sorpresa que provoca el que un país con los recursos naturales de la Argentina, sin una serie de problemas que se consideran obstáculos serios al desarrollo (como la existencia de diferencias raciales o religiosas, analfabetismo y atraso cultural, etc., etc.) y con una trayectoria económica pasada verdaderamente espectacular, haya sufrido un proceso de deterioro tan profundo, visible ya en la década del '60. Ese clima de extrañeza y pesimismo es un resultado tardío de la cultura argentina. A comienzos del siglo XX, la convicción generalizada dentro y fuera del país, confiaba en el "destino de grandeza" que le esperaba. En círculos dirigentes, otra vez, dentro y fuera del país, se estimaba que la Argentina recorrería en el siglo XX el mismo camino que los Estados Unidos en el siglo XIX. La trayectoria económica ayudaba a dar por ciertas esas expectativas: es difícil encontrar un ejemplo de crecimiento económico tan acelerado, con tasas tan altas y tan sostenidas en el tiempo. Sin embargo, hacia la década del '50, la economía argentina comienza a perder peso en el mercado mundial de forma cada vez más pronunciada. Ya hacia los años '70 cede la primacía económica en América Latina a manos de Brasil y México, mientras que en la actualidad hasta una economía mucho más chica, como la de Chile, resulta

mucho más atractiva y dinámica. ¿Cómo fue que abandonamos el Primer Mundo al que se supone pertenecíamos hacia 1910? Ése es el problema. ¿Puede recuperarse esa posición o, por el contrario, estamos ante la perspectiva de una descomposición social completa? Antes de responder, es necesario examinar primero esa imagen de éxito que supuestamente preside nuestro presente.

Chico, tardío y agrario

La Argentina es un país capitalista chico. Es un capitalismo que, además, llega tarde al mercado mundial. Se inserta, para peor, en un sector del mercado mundial cuya participación va decreciendo. Veamos uno por uno cada punto. La Argentina es un país de tamaño chico. Eso es obvio. Incluso esa famosa imagen de principios de siglo, cuando se decía que estábamos en el Primer Mundo, era una imagen falsa. La Argentina de 1900 no estaba el en Primer Mundo ni era el cuarto o quinto país del mundo como se gusta decir. La Argentina de 1900 tenía el tamaño de Dinamarca. Tenía un PBI per cápita muy elevado, lo que hace creer que su economía era muy importante, pero este patrón de medida es de muy poca utilidad. Por ejemplo, uno de los lugares con uno de los mayores PBI per cápita del mundo es Islas Malvinas, gracias a los gastos militares y los contratos de pesca. Obviamente, eso no tiene nada que ver con que allí haya un desarrollo social profundo.

La Argentina llega tarde al mercado mundial. Cuando la economía argentina comienza a diversificarse y a expandir nuevas ramas productivas, el mercado mundial de esas ramas está ya ocupado por competidores más eficientes, con mayor escala de producción y niveles de acumulación más elevados. La industria textil, por ejemplo, tiene más de cien años en el mundo cuando la Argentina comienza su desarrollo en esa rama. Lo mismo sucede con metalurgia, maquinarias agrícolas, automotores, máquinas herramientas, química, etc. Ingresar con esas ramas en el mercado mundial implica enfrentarse a competidores como Estados Unidos, Alemania, Inglaterra o Francia, que no sólo tienen una industria instalada hace rato, sino que tienen mayor escala productiva. De modo que el tamaño y el tiempo se suman para redu-

cir las posibilidades competitivas. Cuanto más chico y más tarde es peor, es más difícil encontrar un lugar importante.

Además, Argentina es un país que produce materias primas agropecuarias. A medida que avanza la división del trabajo, el peso de cada rama productiva disminuye en el total del mercado, lo que significa que un país que se mantiene atado a una sola rama tiende a perder peso relativo general, aún cuando sea un productor muy importante. Esa es la razón por la cual la Argentina, que no ha podido superar la acumulación de capital más allá de la producción agraria, ve decrecer su participación en el mercado mundial. Uno de los elementos que ha contribuido a disimular durante mucho tiempo ese fenómeno es la renta diferencial. La producción industrial funciona a partir de la ganancia. El productor industrial opera en condiciones tales que todas las ventajas que pueda obtener debido a mejoras técnicas son potencialmente reproductibles por cualquier competidor. De modo que sus ventajas son siempre temporarias, lo que lo obliga a innovar constantemente y, consecuentemente, a derrumbar permanentemente los precios de sus mercancías. Los productores agrarios (que reciben la ganancia media como todo el mundo) dependen de la disponibilidad de tierras y deben pagar a sus dueños un porcentaje para poder acceder a ellas. Eso se llama renta absoluta: el permiso del terrateniente para usar ese medio de producción. Ahora bien, no todas las tierras son iguales. El que tiene las mejores tierras tendrá ventajas competitivas difícilmente igualables porque la calidad de la tierra no puede reproducirse sin costos superiores. En esas condiciones, una vez ocupadas las tierras mejores, la demanda obligará a ocupar tierras peores, elevando los precios. El dueño de las tierras mejores percibirá un ingreso superior, atribuido a la mayor calidad de su tierra. Por encima de la renta absoluta se creará, entonces, una renta "diferencial", que surgirá de la diferencia de la renta que perciben los productores en las tierras peores y las mejores. ¿Quién paga por este ingreso superior de las tierras mejores? El burgués industrial, que verá cercenada parte de su plusvalía al tener que pagar salarios mayores a sus obreros. Un país que recibe una renta de este tipo (porque sus tierras son las mejores) tiene un ingreso extra. Ese ingreso extra le ha permitido a la Argentina tener un nivel de acumulación de capital superior a capitalismos de tamaño similar, repercutiendo en mejores variables sociales y

políticas también. Lo que hace todavía más misterioso el atraso argentino, en particular, el de su industria, beneficiada por esta demanda extra que genera la renta diferencial. ¿Por qué la Argentina no desarrolló una industria poderosa? Es otra forma de expresar el mismo interrogante que preside este capítulo. Para contestarla, sin embargo, hay que formularla mejor.

Uno de los problemas mal planteados es: "¿por qué la Argentina no tuvo una industria importante?". Está mal planteado porque es falso que la Argentina no tuviera un desarrollo industrial importante. La Argentina en la década del '60 tenía una estructura industrial equivalente o superior a la de Brasil y México. Hasta la década del '60 el aparato industrial argentino era superior al de cualquier país de América Latina y estaba más o menos a la altura de, como se decía en la época, los países de desarrollo capitalista intermedio. La Argentina tuvo industria automotriz, lujo que pocos capitalismos han podido darse. Tuvo desarrollo de fábricas de máquinas herramientas (y de capitales locales). Por lo cual es falso que la Argentina no haya tenido un desarrollo industrial importante. Lo que sí es cierto es que la Argentina no ocupó un lugar central en ninguna rama de la producción industrial en ningún mercado mundial. La industria argentina tenía un tamaño importante pero era mercado-internista. ¿Por qué la industria argentina ha carecido, históricamente, de competitividad a escala mundial? Aunque el "todavía hoy" hay que relativizarlo un poco, la pregunta retiene su validez: ¿por qué la industria argentina no puede, entonces, encontrar nuevos renglones en el mercado mundial? ¿Por qué tiene que estar condenada al mercado interno? Veamos.

Agro, industria, deuda y competitividad

La Argentina se establece en un sector en el cual es muy eficiente, en relación al mercado mundial, la producción agropecuaria. Una de las leyendas sobre la agricultura argentina habla de un atraso profundo, producto del dominio de terratenientes absentistas y parasitarios. Falso. La primera cosechadora automotriz del mundo se inventa en la Argentina. Para 1926, había en la Argentina 20.000 cosechadoras automotrices y en EE.UU. unas pocas decenas. La Argentina tuvo un desarrollo de la producción

de maquinaria agrícola que no existía en otros lugares. La productividad del agro pampeano era fabulosa en comparación a la productividad norteamericana, canadiense, australiana o neozelandesa. El agro pampeano en la década del '30 sobrevive a la crisis mientras que el agro norteamericano (y el canadiense) se funde. Era (y es) tan productivo que la necesidad de mano de obra era mínima, porque la productividad por hombre ocupado era (y es) elevadísima. Por eso tiene una capacidad competitiva muy importante. Este sector altamente eficiente de la economía argentina creó un mercado interno muy importante, con una capacidad de compra muy elevada.

En la década del '30, cuando el mercado mundial se fractura y los países del llamado Primer Mundo se ven obligados a retirarse, a establecer barreras arancelarias, a imponer límites al comercio, en la Argentina ese mercado interno adquiere una protección de hecho. La menor capacidad de venta lleva a la menor capacidad de compra, ya sea por las devaluaciones monetarias o por trabas para-arancelarias. Además, hay una fractura de la moneda internacional, la libra, lo que estimula procesos de devaluación que implican protección automática. Cuando uno devalúa la moneda, automáticamente está protegiendo la producción local. En la década del '30, se establece un sistema proteccionista de hecho en casi todo el mundo, incluida la Argentina. No lo inventa Perón, como quiere la leyenda liberal, lo inventa el gobierno de Agustín P. Justo. Un gobierno de características liberales, con un ministro procedente del socialismo que termina su carrera política unos treinta años después como ultra liberal, Federico Pinedo.

Ese mercado interno muy grande y protegido es el que da pie a que se desarrollen industrias que no pueden competir si se las deja expuestas a la competencia internacional. La escala de la producción y las ventajas que tiene pertenecer a un capitalismo grande, limitan la capacidad competitiva, algo que se agrava en un contexto de mercados protegidos: al retraso técnico hay que sumarle las barreras arancelarias y para-arancelarias. Eso determina que la productividad de la industria argentina se ubique por debajo de la productividad mundial. Pero cuando se protege alguna actividad económica, alguien tiene que pagar la protección. Cuando alguien recibe subsidios, directos o indirectos, alguien los tiene que pagar. Normalmente, ya sea en forma directa o indirecta, esos

subsidios perjudican a una fracción de la burguesía en detrimento de otras, restándole capacidad de acumulación al disminuir la plusvalía de la que puede apropiarse. En el caso argentino, el beneficio lo recibe la economía no agraria y lo paga la burguesía agraria. Es decir, el burgués agrario explota a los obreros agrarios pero no puede retener toda la plusvalía que consigue. Mientras esa plusvalía sea la correspondiente a la renta diferencial, el proceso productivo agrario no tiene por qué detenerse, pero en cuanto supere ese monto, la agricultura entrará en un ciclo recesivo.

La magnitud de ese monto depende también de los tamaños relativos de los sectores agrarios y no agrarios. Mientras los sectores agrarios sean más importantes que los no agrarios, el crecimiento de éstos últimos a expensas de la renta diferencial y aún de la ganancia media agraria no ofrecerá mayores problemas. La dificultad surge cuando el tamaño de la economía no agraria crece más allá de lo que puede ser sostenido por la economía agraria. Durante toda la década del '30 la situación no resulta preocupante, pero ya bajo el primer gobierno de Perón comienzan a manifestarse los síntomas de una enfermedad incurable. Perón formaliza este proceso de transferencias de plusvalía desde sectores agrarios a no agrarios a través del IAPI (Instituto Argentino de Promoción del Intercambio), que compraba el grano a un precio más bajo, lo vendía al mercado mundial a un precio más alto y con la diferencia subsidiaba el desarrollo industrial. El resultado lógico era la protesta de los sectores agrarios y el apoyo de los industriales. Ambos sectores se peleaban por apropiarse de la plusvalía extraída al conjunto de los trabajadores, por lo cual escucharlos hablar sobre cosas tales como la "justicia", el "derecho" o "la patria" con el sólo interés de defender su parte de la torta, no deja de constituir un espectáculo tan gracioso como el que representan dos ladrones peleándose por el reparto del robo. Pero eso no quita que este funcionamiento de la economía no tuviera consecuencias más allá de las meramente sectoriales.

Efectivamente. En la economía argentina, el sector agrario, que es más eficiente, tiende a perder plusvalía, tiende a ser expropiado de plusvalía por los sectores menos eficientes. Es decir, por los sectores industriales, que tienen muy poca potencia económica pero mucha capacidad de presión política. Como el tamaño de la economía industrial tiende a crecer con el tiempo, los indus-

triales ganan un apoyo muy importante con el crecimiento de la clase obrera industrial. El peronismo se arma sobre esa base. La relación entre la burguesía industrial y la clase obrera industrial se fundaba en el desarrollo de la industria mercado internista, sobre la base de girar subsidios del agro a la industria. Cuando los sectores agrarios querían tomar el control del gobierno para poner fin a estas transferencias de ingresos, tenían que apelar a un golpe de Estado, porque resultaba imposible ganar elecciones prometiendo desmantelar la base económica de la vida de la mayoría del país. Cuando los sectores industriales querían conseguir que el gobierno tomara medidas en defensa de la industria nacional, les bastaba con sacar obreros a la calle. La burocracia sindical peronista ha jugado siempre ese papel. La fórmula huelga, movilización y ... subsidio, ha dado muchos réditos a la alianza peronista. Por eso, no toda huelga y no toda movilización es una defensa de los intereses de la clase obrera. Por ejemplo, cuando Moyano exigía la devaluación, lo que estaba pidiendo era que los trabajadores paguen más caro todo para que la burguesía industrial argentina, que estaba fundida, obtuviera una masa de plusvalía que de otra manera no podía obtener. Por eso, cuando Cavallo sostenía que "la devaluación es una medida impopular", tenía razón. Que él lo dijera defendiendo otros intereses es otra cuestión, pero que la devaluación es una gigantesca confiscación de los salarios, es algo que no hace falta repetir. La burocracia sindical peronista siempre ha jugado este papel de defensora de los intereses de la burguesía industrial y, secundariamente, de los intereses de la clase obrera.

Entonces, movilizando a las fracciones industriales de la clase obrera a través del peronismo y de la burocracia sindical peronista, la burguesía industrial tenía una enorme capacidad de presión sobre los gobiernos de turno. La burguesía agraria tenía una capacidad política mucho menor, carecía de base política de masas. Sin embargo, esta debilidad era contrapesada por su dominio de las divisas para el intercambio internacional. Dado que era el único sector exportador, la burguesía agraria era la dueña del intercambio internacional. Así, para todo lo que fuera importación de bienes de capital, la burguesía industrial dependía de la burguesía agraria. Al afectarse la tasa de ganancia agraria, el resultado inmediato es des-inversión, caída de la producción y de las exportaciones. La consecuencia directa era el estrangulamien-

to del sector externo por ausencia de divisas y la crisis industrial. Este fenómeno tiende a agravarse con el tiempo si junto con la población no crece paralelamente la productividad agraria, de modo de compensar la caída de las exportaciones por mayor consumo interno con la expansión de la producción.

En algún punto, entonces, los subsidios industriales tienen que ser eliminados, se produce una enorme crisis industrial y los sectores agrarios recuperan rentabilidad. Este vaivén producido por la transferencia de ingresos sectoriales resta capacidad de acumulación a largo plazo del conjunto de la economía. El resultado de esta disputa es un crecimiento económico muy accidentado. La curva de crecimiento de la economía traza una figura parecida a un serrucho: se crece mucho en algunos años, se acaban las divisas porque los sectores agrarios no exportan; como los sectores agrarios no exportan hay que eliminar los subsidios industriales, la industria se cae y con ella toda la economía entra en una profunda depresión hasta que la expansión agraria vuelve a recomponer las condiciones de acumulación. No deja de existir un crecimiento económico positivo, pero expresa una tendencia al crecimiento muy débil. El promedio es una línea que se eleva lentamente.

Internacionalización y descomposición social

Desde los años '60, la economía argentina ha pasado por crisis cada vez mayores, todas las cuales están precedidas por una caída de la producción agraria en el contexto de una expansión de la productividad del agro, la reducción de una parte importante del capital industrial obsoleto y el crecimiento de la productividad industrial general, incluso permitiendo que algunos sectores adquieran capacidad de competencia internacional. Este proceso es impulsado por una nueva capa de la burguesía que se consolida a fines de los '60, aunque su existencia puede datarse de mucho antes. En todos estos movimientos de crisis y recuperación que hemos descrito, progresivamente comienza a desarrollarse en la Argentina un sector de la burguesía industrial que empieza a tener una capacidad de acción distinta. Tiene un tamaño mucho mayor, una intensa relación con el capital transnacional y

encuentra rápidamente un techo a su capacidad de acumulación en el mercado interno. Este capital transnacional, esencialmente norteamericano, pero también europeo, tiene una dinámica que busca romper esa relación con el agro, única forma de superar los límites que éste le impone a su acumulación. Esos sectores más concentrados llegan al poder con Onganía y son los que impulsan una reestructuración profunda del conjunto de la economía argentina, promoviendo su desarrollo en profundidad sobre la base de nuevos métodos y técnicas que proceden a desplazar mano de obra y liquidar capitales sobrantes. Es decir, son los que impulsan la desocupación, la liquidación de todos los sectores industriales ineficientes y la apertura al comercio mundial para eliminar a toda la burguesía sobrante. Además, son los que concretan una nueva alianza con los sectores burgueses agrarios más poderosos y el capital transnacional. Empieza a formarse, entonces, bajo Onganía, una cúpula que reúne a sectores agrarios muy poderosos con sectores industriales también muy poderosos, tanto nacionales como extranjeros. Estos sectores son los que van a llegar al poder con el Proceso, y son nuestros modernos Pérez Companc, Techint, Macri, Arcor. Pérez Companc logró, aunque sea brevemente, colocarse como productor petrolero con alguna inserción en el mercado mundial, mientras Techint es hoy el mayor productor de caños de acero sin costura y Arcor es la mayor productora de golosinas del mundo. Estos productores industriales parecen haber roto ese maleficio de la industria argentina, parecen haber logrado una producción a escala mundial, lo que les permite militar en contra de la política mercado-internista y formar con el agro y el imperialismo una asociación estrecha. Son estos sectores los que van a conformar una alianza política propia que denominamos "alianza militar", por ser las fuerzas armadas su primer personal político y el que la llevó a la victoria sobre la "alianza populista" que se expresaba en el peronismo.

Se ha dicho que esta alianza expresa al capital "financiero" y que la esencia de su política es la destrucción de la industria. A esa tesis se la conoce como de la "desindustrialización". El capital financiero sólo buscaría la especulación rentística, creando condiciones de acumulación de capital productivo imposibles. Obviamente, esta tesis tiene clara filiación ricardo-keynesiana y es una forma de defender al "capital productivo" como "buen" capital,

frente al "malo", el capital financiero. Se toma como prueba de su existencia, la intensa especulación financiera producida a fines del Proceso Militar. Desde este punto de vista, si la especulación arruinó al país, va de suyo que su salvación no consiste en eliminar el capitalismo mismo, sino desarrollar el "capitalismo bueno". Al subdesarrollo provocado por el capital financiero, habría que oponer más desarrollo capitalista. La devaluación de la moneda, el proteccionismo y los subsidios estatales son los componentes básicos del programa "productivo", el programa de la alianza populista que vendría a rescatar a la nación del naufragio neoliberal. El problema es que la desindustrialización no se verifica empíricamente, tanto porque algunas ramas han aumentado su productividad (expulsando población como consecuencia), mientras otras han desaparecido como consecuencia de la relocalización a escala mundial. Sólo una mirada torpemente nacionalista puede negar el proceso de desarrollo mundial (y local) de las fuerzas productivas. Por eso, más que el resultado de un menor desarrollo capitalista, los problemas de la Argentina actual derivan del propio desarrollo capitalista. El problema es el capitalismo mismo.

Esta tesis de la desindustrialización imagina a la cúpula burguesa conformada por bancos y financieras, que se expresarían a través de los economistas de FIEL o la Mediterránea. Esa definición de capital financiero no es la que surge de Lenin, aunque hay muchos marxistas que la suscriben. Para Lenin, el capital financiero se conformaba a partir del comando unificado de un conjunto de empresas productivas, dirigidas desde un banco o entidad financiera. El desarrollo del capital financiero, en el sentido leninista, presupone el desarrollo de las fuerzas productivas, no su retroceso, implícito en la versión ricardo-keynesiana. Sin embargo, la denominación "financiero", igual que "monopolista", se presta a confusión, razón por la cual es preferible evitarla, aunque la caracterización leninista encaja perfectamente en la cúpula de la burguesía argentina actual.

Efectivamente, la cúpula burguesa que compone esa alianza puede definirse de esa manera y el período de intensa especulación financiera de fines del Proceso Militar, debe verse como un momento en la constitución de la misma. En realidad, todo capital, llegado a cierta magnitud y diversificación, puede requerir un comando financiero, tanto para reciclar y circular la plusvalía en-

tre diferentes empresas propiedad o controladas del grupo, como para dar salida a sus excedentes líquidos o asegurarse la captura de plusvalía procedente de sus actividades pero que van a parar a manos de otros. El camino inverso, de bancos que toman posesión de capitales industriales (se "industrializan"), también es maniobra común y corriente. Además, la financiarización tiene por función crear cercos protectores contra las maniobras de otros capitales, sobre todo en momentos de alta volatilidad y especulación financiera, como la que caracterizó al final del gobierno militar. En la perspectiva que manejamos aquí, es el tamaño del capital lo que cuenta y no las funciones que realiza. Aunque una y otra cosa van de la mano, no es la separación financiero/productivo lo que importa, sino grandes versus medianos y pequeños. Y esta separación es más importante, incluso, que esa otra que prefiere separar capitales nacionales de extranjeros. Aunque esta división también cuenta, al igual que la división por función, son características subordinadas a la que arbitra según tamaño. Así, lo que vemos confrontar son coaliciones de grandes capitales frente a otros de menor porte. Como la financiarización es una posibilidad que otorga el tamaño del capital en juego, y como el capital tiende a acumularse más rápidamente fuera de la Argentina, es lógico que cuando hablamos de "gran capital" nos refiramos a una mezcla en la que tienden a predominar capitales financiarizados de origen extranjero, junto con los pocos locales que logran alcanzar los tamaños adecuados y, en algunos casos, replicar esa financiarización. También resulta lógico que cuando hablamos de capitales menores o débiles nos refiramos sobre todo a una amalgama de capitales escasa o nulamente financiarizados de origen local. Algo similar sucede con los capitales "mercado-internistas" y los exportadores. Los más grandes tenderán a ubicarse, de preferencia, en este último sector en tanto exportar no es algo asequible a cualquiera, aunque hay grandes capitales ubicados necesariamente de cara al mercado interno (servicios públicos, peajes, etc.).

Este proceso de financiarización no elimina las transformaciones productivas que se desarrollan en el seno de la economía. Es más, forma parte de ellas. Una burguesía que ha acumulado gran cantidad de capital líquido en la breve fase de expansión financiera puede, en una coyuntura distinta, transformar ese capital dinero en capital productivo. Algunos sectores de la burguesía ar-

gentina buscan reinsertarse en el mercado mundial sobre la base de esa expansión financiera y capitalizando subsidios restados a las fracciones de capital más débiles, a las fracciones de capital industrial que carecen de capacidad de defensa, que son todos los de histórica orientación peronista. Eso ha dejado dos o tres ramas productivas con capacidad competitiva y el resto o no existen o vegetan. En la actualidad, la rama agropecuaria sigue teniendo la misma capacidad competitiva que siempre ha tenido y se le han sumado dos o tres: algunos sectores de la petroquímica, algunos sectores de acero, y alguna que otra cosa más suelta por allí ligada a la agroindustria.

Si bien pareciera que ha mejorado la situación, en la medida en que ese vaivén del que hablamos antes habría sido eliminado, el conjunto de la economía sigue sometida al hecho de que la productividad del trabajo continúa creciendo a una velocidad inferior a la que reina en el mercado mundial. En consecuencia, la economía argentina continúa describiendo ciclos de unos siete a ocho años de crecimiento importante que dan paso a depresiones profundas, cuyo disparador ya no es la rentabilidad agrícola sino la deuda. Es que el conjunto de la economía ha financiado el atraso permanente de la productividad con un incremento explosivo de la deuda, en la medida en que los ingresos agropecuarios ya no son suficientes para sostener el proceso de acumulación local, aún en momentos de precios elevados. Agotada la gallina de los huevos de oro, toda ampliación general de la economía requiere de inyecciones extra de ingresos, a fin de superar la barrera agraria. Esta es la causa de la política que sistemáticamente desarrollan las fracciones burguesas que han tomado el comando del estado con el golpe del '76, que se centra en la fijación del tipo de cambio.

Un tipo de cambio alto perjudica a los importadores pero beneficia a los exportadores. Perjudica a los que repatrían ganancias o tienen deuda en divisas. Todo proceso de expansión comienza con un acuerdo entre las diferentes fracciones burguesas acerca del tipo de cambio, que normalmente debe ser alto para garantizar la expansión del capital local. Fijada la paridad, el proceso normal es la tendencia a sobrevaluar el tipo de cambio: en la medida en que la entrada de divisas producto de la expansión presiona a la baja al dólar, el estado se ve en la obligación de adquirir dólares y recomponer reservas para mantener la paridad. Además, los

necesita para responder al pago de los intereses de la deuda. Tarde o temprano, la agudización del atraso de la productividad del trabajo impulsa las presiones devaluatorias, mientras el mercado interno se ve inundado de importaciones y compra de empresas por parte del capital extranjero. Para defender la moneda, como quieren los capitales endeudados en divisas, es necesario apelar a la deuda. Se produce así una espiral en el que la deuda sostiene el tipo de cambio y el tipo de cambio estimula la deuda. En algún punto, coincidente con una crisis financiera internacional, la situación explotará y se abrirá la pelea en el seno de la burguesía: los capitales mercado-internistas, buscando la devaluación; los internacionalizados, buscando la defensa de la paridad. El resultado suele ser el descalabro general, devaluación, crisis financiera y quebrantos masivos. La principal beneficiada por la coyuntura será la burguesía mercado-internista, apoyada por la masa de la población, que deberá pactar con los grandes capitales internacionalizados la forma en que se les resarcirá de los daños causados. Los bancos serán respaldados por un congelamiento de depósitos y una expropiación masiva de ahorristas y los grandes capitales endeudados en divisas verán licuar su deuda, transformada por una vía u otra en deuda estatal. Suele acompañar a la crisis un proceso hiperinflacionario que reduce los salarios brutalmente. Se procede luego a normalizar la situación externa con una refinanciación que reiniciará un nuevo ciclo de endeudamiento, siempre a cambio de nuevas concesiones al capital imperial, se llame privatizaciones, exenciones o apertura de mercados. Así terminaron el Plan Martínez de Hoz, el Plan Austral y el Plan Cavallo.

Aunque la burguesía devaluacionista obtiene ventajas temporarias de la crisis, los procesos de expansión tienden a expropiarla, razón por la cual pierde peso económico y social a largo plazo. Los que ganan son los capitales más concentrados de esas dos o tres ramas de las que hablábamos más arriba. El problema es que con esas fuerzas productivas no puede sostenerse la población a la que históricamente dio lugar. Esa es la base de la desocupación de masas actual, que no es coyuntural. Al contrario, el crecimiento económico en las condiciones en que se produce en la Argentina, que no es más que una variante más aguda de lo que se produce a escala mundial, no hace más que multiplicar desocupados y profundizar la polarización social extendiendo la miseria y la

descomposición nacional. La única posibilidad que le queda a un capitalismo como el argentino, fuera de deuda y devaluación, es una abundancia excepcional de mano de obra barata, recurso que tampoco está disponible, al menos en condiciones competitivas con otros reservorios mundiales de fuerza de trabajo. Esa es la razón por la que el imperialismo y la burguesía más concentrada impulsan la desnacionalización progresiva del espacio local de acumulación, bajo la forma de MERCOSUR o de ALCA. Cuesta ver, en ese panorama, cuál puede ser la viabilidad de la Argentina como espacio de acumulación nacional. Parece razonable pensar que ninguno, al menos en las presentes relaciones sociales.

Bibliografía

La bibliografía sobre la historia económica argentina es interminable. Aunque es particularmente abundante también desde un ángulo marxista, es difícil señalar un texto que resuma posiciones como las que aquí sostenemos en general (aunque sí en aspectos parciales). Sobre éstos últimos, pueden consultarse:

Schvarzer, Jorge: *La industria que supimos conseguir*, Planeta, Bs. As., 1996.

Peralta Ramos, Mónica: *Acumulación de capital y crisis política en Argentina (1930-1974)*, Siglo XXI, Bs. As., 1985

Peña, Milcíades: "Rasgos biográficos de la famosa burguesía industrial argentina", en *Industrialización y clases sociales*, Hyspamérica, Bs. As., 1986

Pucciarelli, Alfredo: *El capitalismo agrario pampeano, 1880-1930*, Hyspamérica, Bs. As., 1986

Sartelli, Eduardo: "El enigma de proteo. A propósito de Jorge F. Sabato, Larry Sawers y el estancamiento de la economía argentina", en *Ciclos*, n° 10, junio 1996, IHES, Facultad de Ciencias Económicas, UBA

Iñigo Carrera, Juan: *La acumulación de capital en la Argentina*, Mimeo, Bs. As., 1999.

Dabat, Alejandro y Lorenzano, Luis: *Conflicto malvinense y crisis nacional*, Teoría y Política, México, 1982.

Sartelli, Eduardo: "Mercosur y clase obrera: Las raíces de un matrimonio infeliz", en *Realidad económica*, n° 146, Buenos Aires, marzo-abril de 1997.

Basualdo, Eduardo: *Concentración y centralización del capital en la Argentina durante la década del noventa*, FLACSO-Quilmes, Bs. As., 2000.

Basualdo, Eduardo y Azpiazu, Daniel: *Cara y contracara de los grupos económicos*, Cántaro, Bs. As., 1990.

Iñigo Carrera, Juan: "¿Qué crisis?", en *Razón y Revolución* n° 9, otoño de 2002.

La Semana Trágica: democracia, anarquismo y alianzas de clase

Cuando me senté a pensar el curso para la Asamblea, lo más sencillo resultó seleccionar los temas sobre los que hablaría. Existe ya una especie de lista de "imprescindibles", de hechos sobre los que corresponde hablar sí o sí cuando uno va a tratar sobre algo como "la lucha de clases en la historia argentina". Por lo menos cuando se refiere a la lucha del proletariado, la Semana Trágica aparece inmediatamente al comienzo de la enumeración necesaria. En efecto, no existe nadie que niegue que la semana de enero de 1919 es el primer gran evento de la lucha de clases de la clase obrera argentina. Ciertamente, existe en el pasado inmediato de la clase una serie importante de hechos similares (las huelgas generales que se sucedieron durante la primera década del siglo XX, en particular la Semana Roja de 1909), pero todos ellos resultaron opacados por la magnitud y el contexto internacional en el que se produjo el enfrentamiento con Irigoyen. Lo que sí resultaba más difícil, era elegir el ángulo desde el cual examinar el hecho, el punto desde el cual era posible iluminar el Argentinazo. En la presentación original, privilegié el examen del contenido real de la democracia burguesa. En la discusión posterior surgieron como temas dominantes la preocupación por el anarquismo (obviamente renacido de la mano del autonomismo zamorista) y el problema de las alianzas de clase en el proceso revolucionario, claramente ligado a la composición asambleísta (es decir, pequeño burguesa)

del auditorio. Estas tres vías de entrada forman, entonces, el cruce desde el cual trabajaremos este capítulo.

La Semana Trágica: los hechos

La Semana Trágica se enmarca en el proceso de lucha de clases que comienza con la huelga triunfante de la FOM en 1916-17 y termina con la fracasada huelga general del '21. La FOM (Federación Obrera Marítima) se componía de obreros navales que operaban en los barcos de cabotaje. Su principal antagonista era la empresa Mihanovich y otras que operaban en los puertos. Víctima, como todo el proletariado en ese momento, de la desocupación y la caída de los salarios durante la Primera Guerra Mundial, la FOM comienza una larga huelga en el puerto de Buenos Aires, con la finalidad de establecer al sindicato como representante indiscutido de los obreros y conseguir aumento de sueldos y otros reclamos. En esa huelga, la FOM tiene el apoyo implícito de Irigoyen, que se niega a intervenir en el conflicto, proclamando la "neutralidad" del estado. La victoria de la FOM lleva a la construcción del sindicato más poderoso del período, sobre el cual se apoya la FORA IX, la primera central sindical de alcance verdaderamente nacional. El renacimiento de la actividad reivindicativa se profundiza en 1918, creciendo no sólo la FORA IX sino también la FORA V.

La FORA (Federación Obrera Regional Argentina) fue fundada a principios de siglo y rápidamente dominada por los anarquistas, que le impusieron en sus estatutos la obligación de profesar el ideario anarquista, actitud que llevó a los opositores a organizarse en federaciones aparte, como la UGT o la CORA. Una de las corrientes que no acepta la obligación de reconocer la prédica anarquista para formar parte de la FORA, es la que forman los sindicalistas revolucionarios, una escisión hacia la izquierda del socialismo. El sindicalismo revolucionario argentino se inspira en el sindicalismo revolucionario francés, que privilegia la acción directa y rechaza toda participación política, siguiendo las ideas de Sorel. Para 1910-14, esta corriente ha abandonado toda pretensión de transformación revolucionaria y se une a disidentes anarquistas que ven la represión del Centenario como un síntoma del

agotamiento de la etapa insurreccional. Estas tendencias se unen y combinan con los anarquistas en un proceso de confluencia que en 1914 disuelve la CORA (Confederación Obrera Regional Argentina, dominada por los sindicalistas revolucionarios) en la FORA. Los nuevos miembros de la FORA son mayoría y en el IX congreso de la organización, en 1915, eliminan la cláusula que impone la ideología anarquista. Protestando por la resolución, los anarquistas se retiran y reconstituyen su organización, que pasa a ser conocida como FORA V, en alusión al quinto congreso, a comienzos de siglo, donde se había introducido la cláusula objeto de disputa. Hacia 1919, entonces, el movimiento obrero argentino se encuentra dividido en estas dos grandes asociaciones que, grosso modo, pueden caracterizarse como reformista (la IX) y revolucionaria (la V), aunque resulta difícil ubicar claramente la acción anarquista en este último sentido.

La Semana Trágica forma parte, entonces, del momento de ascenso de la lucha de clases en el período considerado. Comienza el día 7 de enero de 1919 y se extiende hasta el día 13 del mismo mes. El epicentro se encuentra en los depósitos de los Talleres Vasena en Barracas, la principal metalúrgica del período y una de las empresas más grandes del país, con más de 2.000 trabajadores. Los obreros se encontraban en huelga por recomposición salarial, reducción de la jornada de 11 a 8 horas, descanso dominical y reincorporación de los delegados despedidos a causa de la huelga. El episodio detonante, la muerte, a manos de la policía, de cuatro obreros que intentaban detener el ingreso de rompehuelgas a la planta, desata la huelga general metalúrgica, con apoyo de la FOM. Al día siguiente, las dos FORAs decretan la huelga general en todo el país, que comienza el día 9 con un acatamiento casi absoluto. La planta de Vasena, en Cochabamba y Rioja, fue rodeada mientras la FORA IX negociaba con los directivos defendidos por decenas de policías privados. Mientras tanto, comienzan a producirse hechos de distinta gravedad, sobre todo al paso del cortejo fúnebre que acompañaba a los compañeros muertos al cementerio. Una guardia de cien obreros armados va como escolta. En el camino se asalta una Iglesia y mueren varios obreros más. También se produjeron asaltos a armerías por parte de los manifestantes. No hubo, fuera de las armerías, robos ni saqueos a comercios. A las 17 horas el cortejo llega a la Chacarita y es allí

donde se renueva la masacre: la policía y los bomberos disparan a mansalva a la multitud desde los murallones del cementerio sin que la escolta obrera pueda hacer gran cosa. Las estimaciones varían entre 12 y 50 obreros muertos.

La masacre del cementerio enardeció a los huelguistas y comenzaron a registrarse tiroteos en toda la capital, en especial tuvo lugar un combate importante en torno a los talleres de Vasena, donde los obreros se enfrentan exitosamente a la policía, hasta que el gobierno envía al Regimiento 3 de Infantería, que controla la situación. Al caer la noche, hay tiroteos generalizados, sobre todo en la Boca. Las cifras de muertos del día 9 alcanzan, según las fuentes, entre 40 y más de 100. El día 10 se pliegan a la huelga general los ferroviarios de la FOF (Federación Obrera Ferrocarrilera), ante la resistencia de la empresa y las negociaciones empezadas por la FORA IX con el gobierno. Buenos Aires está paralizada y aislada del resto del país por el paro de ferroviarios y marítimos. La propaganda anarquista reina en las calles, buscando darle a la huelga un contenido más amplio. Ese mismo día, también, la policía y la Liga Patriótica asaltan la imprenta de *La Protesta* y la destruyen. En el resto del país, una enorme cantidad de huelgas da cuenta de la extensión del movimiento, que empalma, también, con la huelga general desatada en Montevideo. Combates entre obreros, aparentemente anarquistas, y policías ayudados por la Liga Patriótica, se producen durante todo el día, con varios obreros muertos más. Hasta los chicos participaron de la lucha, rompiendo a piedrazos las lámparas de luz, para poder operar con seguridad durante la noche. Por su parte, 500 obreros atacaron una comisaría con el fin de liberar a compañeros presos.

Mientras tanto, el gobierno había rodeado a la ciudad con tropas del ejército y obligaba a Vasena a aceptar las reivindicaciones de los obreros, a fin de parar el desarrollo de la huelga. La FORA IX acepta la situación y decide levantarla. Los obreros de la propia central rechazan en la práctica esta resolución y las acciones continúan, sobre todo, bajo influencia anarquista. El saldo del día 10 agrega 50 obreros muertos más. El día 11 vio continuar la huelga en todo el país, pero sobre todo un reforzamiento de la acción de la policía y la Liga Patriótica, en especial en el barrio de Once, donde se produjeron ataques a sinagogas, golpizas a judíos e incluso disparos contra miembros de la comunidad que dejaron una

importante cantidad de muertos. Los anarquistas van quedando aislados por la presión de los "novenarios" y del Partido Socialista para levantar la huelga que se mantiene, sin embargo, hasta el día 13, en razón de que los gremios intervinientes no querían abandonar la lucha hasta conseguir los objetivos particulares que los habían sumado a ella. Hay nuevos intentos de asalto a comisarías, pero el movimiento declina rápidamente. La persecución de sindicalistas y, sobre todo, anarquistas, dominó la actividad del gobierno de allí en adelante. El balance general, al día 14, va desde los 700 muertos y 2.000 heridos que contabiliza *La Vanguardia*, hasta los 100 y 400, respectivamente, que asegura *La Nación*. La cantidad de detenidos durante y después de los hechos es difícil de establecer, pero fuentes anarquistas la elevan a 20.000 y hasta 50.000 según otros autores.

Luego de la Semana Trágica, que muchos prefieren recordar como Semana de enero para remarcar el carácter de lucha del episodio en lugar de destacar los efectos de la represión, el movimiento sindical sigue en ascenso hasta mediados de 1920, un ascenso que coloca a la FORA IX a la cabeza de la clase obrera en todo el país. La FORA V también crece, pero en menor magnitud. A fines del '19 y durante todo el '20, sin embargo, los obreros encontrarán cada vez una mayor resistencia de los patrones, sobre todo a partir del accionar de su principal máquina de guerra privada, la Liga Patriótica. Se suceden huelgas en todo el interior, muchas de las cuales terminan en masacres obreras, destacándose las huelgas de la Forestal, de la Patagonia, Tres Arroyos y Jacinto Aráuz. Existe, entre los obreros, la conciencia de que la confianza en Irigoyen, que expresa la FORA IX detrás de una pantalla de "apoliticismo", va a resultar fatal al movimiento. Comienza a surgir la demanda de huelga general para obligar a desarmar a la Liga Patriótica, derogar las leyes represivas y liberar a los obreros presos. Finalmente, la huelga se realiza en junio de 1921 y resulta un fracaso, terminando todos los dirigentes presos, incluso los de la FORA IX. Se cierra allí el ciclo de lucha de clases del cual la Semana Trágica constituye un punto focal.

La democracia: el guante de seda del puño de hierro

Hay dos elementos que unen al 19 y 20 de diciembre con la Semana Trágica, y estas dos características los diferencian de otros grandes hechos como el Cordobazo o el 17 de Octubre. Tanto el 19 y 20 de diciembre como la Semana Trágica se producen bajo gobiernos democráticos: se trata de grandes movilizaciones, de grandes hechos de masas producidos bajo gobiernos democráticos y que dan por resultado, en los dos casos, procesos represivos con muertos en diferentes cantidades, pero siempre del lado de las fuerzas populares que se movilizaron. El otro elemento que los une es que en los dos casos se trata de un gobierno radical. Ese partido histórico que todos conocemos como radicalismo, está unido específicamente, incluso genéticamente, a ese hecho histórico que fue la Ley Sáenz Peña y al nacimiento de la democracia en la Argentina. Está también indisolublemente ligado a la mayor crisis histórica de la democracia burguesa en nuestro país, ese hecho que conocemos como Argentinazo y todo el proceso posterior. Esos dos elementos, entonces, ligan estas realidades a 80 años de distancia. Al mismo tiempo, hay diferencias significativas, la más importante de las cuales es el contenido social de la fuerza que protagoniza los hechos: en la Semana Trágica la clase obrera marchó sola al combate; en el Argentinazo, los protagonistas fueron dos, la clase obrera y la pequeña burguesía. Estas similitudes y diferencias (hay otras más, de las que hablaremos más adelante) explican la peculiaridad del Argentinazo, tanto como las funciones de la democracia burguesa.

La Semana Trágica se produce en el contexto del primer gobierno elegido "democráticamente" en la Argentina, porque Irigoyen es el primer presidente que llega con la Ley Sáenz Peña. Aquí, cuando decimos "democráticamente", queremos decir sin el fraude que caracterizaba al período anterior, que tan bien describen varios autores, en particular, Natalio Botana[1]. Esta naturaleza "democrática" de Irigoyen ha encubierto una realidad menos agradable y que señala al "Peludo" como responsable por centenares de muertes obreras durante su gobierno. Es notable

[1]Véase Botana, Natalio: *El orden conservador*, Hyspamérica, Bs. As., 1985.

la similitud con De la Rúa, el último presidente elegido por la Ley Sáenz Peña antes del Argentinazo, no sólo porque se suponía que su gobierno sería más "democrático" que el de Menem, sino porque el último día de su mandato está marcado por la muerte de más de 30 personas. No era una novedad, porque el de De la Rúa fue un gobierno que debutó con la muerte de dos personas en Corrientes, ni bien asume, así que no debería extrañar que se fuera en medio de una sangría de las más importantes que haya vivido una jornada de lucha en la Argentina. Esta relación entre democracia y represión ayuda a pensar en qué consiste la democracia en la que vivimos, además de comprender por qué se desplomó a fines del 2001.

El hecho más sangriento del gobierno de Irigoyen es, sin dudas, la Semana Trágica. Las cifras sobre muertos varían según la persona que testimonia. El simpático, por lo ¿ingenuo?, libro del comisario Romariz, desmiente las grandes cifras y descarta que murieran apenas tres o cuatro personas, alguna incluso de casualidad. Lo contrario defienden diarios como *La Nación* o *La Prensa* que hablan de hasta 100 muertos o *La Vanguardia*, que contabiliza 700. Fuera del jefe policial citado, existe cierto consenso en que las cifras son centenarias. Sin embargo, con su espectacularidad, ellas no agotan la sangre derramada por el presidente radical. Todo lo contrario: si en esa coyuntura la Semana Trágica resalta como un hecho particularmente violento, no es el único. Después del Proceso Militar de 1976, y según cómo saquemos la cuenta, el gobierno de Irigoyen es el más represivo con la clase obrera argentina. A los muertos durante esa semana, hay que sumarles los caídos durante las huelgas de peones de campo en la región pampeana entre 1918 y 1922 (Tres Arroyos, Villaguay, Gualeguaychú, Arrecifes, Leones, Oncativo, Tandil), los de la Patagonia, descriptos por Osvaldo Bayer, y los de La Forestal, en Santa Fe, amén de un conjunto todavía no contabilizado en huelgas en el interior del país. Se trata siempre de muertos obreros. Siempre, como dice Bayer, en "enfrentamientos" con la policía donde, curiosamente, las fuerzas estatales nunca tienen bajas. Cuando uno suma todas esas cifras y las compara con el tamaño de la población en ese período, se da cuenta de que, realidad contra realidad, el gobierno de Irigoyen fue tal vez más represivo con la clase obrera que el régimen de Videla. Esto puede parecer exagerado pero, aún

cuando la cuenta definitiva todavía está esperando quien se anime a calcularla, es probable que la realidad sea todavía peor.

La Semana Trágica tuvo una espectacularidad tal que hizo olvidar todo este ciclo represivo. Hizo olvidar que la lucha arranca en 1916, con las huelgas de la FOM (Federación Obrera Marítima) y termina con la huelga general de 1921, donde la cúpula de la FORA IX (Federación Obrera Regional Argentina) es detenida y encarcelada en el edificio central de policía. Este proceso (y sus consecuencias) lleva a preguntarse qué es la democracia o, por lo menos, cómo puede ser que el primer gobierno democráticamente elegido tenga un récord similar al de la peor dictadura de la historia argentina. Hay varias maneras de explicarlo.

La primera, la preferida por la historiografía radical, consiste en desligar al gobierno de toda responsabilidad: se trata de conflictos de orden privado, en los que las fuerzas policiales intervienen sólo si hay "desbordes". Esa es la "filosofía" del gobierno irigoyenista, una filosofía que entroncaba bien con la estrategia reformista de la FORA IX, que creía que bastaba con que el estado no interviniera a favor de los patrones para asegurar el éxito de la "solidaridad obrera". De hecho, el resonante triunfo de la huelga del puerto en 1916, que consagró a la FOM. como eje del sindicalismo nacional y corazón de la FORA. IX, tuvo ese desarrollo y ese comportamiento por parte del gobierno, algo que fue tomado por la burguesía como un inaceptable precedente obrerista y, por los trabajadores, como la evidencia de que Irigoyen era de los suyos. Efectivamente, hasta la Semana Trágica, pareció que el presidente había encontrado a sus sindicalistas y que los sindicalistas habían encontrado a su presidente. El problema se suscita después, cuando la crisis desborda ese acuerdo, por izquierda y por derecha. Por izquierda, por el crecimiento del anarquismo; por derecha, por el desarrollo de las asociaciones patronales y las bandas paramilitares. Precisamente, en ese punto, el gobierno, como la historiografía que lo defiende, hacen gala de la mayor hipocresía: nos vimos desbordados por una derecha xenófoba y una izquierda irracional. La teoría de los dos demonios, como el lector podrá concluir, tiene una larga historia en el imaginario de la UCR. Se trata siempre de "excesos" de los "extremistas" y de la acción de "provocadores" con intenciones "aviesas". Pero así como Alfonsín tuvo su Punto final y su Obediencia debida, Irigoyen dejó impu-

nes todos los crímenes cometidos. Así como el radicalismo cultivó extensísimas relaciones durante el Proceso, los hombres del primer presidente democráticamente electo ocuparon cargos relevantes en asociaciones como la Liga Patriótica. La Liga Patriótica era una mezcla de asociación civil sin fines de lucro, organización de propaganda nacionalista y Triple A. Su función autoproclamada era la de rompehuelgas. Estaba dirigida por un conocido radical, Manuel Carlés, en su staff había muchos radicales, que se codeaban con militares y marinos muchos de ellos también radicales. Otra organización de ese tipo, donde también participaban connotados dirigentes radicales, era la ANT (Asociación Nacional del Trabajo), formada a instancias del conflicto del puerto por los capitalistas directamente afectados. Frente al accionar de la Liga y la ANT, el gobierno podía mantener la imagen neutral que le había granjeado elogios en el mundo del trabajo. Más difícil era hacerlo cuando intervenían la policía y el ejército. Irigoyen es el primer presidente argentino que utiliza al ejército para reprimir a la población civil. Esa tradición no la inauguran los conservadores del siglo XIX ni el régimen oligárquico ni la dictadura de Uriburu. La inaugura Irigoyen. Son conocidos los resultados de la intervención militar en la Patagonia, pero no es el único caso. Es más, en 1928, Irigoyen se da el lujo de mandar por segunda vez al ejército a reprimir a los obreros rurales de Córdoba y Santa Fe que estaban en huelga. A un llamado de la Federación Agraria Argentina y de la Sociedad Rural, Irigoyen manda el ejército. Otra vez "agitadores", otra vez "extremistas" y, no podía ser de otro modo, otra vez muertos obreros. La responsabilidad política de Irigoyen es clara: lo que no ordenó hacer, lo dejó hacer. Podría haber disuelto la Liga Patriótica, podría haber iniciado procesos judiciales a sus dirigentes, podría haber purgado las fuerzas armadas y policiales de los "elementos exaltados", pero no lo hizo. Eso se llama complicidad.

Hay una explicación mejor que la teoría de los dos demonios. Es la que recupera la historia de la lucha de clases y explica desde allí la función que la democracia burguesa tiene en la dominación social. La clase obrera argentina nace a comienzos del siglo XX. Una de las fechas que sintetiza y simboliza su nacimiento es la huelga general de 1902. El primer movimiento de masas en la Argentina fue el anarquismo y es de la mano del anarquismo que

la clase obrera se constituye como tal. ¿Por qué nace a comienzos del siglo XX? Por una razón sencilla: hacia fines del siglo XIX, el capitalismo argentino se estaba desarrollando a gran escala. Un conjunto enorme de actividades, urbanas y rurales, daban pie a la expansión de pequeños capitales que, en ausencia de grandes empresas, podían hacer valer su pequeña escala. En consecuencia, el inmigrante venía con la idea de transformarse en pequeño patrón, con la ilusión de ser pequeño burgués. La historia de muchas empresas y empresarios en la Argentina está ligada a esta experiencia. Esa posibilidad de llegar y transformarse en pequeño patrón dificulta el desarrollo de la conciencia de clase: nadie viene a ser obrero, nadie viene a defender intereses de obrero. Durante la segunda mitad del siglo XIX, la clase obrera tiene la cabeza en otra cosa, tiene la cabeza en, como decía el dicho popular, "hacer la América".

El punto es que ya hacia 1900-1905, el desarrollo de la acumulación de capital en la Argentina puede mostrar la aparición de grandes empresas que, por lo tanto, compiten con mucha ventaja con las pequeñas y medianas, con los pequeños patrones, con los artesanos, y tienden a proletarizarlos, o sea a impedirles transformarse en pequeños burgueses, forzándolos a mantener su condición de obreros. En la medida en que cada vez se hace más difícil transformarse en otra cosa que no sea obrero, empieza la necesidad de entender qué es ser obrero y de defender intereses de obrero. Es decir, comienza a surgir la conciencia de la clase obrera. La burguesía muy rápidamente toma en cuenta esta transformación: hasta 1900 los inmigrantes eran considerados la bendición de este país, se esperaba que todos los inmigrantes vinieran sólo a trabajar y la misma Constitución está preparada para eso. El Preámbulo declara que se espera a "todos los hombres de buena voluntad que quieran poblar el suelo argentino...". Mientras la inmigración venía, trabajaba, se callaba y formaba parte de la acumulación de capital, no había ningún problema, los inmigrantes eran maravillosos y se vivía en el mejor de los mundos. En cuanto esa situación comienza a transformarse y el inmigrante empieza a ser identificado como clase obrera, la imagen de la inmigración cambia. El propio Sarmiento, que había llamado al inmigrante de una manera casi elegíaca, como la última solución para la Argentina, empieza a verlo de una manera completamente negativa: "Nos

llega la escoria de Europa". Sarmiento y Alberdi que eran racistas, sobre todo Alberdi, querían inmigración europea pero no italiana y española. Esperaban suizos, ingleses, galeses, es decir, los representantes de la Europa "civilizada".

Precisamente este cambio en la forma de ver la inmigración tiene que ver con que la inmigración se transforma: desde la promesa de ascenso social a la realidad de clase obrera. Y empieza a actuar como clase obrera. Entonces, ¿qué hace la burguesía argentina frente a esta clase obrera? Desarrolla una serie de estrategias que tienen que ver con recrear la hegemonía, es decir, la dominación consensuada por la violencia. La hegemonía es la forma en la que una clase gobierna una sociedad sin oposición. Implica que la violencia se ha institucionalizado al punto de naturalizarse. Parte de la coerción, del uso de la violencia. Pero algo más: requiere el consenso de los explotados. Ninguna sociedad puede sostenerse sobre la base de grandes dosis de violencia permanente. Es necesaria una cierta economía de la violencia. Para producir ese "ahorro" de energías es preciso lograr que la clase dominada esté de acuerdo con la dominación. Como dice Kafka, que el esclavo le saque el látigo al amo y se golpee solo. En ese momento el amo domina con plenitud. Hegemonía es, entonces, dominación por coerción, pero sobre todo, por consenso.

El mejor ejemplo de una clase hegemónica es la burguesía norteamericana, que lleva al pueblo norteamericano a las peores masacres, de una guerra a otra, lo obliga a pagar esa guerra, lo somete a represiones permanentes, a una especie de virtual anomia social que transforma la vida de la clase obrera norteamericana prácticamente en nada. Y, sin embargo, no ha habido en los Estados Unidos ninguna rebelión a la altura de la magnitud de lo que esto significa. Es decir que, con sus contradicciones, porque no es todo tan sencillo, la clase obrera norteamericana está de acuerdo en que la burguesía norteamericana gobierne y haga lo que hace. Es decir, ha dado su consenso. Como diría Kafka, de nuevo, le saca el látigo al amo y se golpea sola.

Sin embargo, aún el más mínimo consenso implica que el que consensúa obtenga algo, que de alguna manera alguno de sus intereses sea reconocido y contemplado. De modo que toda hegemonía se apoya en alguna combinación de intereses de clase que reúne los intereses centrales de la clase dominante y los

intereses secundarios de los dominados, una ecuación que tiene que funcionar en términos económicos, tiene que ser capaz de sostener materialmente ese conjunto de intereses. Esa combinación se expresa en una ideología que describe el "pacto" al que se ha llegado. En el caso argentino, ese "pacto" se expresaba a través de la ideología desarrollista, es decir, en la creencia en que la expansión permanente de la economía creaba condiciones idílicas de ascenso social. En otro lugar hemos llamado a ese constructo ideológico "pacto desarrollista"[2]. El mito de "hacer la América" no es más que un elemento de esa trama ideológica. Sin embargo, a comienzos del siglo XX, las condiciones que han hecho posible esa hegemonía están en crisis. Una crisis que abarca no sólo a la clase obrera sino sobre todo a las fracciones más débiles de la burguesía y la pequeña burguesía, un problema que se arrastra desde 1890. Uno de los emergentes de esa crisis es la aparición de la conciencia de la clase obrera. El otro es la Ley Sáenz Peña. Ambos están íntimamente relacionados.

La primera reacción de la burguesía frente al inicio de esa crisis es la cooptación de los sectores disidentes de las fracciones burguesas descontentas. El éxito parcial de esa estrategia le permitió, por un lado, darle veinte años de vida al régimen; por otro, creó un grupo disidente permanente, la UCR. Los intentos de reforma del sistema electoral, la forma en la que se resuelven las crisis menores en el seno de la burguesía, no tuvieron mayor éxito. Sin embargo, la aparición de la clase obrera constituye un desafío mayor y un acicate para reformas más audaces. Ya la reforma de Joaquín V. González, que llevó a Palacios a la cámara de diputados por la Boca, estaba señalando la conciencia de la necesidad de cambios mayores. La primera reacción de la burguesía ante el problema es, sin embargo, otra extremadamente represiva, avalada por dos leyes que permiten y legalizan esta represión: la Ley de Residencia (1904) y la Ley de Defensa Social (1910). Con la Ley de Residencia se echaba a todos los inmigrantes que formaran parte de acciones sindicales y de lucha. Como los inmigrantes eran obreros, qué mejor forma de descabezar a la clase obrera que exiliar, enviar fuera del país, expulsar a aquellos que molestaran. Un dato

[2]Sartelli, Eduardo: "Celeste, blanco y rojo. Democracia, nacionalismo y clase obrera bajo Yrigoyen", en *Razón y Revolución* nº2, 1996.

interesante, gracioso si se quiere, es que la Ley de Residencia es el resultado, el engendro, de un personaje que pasa a la cultura argentina como el autor de una novela casi infantil, ingenua: Miguel Cané. Cané, que era un reaccionario, ha pasado a la cultura argentina como el autor de *Juvenilia*, novelita tonta donde chicos del colegio (Cané y sus amigos) se divierten como si fueran los protagonistas de "Rebelde Way". Bajo el amparo de su ley, durante toda la primera década del siglo se descabezan varias conducciones sindicales y políticas de la clase obrera, centralmente de origen anarquista, a las que se las envía a sus países de origen, al extranjero o a Uruguay, como forma frenar la combatividad del movimiento obrero. Como hacia 1910 eso no alcanza porque ya hay muchos dirigentes sindicales que son muy importantes y que son argentinos, se inventa la Ley de Defensa Social, que permite mandarlos a Ushuaia, la "Siberia argentina" en la jerga de la época. Fue sancionada con la excusa de una bomba encontrada en el teatro Colón, un supuesto atentado anarquista. En realidad, era una respuesta a la amenaza de la movilización obrera contra los festejos del Centenario.

En esos años comienza a elaborarse una nueva estrategia que tiene consecuencias a más largo plazo pero que debe verse coronada con transformaciones a corto plazo. Se trata de la creación de la nacionalidad, es decir, de la ideología que defiende como realidad primaria el hecho nacional. Pero la creación de la nacionalidad no puede consolidarse si, en algún punto, todos los que forman "una gran familia" no adquieren derechos más o menos iguales sobre su destino, es decir, la soberanía política, la democracia. Vamos por partes.

Crear la ideología que exalta el hecho nacional implica su existencia, total o parcial, es decir, la existencia de una serie de relaciones que construyan y soporten ese edificio "nacional". Es decir, que existan relaciones capitalistas porque, en última instancia, una nación no es más que el coto de caza exclusivo de una burguesía. Precisamente, la primera instancia en la cual la burguesía argentina desarrolló la estrategia nacionalista fue ante la creciente amenaza de otras burguesías, a comienzos de lo que se conoce como "era del imperialismo". Ese movimiento se reforzó con la emergencia de la clase obrera. No es casual, por lo tanto, que la escuela pública, el servicio militar, la criminalística positi-

vista y hasta la puericultura, se desarrollaran en forma paralela al crecimiento del anarquismo. La escuela estatal, como instrumento de adoctrinamiento, es una institución que permite vehiculizar y desarrollar la ideología de la dominación de una manera masiva, a gran escala. Desde prácticas ideológicas complejas, como la historia y la geografía nacionales, hasta las de orden formal, aparentemente insulsas: izar la bandera, cantar el himno, tomar distancia, marchar como soldados. Con esas prácticas se regimenta, se obliga a adquirir un orden. Algo que se ve muy claro en el carácter militar de la escuela argentina, que incluye el uniforme bajo la forma inocente del "delantal". El guardapolvo blanco fue pensado como un instrumento de unificación: "somos todos iguales porque todos tenemos el guardapolvo blanco". Cualquiera se da cuenta que el guardapolvo blanco de un pobre no es lo mismo que el guardapolvo blanco de un rico y que, en realidad, la idea de guardapolvo tiene por función crear condiciones militares. Más explícitamente marcial es la nacionalización vía servicio militar obligatorio.

Esa tarea no la realiza sólo el estado. También están los aparatos ideológicos "privados", como la Iglesia. La Iglesia venía desarrollando ya una serie de intervenciones de carácter consensual. Por ejemplo, la formación de muchos equipos de fútbol tiene su origen en la Iglesia, como San Lorenzo. De esa manera, buscaba hacer carne en la clase obrera. Un cura muy famoso, el padre Grote, se dedicaba a hacer política en el seno de la clase obrera, buscando imponer la ideología básica de la Iglesia: la conciliación de clases. Incluso llegan a formar sindicatos. Hay una asociación sindical católica que, en nombre de la conciliación, se convierte en una organización de rompehuelgas. Durante la Semana Trágica, la Iglesia apoyó por completo a la reacción y le pidió al gobierno que tomara cartas en el asunto y frenara la marea roja anarquista. La Iglesia se proponía, y lo siguió haciendo mucho tiempo después e incluso hoy, como una forma de resolver las cosas sin que se exprese contradicción alguna, siguiendo la idea de que es posible resolver los problemas actuando como buenos hermanos caritativos, porque en el fondo no nos separa nada y lo único que hay que enseñarle a la gente es que no sea egoísta. Durante los meses posteriores a la Semana Trágica la Iglesia organizó una "Gran colecta nacional", como las que son comunes hoy, estilo Cáritas,

para "ayudar a los pobres". No se perdió por eso la oportunidad de participar de la Liga Patriótica, de la Asociación Nacional del Trabajo y de todos los mitines reaccionarios habidos y por haber. Durante los meses que siguen a la Semana Trágica se produce una lucha muy interesante en torno a los símbolos, en especial, la bandera. La burguesía está desesperada por la bandera roja, no soporta la bandera roja. Entonces, organiza contra marchas para reivindicar la bandera celeste y blanca frente a aquella. Los curas, por supuesto, participan de tales actos y bendicen la bandera celeste y blanca.

La nacionalidad no es algo natural, nadie nace argentino. No hay nada en la sangre ni en el mapa genético de un ser humano que diga que es argentino. Además, los argentinos, viniendo cada uno de cada pueblo un paisano, mal podríamos tener alguna vinculación genética. Lo importante es que la ideología nacional debe ser inculcada utilizando otros instrumentos, como los ya mencionados, la escuela o el ejército. ¿Y qué es lo importante de la ideología nacional, sobre la cual no podemos extendernos demasiado? Que contribuye a crear la ilusión de la igualdad: como somos argentinos, somos iguales. No existen las clases sociales, todos somos argentinos, todos somos iguales. Los anarquistas, como luego los comunistas o los "subversivos", son "apátridas", lo que es cierto, pero en boca de la burguesía quiere decir "delincuente", "traidor", "asesino", "degenerado". Se preparan las cabezas obreras para que puedan trenzarse a muerte contra otros obreros en defensa de sus respectivas burguesías y para apoyar a los patrones contra sus propios hermanos de clase.

La democracia genera una ilusión similar. En la sociedad capitalista es una ficción, una ficción que, igual que sucede con la nación, tiene algunos elementos de realidad y un gran fondo de mentira. Tiene algunos elementos de realidad porque efectivamente votamos (como efectivamente vivimos en una nación concreta, bajo su orden jurídico, político y económico y eso tiene consecuencias nada ilusorias) y alguna participación en el manejo público hay, aunque sea mínimo. El elemento de mentira es que el sistema jurídico sostiene que somos todos iguales ante la ley: todos podemos juzgar y ser juzgados, elegir y ser elegidos. Y no es cierto. Podemos dar centenares, miles de ejemplos. Sólo para participar en la interna de algún partido con serias pretensiones

de ganar, se requieren millones de dólares. Lo mismo sucede con la justicia. No cualquiera puede hacer defender sus derechos ante la Justicia. Y aunque lo consiga, siempre serán derechos burgueses, es decir, a la medida de la propiedad capitalista. La famosa Constitución argentina de 1853, que mucha gente levanta como una Constitución sabia "y que si la respetáramos, bla, bla, bla..." en realidad es una constitución asesina. La Constitución Argentina dice que la propiedad es sagrada, que primero está la propiedad y después está la vida. No hay más que ver qué pasa en cualquier supermercado: si entra gente a saquear, o sea a tratar de conseguir comida para seguir con vida, es delincuente, pero no es ningún delito tener la propiedad de los elementos con los cuales se podría salvar esa vida y no entregarlos si no es a cambio de dinero. La propiedad no es un delito, al contrario, la propiedad es la ley. La vida es un delito. En consecuencia, para la Constitución Argentina, para la legalidad burguesa, la vida es menos importante que la propiedad. Pueden morirse todos de hambre pero la propiedad no se toca. La democracia burguesa, es decir, las relaciones de igualdad política que se asientan sobre relaciones de explotación capitalistas, está atravesada por esa contradicción: una superestructura política que sanciona la igualdad general, contradicha por una economía que separa a la población en clases. La democracia tiene, entonces, una poderosísima función ideológica: crear la ilusión de la igualdad.

Ahora bien, en un régimen que es completamente corrupto, asentado en el fraude electoral, como el de la Argentina antes de la ley Sáenz Peña, la democracia no puede cumplir ese rol, porque está vaciada de toda relación que la sustente. Es necesario que la democracia se cargue socialmente, se apoye en relaciones sociales nuevas. Es decir, se incorpore al manejo del estado a otras fracciones de la burguesía, incluso a fracciones del proletariado. La Ley Sáenz Peña viene a hacer creíble esa ilusión, aunque lo hace recortadamente, ya que tuvo una serie de elementos que la constituyeron en una verdadera estafa política. Por ejemplo, no admitía el voto de los inmigrantes. La propia burguesía argentina no estaba muy preocupada porque los inmigrantes se nacionalizaran: en la Argentina era más fácil vivir como extranjero que como argentino y si alguien se quería nacionalizar tenía que atravesar trámites burocráticos y hacer el servicio militar. Ahora, como la Ley Sáenz

Peña dice que los extranjeros no votan, el hecho de que la ley llamara a elecciones con el voto universal y obligatorio quería decir que la masa de extranjeros, la mitad de la población del país, no votaba. Como la mayoría de los obreros se componía de extranjeros, eso quería decir que los obreros no votaban. La Ley Sáenz Peña dejaba afuera de la democracia a un enorme porcentaje de la clase obrera. También quedaron afuera las mujeres, aunque eso en la época no desentonaba con situaciones similares en Europa y EE.UU. A todos esos excluidos por la ley, hay que sumar los auto excluidos, los que no fueron a votar. Del pequeño porcentaje que resta, más de la mitad no votó por Irigoyen. De modo tal que el primer presidente argentino resultó electo con menos del 10% de los votos potenciales del cuerpo ciudadano. Aún así, eso no disminuye la importancia de la transformación: la burguesía argentina construyó una nueva muralla en defensa del orden social, instrumento que iba a mostrarse muy útil a poco de comenzar el período democrático. La democracia venía a reforzar/reemplazar al pacto desarrollista.

Ahora bien, ¿por qué habiendo inaugurado todos estos mecanismos para lograr consenso, la burguesía tiene que apelar a dosis masivas de violencia? Por una razón sencilla: porque la fuerza de la economía, la fuerza de la realidad en el mundo de la economía, la fuerza de las contradicciones de clase, tarde o temprano, se llevan por delante todos los instrumentos con los cuales se pretende hacer creer que somos lo que no somos. Es decir, la Semana Trágica, no es más que la expresión de la rebelión de las contradicciones de clase frente a la falsa igualdad de la educación pública, frente a la falsa igualdad de la nacionalidad, frente a la falsa igualdad de la democracia. La Semana Trágica no hace más que desnudar los mecanismos reales de dominación y viene a decirnos que, en última instancia, el núcleo, el elemento duro de la dominación, el elemento clave del orden, es la violencia cruda y sencilla. "Pueden votar y hacer lo que quieran pero no se atrevan a intentar llevar a cabo lo que piensan. Vótennos, confíen en el voto, confíen en que poniendo un papelito en la urna cada tanto algo va a pasar, y si no pasa nada esperen a la próxima elección y castíguennos en la urna, pero no se animen a andar por la calle tratando de hacer lo que realmente quieren". Que tengamos ilusiones se perdona, lo que no se perdona es que las queramos llevar adelante.

En la Argentina de 1919, la Semana Trágica desnudó esta realidad: que en la sociedad capitalista la democracia es imposible, que si queremos democracia la igualdad no tiene que quedarse en el plano formal sino que tiene que expresarse en el plano real y que, por lo tanto, no hay compatibilidad posible entre democracia y capitalismo.

El 19 y el 20 no hizo más que, otra vez de la mano de un gobierno radical y no por casualidad, desnudar en qué consiste la democracia en la que vivimos: "¿Tenés hambre? Votá y esperá a que alguien te dé de comer. ¿Tenés problemas de trabajo? Votá y confiá en que alguien te va a hacer un individuo con trabajo. ¿No te alcanza la plata? Confiá en la dirigencia política votando, respetá los mecanismos". O sea: "Es muy legítimo que tengas ilusiones, pero no salgas a la calle a tratar que esas ilusiones se hagan realidad porque te vamos a fajar". Y eso es lo que pasó el 19 y 20, que lo une a la distancia con la Semana Trágica.

Anarquismo y estrategia revolucionaria

El segundo elemento que unía a la distancia la Semana Trágica y el Argentinazo, que no tenía previsto pero que salió en el debate posterior, es el anarquismo. Obviamente, está ligado a la consigna básica que surge del 19 y 20 de diciembre, el "Que se vayan todos". La pregunta también obvia es si refleja una estrategia viable a los problemas de la sociedad en la que vivimos.

Sobre el anarquismo existe todavía un debate político pendiente. Durante años careció de toda importancia, especialmente desde que el Partido Comunista y las diferentes fracciones trotskistas lo reemplazaron por izquierda, en un contexto en el que el peronismo dominaba la conciencia obrera. Es la crisis del estalinismo, ya en los '60, la que lo vuelve a la palestra, aunque más no sea entre los estudiantes. Ni siquiera la caída del muro de Berlín pudo devolverlo al seno de la clase obrera, aunque hoy día expresiones anarquistas se fortalecen en eso llamado "anti-globalización". Desde allí, en los últimos años, ha permeado ciertas capas del movimiento de desocupados y de las asambleas populares, cuyo contenido social estaba más cerca de la pequeña burguesía. Esto último sobre todo en la Argentina. La consigna "Que se

vayan todos", tiene ciertamente un fuerte contenido anarquista. Y es eso lo que obliga a discutir nuevamente su estrategia. La distancia de los hechos protagonizados por el anarquismo histórico le otorgan, también, un prestigio romántico que impide pensar sus debilidades. Nos quedamos, por ejemplo, con la leyenda de la combatividad anarquista, olvidando que existía un anarquismo anti-organizador, individualista y conservador. Detrás de cierta radicalidad de propuestas, se extendía también una práctica indistinguible del reformismo más o menos audaz.

Más allá de esas cuestiones, el elemento clave en la discusión es el problema de la acción política del proletariado. El anarquismo argentino, como todo anarquismo, se negaba a constituirse en partido. Eso no quiere decir que no lo fuera. Participar o no en elecciones no define a un partido. Un partido es toda fuerza social organizada cuya voluntad se expresa en un programa, consciente o inconscientemente asumido. De hecho, el anarquismo argentino era muy celoso de su programa, aunque el mismo no fuera muy explícito en muchas cosas. A tal punto era así que le imponía al movimiento obrero la obligación de profesar el anarquismo, lo que provocó innumerables divisiones en las organizaciones de trabajadores. No podía ser de otra manera: un sindicato es un instrumento de representación de intereses corporativos; un partido se impone la asunción del conjunto de intereses de la vida social. Esa es la razón por la cual el sindicato tiene un límite: sirve para conseguir ciertas reformas pero no sirve al momento de pensar la totalidad del sistema. Un sindicato se limita a obtener el mayor valor posible por la venta de la fuerza de trabajo. En concreto: las mejores condiciones de trabajo posibles y punto, hasta ahí llegó. Un partido implica un salto en calidad, porque requiere pensar la totalidad del sistema, que ya no discuta el valor del salario sino la idea misma del salario, que no discuta si el salario es bajo o alto sino si debemos organizar una sociedad sobre la base del salario o sobre otra base. Uno de los problemas del anarquismo es que mezcla las dos realidades: en el movimiento sindical es sectario y en el movimiento político no existe.

Coherente con esa mezcla indebida, su idea de la sociedad futura era particularmente difusa, tanto como lo era la estrategia para alcanzarla. Los anarquistas esperaban, con un fuerte sesgo espontaneísta, que en algún momento se iba a producir una huelga,

que se iba a prolongar, se iba a hacer general y todo se iba a caer. Eso es lo mismo que sentarse a esperar la llegada del Mesías. En la lucha de clases, el desarrollo de la lucha requiere de organización y, en algún momento, tomar la conducción de las acciones. Es decir, toda situación tiene algún grado de espontaneidad, pero si el movimiento quiere triunfar tiene que perderlo, tiene que avanzar en la organización. Tomemos el ejemplo del 20 de diciembre a la tarde: fue una insurrección de la clase obrera. ¿Por qué logró voltear a De la Rúa pero dejó intacto al sistema capitalista? Se podría decir que fue apenas una jornada revolucionaria. Eso es cierto, pero el punto clave es que para capitalizar el proceso posterior, signado por la crisis abierta en esa jornada, se necesita organización. Es decir, un partido. El proceso posterior no logró construir el partido. Es más, en algún sentido lo inhabilitaba, porque la consigna "Que se vayan todos" no permite organizar una sucesión en el poder. Expresa más un rechazo general (un "déjenme de joder") que la voluntad de asumir el timón y reorganizar la sociedad. Se parece mucho, en ese sentido, a la imagen que tienen los anarquistas de la dominación social: algo externo a la sociedad, que basta con destruir para dejar que los seres humanos vivan en paz.

¿Qué une al anti-partidismo del anarquismo de principios de siglo con el autonomismo de la actualidad? En principio, y antes de la ley Sáenz Peña, el rechazo a los partidos políticos era una forma de reivindicar la unidad de la clase frente a un sistema político que no daba cabida a intereses obreros. Esa es la razón por la cual, hasta 1916, el socialismo de Juan B. Justo no podía ser sino una expresión minoritaria en el seno de la clase obrera. Por la misma razón, el anarquismo era mayoría indiscutida. Con la ley Sáenz Peña se crean condiciones para que ciertos intereses de algunas fracciones del proletariado se expresen en el estado, lo que invierte la situación y determina el fin del anarquismo: cualquier lucha política, de allí en adelante, debía combinar la táctica electoral con la lucha de calles. El autonomismo del Argentinazo se apoyaba en dos realidades diferentes: por un lado, en la profunda decepción de la pequeña burguesía que había entronado a De la Rúa; por otro, en sectores del movimiento de desocupados, como los MTDs, a los que una filiación partidaria estricta bloqueaba todo tipo de oportunismo. Que terminaran todos

bajo el ala de Kirchner, era la consecuencia lógica, de la misma manera que el anarquismo se disolviera ante la corriente sindicalista, por derecha, y el Partido Comunista, por izquierda. Pero en ambos casos, lo que está fuera de sus respectivos horizontes, es la revolución como estrategia, no importa cuáles sean los planteos literario-discursivos.

Otro punto en relación al anarquismo, y en especial, en debate con el marxismo, es que, según los "libertarios", los socialistas somos "estadolátricos", adoramos al estado y, en el fondo, somos lo mismo que la burguesía. Para los anarquistas hay que destruir el estado. Para los marxistas, no. Los marxistas no queremos destruir el estado, queremos superarlo. Obviamente que queremos destruir el estado burgués. Pero queremos más, queremos una sociedad sin estado. Lo que implica superarlo como forma histórica. Superarlo quiere decir construir una organización social que no requiera estado, porque todo estado es una dictadura, aún el más democrático. Léase, de Lenin, *El Estado y la Revolución*, donde el jefe bolchevique defiende, contra el MAS e Izquierda Unida, que no es cierto que el socialismo sea igualdad en la economía más democracia política. O, como lo popularizaba el MAS en su momento, "socialismo con democracia". El socialismo es la superación de la democracia, porque toda democracia es una dictadura. Toda democracia implica una mayoría que le impone su voluntad a la minoría, y eso es una dictadura. Que la imponga una mayoría o una minoría cambia el carácter: es mejor una dictadura de una mayoría que una dictadura de una minoría. Pero no deja de ser una dictadura. Por eso, cuando Lenin y los marxistas defendemos la "dictadura del proletariado", lo que defendemos no es la forma final de la sociedad que buscamos (y que por precisión terminológica lleva a diferenciar socialismo de comunismo), sino la forma necesaria que asume la transición hacia la sociedad futura, que sólo tendrá lugar cuando quede abolido el Estado. Porque si queremos transformar la realidad, tenemos que tomar el poder, destruir esa realidad y construir otra. Eso lleva tiempo y exige que se imponga por la fuerza organizada del sujeto revolucionario: la dictadura de la clase obrera. ¿Qué quiere decir dictadura de la clase obrera? La más plena democracia de masas, porque es una democracia que se impone sobre una base económica en la que ha sido eliminada (o, al menos, severamente recortada) esa desigual-

dad que hacía ficticia la igualdad política. Siendo la más radical de las democracias conocidas, la dictadura del proletariado no deja de ser una dictadura, como cualquier democracia.

Este punto es importante, sobre todo en lo que concierne a estrategia. Los anarquistas siempre han hecho gala de gran combatividad, pero una espada sin cabeza es un arma inútil. Peor aún, es dañina. La historia del anarquismo está llena de episodios de actos de arrojo notables que terminan en grandes fracasos. Fracasos que suelen disculparse aludiendo al carácter utópico del anarquismo, de su deseo de "pureza" y su negativa a hacer concesiones. Un conjunto de eufemismos que significan algo más concreto: que el anarquismo es un movimiento político inútil, porque carece de una estrategia de poder. No carece de lógica y coherencia que el anarquismo actual se nutra de Nietzche vía Foucault y que proclame finalmente su verdadero programa con la fórmula "cambiar el mundo sin tomar el poder", como lo defiende uno de los principales teóricos del autonomismo, John Holloway.

Efectivamente, soslayar o minimizar el papel del estado en el proceso revolucionario es la mejor forma de fracasar. Y nadie va a una revolución, a menos que sea estúpido o loco, a fracasar en nombre de la "pureza" de ideales. Un individuo así o un movimiento político así, no es moralmente admirable; todo lo contrario, como todo general que guía sus tropas a una derrota segura, es un criminal. Porque revolución que pierde es contrarrevolución que gana. Es decir, el que pierde, muere. Literalmente. No tiene nada de metafórico: después de cada revolución fracasada hay una masacre. El fracaso de la lucha de los '70 terminó en el Proceso Militar; el fracaso de la revolución española terminó con Franco; el de la revolución alemana, con Hitler. Por lo tanto, una vez que el movimiento se lanzó, va a fondo y avanza, porque revolución que retrocede es revolución que muere. Los anarquistas proponen que destruyamos el estado justo cuando vamos a necesitar la mayor maquinaria de violencia posible contra los enemigos de la revolución. Es decir, proponen que la revolución se desarme ante la contrarrevolución. Salvo que uno crea que la clase dominante y el imperialismo se van a rendir sin pelear ante la fuerza de los "ideales". No es esa la experiencia histórica.

Esa es la razón, la resistencia feroz de la clase dominante, por lo cual la primera tarea de la revolución es reforzar al máximo

el poder del estado revolucionario. Normalmente ante este argumento suele esgrimirse la experiencia anarquista durante la Guerra Civil Española. Allí se habría demostrado la posibilidad de vivir en el "comunismo libertario". Esa habría sido la máxima expresión de igualdad que habría tenido la humanidad, sin gobierno ni nadie que dirija. Desde ese punto de vista, cualquier partido o gobierno que ocupe el estado inmediatamente pasa a ser una fuerza opresora aunque se autodenomine "gobierno popular". Se suele citar en apoyo de esta idea las experiencias de la U.R.S.S., de China o de Cuba. Precisamente, éste fue el argumento de los anarquistas contra la revolución rusa, fenómeno que produjo una enorme división en el anarquismo mundial, en particular en Argentina, donde se organizaron fracciones anarquistas pro-bolcheviques, cuyos miembros terminaron por lo general en el Partido Comunista. Esta posición va a colocar a los anarquistas en una situación más incómoda incluso que a los trotskistas, porque mientras éstos últimos defendían los "estados obreros" surgidos de las revoluciones dirigidas por comunistas, los libertarios estaban en la oposición total, en actitudes que los acercaban a las fuerzas contrarrevolucionarias.

Estas objeciones anarquistas tienen varias falencias. Por empezar, el fetichismo del estado. El estado no es un ente abstracto, una especie de cosa que existe al margen de la sociedad. El estado es la expresión de las relaciones que moldean la sociedad. De manera que no puede considerarse de la misma manera a un estado que ha surgido para oprimir a una clase que al estado formado por esa clase para eliminar esa opresión. El segundo problema es que juzgar la suerte de las experiencias citadas por su resultado final es presuponer que la única causa que lo produjo fue el no haber destruido el estado. Es decir, se simplifica y se falsea la realidad histórica. Es imposible entender el triunfo del estalinismo sin el papel de la guerra contrarrevolucionaria y el imperialismo, que destruyen físicamente a la vanguardia proletaria que hizo la revolución, además de colocar al país en una situación económica desastrosa. También es imposible explicar el triunfo del estalinismo sin recordar el punto de partida de Rusia: un país atrasado, donde la clase obrera era una minoría y donde la masa de la población era analfabeta. Aún luego de la victoria sobre la contrarrevolución, la U.R.S.S. debe pelear contra el aislamiento político y económico

al que la somete el imperialismo. Es decir, explicar el estalinismo porque no se destruyó el estado es simplificar la causalidad histórica. Pero, además, es falsearla: si los bolcheviques hubieran procedido a desarmarse frente a la contrarrevolución, no habría habido revolución. Ni traicionada ni de ningún tipo. Habría triunfado la contrarrevolución y se hubiera restaurado el capitalismo. La experiencia española, por su parte, demuestra todo lo contrario. Demuestra que los verdaderos revolucionarios eran conscientes de la necesidad de reforzar el papel del estado. Por eso se organizaron militarmente y marcharon a combatir contra Franco. Pero eso, incrementar el poder militar del estado, es incrementar el poder del estado. Cuando los anarquistas reclamaban disciplina y orden durante la lucha contra el franquismo no hacían otra cosa que abandonar los "ideales" y aceptar la cruda realidad.

Esta carencia de una estrategia de poder provocó, como dijimos, una profunda crisis en el anarquismo mundial y argentino posterior a la Revolución Rusa. En la Argentina, desembocó en una lucha fraccional despiadada, una historia que suele olvidarse porque, como señalamos antes, hay toda una leyenda acerca del anarquismo que transforma a los anarquistas en una especie de santos de la militancia. El anarquismo argentino estaba muerto ya hacia 1910. La causa era sencilla: no había condiciones materiales para un proceso revolucionario. El capitalismo argentino se expandía, las condiciones de vida podían mejorar, las expectativas de ascenso social no estaban muertas. Con la creencia mesiánica en la revolución, los anarquistas solían empujar al movimiento obrero hacia callejones sin salida. Eran tiempos de reformismo. Mientras el estado burgués no ofreció ningún canal para esas presiones reformistas, el anarquismo apareció como la mejor salida. Cuando cambió la estrategia burguesa hacia el proletariado, el anarquismo comenzó su declinación histórica. Tuvo un rebrote entre 1918 y 1921 y se acabó. Frente a esa impotencia, surgía en el horizonte la prometedora estrella del comunismo. La consecuencia de ese proceso se hizo sentir en el interior del movimiento libertario: en los años '20 los anarquistas se estaban matando entre sí en medio de peleas faccionales. A Emilio López Arango, el director de *La Protesta*, lo mata Severino Di Giovanni, porque él y Diego Abad de Santillán criticaban su accionar terrorista. A Jacobo Prince, una de las bandas anarquistas le mete un tiro y lo

deja paralítico para toda la vida. En la Guerra Civil Española, las disensiones en el seno del anarquismo fueron feroces.

El fracaso siempre produce crisis y tendencias hacia la disolución. La razón por la cual el anarquismo ha desaparecido como fuerza política real es su absoluto fracaso histórico. La Guerra Civil Española, por ejemplo, fue un fracaso. Colocar una experiencia fracasada por encima de experiencias triunfantes es, por lo menos, una actitud poco respetuosa hacia quienes, auqnue sea, supieron llevar el movimiento al triunfo. Hablar de Mao, de Lenin, de Castro, implica hablar de las estrategas eficientes de la revolución. Es cierto que no alcanza con ganar, pero si perdemos frente a la primera tarea, destruir al enemigo, ya no hay nada que hacer. Por eso, la primera tarea es ganar. Después, depende de muchos otros factores, no es simplemente lo que yo hice o lo que yo quise.

Cuando Lenin toma el poder en Rusia, cuando los bolcheviques toman el poder en Rusia, construyen la mayor democracia que haya existido jamás. Y no es la democracia del campo español anarquista, que son pequeñas aldeas que no pueden sobrevivir solas y vivieron, como dice Enzensberger, "el corto verano de la anarquía", mientras la guerra se desarrollaba en otra parte. Rusia era un país importantísimo con millones de personas, la mayoría de las cuales era campesina. Era una sociedad muy atrasada que se enfrentó a todo el imperialismo. No se puede medir la Revolución Rusa pura y exclusivamente por el resultado final sin entender a qué mundo se enfrentó. Y cuando decimos que finalmente fracasó, no estamos diciendo que duró un par de meses y nunca llegó a organizar nada permanente. No duró un verano como el anarquismo español. La Unión Soviética transformó a un país atrasado de Europa en la segunda potencia mundial, le dio de comer a millones de seres humanos y lo arrancó de la explotación capitalista. Que eso degenerara en la sociedad estalinista es otra discusión. Pero ese experimento social fue posible y durante 70 años alentó y permitió el desarrollo de las luchas en el mundo aún cuando no lo quisiera la propia burocracia estalinista. Basta pensar en lo que pueden hacer los Estados Unidos hoy y lo que podían hacer durante la Guerra Fría. Y no porque la Unión Soviética fuera revolucionaria, sino simplemente porque ahí estaba. El mismo "estado de bienestar" hubiera sido impensable sin el

temor al comunismo que generaba la sola presencia de la U.R.S.S. Colocar esa experiencia a la altura de un movimiento heroico, glorioso, pero breve, acotado y, sobre todo, fracasado, no hace justicia con la historia real.

El punto es muy importante hoy, no por lo que hicieron los anarquistas en la Revolución Española sino porque, con razonamientos del mismo tipo, hay intelectuales que hacen la apología del Zapatismo, como John Holloway. Pero el Zapatismo es, hasta ahora al menos, un movimiento fracasado. Nadie va a cuestionar su combatividad, coraje y honestidad, pero el problema no es ser corajudo o combatiente, el problema es ganar y el movimiento zapatista no ganó. Y a ese fracaso, Holloway y otros lo embellecen como gran estrategia revolucionaria cuando no es más que eso, un fracaso. Peor todavía cuando algunos argentinos se apoyan en Holloway para hacer política en un país donde la clase obrera llegó infinitamente más lejos que el Zapatismo: el Argentinazo planteó seriamente la cuestión del poder a nivel nacional y al menos durante ocho o diez meses la burguesía argentina anduvo a tientas buscando una estrategia de salida.

Alianzas de clase y revolución

El tercer elemento que surgió de la charla original fue el problema de las alianzas de clase. En la Semana Trágica, el aislamiento de la clase obrera juega un papel importante en el desenlace y sus consecuencias. No sucede lo mismo con el Argentinazo y ese es uno de los elementos que explican su magnitud e importancia históricas. Examinemos las condiciones del aislamiento y de la alianza.

La clase obrera argentina (y la pequeña burguesía también) han recuperado, y no por casualidad, en la forma de movimiento piquetero, uno de los elementos clave de la Semana Trágica, que es la acción directa. El piquete es la expresión de la acción directa. Si hay algo que se debe rescatar del anarquismo es su énfasis en la acción directa, que es el núcleo central de la acción política de la clase obrera. No hay transformación si no hay acción en la calle. En la Semana Trágica esa llamada al consenso que le hizo la burguesía con la escuela, la nación y la democracia, fue liquidada por

el proletariado con la acción en la calle. Que la Semana Trágica muestre esta tendencia, no significa, sin embargo, que estemos en presencia de un fenómeno revolucionario. Hay algunos historiadores que afirman que en 1919 estaba en marcha un proceso revolucionario. Esa era la opinión, también, de muchos de los protagonistas, de izquierda y de derecha. Es obvio que el clima de la Revolución Rusa teñía todas las acciones de un rojo muy intenso. Cuando se señala, sin embargo, que se trataba en realidad de un ciclo de características claramente reformistas, más de uno se ofende porque supone que tiene un carácter peyorativo. Eso sucede porque se tiene una imagen infantil de los fenómenos revolucionarios, a los que se los confunde con cualquier evento más o menos convulsivo. Pero también porque se tiene una imagen infantil de la reforma, se supone que es un proceso más o menos largo de cambios paulatinos aceptados por todos de buena gana. Se cree, también, que las reformas se oponen necesariamente a la revolución y que un revolucionario no se ocupa de minucias como un aumento de sueldo.

Ningún partido revolucionario puede abandonar la lucha por reformas. Es parte de su entrenamiento y de su carrera hacia la dirección del proletariado. Pero, tan importante como esto (y esto es bueno recordarlo a muchos reformistas actuales), no hay reforma que sea arrancada sin lucha. La burguesía no regala nada. La jornada histórica de las ocho horas se llevó miles de seres humanos a la tumba, porque conseguir la jornada de ocho horas, algo que hoy nos parece ultra avanzado porque la jornada media está arriba de las 10, requirió de una enorme cantidad de militancia social durante decenas de años. Mucha gente dio la vida por la jornada de ocho horas. Cualquier reforma, así sea el acortamiento de la jornada de trabajo, que es la más elemental, requiere de una enorme lucha social. La clase obrera, en ese período, a mi juicio y a juicio de otros, tenía como objetivo mejorar sus condiciones de existencia en la sociedad capitalista y no tenía planteada como tarea la revolución. Además, por razones objetivas, tampoco era posible porque para que una clase se plantee la transformación completa de un sistema tienen que darse ciertas condiciones objetivas. Y la clase obrera del período de la Semana Trágica no tenía ni la magnitud ni la organización ni la cohesión necesarias para

una tarea de semejante envergadura. Por lo tanto, una cosa son los hechos muy violentos y otra cosa es una revolución.

Ahora bien, en ese proceso reformista, que involucra mucho más que aumento de salarios o el acortamiento de la jornada de trabajo, la clase obrera no consiguió todo lo que buscaba. En especial, no consiguió mejorar su posición en el sistema político, en tanto que el gobierno que se planteaba como posible integrador de la clase obrera al estado, Irigoyen, es el encargado de reprimirla. Ese proceso de integración al estado es necesario para una estrategia reformista, corona dicha estrategia y la lleva a su culminación lógica. Algo que recién se va a conseguir con el peronismo. Desde el punto de vista revolucionario, la integración al estado es una monstruosidad, pero no estamos discutiendo lo que sería deseable, sino lo que la clase obrera objetivamente se propuso y consiguió (o no). Hay muchas razones por las cuales no lo consiguió, pero hay una que me interesa remarcar y que es muy importante, una que, de alguna manera, ilumina la situación actual: durante toda la década del '10 lo que nosotros vulgarmente llamamos clase media argentina (que en términos científicos es pequeña burguesía[3]) marcha separada de la clase obrera. Hasta 1910, en toda la lucha que desemboca en la Ley Sáenz Peña, que es una lucha democrática, o sea, por participación en el gobierno, la clase obrera y la pequeña burguesía objetivamente marcharon juntas, hubo una alianza de hecho entre radicales y anarquistas. Incluso, muchos anarquistas después se transforman en radicales cuando abandonan el campo revolucionario. El punto es que, en 1919, la pequeña burguesía abandona a la clase obrera porque ya ha conseguido para sí mejores condiciones a través del radicalismo y de la Ley Sáenz Peña.

[3]La pequeña burguesía es esa parte de la población que posee medios de producción o condiciones de vida que no son las de un simple obrero, pero que tampoco la transforman en burguesía. Va desde el quiosquero de la esquina, hasta el dueño de una fábrica familiar en la que él mismo trabaja, aunque tenga algunos empleados. Ser un burgués requiere de una cierta acumulación de capital y, por lo tanto, permite no trabajar en la producción y dedicarse a tareas gerenciales. Para mayor detalle, véase Sartelli, Eduardo: *La cajita infeliz*, Ediciones ryr, Bs. As., 2006, 2° edición..

Si lo vemos desde el 19 y 20, el fenómeno interesante es la consigna que brotó de la confluencia entre el movimiento asambleario y el movimiento piquetero: "Piquete y cacerola la lucha es una sola". Sintetizaba una alianza en formación, entre fracciones del proletariado y fracciones de la pequeña burguesía. Hay una tendencia a la alianza, a una alianza que entonces asume características de popular y masiva. Es decir, uno de los elementos que explican la derrota de 1919 ha sido superado en el 2001. Si lo miramos un poco más de cerca, veremos que el proceso que desemboca en la Ley Sáenz Peña se parece mucho al de la caída de la dictadura militar, en tanto la alianza entre pequeña burguesía y clase obrera se produce en torno a una estrategia reformista y democrática. Recuerden que en el '82 la clase obrera lucha contra la dictadura junto con la pequeña burguesía y esa lucha fue canalizada por la burguesía porque la pequeña burguesía terminó votando al alfonsinismo. De hecho, la pequeña burguesía logró arrastrar a un importante sector de la clase obrera al voto alfonsinista, lo que le dio alas a Alfonsín para creer en la posibilidad de encabezar un "tercer movimiento histórico". Son los resultados del gobierno alfonsinista los que vuelven a separar a ambos protagonistas. Es así que en el '89 vemos a la pequeña burguesía más ligada al campo patronal, enfrentada a los obreros por el terror a los saqueos. Los saqueos del '89 dieron pie a la promulgación del estado de sitio, que tuvo consenso entre la pequeña burguesía. En cambio, el 19 de diciembre a la noche, la pequeña burguesía no sale a la calle porque le expropian los ahorros, sale con la consigna "Qué boludos, qué boludos, el estado de sitio se lo meten en el culo". Es decir, sale en contra del estado de sitio de un gobierno al que ella ha votado. Días antes se habían producido saqueos. No casualidad, otro presidente radical intenta utilizar los saqueos como instrumento para asustar a la pequeña burguesía y hacer viable la represión al conjunto del movimiento piquetero. La intervención de la pequeña burguesía el 19 a la noche es fundamental porque entrega fuerza moral a los sectores de la clase obrera que protagonizan la insurrección del día 20.

Me interesa remarcar este aspecto de la historia que examinamos, porque la alianza entre clase obrera y pequeña burguesía es crucial en todo proceso revolucionario. No hay revolución que se haya desarrollado hasta el final con exclusiva participación obre-

ra, sin ningún tipo de alianzas. La clase obrera necesita organizar un sistema de alianzas para llegar al poder. Además, la pequeña burguesía dota a la clase obrera de una serie de elementos que le son necesarios, por ejemplo intelectuales. Para conducir, para dirigir, hay que tener cierta educación, hay que tener cierta práctica de mando. No es que la clase obrera no pueda producirlos, pero el proceso se acelera mucho si atrae a esa gente desde otras clases. Otra razón por la que esa alianza es importante es porque evita que la pequeña burguesía sea utilizada como base de masas de la burguesía. El nazismo es un buen ejemplo: toma a la pequeña burguesía, al campesinado alemán y los utiliza para reprimir a la clase obrera. Hay que evitar, entonces, que la pequeña burguesía caiga en manos de la burguesía.

Bibliografía

Sobre la Semana Trágica se ha escrito bastante, aunque puede decirse que el episodio está aguardando un estudio definitivo. Los libros que tratan específicamente del hecho y que pueden consultarse para completar el racconto que aquí presentamos son:

Godio, Julio: *La Semana Trágica de enero de 1919*, Hyspamérica, Bs. As., 1986.

Bilsky, Edgardo: *La Semana Trágica*, CEAL, Bs. As., 1984.

También pueden consultarse los textos clásicos de la historia del movimiento obrero, que reflejan las tradiciones sindicalista, comunista y socialista respectivamente:

Marotta, Sebastián: *El movimiento sindical argentino*, Líbera, Bs. As., 1975.

Iscaro, Rubens: *Origen y desarrollo del movimiento sindical argentino*, Anteo, Bs. As., 1958.

Oddone, Jacinto: *Gremialismo proletario argentino*, Líbera, Bs. As., 1975.

Para entender otros problemas ligados al hecho, pueden consultarse:

Panettieri, José: *Los trabajadores*, CEAL, Bs. As., 1982.

Belloni, Alberto: *Del anarquismo al peronismo*, Ediciones Documentos, Bs. As., 1960.

Del Campo, Hugo: *Los anarquistas*, CEAL, Bs. As., 1971.

Del Campo, Hugo: *Sindicalismo y Peronismo*, CLACSO, Bs. As., 1984.

Bilsky, Edgardo: *La FORA y el movimiento obrero (1900-1910)*, CEAL, Bs. As., 1985.

Oved, Iaacov: *El anarquismo y el movimiento obrero en argentina*, Siglo XXI, México, 1978.

Suriano, Juan: *Anarquistas*, Manantial, Bs. As., 2001.

Sobre otros hechos correspondientes a la misma coyuntura, véase:

Bayer, Osvaldo: *Los anarquistas expropiadores*, Legasa, Bs. As., 1986.

Bayer, Osvaldo: *Los vengadores de la Patagonia trágica*, Galerna, Bs. As., 1974.

Bayer, Osvaldo: *Severino di Giovanni, el idealista de la violencia*, Galerna, Bs. As., 1970.

Gori, Gastón: *La forestal*, Hyspamérica, Bs. As., 1988.

Sartelli, Eduardo: "De estrella a estrella, de sol a sol. Huelgas de braceros en Buenos Aires, 1918-22", en Waldo Ansaldi (comp.): *Conflictos obrero-rurales pampeanos (1900-1937)*, CEAL, Bs. As., 1989.

Sartelli, Eduardo: "Celeste, Blanco y Rojo. Democracia, nacionalismo y clase obrera bajo Irigoyen", en *Razón y Revolución* n° 2, primavera de 1996.

Memorias de participantes directos o indirectos del período (los tres primeros obreros comunistas y anarquistas y el último, un policía) que pueden ayudar a comprender el clima del momento son:

Varone, Domingo: *La memoria obrera*, Cartago, Bs. As., 1989.

Lozza, Arturo Marcos: *Tiempo de huelgas*, Anteo, Bs. As., 1985.

Riera Díaz, *Laureano: Memorias de un luchador social*, Edición del autor.

Romariz, José: *La Semana Trágica*, Hemisferio, Bs. As., 1952.

Para evaluaciones generales del gobierno de Irigoyen, véase una visión crítica y otra complaciente, respectivamente:

Rock, David: *El radicalismo argentino, 1890-1930*, Amorrortu, Bs. As., 1984.

Romero, Luis Alberto: *Breve historia contemporánea de Argentina*, FCE, Bs. As., 1994 [véase crítica de este texto en Sartelli, Eduardo: "Celeste...", op. cit.]

La Semana Trágica ha dado también material para la literatura, tanto en el momento mismo, como en la producción escrita posterior. Sobre lo primero, pueden leerse las sátiras de:

Mono Sabio (Seud. de Alfredo Palacios Mendoza): *El crimen de la calle Brasil*, Los Contemporáneos, Buenos Aires, 1920. Reimpreso en *Razón y Revolución* n° 9, otoño de 2002 [Véase también allí el análisis de la obra por Rosana López Rodríguez: "Infancia, sátira y revolución".]

Cancela, Arturo: "Una semana de holgorio", en *Tres relatos porteños*, Buenos Aires, Nuevo Siglo, 1995.

Muestras de lo segundo son:

Mazía, Floreal: *Enero rojo, Semana negra*, Cartago, Bs. As., 1974.

Rivera, Andrés: *El profundo sur*, Alfaguara, Bs. As., 1999.

El texto de Enzensberger al que se alude es

Enzensberger, Hans Magnus: *El corto verano de la anarquía. Vida y muerte de Durruti*, Anagrama, Barcelona, 1998.

La huelga general del '36 y el 17 de Octubre de 1945: la estrategia de la clase obrera y los límites del reformismo

La Semana Trágica, dijimos en el capítulo anterior, aparecía como una elección obvia a la hora de hablar de la lucha de la clase obrera argentina. Lo mismo sucede con el 17 de Octubre, una afirmación que puede ser subscripta por historiadores de cualquier tendencia política, ya sea para defender o denostar el proceso que se abre con el peronismo. Todo lo contrario sucede con la huelga general de 1936, desconocida no sólo para el gran público sino incluso para los especialistas en el tema. Por esa razón, mientras en esas escenas del 19 y 20 que recordamos siempre, hubo quien interpretó el Argentinazo como "un nuevo 17 de Octubre", a nadie podría habérsele ocurrido hablar de "un nuevo '36". Y sin embargo, la relación es más cercana con el segundo hecho que con el primero. Por otra parte, una de las curiosidades de la charla organizada en su momento para la Asamblea, que me sorprendió incluso a mí, es que mientras los otros hechos del ciclo se llevaban una sesión cada uno, se había cometido la herejía de disminuir el peso específico del Día de la Lealtad, juntándolo con una experiencia completamente olvidada. Esa circunstancia, que algún enojado y suspicaz seguidor del "Coronel de los trabajadores" podría adjudicar a un acérrimo anti-peronismo por parte del autor de este libro, tiene para mí una explicación diferente. Porque al público que siguió el curso no le pareció fuera de lugar este aparente "ninguneo" del 17 de Octubre, como tampoco a

los centenares de lectores que tuvo la primera edición. Se debe, creo yo, al agotamiento histórico del proceso que se abre aquel día de las patas en la fuente. Esa idea de alguna manera ya estaba flotando en el momento en que pensé el contenido del la charla e incluso antes: a comienzos del 2002 organizamos una serie de debates en Filosofía y Letras, uno de los cuales, a cargo de Horacio González y Pedro Brieger estuvo dedicado al 17 de Octubre, donde el eje estaba puesto, en realidad, no en el peronismo sino en la experiencia de Chávez en Venezuela. Estaba allí implícita la idea de que no tenía mucho sentido, a pocos meses del Argentinazo, hablar sobre un proceso que en Argentina estaba terminado.

Aún así, la mixtura de ambos hechos tiene una virtud que surgió en el desarrollo de la charla en la Asamblea: permitía examinar, a la luz de los problemas planteados por el 19 y 20, los límites del reformismo y la necesidad de basar la acción política en un examen de la estrategia de la clase obrera. Atada a ambos temas estaba (y sigue estando) la cuestión de las determinaciones de las estrategias que asumen las clases. Dicho de un modo menos científico, ¿qué hace que en determinados momentos la clase obrera se incline hacia la reforma o hacia la revolución? Teniendo en cuenta el momento en que estábamos, esta pregunta contenía toda la angustia por el futuro inmediato propia de esas épocas en que uno tiene la esperanza en que algo importante pase. Veamos primero los hechos que actúan como referencia, para luego sumergirnos en la discusión de estos temas.

Dos momentos de la lucha de la clase obrera: 1936-1945

La huelga general del '36

La huelga general de los días 7 y 8 de enero de 1936[1] empezó como huelga de solidaridad con los obreros de la construcción, en paro desde octubre del año anterior, y terminó como huelga política de masas. De modo que el antecedente inmediato del hecho que nos ocupa es esta huelga que comenzó el 23 de octubre y

[1] Seguimos en esta descripción del hecho el trabajo de Nicolás Iñigo Carrera que citamos en la bibliografía.

terminó triunfante 94 días después. El gremio de la construcción enfrentaba a una patronal poderosa: unas diez empresas que ocupaban el 70% de la mano de obra y tenían vínculos con el gobierno. De las diez, siete eran alemanas con simpatías con el nazismo. El gremio se reorganizó en 1932, de la mano del anarquismo, pero de entrada se vio azotado por el debate sobre la forma de organización, si por federación de oficios o por rama de industria. Los anarquistas sostenían la primera, los comunistas la segunda. Al momento de la huelga, el gremio está controlado por los comunistas, que aprovechan el clima imperante en las obras para lanzarse a la lucha por mejoras salariales, reconocimiento del sindicato, descanso dominical, sábado inglés, abolición del trabajo a destajo y responsabilidad empresaria ante los accidentes laborales. Cerca de 60.000 obreros se lanzaron a la lucha, paralizando toda actividad en Buenos Aires y el interior, llegando su influencia hasta Montevideo. Organizada con una habilidad sorprendente, la huelga arrastra un enorme movimiento de solidaridad y sus piquetes recorren toda la ciudad controlando las obras y dirigiendo la intervención contra una patronal que se mantiene intransigente. Participaban de la organización del movimiento de solidaridad los comunistas, los espartaquistas (anarquistas), los socialistas y muchas otras orientaciones políticas. Los únicos que se opusieron al movimiento fueron los anarquistas de la FORA, que llegaron a considerar como triunfo propio el fracaso de la huelga en algunos lugares. En ese contexto, la huelga general del 7 y 8 forzó al gobierno a involucrarse personalmente en el conflicto, que terminó zanjándose un par de semanas más tarde cuando una asamblea en el Luna Park determinó el fin de la huelga. El triunfo permitió la creación de la Federación Obrera Nacional de la Construcción (FONC), con más de 30.000 afiliados.

Fue el Comité de Defensa y Solidaridad con los Obreros de la Construcción, que reunía a cerca de 68 organizaciones gremiales de todo el país, el que declaró la huelga general el día 7, en el momento en que comenzaban negociaciones con el gobierno. El Comité, dirigido por Mateo Fossa, que había convocado días antes a un mitin en Plaza Once con cerca de 100.000 trabajadores asistentes, llamó a la huelga en la Capital y el conurbano bonaerense, no así al interior del país. Las dos CGT que se disputaban la conducción del movimiento obrero se negaron a plegarse a la

huelga, pero declararon su solidaridad con la misma. No adhirieron los anarquistas de la FORA y sindicatos importantes, como ferroviarios, transportistas y gráficos.

El día 7 la huelga general dio pruebas de un alto acatamiento, motivo por el cual el gobierno se lanzó a la calle a impedir los actos programados. La población de los barrios más alejados del centro y de la zona sur, la franja que va desde Mataderos a Devoto, salió a la calle, cortó el tráfico, paralizó el transporte y expulsó a la policía de la zona. Quema de colectivos, rotura de vidrieras de negocios que se negaban a cerrar, interrupción del servicio ferroviario, barricadas, tiroteos con la policía, marcaron la tónica durante todo el día. La huelga estaba pautada para terminar el día 7, pero continuó al día siguiente con el objetivo de la liberación de los presos y otras demandas que elevaban el carácter político del movimiento. Durante todo el día 8 el gobierno aumentó la fuerza represiva y logró hacerse con el control de la zona, aunque la huelga cesó hacia el día 9, conforme sus organizadores lo determinaron.

El protagonista de las jornadas fue la masa de la población proletaria, sobre todo los desocupados, en especial los jóvenes, y el proletariado más explotado del trabajo a domicilio, las mujeres. En su segundo día, sobre todo, las acciones radicalizadas de esta masa tendieron a escapar al control de los convocantes para constituirse como hecho más allá de la huelga de la construcción y expresar tendencias insurreccionales. A diferencia de la Semana Trágica, terminó en forma ordenada, aunque el saldo de muertos, heridos y presos fue muy elevado. Como resultado inmediato, forzó al gobierno a salir de la pasividad y entrar en las negociaciones obligando a las empresas a un acuerdo con el sindicato.

El 17 de Octubre

El peronismo considera esta fecha como la de su nacimiento. El "Día de la lealtad" resultó en una movilización impresionante, completamente pacífica, sólo comparable al funeral de Irigoyen. Fue la culminación de un proceso en el cual, tras una década y media de lucha reformista, la clase obrera llega a la máxima penetración posible en el seno de las instituciones burguesas. Habiendo dado buena parte de esa lucha con otro personal políti-

co (el comunismo, el socialismo y el sindicalismo revolucionario), encuentra en la fracción militar que sostiene a Perón un reemplazo idóneo para esta tarea. Por eso es que Perón puede mantenerse en el poder: porque responde a la estrategia de la clase obrera. Eso lo llevó a una disputa interna en el seno del gobierno militar con las fracciones más cercanas a la fracción burguesa dominante, cuya cara visible era el General Ávalos. Durante el primer año y medio del golpe militar que en 1943 destrona al presidente conservador Castillo (que intentaba dejar su lugar a Robustiano Patrón Costas, un terrateniente dueño de ingenios azucareros en Salta y partidario de una línea política pro-norteamericana), Perón intenta, desde la Secretaría de Trabajo y Previsión, una política de acercamiento a los sindicatos. Esa política es crecientemente combatida por el conjunto de la fracción burguesa dominante, que se moviliza en las calles, logrando que las tendencias militares más afines, sobre todo en la Marina, produzcan un golpe de estado interno, sin desplazar al Presidente Farrell, pero sí a Perón y su entorno. El hecho se produce el 9 de octubre y termina con Perón entregándose sin resistir, trasladado días después a Martín García. La política de los ganadores es vacilante y se hace patente que no tienen plan alguno más que dar marcha atrás con las reformas peronistas. Esa dilación permitió a los partidarios de Perón agitar la necesidad de su retorno. Desde el día 9 se suceden reuniones entre direcciones sindicales, buscando lanzar una huelga general. Incluso ya para el día 15 los ánimos están suficientemente caldeados como para que gremios del interior se declaren en huelga por cuenta propia. El 15 mismo se obtiene la declaración de huelga general por parte de la CGT, que sería confirmada el día 16 para realizarse el 18. Las direcciones sindicales pro-peronistas se adelantan y las masas salen a la calle el 17.

La multitud ocupó la Plaza de Mayo ante la mirada neutral (complaciente dirán otros) de la policía. Desde temprano, gruesas columnas arribaron desde Avellaneda y todo el sur del conurbano, incluso atravesando a nado o en botes el Riachuelo cuando, en un intento de parar a las masas, se ordenó levantar los brazos de los puentes que unían provincia y capital. Durante toda la tarde la multitud acampó en el centro de la ciudad, en un día en que el calor obligó a muchos a sumergir los pies cansados en la fuente central de la plaza. Nacía así la imagen poderosa de una ciudad

invadida por "bárbaros" que mojaban "las patas en fuente". La consigna única fue el retorno de Perón y todo culminó, también pacíficamente, cuando, al final del día, el Coronel aparece en los balcones de la Casa Rosada, reinstalado en el poder.

Entre los elementos en disputa en torno al 17 de Octubre de 1945, figura el papel cumplido por Eva, por los sindicatos y por la CGT. La imagen corriente en los '70 es la de una Eva recorriendo las barriadas y levantando a la población para ir en rescate de su líder. Nada más falso: Eva parece haber tratado de convencer a Perón de la conveniencia de abandonar todo y olvidar la vida política. Sobre el papel de los sindicatos, la historia "oficial" sostiene que no tuvieron ningún rol en el hecho y que la movilización habría sido completamente espontánea. Nada más falso (salvo el punto anterior): los sindicatos más afines a la política peronista venían organizando y movilizando desde que se supo la noticia de la caída de Perón y presionaron permanentemente a la CGT para que declarara la huelga general. Sin embargo, la noticia de la decisión aceleró y legitimó los preparativos en marcha por parte de las bases sindicales y los dirigentes más importantes, como Cipriano Reyes, responsables en buena medida del resultado.

La estrategia de la clase obrera

Uno de los grandes debates sobre la lucha de la clase obrera discurre en torno al problema de los determinantes de la acción obrera: ¿por qué los obreros hacen tal o cual cosa o, lo que es lo mismo, no hacen tal o cual cosa? La pregunta suele dar por sentado que sabemos qué ha hecho la clase obrera, que hemos examinado sus acciones y las conocemos a la perfección. Lo común es, sin embargo, que se reemplace la acción de la clase por la de sus supuestos "representantes": partidos, sindicatos, políticos destacados, etc. Se confunden, entonces, la historia de la clase y la de sus instituciones: el movimiento obrero, el movimiento socialista, etc. Por otro lado, otra sustitución suele producirse a nivel de aquello que se examina, donde normalmente lo que se dice reemplaza a lo que se hace. Así, suele privilegiarse el análisis de programas y proclamas, antes que aquello que se hace mientras se dice tal o cual cosa. El resultado de ambos mecanismos es que se confunde

lo que la clase obrera hace con lo que otros hacen o dicen. Quien mejor ha planteado este problema es, precisamente, el autor del único trabajo importante sobre la huelga general del '36, Nicolás Iñigo Carrera.

Estas precisiones, correctas, se apoyan en un presupuesto básico del materialismo, a saber, que la acción precede normalmente a la conciencia. De allí la importancia de observar no lo que se dice sino lo que se hace. Se apoyan también en la idea, correcta otra vez, de que la clase crea sus instituciones y no a la inversa. Sin embargo, este presupuesto metodológico, que permite concentrarse en la estrategia que objetivamente realiza la clase obrera en sus acciones, deja sin explicar los determinantes de esa estrategia. La respuesta suele privilegiar el determinante más general, a saber, la etapa en que se encuentra el desarrollo del capital. Así, un capitalismo donde domina el crecimiento en extensión por sobre el crecimiento en profundidad tendría tendencias inclusivas que harían más viable una estrategia reformista. Un capitalismo donde domina el crecimiento en profundidad tiende a expulsar población, generando tendencias contrarias al reformismo. Sin embargo, este determinante general no alcanza a dar una explicación respecto a la orientación obrera en un momento determinado: las revoluciones socialistas se produjeron en capitalismos que se expandían en extensión, mientras capitalismos cuyo desarrollo en profundidad predomina hace mucho, no han visto ninguna erupción política acorde a la esperada. Todo lo contrario, los capitalismos más avanzados parecen más inmunes a la estrategia revolucionaria de la clase obrera.

Las tendencias revolucionarias aparecen en aquellos lugares y momentos en que un sistema social está en descomposición. Pero la posibilidad de tal descomposición, para un capitalismo dado, no puede medirse en el estrecho marco de la acumulación nacional de capital. Hay que observar, también, la economía mundial. Un capitalismo que crece en profundidad, es decir, incrementa la productividad del trabajo en sus fronteras, tiene más posibilidades de sobrevivir que otro que no puede hacerlo, porque lo desplaza del mercado. Ese desplazamiento puede asumir la forma de descomposición o no. Ello obedece al proceso de despliegue desigual, en el tiempo y en el espacio, de las contradicciones capitalistas. De modo que estos procesos generales no explican per sé

el surgimiento de tales o cuales estrategias en el seno de la clase obrera.

Los determinantes de la acción, entonces, deben incluir otros elementos de la vida social. En particular, es necesario tener en cuenta el proceso mismo de la lucha de clases, a nivel nacional e internacional. Y los programas que se expresaron exitosa o fracasadamente en ella. Es decir, los determinantes de la acción obrera deben incluir los resultados materiales (es decir, organizativos) y políticos de la lucha de clases. Por esta vía, lo que "se dice" no es una simple cobertura externa a lo "que se hace": participa como un determinante secundario de la acción. Así, la estrategia de la clase obrera, como la de cualquier clase brota del proceso mismo de lucha, en el contexto de determinantes objetivos generales. Sobre esta base, podemos intentar una periodización de la lucha de la clase obrera argentina.

Para una periodización de ese tipo, es necesario poner el eje en el campo en el que suele librarse la lucha, campo que determina en buena medida cuáles serán los límites objetivos de la misma. Así, la elección del sistema institucional (el sistema político, el gobierno, los partidos políticos, los sindicatos, el sistema judicial, etc.), como marco y la defensa de la fuerza de trabajo como mercancía (duración de la jornada de trabajo y el precio de la fuerza de trabajo) como objetivo, definen a una estrategia de corte reformista. La elección de métodos de acción directa como instrumentos de lucha tiende a alejar a la lucha obrera del sistema institucional, aunque no necesariamente de objetivos reformistas. No obstante, la creciente necesidad de esos métodos para estos objetivos, es síntoma de limitaciones en el sistema que obligan a cuestionar esos objetivos limitados, en un proceso que lleva al enfrentamiento con el Estado y, al menos potencialmente, con el capitalismo. Un período donde domina esta última tendencia, puede dar lugar a una estrategia revolucionaria, es decir, a una acción de tipo insurreccional con objetivos que cuestionan la condición asalariada.

Si uno intenta esa periodización en la historia de la clase obrera argentina, se encuentra con que desde el origen del movimiento obrero hasta la Semana Trágica, el proletariado tiene una tendencia a actuar por fuera del sistema institucional. Es decir, apela menos a las negociaciones, a las relaciones políticas con el

gobierno de turno, o de las instituciones de defensa corporativa (como los sindicatos) y tiende a tener una fácil salida a la calle. Por eso, el período que va de 1900 a 1919 está jalonado por un elevado número de huelgas generales que se manifiestan muy violentamente (huelgas generales de 1902, 1904, Semana Roja de 1909, huelga del Centenario, Semana Trágica), sin intervención de negociación alguna con el gobierno y que tienden a la forma de la acción directa. Los objetivos no escapan del marco capitalista, pero la resistencia a concederlos por parte de la burguesía va llevando a una creciente politización, que se expresa en el crecimiento del anarquismo. Por el contrario, desde la huelga general de 1921 hasta la caída de Perón en 1955, la acción de la clase obrera tiende a canalizarse institucionalmente. Eso no quiere decir que el período anterior fuera de tipo revolucionario, sino que la tendencia a la formación de una estrategia revolucionaria era más fuerte que en el posterior.

Si uno observa la situación después del '55, puede notar que la clase obrera retoma esa tendencia a la acción directa, a la desestatización de su accionar. Obviamente, el epítome de ese giro es el período que va desde el Cordobazo a la huelga general contra el Rodrigazo. Pero antes se puede mencionar la huelga del Frigorífico Lisandro de la Torre en el '59, entre otros ejemplos. Desde el Cordobazo hasta el '76, la acción directa tiende a primar sobre la acción institucional. Del '76 hasta, por lo menos, el Santiagueñazo, la tendencia vuelve a ser la ausencia completa de acción, o bien la acción dentro del sistema institucional. Está claro que uno podría mencionar unos cuantos hechos, no todos de alcance nacional, que del '93 para acá tienden a reflotar otra vez esa tendencia a la formación de una estrategia revolucionaria. Volveremos sobre este punto en el capítulo sobre el Argentinazo. Quedémonos ahora en el proceso que va del '21 al '45.

El período en cuestión ve predominar la estrategia reformista de la clase obrera. En este marco, la huelga general del '36 es una experiencia extraña. En el libro que menciono más arriba, Nicolás Iñigo Carrera cuenta cuánto le costó encontrar la huelga. Por empezar, los propios participantes no la reconocen. Los historiadores tradicionales del movimiento obrero, todos ellos militantes obreros, Rubens Iscaro, Jacinto Oddone, Sebastián Marotta, no la mencionan. Alguno la comenta de pasada como una extensión,

como una huelga de solidaridad con la huelga de la construcción. Incluso cuando Iñigo Carrera entrevista a protagonistas de la huelga general, éstos preguntan "¿cuál huelga general?", "Ah, la huelga de la construcción". La pregunta que Carrera se hace es obvia: ¿por qué semejante ocultamiento, semejante abandono, semejante desmemoria? Porque en este caso no se trata de la burguesía que quiere ocultarlo, sino que el propio protagonista no lo reconoce como un hecho sustantivo. La respuesta que elabora el autor citado es que todo el período es leído como una preparación, como una antesala del 17 de Octubre. En la medida en que el 17 de Octubre es la culminación de esta tendencia reformista de la que hablábamos antes, la culminación de la lucha democrática de la clase obrera de todo el período, incluso la memoria de los protagonistas del período, tiende a leer ese proceso como algo que desemboca necesariamente en el peronismo. Por lo tanto, no se registran aquellas acciones que no encajan en esa lógica. Tal el caso de la huelga del '36, que expresa la tendencia insurreccional de la clase obrera. El texto de Iñigo Carrera tiene la virtud de mostrar que en un período eminentemente reformista, persiste en el seno de la clase obrera una estrategia de corte insurreccional. Es un argumento importante contra quienes esencializan la conciencia de clase, ya sea por izquierda (la clase obrera siempre es revolucionaria) como por derecha (la clase obrera siempre fue reformista).

La pregunta que queda sin respuesta convincente es por qué triunfa esta tendencia reformista en la clase obrera argentina. El primer elemento de la respuesta es el proceso económico más general: la expansión en extensión del capitalismo argentino. Está ligado al crecimiento industrial y a la transformación de los procesos de trabajo, al desarrollo de la manufactura moderna y de la gran industria. Este proceso más general no sólo amplía la masa explotable sino que le da una organización nueva, a gran escala. Es el momento de pasaje del sindicato de oficios al sindicato por rama de industria. Los sindicatos por oficio necesariamente eran débiles, con una escasa capacidad de movilización a gran escala. El desarrollo industrial es precisamente el que se va a llevar por delante a los oficios y, por lo tanto, a esos sindicatos porque el establecimiento de métodos industriales provoca la desaparición de oficios enteros. El trabajo se simplifica, los conocimientos de un

obrero artesanal o de un obrero manufacturero se pierden y por lo tanto, esa descalificación da origen a una capa de obreros menos calificados, pero más homogénea. Nadie sabe nada importante (en comparación con la situación anterior), el trabajo es más sencillo, no tiene calificación y, en consecuencia, no hay jerarquías. Ya no se habla de oficiales, maestros, medio-oficiales y categorías por el estilo porque la máquina ha simplificado la producción y no hay lugar para tales recortes inexistentes. Cuando esa terminología se mantiene, no tiene por función retratar una jerarquía de conocimientos sino más bien una jerarquía de autoridad. La contra cara de este proceso es la formación de los grandes batallones de la clase obrera, concentrados, homogéneos y poderosos, que se expresan en una estructura sindical que refleja ese poder.

Por eso es que a partir de la década del '20, y sobre todo en los '30, asistimos a la aparición de los sindicatos que hoy nos resultan familiares: la UOCRA, la UOM, la Asociación Obrera Textil, etc. El resultado de este proceso es una potenciación de la capacidad militante, de la capacidad sindical, agrupamientos de trabajadores que representan a todos los trabajadores por rama de industria a nivel nacional. Esta organización fue muy resistida por el gobierno y por las patronales porque significaba poner delante de ellos una fuerza extremadamente poderosa. Pero también fue resistida por orientaciones políticas y sindicales en el seno de la clase obrera, como el anarquismo, defensor de la estructura de oficios. No hace falta explicar que esta ceguera ante las transformaciones irreversibles de la estructura productiva fue el golpe de gracia del movimiento libertario. La orientación política que mejor capitalizó esta transformación fue el Partido Comunista, que va a crecer muchísimo en la década del '30. Protagonizará varias huelgas gloriosas, muy extensas, huelgas que significaron verdaderas batallas en la construcción del moderno sindicalismo argentino. El estalinismo y los errores políticos del PC, en particular su apoyo a Videla, no debe hacernos olvidar de esta etapa creadora del sindicalismo comunista.

Este poder acrecido de la clase obrera se apoyaba además en el mayor peso de la clase en su conjunto en la estructura de clases, debido a la proletarización de contingentes pequeño-burgueses y campesinos. Con lo que se va a conocer después como el proceso de "migraciones internas", el proletariado del litoral va a

ver engrosadas sus filas abruptamente a partir de comienzos de los '20. Proceso de migraciones que resultan de transformaciones productivas en la región pampeana, pero también en el interior del país. Crecida en número, fortalecida por su posición en el proceso productivo, con sus músculos desarrollados por la organización industrial, esta clase obrera estaba en condiciones de plantearse tareas de orden nacional. Todo la empujaba hacia un protagonismo creciente en la vida política. No se explica, todavía, por qué ese papel tenía que desarrollarse en un drama esencialmente burgués como es el nacionalismo reformista del peronismo.

A diferencia de otros capitalismos, el argentino resultó favorecido por la crisis mundial. Como todo capitalismo débil, el quiebre del mercado mundial resulta en una oportunidad, momentánea pero oportunidad al fin, de evitar la competencia de los capitalismos poderosos y desarrollar la acumulación de capital en el mercado interno. En el caso argentino, se agrega la particularidad que ese mercado interno está sostenido por una rama de la producción extremadamente eficiente, el agro, tanto por la escala de la producción como por condiciones naturales de clima, suelo y ubicación. Esa es la razón por la cual el capitalismo argentino se recupera muy rápidamente de una crisis que se llevó a la tumba a varios. Está aquí presente la base material del reformismo.

Pero que fuera posible financiar la reforma, no crea la estrategia reformista de la clase obrera. No puede explicarse el dominio de las tendencias reformistas en el seno de la clase obrera sin recordar que en la Semana Trágica la clase obrera sufrió una derrota de tipo histórica, que congeló su desarrollo como clase durante toda la década que le siguió. Una derrota que se profundizó con el golpe de Uriburu y la represión posterior. Derrotas que son el correlato local de una experiencia similar en el resto del mundo, donde salvo la U.R.S.S., lo demás se resuelve en fracaso. Es la era del ascenso del fascismo, una tendencia que no se altera por el Frente Popular francés y que sólo hubiera sido revertido por un triunfo comunista en España. Este panorama se refuerza por la conversión a la estrategia frentepopulista del comunismo, que lo lleva a la colaboración de clases que terminará en el peronismo, paradójicamente, siendo el propio PC el pato de la boda. Una clase obrera educada de esa manera no sólo por el PC sino también (y tal vez en mayor medida) por el socialismo juanbejustista, no

tenía mucho material sobre el cual construir una estrategia diferente. Sobre estos procesos se sobreimprime la coyuntura local de la desocupación y la miseria que marcaron el comienzo de la década del '30. En ese contexto, no resulta extraño que la tendencia a ingresar al sistema institucional fuera la dominante. Sólo se trataba de elegir el personal político más adecuado. La parte de ese personal que surge de la clase va a encontrar un reservorio notable de funcionarios dispuestos en la tendencia que dominaba el movimiento obrero argentino desde el gobierno de Irigoyen, el sindicalismo revolucionario. Como ya señalamos, eran dirigentes sindicales que no se embanderaban con ningún partido específico, porque ese embanderamiento dificultaba la relación con el gobierno, relación de la cual extraían parte de su fuerza. Eran la tendencia más institucionalista aunque su discurso estuviera plagado de críticas a la "politiquería" mientras cultivaban excelentes relaciones con el gobierno de turno, desde Irigoyen a Perón, pasando por Alvear y Agustín Justo.

En el caldero de los resultados sociales inmediatos de la crisis del '30, esta tendencia a la reforma tiene todas las de ganar. Un movimiento obrero que crece muy concentrado, muy poderoso, desarrollado en sindicatos por industria, en un contexto de una década de fuerte crecimiento industrial, o sea de expansión del ejército de trabajadores en activo, en medio de reivindicaciones laborales muy poderosas, producto de la crisis. El comienzo de la década del '30 se caracteriza por desocupación, salarios bajos y situaciones de miseria muy aguda. Es la época en la que aparecen las "villas miseria", de los tangos como *Yira, Yira*: "cuando rajés los tamangos, buscando ese mango que te haga morfar, la indiferencia del mundo, que es sordo y es mudo, recién sentirás..."; "cuando no tengas ni fe ni yerba de ayer secándose al sol...". Es la época de las camas por un peso: como los trabajadores no alcanzaban a alquilar un cuarto, alquilaban camas para dormir, lo que dio origen al sistema de "cama caliente" (no alcanzaban a enfriarse las sábanas porque se levantaba uno y se acostaba otro). Eran condiciones de explotación muy férreas y además de alargamiento de la jornada laboral, producto de la depresión, de la crisis, pero también de la represión uriburista. Bajo el irigoyenismo, el sistema político había dado cabida en algún grado a la clase obrera. Los obreros nativos, sobre todo en la década del '20, formaban parte

de la red clientelar del radicalismo y de la estrategia del Partido Socialista. Por lo tanto, tenían algún grado de inserción en el sistema político. Pero, en la década del '30, de Uriburu en adelante, con el fraude, con la Concordancia de Justo, con la virtual inexistencia de mecanismos democrático-burgueses respetados, la situación de indefensión laboral, de desocupación, de miseria y caída de salarios, se veía acompañada de una negación de la participación política de los trabajadores, de relación con el sistema institucional. Una situación muy parecida a la de la década que va de 1900 a 1910. En estas condiciones, triunfa el reformismo y no la revolución. Triunfa el 17 de Octubre y no el '36.

¿Qué puede decirnos este proceso acerca del Argentinazo? Como lo vamos a ver más adelante, el capitalismo argentino tiende a crecer más en profundidad que en extensión, en un contexto mundial en el que no puede hacer frente a la competencia y sobre una base todavía agraria cuya importancia relativa en el conjunto de la economía mundial y nacional disminuye. En tal situación, el capitalismo en la Argentina posee fuertes tendencias a su disolución, proceso que no puede no incluir a las superestructuras. No sólo la economía se quiebra, sino que asistimos a un proceso de bancarrota general de todas las instituciones, en particular, del sistema político. Esa es la causa más profunda del Argentinazo y que crea las condiciones para la aparición de una estrategia revolucionaria y dificulta el accionar de las estrategias reformistas. Aún así, este proceso no alcanza para explicar el surgimiento de la estrategia revolucionaria en el seno del proletariado argentino, en particular, para explicar la lentitud con la que ella se abre camino en un contexto que pareciera muy propicio. Es indudable que las derrotas a nivel nacional (el Proceso Militar) e internacional (la "caída del muro") son determinantes de peso.

La naturaleza del peronismo y los límites del reformismo

Hasta no hace mucho, nadie hubiera discutido una asimilación directa entre peronismo y clase obrera, a pesar de que siempre existieron fracciones no peronistas en el proletariado argentino post 17 de Octubre. ¿Por qué? Para los peronistas la respuesta

era muy sencilla: la clase obrera, por "naturaleza", era peronista. Una imagen que compartían muchos no peronistas e incluso casi todos los anti-peronistas. De más está decir que no existe ningún elemento "natural" en una determinada orientación política de la clase. Aún así, la idea de que el peronismo y la clase obrera tenían una relación muy intensa es obviamente cierta. Esa es la razón por la cual el 17 de Octubre marca la historia argentina y la corta a la mitad. Esta importancia crucial del peronismo en la vida argentina marca todas las interpretaciones que se han hecho sobre el fenómeno, sobre la clase obrera que construyó el peronismo, sobre Perón y el propio 17 de Octubre.

Para la tradición peronista, el 17 de Octubre es el día de la "lealtad", el inicio de una nueva era en la Argentina, de una verdadera revolución. Hay intelectuales peronistas que consideran que el peronismo es un fenómeno revolucionario y que el 17 de Octubre es el momento del nacimiento de ese fenómeno revolucionario. Rodolfo Puigróss, por ejemplo, hace una lectura de este tipo. Por el contrario, desde la óptica del Partido Comunista Argentino y de otras corrientes de izquierda, el peronismo es un movimiento fascista y por lo tanto el 17 de Octubre es una especie de Marcha sobre Roma. Rodolfo Ghioldi, histórico dirigente comunista, es quien mejor ha expresado esta idea. De una manera más devaluada, sin identificarlo directamente como fascismo, pero sí como agente del imperialismo inglés, trotskistas como Milcíades Peña y Nahuel Moreno, caracterizaron al peronismo como un movimiento pro-imperialista[2]. Por lo tanto, el 17 de Octubre no fue un acto revolucionario ni nada que se le parezca, fue simplemente un día de domingo donde sacaron a pasear a la gente a la calle. Peña llega a afirmar que el 17 de Octubre fue un resultado del accionar policial, es decir, lo inventó la policía. Hay otras caracterizaciones. La que a mi me gusta más es la de un intelectual, no trotskista pero sí trotskizante, que es Silvio Frondizi, el hermano de Arturo Frondizi. Silvio Frondizi lo define como un gobierno de tipo bonapartista. Es decir, en un momento de relativa paridad de fuerzas entre las clases sociales, en el que la

[2] Milcíades Peña perteneció a la corriente trotskista conocida como "morenismo", por su fundador, Nahuel Moreno. De esa corriente surgen los actuales MAS, MST y PTS, entre muchos otros partidos y grupos.

burguesía está debilitada y la clase obrera irrumpe con mucha fuerza, un personal político no tradicional logra flotar entre las clases y llegar al poder. En un primer momento se inclina a favor de la clase obrera para contrarrestar el peso de la burguesía; en otro momento se inclina por la burguesía para controlar a la clase obrera. Frondizi, entonces, caracterizaba al peronismo como el último momento de la revolución democrático burguesa en la Argentina y el último intento de la burguesía argentina por un desarrollo capitalista de tipo nacional. Es decir, el peronismo no expresaría tanto una novedad como la culminación de todo un desarrollo previo. El 17 de Octubre sería, en esta interpretación, el momento en que, ante las vacilaciones de la clase dominante, irrumpe la clase obrera para inclinar la balanza a favor de una de las facciones burguesas en disputa.

Está claro que todas estas interpretaciones muestran el grado enorme de divergencia que existe acerca de la "naturaleza" del peronismo. Estas divergencias han permitido decir a muchos autores peronistas que el peronismo es un fenómeno inexplicable, uniéndose así a la derecha reaccionaria que lo define, como Borges, como un "aluvión zoológico", es decir, una irrupción irracional, animalizada, carente de toda racionalidad. La idea de que el peronismo no se puede comprender esconde la voluntad de no discutir qué es el peronismo, lo que ha permitido lavadas de cara a derecha e izquierda y no tener que dar cuentas por los errores políticos cometidos. El que mejor condensó estos prejuicios, en una interpretación que se ha convertido en clásica, es el sociólogo Gino Germani. Para Germani, la clase obrera argentina del momento es incapaz de hacer una opción política independiente. ¿Qué dice la tesis de Germani? La culpa no es nuestra, el problema es que los obreros son brutos. Una reproducción del esquema Civilización o Barbarie, de Sarmiento. Para Germani, la clase obrera de la década del '30 era una clase nueva, no era esa vieja clase educada, de origen italiano y español. No, esta "nueva" clase obrera se compone de los migrantes internos: santiagueños, tucumanos, correntinos, salteños. Una clase obrera venida del interior, los "cabecita negra". Esta gente, criada en los ingenios, en la haciendas, está acostumbrada a decirle sí al patrón. No tiene experiencia de lucha, no tiene experiencia sindical, no tiene cultura política. Una sarta de brutos, por decirlo lisa y llanamente.

Crece la industria en el litoral y toda esta masa se vuelca a sus grandes ciudades. Resultado: la vieja clase obrera europea, culta, inteligente, educada, se ve sobrepasada por estos inmigrantes internos. Son lo que Gemani llama una "masa disponible" que termina en manos de cualquier demagogo. Perón aparece como una especie de mago manipulador, como en la novela de Thomas Mann, *Mario y el mago*. Mann personifica a Mussolini en un mago que hipnotiza a la gente y le hace hacer toda una serie de cosas humillantes. En otra novela, *Señor y perro*, Thomas Mann completa su imagen del problema y su solución. Se trata de una historia muy sencilla, de un señor que sale a pasear con su perro. Uno se da cuenta rápido que cuando describe al señor, está hablando de la aristocracia liberal alemana y cuando describe al perro, se trata del pueblo alemán, que es bueno porque se porta bien, porque le trae el diario, porque no deja los huesos en la cocina, etc. Una visión aristocrática y, por lo tanto, paternalista y autoritaria que encaja bastante bien con la sociología de Germani, que iba a ocupar un lugar central en la sociología argentina, por su obvio carácter anti-peronista y por las ventajas que ofrecía a la izquierda para lavar trapos sucios. Con estas categorías absurdas, se trataba de disfrazar lo que es una tontería evidente, que tiene tufo racista y oculta una derrota política.

Si volvemos a *Mario y el mago*, encontraremos en su desenlace otros elementos afines a la tradición germaniana. El mago se ríe de todo el mundo, hasta que hipnotiza a un joven, Mario, que se venga a sí mismo y al resto pegándole un tiro al manipulador. A Thomas Mann no se le ocurrió mejor cosa que derrotar al fascismo a la manera de un aristócrata liberal: como un acto de arrojo personal contra el individuo causante del mal. Nada de lucha de clases, por supuesto. Parte de la explicación de Germani entronca con otra concepción del problema que lo reduce a la figura de Perón. En general, es una explicación muy extendida en círculos anti-peronistas o, más específicamente, gorilas, como se decía en la época. Es al mismo tiempo la explicación más superficial de los hechos históricos: la historia es el resultado de la acción de individuos excepcionales. La culpa es de Mitre o de Rosas o de Sarmiento. La culpa es de Perón o de Videla. En vez de ver el fenómeno social, se observa la personificación de las relaciones sociales. Se explica el peronismo por Perón, en lugar de expli-

car a Perón por el peronismo y al peronismo por la clase obrera. Incluso muchos historiadores que reconocen la capacidad de la clase obrera para actuar, para tener sus propios intereses, para decidir, le otorgan a la figura de Perón un peso relevante en la explicación.

Siendo correcta la crítica que acabamos de adelantar, no necesariamente hay que descartar por completo la idea de que los individuos excepcionales tienen su lugar en el proceso histórico. En la tradición marxista existe un debate acerca de lo que se llamó "el papel del individuo en la historia". Hay diversas interpretaciones, desde Plejanov y su famoso, precisamente, *El papel del individuo en la Historia*, donde defiende que sin Robespierre habría habido revolución francesa igual, a Trotsky y su no menos famosa aseveración acerca de que sin Lenin no hubiera habido Revolución Rusa. Las dos afirmaciones, parecen contradecirse. En realidad, lo que ambos dicen es correcto, más allá del aparente antagonismo. La historia busca a su personaje y el personaje constituye esa historia. Un individuo no cambia la historia, pero Perón (o Lenin, o Mao) no es simplemente un individuo. Es un individuo que condensa en su persona un cúmulo de relaciones sociales y políticas. Es decir, expresa los deseos, las voluntades, de millones de personas y, por lo tanto, sus acciones representan el movimiento de esas relaciones. Por eso, no es lo mismo matar a Juan Pérez que matar a Perón. Porque matando a Perón se disuelven, al menos momentáneamente, todas las relaciones que Perón centraliza. Eso no quiere decir que no puedan recomponerse y seguir su marcha, pero se trata de un golpe importante. De allí que, en el arte de la guerra, un golpe certero a la dirección de una fuerza suele resultar un elemento importante en la victoria.

Pero, aún así, aún reconociendo que la personalidad puede tener un lugar más o menos importante en determinadas coyunturas, la tendencia a explicar el peronismo por Perón ha impedido entender qué es el peronismo y el relativamente escaso lugar que su persona misma tuvo en el desarrollo inicial de los acontecimientos. Entre otras cosas, se olvida toda una serie de datos históricos concretos. Por ejemplo, que una semana antes del 17 de Octubre, Perón está liquidado. El 17 de Octubre, Perón está preso, ha sido desalojado del gobierno con todos sus aliados. Es la clase obrera la que, saliendo a la calle, lo recoloca en el poder. Hay

quien dice que la tarea de organizar la resistencia quedó en manos de Eva, o de la policía. Eso falso, sencillamente falso. Lo que sí corresponde a la realidad es que las organizaciones sindicales que tenían mayor actividad en el momento y que estaban más ligadas a Perón fueron las que canalizaron la protesta. Obviamente, no fue la cúpula de la CGT la que dirigió el movimiento o lo impulsó. La cúpula de la CGT declaró la huelga después, porque un organismo de semejante poder, que no dependía de Perón para sobrevivir, no se juega hasta último momento. Pero los dirigentes sindicales menores movilizaron durante todo el día y fueron el eje de la conducción del 17 de Octubre. El dato curioso es que la mayor parte de estos dirigentes sindicales provenían de la década del '20, de aquella clase obrera tradicional, de origen español e italiano. En realidad, los sindicatos en los cuales tenían mayor peso los migrantes internos casi no participaron de la construcción del 17 de Octubre. Para decirlo con más énfasis, como sostiene Juan Carlos Torre, es la vieja guardia sindical, la que tiene mayor trayectoria política e intelectual, la que construye el peronismo.

De modo que la cruda realidad que Germani y buena parte de la izquierda no quiere aceptar es que la clase obrera en ese período tiene una estrategia dominante reformista y que el personal que encuentra para realizarla no es el que esa izquierda, incluido Germani, esperaban. Lo que habría que preguntarse es si esa estrategia mejoraba las condiciones de la clase obrera, con qué límites y a qué precio. Que no fue una apuesta inútil lo demuestra el hecho que la clase obrera argentina consiguió, con el peronismo, las mejores condiciones históricas para la venta de fuerza de trabajo que haya podido conseguir en la Argentina, antes o después. Es más, la clase obrera argentina llega a tener condiciones de vida muy difícilmente comparables en el resto del mundo, incluso cuando hablamos de clase obrera norteamericana, inglesa o francesa. Es una apuesta completamente racional. Sobre todo porque entronca con un momento de crecimiento en extensión del capitalismo argentino, un momento de inclusión, de incorporación de las masas a la producción y a la ciudadanía. El 17 de Octubre es la culminación de esa estrategia reformista.

Como vamos a ver más adelante, este reformismo extremadamente exitoso del 17 de Octubre y del peronismo va a marcar toda la historia posterior de la clase obrera argentina hasta prácti-

camente el día de hoy. Una historia que recién se va a empezar a discutir con el Cordobazo, y que no alcanza a remontar el enorme peso del reformismo en la clase obrera. Nadie abandona una estrategia exitosa hasta que no se demuestra palmariamente que no sirve más. Hay que remarcar este punto porque ayuda a entender por qué el peronismo es tan fuerte en el seno de la clase obrera y a entender también por qué la clase obrera tiene dificultades para cambiar de estrategia en la coyuntura que va del Cordobazo a marzo del '76.

En el seno de la izquierda, la conciencia de esos errores tardó mucho en abrirse paso, aunque una vez lograda una mayor comprensión del asunto, ello no se tradujo en una mejor política sino en una recurrente capitulación ante el peronismo. El caso más claro es el del Partido Comunista, que resultó, vaya paradoja, "corrido por izquierda" por un personal político con simpatías por el fascismo. No hay que pensar, sin embargo, que se trataba de simple idiotez por parte de los estalinistas locales. Estamos en la Segunda Guerra Mundial y el Partido Comunista (también el Partido Socialista) está jugando una batalla internacional, del lado de los aliados. La Argentina era proveedora de alimentos y materias primas para los aliados y, por lo tanto, hacer huelga contra las empresas aliadas era una cuestión difícil porque ambos sostenían una alianza con la burguesía "democrática" para derrotar al fascismo, lo que los alejaba de la lucha de clases inmediata. Esto parece haber sido particularmente grave en gremios como la Unión Ferroviaria, en lucha contra la patronal inglesa, aunque ayudaba en gremios como la construcción, donde la patronal era alemana. Muchos historiadores poco simpáticos con el comunismo o con el socialismo tienden a tomar esto como una excusa miserable, como un argumento poco serio para ocultar el carácter reaccionario o pro-burgués de ambos partidos. Sin embargo, una cosa no contradice necesariamente a la otra. El Partido Comunista Argentino era parte de un partido internacional, bueno o malo, reaccionario o progresivo, burocrático o revolucionario, no importa. Y, por lo tanto, lo que hacía en la Argentina, no importa tampoco si bien o mal, tenía que ver con ese aspecto internacional. En ese sentido, era mucho más progresivo que el sindicalismo nacionalista, porque frente a eso enarbolaba cierto internacionalismo.

En algún grado, esto sirvió de excusa para políticas más miserables aún en el seno de la clase obrera, políticas que en nombre de la lucha por reivindicaciones justas, abandonaban cualquier consideración de la situación internacional, como si un triunfo del nazismo fuera un fenómeno ajeno a los intereses del proletariado argentino. De allí el rechazo al internacionalismo del que ha hecho gala siempre el sindicalismo peronista. El problema no es el internacionalismo, sino la política que lo guía: la subordinación a Moscú y, por ende, a la burocracia contrarrevolucionaria de la Unión Soviética. Pero eso no quita que, aunque falso, su internacionalismo buscaba incorporar a los trabajadores argentinos a una perspectiva mundial. No es una simple excusa el hecho de que el comunismo tuviera la obligación de no afectar los intereses ingleses y norteamericanos para no afectar el esfuerzo de guerra. Porque efectivamente hay lucha de clases a nivel mundial. Una batalla en alianza con la burguesía "liberal" y subordinada a ella (eso es el frente popular), pero una batalla al fin contra el fascismo. De modo que la política de defensa del estado obrero y de los obreros de los países capitalistas dominados por el fascismo no es una cuestión menor. Por lo tanto, no importa lo que uno opine del Partido Comunista y la Unión Soviética, lo que es cierto es que un partido internacional tiene obligaciones internacionales. Se podría decir que ese Partido Comunista tiene una idea más clara, más cabal, más amplia de la realidad de la clase obrera que las tendencias sindicalistas inmediatas. Se preocupa por la totalidad, es decir, por la clase obrera como fenómeno mundial. Con una mala política, pero ese es otro tema. Cuando José Peter, uno de los líderes del sindicalismo comunista y uno de los constructores del sindicato de frigoríficos, se ve obligado a morigerar su militancia en nombre de no afectar los embarques de carne para la guerra, está cumpliendo deberes de un militante internacional. Perón muy astutamente va a utilizar a un militante al cual esos problemas internacionales le tienen sin cuidado, como Cipriano Reyes, para crear un sindicato que no se preocupa más que por los intereses más inmediatos de la clase. Como el nazismo no triunfó, no estamos hablando hoy de de la miopía de Cipriano Reyes y compañía. Pero si el fascismo hubiera triunfado, hoy día José Peter sería un héroe.

Los socialistas, en menor medida, también respondían a las necesidades internacionales de la clase obrera. Pero la distancia que separó al Partido Socialista de la clase obrera no comenzó con el peronismo. Tiene que ver más con un reformismo que siempre esquivó la lucha de clases y, por lo tanto, se condenaba a los debates parlamentarios como toda forma de acción. Por una u otra razón, tanto el Partido Socialista como el Partido Comunista terminaron aliados a la Unión Democrática y enfrentados a la clase obrera argentina. Lo que significaba aliarse a los patrones que habían garroteado a los obreros durante años. Por lo tanto, a los obreros no les costaba mucho elegir entre Perón, de quien se decía que era fascista pero aumentaba los salarios, otorgaba vacaciones y aguinaldo, reforzaba la organización sindical, y la Unión Democrática, que no daba garantía alguna de respetar ninguna de esas cosas. Por lo tanto, cuando uno interpreta la acción de la clase obrera en el período, tiene que interpretarlo en este contexto: la clase obrera se da la mejor dirección que encuentra para realizar sus intereses. Y esa dirección, por las razones apuntadas, no eran los radicales, ni los socialistas, ni los comunistas. Era un conjunto variopinto de allegados de los más insólitos parajes de la política argentina (y mundial), centralizados por un coronel de tendencias fascistoides.

Un problema distinto es el límite histórico del reformismo, problema que hoy tiene una actualidad que no tenía en 1945 y que permite pensar el futuro del Argentinazo. Hay que distinguir, sin embargo, entre los límites estructurales del capital, es decir, en qué medida puede admitir el costo de una reforma, de los límites políticos del reformismo, es decir, en qué medida puede embarcar a fracciones importantes de la clase obrera en una experiencia de ese tipo. También hay que desligar la relación aparentemente necesaria entre reformismo y peronismo, una relación que parece no admitir otro personal para la ejecución de políticas reformistas. El hecho de que Alfonsín ganara en el '83 las elecciones sin proscripción del peronismo, significaba que algún giro importante en el seno de la clase obrera y en la sociedad argentina se produjo. Porque, primero, nadie saca un 50% de los votos si no lo vota un porcentaje importante de la clase obrera. Por otra parte, nadie le ganó una elección general al peronismo durante 40 años, entre otras cosas porque la relación entre el peronismo y la clase obrera era, efectivamente muy

intensa, pero además porque los otros partidos no tenían ninguna relación con la clase. Permanecen en una relación de exterioridad. La aparición del fenómeno alfonsinista está marcando que algo pasó en el seno de la clase obrera y de alguna manera está señalando el agotamiento de ese proceso que empieza luego de la Semana Trágica y que llega a su máxima expresión con el 17 de Octubre. Ese agotamiento es muy visible hoy. No importa que los partidos ni siquiera hayan cambiado de nombre. A nadie se le ocurre que esto que hoy se llama peronismo tiene algo que ver con lo que se llamaba peronismo en el '45 o en el '55. La continuidad del nombre esconde una realidad que se ha transformado. Como decían los romanos, hay vino nuevo en odres viejos. No obstante, los ecos del 17 de Octubre llegan a diciembre del '83 y, con muchas salvedades, al 19 de diciembre a la noche.

En un contexto como el actual, en el que la clase obrera tiende a ser expulsada de vuelta del sistema productivo y del sistema político, el reformismo, agotado en términos estructurales, tiende a agotarse en términos políticos. El "que se vayan todos", en realidad, no es más que el reflejo del "que se vayan todos" que enarboló primero la burguesía. Es la burguesía la que está expulsando del sistema político y de los lugares sociales que ocupaba a la mayor parte de la población. Hay un proceso creciente de expulsión que se agudiza cada vez más. De hecho, hay un 30% que no vota sistemáticamente desde el año '82, que no participa de organizaciones de ningún tipo, como los sindicatos. Es decir, hay un proceso general de expulsión de la clase obrera y otras clases subalternas, como la pequeña burguesía, de los lugares institucionales que habían ocupado hasta ese momento. En algún sentido, hoy estamos volviendo a la década del '30, al fenómeno que originó la huelga general del '36 y a ese principio de siglo anarquista, pero con una diferencia: lo que en ese momento era coyuntural, ahora es permanente. Por eso, no es extraño que hoy esto coincida con una tendencia a la acción directa y con la tendencia al crecimiento de opciones políticas más radicalizadas. De ahí que el movimiento piquetero haya reflotado, hasta en su nombre "piquetero", la acción directa. La acción directa tiene como elemento privilegiado el piquete. El grupo de obreros que actúa. En ese sentido, hay transformaciones que nos alejan del 17 de Octubre y nos llevan, con sus modificaciones, desde la tarde del 20 de diciembre, a la huelga general del '36.

Bibliografía

Sobre los hechos aquí mencionados pueden utilizarse los textos tradicionales de militantes-historiadores del movimiento obrero ya citados:

Marotta, Sebastián: *El movimiento sindical argentino*, Líbera, Bs. As., 1975.
Iscaro, Rubens: *Origen y desarrollo del movimiento sindical argentino*, Anteo, Bs. As., 1958.
Oddone, Jacinto: *Gremialismo proletario argentino*, Líbera, Bs. As., 1975.

Sobre la huelga general del '36, el único texto dedicado a ella es el excelente libro de

Iñigo Carrera, Nicolás: *La estrategia de la clase obrera, 1936*, PIMSA-La Rosa Blindada, Bs. As., 2000.

Memorias de la época no abundan pero pueden destacarse las siguientes de dos dirigentes comunistas:

Chiarante, Pedro: *Ejemplo de dirigente obrero clasista*, Bs. As., Editorial Fundamentos, 1976.
De Salvo, Luis: *Luis de Salvo, ejemplar dirigente obrero. Testimonios de un militante ferroviario y del movimiento de jubilados,* Bs. As., Anteo, 1984.

La huelga del '36 no resultó pródiga en manifestaciones literarias, pero hay dos obras que resultan útiles:

Rivera, Andrés: *Nada que perder*, Alfaguara, Bs. As., 1997 (sobre un militante comunista de los '30).
Rosales, Juan: *Badaraco, el héroe prohibido*, La Rosa Blindada, Bs. As., 2001 (sobre la vida del anarquista creador del grupo Spartacus).

El 17 de Octubre de 1945 ha dado una masa tan grande de textos de todo tipo, que resulta inútil intentar enumerarlos a to-

dos. Sin embargo, para la descripción general del período y de personajes clave pueden verse:

Page, Joseph: *Perón,* Javier Vergara editores, Bs. As., 1984.
Potash, Robert: *El ejército y la política en la Argentina, 1928-1945*, Sudamericana, Bs. As., 1983.
Horowicz, Alejandro: *Los cuatro peronismos*, Hyspamérica, Bs. As., 1986.
Waldman, Peter: *El peronismo, 1943-1945*, Hyspamérica, Bs. As., 1986.

Sobre el sindicalismo durante los '30 y a comienzos del peronismo, véase:

Torre, Juan Carlos (comp.): *La formación del sindicalismo peronista*, Legasa, Bs. As., 1988.
Del Campo, Hugo: *Sindicalismo y peronismo. Los comienzos de un vínculo perdurable.*, Clacso, Bs. As., 1983.
Matsushita, Hiroshi: *Movimiento obrero argentino, 1930-1945*, Hyspamérica, Bs. As., 1986.

Específicamente sobre el 17 de Octubre, se puede consultar:

Torre, Juan Carlos (comp.):*El 17 de Octubre de 1945*, Ariel, Bs. As., 1995.

El debate sobre los orígenes del peronismo exige examinar, además de los citados de Matsushita y Del Campo, los siguientes textos:

Germani, Gino: *Política y sociedad en una época de transición*, Paidós, Bs. As., 1974.
Murmis, Miguel y Portantiero, Juan Carlos: *Estudios sobre los orígenes del peronismo*, Siglo XXI, Bs. As., 1987.
Torre, Juan Carlos: *La vieja guardia sindical y Perón*, Sudamericana, Bs. As., 1990.

Las memorias sobre el 17 de Octubre y la formación del peronismo son tantas como participantes hubo. Podemos mencionar:

Monsalvo, Luis: *Testigo de la primera hora del peronismo*, Pleamar, Bs. As., 1974.

Peter, José: *Crónicas Proletarias*, Esfera, Bs. As., 1968.

Perelman, Angel: *Cómo hicimos el 17 de Octubre*, Coyoacán, Bs. As., 1961.

Reyes, Cipriano: *Yo hice el 17 de Octubre*, CEAL, Bs. As., 1984.

La producción literaria sobre el 17 de Octubre es importante, pero me parece que el mejor ejemplo de la mirada antiperonista (o al menos, no peronista) sobre el hecho es el cuento siguiente:

Cortázar, Julio: "Casa tomada", (incluida en *Bestiario*), en *Cuentos Completos*, Alfaguara, Bs. As., 1988.

y la "respuesta" de

Rozenmacher, Germán: "Cabecita negra", en *Cabecita negra y otros cuentos*.

Estrategia revolucionaria y partido: el Cordobazo

En la lista de hechos imprescindibles a analizar cuando se examina la lucha del proletariado en la Argentina, el Cordobazo es otro dato cantado. Es otro de los hechos a los que se remitió el sentido común para tratar de entender el Argentinazo: "Es otro Cordobazo". Cuando preparé la charla, pensé en el problema que estaba sobre la mesa en ese entonces, la existencia o no de una situación revolucionaria. Surgió, naturalmente, el problema del partido. Es razonable que ambos problemas estuvieran en la mente de los militantes durante todo el 2002 y que un debate sobre el Cordobazo los trajera a primer plano, ya que si hay un hecho al cual se remite el imaginario sobre la revolución en Argentina es, precisamente, el ocurrido en 1969.

En efecto, al colocar al Cordobazo en una secuencia que le otorgue sentido, nos remite a hechos que tienen una contextura similar: la toma del Frigorífico Lisandro de la Torre en el '59, la huelga general del '36, la Semana Trágica. Momentos que tienen características de tipo insurreccional, una forma de acción que se expresa directamente contra el estado y, potencialmente, contra el capitalismo. Se expresa a través de la manifestación en la calle, como combate de masas. El Cordobazo tiene estas características, lo que, en ese lenguaje chantajista propio del radicalismo, se considera una forma de acción "violenta", forma que es más propio definir como acción directa. Es decir, la clase no espera

a manifestarse a través de los carriles institucionales establecidos (gobierno, partidos, sindicatos) sino que toma la acción de manera inmediata. En ese sentido el Cordobazo está muy lejos del 17 de Octubre y del 19 de diciembre de 2001 a la noche. El 17 de Octubre, no es en términos estrictos, ni siquiera en leguaje chantajista, un hecho violento. Se puede decir lo que se quiera del 17 de Octubre (a favor o en contra), pero fue una manifestación relativamente pacífica. Es **relativamente** pacífica porque toda manifestación implica cierta violencia. El simple hecho de estar ahí, donde se supone que se hacen otras cosas, como darle de comer a las palomas, implica cierta alteración del orden existente. Pero de ninguna manera se dieron en el 17 de Octubre (ni el 19 a la noche) hechos como en la Semana Trágica, como en la tarde del 20 de diciembre, como en el Cordobazo. El 19 a la noche se parece más al 17 de Octubre. Digo: "se parece más" y enfatizo mucho en el "se parece", por dos razones: una, porque una jornada es protagonizada por la clase obrera, otra por la pequeña burguesía; y, dos, porque el 19/20 todavía está esperando una investigación científica en forma y yo, como buen científico, digo "me parece" cuando no estoy seguro. Me parece que el 19 a la noche comparte ciertas características con el 17 de Octubre. Un poco patoteramente podríamos decir que es el 17 de Octubre de la pequeña burguesía, aunque con objetivos y resultados distintos. La tarde del 20 remite, sin embargo, al Cordobazo, a la huelga general del '36, a la Semana Trágica.

Entonces, el Cordobazo es uno de los tantos hechos que muestran una tendencia recurrente en seno de la clase obrera argentina, a la acción política de tipo insurreccional. Porque todos estos hechos se manifiestan como huelga general política de masas. En un determinado momento, se para la actividad y la clase obrera se vuelca a la calle (en la tarde del 20 el elemento huelguístico estuvo ausente, aunque no del todo puesto que algunos gremios lo desarrollaron). Y, además, tiene carácter político inmediato. Es decir, no se trata de reivindicaciones de carácter económico, sino de un conjunto de reclamos entre los cuales el elemento político está muy presente, algo evidenciado en la confrontación contra las fuerzas del estado. Estas características permiten parangonarlo con la tarde del 20 pero, sobre todo el período que le siguió, sirve de contrapunto con el proceso posterior al Argentinazo. Los

ejes que permiten ese contrapunto son el problema de la estrategia del proletariado y el problema del partido, ejes con los cuales empezaba, en ese curso en la Asamblea, a tratar de responder a la pregunta más importante sobre los '70 y que se afrontará de lleno en el próximo capítulo: ¿Por qué perdimos? Veamos primero los hechos.

Mayo, 1969

El Cordobazo fue parte del proceso de insurgencia que comienza en el año 1969, a tres años del inicio del gobierno de Onganía. Onganía había llegado a la presidencia luego de una pugna entre facciones militares, identificadas como "azules" y "colorados". Los "azules" pertenecían al arma de caballería y tenían una orientación política católico-integrista. Los "colorados" pertenecían sobre todo al arma de infantería y eran sobre todo liberales anti-peronistas. En el enfrentamiento (que dejó varios muertos luego de algunos días de combate), los "azules", con Onganía a la cabeza, adoptaron una posición legalista y de defensa de las instituciones. El problema de fondo era qué hacer con el peronismo, habida cuenta de su capacidad para impugnar elecciones e influir en la vida política nacional. Frente al fracaso del radicalismo para constituir una alternativa política superadora del peronismo, Onganía se constituye en el jefe de una fracción político-militar que va a proponerse la instalación de una dictadura de corte franquista, de largo plazo, como medio de consolidar el poder político. La política de Onganía, sobre todo desde la llegada al Ministerio de Economía de Adalbert Krieger Vasena, expresa los intereses de la nueva cúpula del poder, constituída por las mayores empresas privadas nacionales y extranjeras, sobre todo norteamericanas. Esta política es la que constituye el marco de la intervención política del Cordobazo.

El Cordobazo fue precedido por una serie de hechos de envergadura creciente. En 1968 se realizan huelgas en el sector petrolero, en Peugeot, Citröen, Good Year, Modecraft y otras. En 1969, antes del Cordobazo se pueden señalar el Rosariazo de mayo, del cual el propio movimiento cordobés es un emergente. Luego del

Cordobazo, podemos mencionar el Rosariazo de setiembre del mismo año y el "segundo" Cordobazo, el Viborazo de 1971.

El Cordobazo comienza con la supresión del sábado inglés, el día 13 de mayo de 1969. Una serie de marchas de protesta, protagonizados por obreros y estudiantes, se acumulan en los días siguientes. Los estudiantes aumentan su movilización desde al menos el 15 de mayo, en respuesta al asesinato de un estudiante en Corrientes, Juan José Cabral, que participaba de una protesta por el aumento del ticket del comedor estudiantil. El 16 hay paro del SMATA, de la UOM y de UTA y, tres días después, los estudiantes realizan una marcha del silencio por la muerte de Cabral y de dos estudiantes más en Rosario, marcha violentamente reprimida. Los días subsiguientes están dominados por intervenciones menores de obreros y estudiantes y por una gran agitación en la ciudad, producto de un descontento creciente. En este momento, las dos CGT (CGT Azopardo Vandor- y CGT de los Argentinos Ongaro) decretan un paro nacional para el día 30. La detención de Ongaro, en viaje hacia Córdoba, el día 27, lleva a las organizaciones cordobesas a adelantar el paro para el 29. Ese día se hace abandono de tareas y se comienza a concentrar desde temprano. El comercio cierra sus puertas, estudiantes, empleados mercantiles, públicos y judiciales esperan en el centro a los obreros. Comienzan los primeros enfrentamientos, sobre todo con obreros del SMATA. A medio día ya hay combates generalizados con la policía por parte de obreros de Luz y Fuerza, metalúrgicos y empleados públicos en diferentes zonas de la capital provincial. La policía es desbordada y desde las 13 a las 17 la ciudad está en manos de los huelguistas. Es el momento en que interviene el ejército, aunque los combates continúan durante la noche y al otro día con manifestantes y francotiradores, a pesar de la implantación de los Consejos de Guerra. El Barrio Clínicas está ocupado por los estudiantes que, atrincherados, resisten hasta el día siguiente la represión militar. El resultado arroja varios muertos y una buena cantidad de heridos y detenidos. Los principales dirigentes de la huelga son apresados y condenados a largos años de cárcel, en especial, Agustín Tosco, de Luz y Fuerza.

El Cordobazo conmueve la vida política nacional. Provoca la caída de Onganía tiempo después e inaugura un período de características revolucionarias en la Argentina, que se pone a tono

con una situación de alcance internacional. Recuérdese que es el año del "verano caliente" italiano y que el año anterior se había producido el Mayo francés.

Huelga política de masas y reformismo

Uno de los síntomas de la crisis del reformismo y su agotamiento político es la intervención directa de las masas en la vida política. De allí que la huelga general se ubica en el borde del sindicalismo. Cuando esa huelga incorpora a las masas a la acción directa, ese desborde se produce, más allá de las intenciones de los protagonistas. La huelga general se transforma en huelga política de masas y, como tal, escapa a la legalidad burguesa, ámbito dentro del cual se mueve el reformismo. La huelga, incluso la más elemental, nunca fue algo fácil de encuadrar en la legalidad burguesa. Porque se considera, en términos de la economía neoclásica, que un sindicato es un monopolio de uno de los factores de producción. Es el monopolio de la fuerza de trabajo. Por lo tanto, si fuera por los liberales más ortodoxos, habría que disolver todos los sindicatos. Para los liberales lo único válido es la negociación individual: cada obrero con su patrón. Cuando los obreros se juntan, están haciendo trampa al mercado, elevando el precio de su mercancía artificialmente al imponerle un precio de monopolio. Pero, cuando la huelga adquiere carácter político es todavía peor, porque una huelga por una reivindicación de carácter económico, en última instancia es la protesta de un productor: "soy dueño de una mercancía, y como tal protesto por su precio". En última instancia, eso entra todavía en la lógica del mercado: quien tiene una mercancía, tiene derecho a venderla a un precio que considere justo. Cuando la huelga adquiere carácter político, se vulnera la legalidad política misma, el "mercado" democrático donde cada individuo vale un voto. Aceptar la huelga política es admitir coaliciones que fuercen a los poseedores de esa mercancía política a "pagar" más alto el precio de las que pertenecen a aquellos que se han coaligado.

Esta forma de enfocar la cuestión lleva siempre a impugnar la acción política de la clase obrera. Es una norma establecida, una norma que se impone casi cotidianamente, el que la clase obrera

no puede hacer política. Que la política la tienen que hacer otros. Y, mucho menos, mezclar las reivindicaciones económicas con la acción política. Porque, de esa manera, cuando la clase obrera mezcla reivindicaciones económicas con reivindicaciones políticas, une lo que la burguesía quiere que se mantenga separado. Los problemas económicos son una cosa, los problemas políticos son otra. Los problemas económicos los manejan los empresarios. Los problemas políticos son todas las pavadas que vemos todos los días por televisión: si este se pelea con aquel, si el otro se cambió de partido, etc., etc. La burguesía defiende esa separación entre economía y política, que se unifica en las huelgas generales. Una huelga general de carácter político unifica los problemas económicos con los problemas políticos. En una huelga general de carácter político, la clase obrera está diciendo: "para obtener estas reivindicaciones es necesario alterar los mecanismos en los cuales se discute y se fabrica la política". Es decir, en este tipo de acciones empieza a hacer política como clase. Mientras la clase obrera se limita a votar todos los días y a seguir la normalidad burguesa no hace política como clase. Hace política como ciudadano. Es decir, como una abstracción burguesa, como un individuo abstraído de sus condiciones reales. No va como obrero a votar, va como ciudadano. Esa abstracción, ese ir y hacer un acto de fe en la urna, es lo que queda anulado en la acción directa en la calle. Por eso, los medios de comunicación enfatizan siempre, frente a cada hecho político independiente de la burguesía, que "hay infiltrados", que esos "tienen intereses políticos", que "los obreros no hacen esas cosas". Los "verdaderos vecinos" se reúnen en asamblea en forma pacífica y no cortan ni toman nada. Si sucede lo contrario, es porque se ha metido algún partido político.

Por eso, hechos como el Cordobazo abren períodos históricos con características particulares. El Cordobazo abre todo un período histórico, porque significa la irrupción de la política obrera en las calles: la clase obrera empieza a hacer política como clase, empieza a unificar su vida económica con su vida política. Su política empieza a emerger de sus acciones. La aparición de una huelga general de masas como el Cordobazo significa que en el seno de la clase obrera se están desarrollando transformaciones que la empujan a unificar sus problemas económicos con una política que brota de la propia clase. Significa que la clase que ha

estado sistemáticamente excluida de la discusión política, entra en la discusión política. Entra en la lucha política.

Las interpretaciones del Cordobazo difieren en este sentido. Existe toda una corriente que sostiene que es la culminación de la resistencia peronista, que no abre un proceso revolucionario sino que es parte de la estrategia reformista de la clase obrera. Esa mirada normalmente hace énfasis en que en ningún momento la clase reclama otra cosa que aumentos de sueldo y mejoras de las condiciones de trabajo. Lógicamente, mirando sólo puertas adentro de la fábrica no puede verse otra cosa. El examen de la lucha de calles desmiente esa mirada e instala otra: la de una clase que irrumpe en la escena política en un momento de crisis en las alturas, de división de la burguesía. Que es como comienza toda situación revolucionaria. Aquí habría que hacer una precisión conceptual y diferenciar "situación" de "proceso" revolucionario. Un proceso revolucionario es una etapa de la vida social en la cual se ha quebrado la hegemonía burguesa y la propia burguesía no encuentra forma de resolverla, en un contexto material en el que no tiene recursos con qué hacerlo en el caso en que supiera cómo. Se abren con un hecho de masas que reformula la dinámica de la vida política en el largo plazo y plantean, colocan sobre la mesa, la cuestión del poder. Una situación alude a un momento mucho más preciso, mucho más acotado en el tiempo, donde las clases se disputan directamente el poder. No todo proceso desemboca en una situación revolucionaria, aunque a lo largo de uno pueden producirse varias. El proceso revolucionario ruso se abrió a comienzos del siglo XX y contó con dos situaciones revolucionarias: 1905 y 1917. El proceso que se abre con el Cordobazo, en el '69, termina el 24 de marzo del '76. Termina, se cierra, con el Proceso Militar. Que se abra un proceso de características revolucionarias quiere decir que está planteado el problema del poder para las clases que participan de ese proceso. Es decir que, de alguna manera, en alguna intensidad, se ha abierto la discusión sobre quién gobierna la sociedad. Puede suceder que los participantes no sean plenamente concientes. Es más, normalmente sucede eso. Puede ser, también, que los participantes tengan mucha conciencia. Todo eso depende de cómo llegue cada uno de esos participantes al momento en cuestión. Como vamos a ver, el no

darse cuenta en qué lugar del proceso se está, es una de las claves de la derrota.

Decíamos que un proceso revolucionario implica la irrupción de la clase obrera en el plano político con una política de clase independiente de la burguesía, en un contexto en el que la clase dominante no tenía acuerdo acerca de cómo resolver el problema, además de que carecía de recursos para hacerlo. Este último punto es importante, porque puede suceder que todos los elementos estén reunidos pero en un contexto en el que no se haya desarrollado una crisis orgánica, es decir, en el cual el conjunto de la reproducción social está agotado. Para que ello suceda, el trasfondo del asunto debe estar ocupado por una crisis económica que plantea la disolución del sistema. Esa crisis lleva a la descomposición de las relaciones sociales y fuerza a los actores a buscar una salida a partir de otro tipo de relaciones. Esa situación estaba presente a fines de los '60, aunque con una intensidad que distaba mucho de aquella que íbamos a conocer en el 2001. Alcanzó, sin embargo, para dar pie a una profunda crisis social, es decir, crisis de las relaciones sociales fundamentales.

El Cordobazo es la expresión de esa crisis social. Es el resultado de aproximadamente 10 a 15 años de reestructuración de los sectores industriales de punta en la Argentina, por parte de los capitales más concentrados, cuyo máximo representante es el gobierno de Onganía. Por eso, el Cordobazo es hijo de Onganía. Es decir, es hijo del gobierno que ha llevado la política de esta fracción de la burguesía, la que hoy ocupa el poder, a su mayor expresión hasta ese momento. Pero el Cordobazo no es un rayo en un cielo sereno. Hay todo un proceso previo de resistencia dentro de las fábricas y que comienza a desarrollarse como lucha contra la burocracia sindical. Pero también porque ha venido a darle nombre a una serie de sucesos que ocurren en el mismo período. No se trata sólo de la secuencia Rosariazo-Cordobazo-Rosariazo, ni del Viborazo. Entre el '69 y el '73 tenemos un montón de "azos". El "azo" se ha transformado casi en una categoría sociológica en la Argentina, en especial a partir del trabajo del CICSO (Centro de Investigación en Ciencias Sociales), reunidos en libros como *El '69* y *Lucha de calles, lucha de clases.*

Entre el '69 y el '73, hasta la llegada de Perón, hay una gran cantidad de hechos que, aunque reflejando realidades diferen-

tes, coinciden en la presencia de masas en la calle, lo que está expresando que todo el período contiene las características del Cordobazo: una tendencia a la acción insurreccional, a la acción directa de las masas, a la acción política de la clase obrera y de otras fracciones sociales. Se corta con la llega de Perón, y no es casualidad. Y recién vuelve a recuperarse a fines del '74 y principios del '75 con la famosa huelga contra el Rodrigazo y la aparición de las Coordinadoras de la provincia de Buenos Aires. Pero, con sus dificultades, el período es testigo de la emergencia de una fracción de la clase obrera que intenta seguir una estrategia revolucionaria. Es una fracción minoritaria, pero su existencia es prueba de la naturaleza del período. El problema es, entonces, por qué la tendencia revolucionaria sólo pudo desarrollarse en una fracción de la clase obrera, minoritaria y débil. Esto nos obliga a hablar de cosas desagradables, porque a uno le gustaría que la historia se hubiera desarrollado de otra manera. Los historiadores de izquierda tenemos la tendencia a estudiar aquello que nos resulta más atractivo, que es, normalmente, lo que más se parece a lo que quisiéramos que hubiera pasado: Villa Constitución, el sindicalismo clasista, las coordinadoras. No nos gusta estudiar a Vandor porque Vandor era un burócrata. Pero el hecho histórico es que la mayor parte de la clase obrera se mantuvo fiel a Vandor y sus continuadores. Como se tiende a ver aquello que se parece más a lo que uno quisiera que hubiera pasado, la imagen del pasado es distorsionada por la mayor visibilidad de la experiencia minoritaria que la de la gran mayoría. Eso pasa con el Cordobazo, que ha sido magnificado: por un lado, oculta hechos similares producidos antes y después; por otro, se dejan de lado las acciones contrarias a la fuerza revolucionaria (Ezeiza, por ejemplo, es tan o más importante que el Cordobazo). El resultado es que se exagera la importancia de la fuerza revolucionaria y se deja de ver que tiene una debilidad profunda. Los agrupamientos que surgen del Cordobazo o se refuerzan con él, carecen de la fuerza suficiente para hegemonizar al conjunto de la clase. Es sólo una fracción de la clase obrera la que sigue esa tendencia. La fracción más grande todavía está con una estrategia reformista.

El problema del partido

Ahora bien, el carácter minoritario de las fracciones revolucionarias no constituye un problema, porque siempre sucede así. El problema es que esta fracción, además, está extremadamente dividida políticamente hablando. Si uno repasa el período '69-'73 va a encontrar decenas de agrupamientos políticos, más grandes o más chicos. Va a encontrar una enorme fragmentación política que no hace más que reflejar una no menos enorme cantidad de estrategias muy disímiles que no tienden a confluir: sectores minoritarios que tienen como estrategia la estructuración de la clase obrera a partir de la acción sindical; sectores que tienden al espontaneísmo; sectores que ven la lucha armada como un momento primero y esencial; sectores que buscan alianzas con la burguesía; etc., etc. La incapacidad de hegemonizar al conjunto de la clase, se reflejaba en la no menor incapacidad para lograr un grado importante de coherencia interna. Esta dispersión es uno de los datos que ayudan a explicar la derrota. Porque frente a la fuerza organizada, concentrada del capital, lo único que se puede hacer es oponer la fuerza organizada, concentrada, de la clase obrera. El problema del partido es el problema de la unidad de la acción política obrera. Una fuerza desorganizada no es una fuerza. Cambiar el mundo sin tomar el poder es, sencillamente, un disparate. Cuando alguien dice que hay que ser "horizontales" y no organizarse, está diciendo un disparate. Horizontales somos naturalmente. Naturalmente, en el mercado, somos todos horizontales, somos todos consumidores. Horizontales somos todos en la democracia burguesa: todos tenemos un voto. Pero el mundo real es completamente vertical. Al estado lo maneja la burguesía, al igual que todo lo que tiene que ver con el poder, y no lo comparte con nadie. De modo que si hay alguien que desea fervientemente la horizontalidad y que se cambie el mundo sin tomar el poder, es la propia burguesía. Hay que abandonar la infancia de la rebeldía y asumir la necesidad de un poderoso, estructurado y contundente partido revolucionario. Es por eso que si decimos que una de las debilidades profundas de las fuerzas que surgen con el Cordobazo es la enorme fractura interna de tipo político, lo que decimos es que faltó el partido revolucionario. La pregunta obvia es por qué.

Vamos a analizar uno de los elementos que forman parte de una respuesta indudablemente compleja.

En la formación de un partido revolucionario necesariamente interviene con un peso central la pequeña burguesía. Por una razón sencilla: los obreros tiene que trabajar. Esto parece una perogrullada pero es una cuestión clave, que nos ayuda entender la importancia de la discusión política del problema del partido en las asambleas que se forman después del 19 y 20 de diciembre de 2001. Desarrollar un partido político significa desarrollar una cantidad de tareas gigantescas, significa tener un personal casi profesional. Para escribir un periódico, para desarrollar una línea política, agitar aquí y allá, para eso es necesario tener tiempo. Además es necesario entrenamiento intelectual. Hay que saber escribir, por ejemplo, que no es poca cosa. Y hay que saber expresar ideas y resumir la experiencia del conjunto de la clase obrera. Es decir, resulta necesario conocer la historia de la clase, de sus luchas, triunfos y fracasos. La idea tan de moda en el movimiento anti-globalización y en el autonomismo según la cual "vamos a hacer todo nuevo", no sólo es pedante (en tanto repudia la experiencia acumulada del proletariado durante más de doscientos años) sino errónea, porque no es cierto que la sociedad se haya renovado por completo. Esta sigue siendo una sociedad capitalista, por lo tanto, hay mucha experiencia acumulada en la lucha contra el capitalismo. Los obreros argentinos no van a inventar nada más allá de lo que ya hicieron los bolcheviques, los revolucionarios chinos, los revolucionarios cubanos. Tirar esas experiencias por la borda es renunciar a 200 años de lucha de la clase obrera. Por eso el que organiza un partido tiene que poder resumir toda esa experiencia.

Es necesario también formar una enorme cantidad de cuadros. Y eso, salvo que alguien pague (y yo no conozco a ningún burgués que le pague a alguien para desarrollar un partido revolucionario), hay que hacerlo con medios propios. Y cuando un partido es chico y recién está surgiendo, ¿de dónde va a sacar esos medios? El origen de todo partido revolucionario de la clase obrera es, paradójicamente, pequeño burgués y hasta burgués. Por eso todos los grandes revolucionarios han sido de extracción burguesa o pequeño burguesa. El Che Guevara es hijo de una de las familias más tradicionales de la historia Argentina. Marx no era ningún

obrero. Era hijo de un abogado encumbrado de Alemania. Engels no era obrero, sino hijo de una familia de manufactureros alemanes. No puede formarse el partido revolucionario si quienes tienen que hacer esa tarea no tienen medios, no tienen una formación intelectual, etc., etc. De ahí que la actitud que asuma la pequeña burguesía frente a la lucha de clases es muy importante porque una parte de la pequeña burguesía va a transformarse en cuadros revolucionarios de la clase obrera. Por eso la lucha en las universidades, la lucha estudiantil, es muy importante. Esa consigna de los '70, "obreros y estudiantes, unidos adelante", refleja este fenómeno. Los estudiantes, por una serie de razones, no expresan o pueden no expresar intereses inmediatos de clase y son los más propensos al proceso de desclasamiento. Cuando la clase obrera se desarrolla, inmediatamente empieza a plantearle a otras clases sus problemas y a atraer a su campo a sectores enteros de otras clases. Este es, como dijimos, particularmente el caso de los estudiantes. Prácticamente todos los grandes revolucionarios empiezan su vida como estudiantes. Porque son atraídos por la clase obrera en un momento en que en sus vidas se abre una ventana en la determinación de clases y son capaces de captar el contenido revolucionario de ese llamado.

¿Qué tiene que ver esto con la debilidad de las fuerzas de izquierda en los '70? Que la pequeña burguesía en la Argentina comenzó su radicalización en la década del '60, en particular en un momento de reflujo de la clase obrera, entre la toma del Frigorífico Lisandro de la Torre y el Cordobazo. En ese preciso momento, la burguesía lleva adelante un feroz ataque contra el movimiento obrero, pero también contra la pequeña burguesía. La ataca en la economía, como liquidación del capital sobrante, pero también en otras áreas de la vida social, en especial en ese lugar tan sensible a estos destacamentos juveniles: la universidad. Por eso si uno estudia los partidos revolucionarios en la década del '70 se va a encontrar con que la mayor parte de su personal político proviene de luchas como la de "la laica y la libre". También está la crisis de las formas representativas parlamentarias, los golpes de estado permanentes, que impactan en la conciencia liberal de la pequeña burguesía con una fuerza particular. La pequeña burguesía estaba siendo expropiada de derechos ciudadanos y eso la lleva también a la radicalización política. Un dato muy importante es que la

pequeña burguesía que comienza a radicalizarse proviene de una experiencia anti-obrera. Porque la base del antiperonismo era el radicalismo, el partido de la pequeña burguesía en la Argentina. Bajo el peronismo, la pequeña burguesía estuvo en la vereda de enfrente de la clase obrera. Es recién con la Libertadora, su política económica y la crisis del sistema democrático parlamentario que viene después, que sectores de la pequeña burguesía comienzan a cambiar de bando, a "peronizarse" o a pasar a partidos de izquierda como el Partido Comunista, el guevarismo, la izquierda nacional, etc., etc.

Esta pequeña burguesía llega a su máximo nivel de desarrollo político, de radicalización política, cuando fracasa el experimento de Frondizi, que había despertado muchas expectativas en su seno. Para muchos Frondizi significaba una especie de peronismo renovado, moderno, democrático, avanzado. Es decir, recuperaba las demandas del peronismo y les daba una expresión democrática. Cuando fracasa, los jóvenes de la pequeña burguesía sacan como conclusión que la crisis de la política burguesa es suficientemente profunda como para comenzar a mirar en otro lado. No encuentran, sin embargo, en la clase obrera argentina el espejo donde mirarse porque, precisamente, bajo el gobierno de Frondizi, el fracaso de la huelga general del frigorífico Lisandro de La Torre y la represión del Plan Conintes, han dado inicio a un reflujo profundo de la clase obrera. Desde el '62 y hasta el '69, por lo menos. Por lo tanto, no constituye una atracción para la pequeña burguesía. Lo que sí constituye una atracción gravitante es el guevarismo, la Revolución Cubana. No porque Cuba fuera una gran revolución, en términos de sus dimensiones cuantitativas, sino por su peso político, intelectual, ideológico. Fue más importante que la Revolución Rusa, entre otras cosas porque estaba a escasas millas del corazón del imperio. Y si Cuba lo hizo, ¿cómo no iban a poder hacerlo Brasil o Argentina? Esta pregunta estaba en la cabeza de todo militante de la época y a pocos se les ocurría que la respuesta podía ser negativa.

Entonces, ¿qué estrategia toma la pequeña burguesía que se radicaliza? ¿Una estrategia propia de la clase obrera? No. Porque en la Revolución Cubana (al igual que la Revolución China) el núcleo de la acción revolucionaria corresponde al campesinado. La estrategia que toma es la estrategia campesina. Lo que aparece

bajo la forma de guevarismo en la Argentina no es más que un reflejo de la estrategia política del campesinado guiado por fuerzas de izquierda revolucionaria. Por eso la pequeña burguesía argentina, en vez de ligarse a la clase obrera, desarrolló una estrategia que la alejaba de ella. Una estrategia inadecuada para la sociedad Argentina, que sólo puede dar resultado en un país donde la masa es campesina y donde el Estado es débil. En esas condiciones, una fuerza originalmente reducida se mete en el monte, organiza campesinos y aguanta ahí hasta que el Estado entre en crisis. Una situación así caracteriza a Colombia, por ejemplo. El estado colombiano no puede controlar la mitad de su propio territorio, porque tiene una masa de campesinos organizados militarmente que se le oponen. Pero en la Argentina de la década del '60, más del 70% de la población es urbana. En Argentina casi no hay campesinos. Sólo unos pocos lugares parecen responder a esas características, como Salta o Tucumán. Pero irse a meter en el monte tucumano teniendo 20 millones de personas en las grandes ciudades del litoral era todo un delirio. Por eso, la variante que predominó en Argentina fue la guerrilla urbana. Pero aún así, la acción de la guerrilla urbana no puede servir de base al desarrollo de la clase obrera. Porque un obrero no puede ser guerrillero. La acción sindical es una acción de superficie, permanentemente expuesto. Para transformarse en guerrillero debe aislarse de su frente. En lugar de construir el partido, entonces, esta estrategia bloquea permanentemente su desarrollo. Recién después del '73, algunos sectores de estas agrupaciones guerrilleras empiezan a darse cuenta de que tienen que tener una acción sindical, que tienen que tener otra forma de insertarse. Eso significa que durante los 10 o 15 años en los que la pequeña burguesía podría haber conformado los cuadros del partido revolucionario de la clase obrera, estuvo mirando para otro lado. Y cuando la clase obrera necesitó su partido, ese partido no estaba.

Esta no es toda la explicación. Es sólo una parte y no necesariamente la más importante. Pero es un elemento importante para entender por qué perdimos. Porque, por la forma en que se dio históricamente la situación, el desarrollo subjetivo de la clase obrera, es decir y en última instancia, el problema del partido, fue un elemento que jugó en contra. Cuando uno va a la batalla y no tiene su cabeza clara (y para una clase, cabeza clara quiere decir

programa y partido) pierde. No hay otra posibilidad. Entender el Cordobazo quiere decir entender el período en el cual hubo una tarea que no supimos hacer, que es la de organizar el poder concentrado de la clase obrera contra la burguesía. El Argentinazo adoleció de la misma debilidad. Y aunque el escaso desarrollo del partido en el proceso posterior tiene causas más importantes, la prédica del autonomismo en general (corporizado en el zamorismo, en varios MTD y en las Madres de Plaza de Mayo) tiene una responsabilidad no menor en ese fracaso: si hay un enemigo de la revolución, es aquel que niega la necesidad de la organización. Un viejo comunista, stalinista (que después se hizo admirador de De Gaulle), André Malraux, un gran escritor, formó parte de las brigadas internacionales en España. ¿Qué fue lo que vio en España? La ausencia de organización. Por eso escribió *La Esperanza*, que comienza con una frase que cito de memoria a veinte años de haberlo leído: "la organización es la esperanza". Organización en la lucha política se llama partido. Sin partido podemos esperar sentados hasta el fin de los tiempos: no se puede combatir el poder concentrado de la burguesía con el poder desorganizado de la clase obrera. Organización es poder. Desorganización, por el contrario, es impotencia.

La organización no es el resultado de una especulación metafísica. Todo lo contrario, es el resultado de la experiencia de la clase. Una experiencia que no se limita a la inmediatez de una fracción particular de la clase obrera mundial sino a toda ella. En parte, el conocimiento del que disponemos para la tarea de construir el poder proletario es producto de la vida vieja, de la vida muerta. Es lo que uno sabe que han hecho otros. En parte, la tarea es hacer lo mismo que han hecho otros. Pero en buena medida, no. Siempre hay algo que es nuevo, porque nada es igual en la historia. Una serie de ideas sobre la tarea a realizar proviene de la experiencia acumulada, pero también hay que tratar de captar la realidad concreta y ver qué tendencias se expresan en ella, hacia dónde va esa realidad concreta.

Esta dualidad estaba presente, como inquietud, en el público de esta charla, aquella tarde en las escalinatas de Congreso. Y se expresó directamente en un contundente ¿cómo nos organizamos? A esa pregunta se debe responder pensándola desde la vida vieja, desde la experiencia acumulada. Y tiene una respuesta

sencilla, comprobada por doscientos años de historia obrera: organizarse en partido. No existe ninguna experiencia de revolución social que haya arribado a un buen fin sin una organización partidaria. Una contestación posible a esta afirmación es que no existe en la Argentina actual un partido que reúna las condiciones adecuadas. Pero es difícil que en este país no haya un partido en el que alguien no encaje. Recuerdo que hace unos años me encontré con una feminista italiana que vino a Filosofía y Letras a dar una serie de charlas. Hablando sobre la situación política, me preguntó sorprendida: ¿puede ser que haya trotskistas todavía en Argentina? En Italia de eso no hay ¿Y maoístas también?". No podía creer todo lo que yo le enumeraba. Efectivamente, Argentina tiene una riqueza ideológica muy grande. Lo que quiere decir que la clase obrera argentina tiene una paleta de colores muy amplia y puede, por lo tanto, pintar un cuadro muy colorido. Obviamente, alguno de estos partidos o algún partido que surja de la fusión de algunos de estos partidos, o de la ruptura de varios, tiene que lograr la hegemonía. Si esa centralización no se produce a tiempo, la amplitud de colores hará imposible decidir la pincelada final. Por lo tanto, algunos de esos partidos tendrán que desaparecer o pasar a un segundo plano. O en algún momento alguno tendrá un papel relevante y otro en otro momento. Pero todo proceso revolucionario es así. Recomiendo, enfáticamente, leer la *Historia de la Revolución Rusa* de Trotsky. Es un relato maravilloso de cómo se hizo una revolución y de cómo el proceso revolucionario lleva a la simplificación de las opciones. Un proceso en el cual se selecciona un personal político y un programa, porque no hay partido sin programa y, de hecho, el fondo último del partido es su programa.

Corresponde a la vida nueva, sin embargo, el proceso concreto del cual brota el partido. Es decir, la fracción que toma el papel de vanguardia. Y esa fracción, hasta ahora, ha sido la de los obreros desocupados. Dentro de esa fracción hay dos agrupamientos distintos. Uno es la CCC-FTV, es decir D'Elía y Alderete, a los que se suman luego Barrios de Pié y los MTD autonomistas, que tienen una estrategia reformista y que expresan los intereses de la burguesía en el seno del movimiento de desocupados. El sector que se ubica en torno al Bloque Piquetero Nacional y sus aliados es el que constituye el germen del partido revolucionario. Digo

germen porque allí se expresa una enorme cantidad de programas distintos, desde posiciones filo peronistas, como el MIJD, hasta el foquismo estilo PRT, como parecen insinuar algunas agrupaciones menores, pasando por expresiones trotskistas (PO) o trotskizantes (MAS, MST, Convergencia Socialista). Ni siquiera el Partido Comunista estaba ausente, a través del MTL, con su eterno frentepopulismo que lo ha llevado ahora fuera del campo revolucionario. Las agrupaciones que combaten este agrupamiento, o lo observan con indiferencia, como el PTS, están restando fuerzas a la construcción del partido de la revolución.

Bibliografía

La historia del Cordobazo ha sido estudiada con mucho detalle. Los trabajos que tratan específicamente sobre el tema son muchos. Uno de los más recientes es

Brennan, James: *El Cordobazo. Las guerras obreras en Córdoba, 1955-1976*, Sudamericana, Bs. As., 1996,

libro recomendable como lectura general, por la información fáctica y porque abarca mucho más de lo que indica el título, pero desprolijo y con una interpretación endeble. Algo similar puede decirse de

James, Daniel: *Resistencia e integración. El peronismo y la clase trabajadora argentina, 1946-1976*, Sudamericana, Bs. As., 1990.

Mucho mejor es el clásico de los estudios sobre el Cordobazo,

Balvé, Beba y otros: *Lucha de calles, lucha de clases (Córdoba 1971-1969)*, Ediciones ryr - CICSO, Bs. As., 2005.

De la misma tradición interpretativa, debe leerse

Balvé, Beba y Balvé, Beatriz: *El '69. Huelga política de masas*, Ediciones ryr - CICSO, Bs. As., 2005.

Delich, Francisco: *Crisis y protesta social. Córdoba, 1969-1973*, Siglo XXI, Bs. As., 1974.

Para conocer mejor el sindicalismo de la época, un libro importante, escrito por un protagonista, es

Flores, Gregorio: *Sitrac-Sitram. Del Cordobazo al clasismo*, Magenta, Bs. As., 1994.

Duval, Natalia: *Los sindicatos clasistas: Sitrac (1970-1971)*, CEAL, Bs. As., 1988.

Torre, Juan Carlos: *Los sindicatos en el gobierno, 1973-1976*, CEAL, Bs. As., 1983.

Lannot, Jorge y otros: *Agustín Tosco, conducta de un dirigente obrero*, CEAL, 1984.

Para conocer la historia sindical anterior, la que desemboca en el Cordobazo, pueden leerse, además del ya citado de James,

Salas, Ernesto: *La resistencia peronista: la toma del frigorífico Lisandro de la Torre*, CEAL, Bs. As., 1990.

Vigo, Juan: *La vida por Perón. Crónica de la Resistencia*, Peña Lillo, Bs. As., 1973.

Además, resultan de lectura imprescindible los textos de Rodolfo Walsh:

Operación Masacre, Ediciones de la Flor, Bs. As., 1988.

¿Quién Mató a Rosendo?, Ediciones de la Flor, Bs. As., 1988.

Sobre los "azos", pueden leerse

Crenzel, Emilio: *El tucumanazo*, CEAL, 1991.

Aufgang, Lidia: *Las puebladas: dos casos de protesta social. Cipoletti y Casilda*., CEAL, 1989.

Otro libro de lectura imprescindible para entender la etapa 1969-76 es

Marín, Juan Carlos: *Los hechos armados. Un ejercicio posible*, CICSO, Buenos Aires, 1984.

También puede leerse una interpretación general de la etapa en

Bonavena et al.: *Orígenes y desarrollo de la guerra civil en la Argentina, 1966-1976*, Eudeba, 1998.

Para un relato fáctico sobre la política del período pueden verse:

Rouquié, Alain: *Poder militar y sociedad política en la Argentina*, Emecé, Bs. As., 1982.
De Riz, Liliana: *Retorno y derrumbe. El último gobierno peronista*, Hyspamérica, Bs. As., 1987.

Muchas colecciones documentales se han publicando en los últimos años. Véase como ejemplo:

Tosco, Agustín: *Presente en las luchas de la clase obrera. Selección de trabajos*, Bs. As., 1984.
Baschetti, Roberto: *Documentos de la Resistencia peronista*, 1955-1970, Puntosur, Bs. As., 1988.
Semanario CGT de los argentinos, Coedición Universidad Nacional de Quilmes y *Página 12*.

Testimonios y comentarios pueden verse en

Cena, Juan Carlos: *El Cordobazo, una rebelión popular*, La rosa blindada, Bs. As., 2000.

El cine, obviamente, también reflejó los problemas del período, especialmente aquellos conocidos como Cine Liberación y Cine de Base. Véanse, respectivamente,

La hora de los hornos, de Pino Solanas
Los traidores, de Raymundo Gleyzer

Sobre el Cordobazo, el cine dio, específicamente

Argentina: Mayo 1969, documental dirigido por un grupo anónimo.
Tiempo de violencia, de Enrique Juárez.

En busca del tiempo perdido: la huelga general de julio de 1975

Al igual que con la huelga general del ’36, la de julio de 1975, que dio por tierra con Celestino Rodrigo y su “Rodrigazo”, no aparece en el imaginario colectivo como una referencia imprescindible, a diferencia del Cordobazo, el 17 de Octubre y la Semana Trágica. Nadie me dijo, ni la noche del miércoles ni la tarde del jueves, “esto es una nueva huelga general de julio del ’75”, aunque el hecho tenía elementos que remitían a ella y que trataré de remarcar en lo que sigue. La última charla del ciclo para la Asamblea intentaba completar la respuesta planteada en la exposición sobre el Cordobazo: ¿por qué perdimos en los ’70? Obviamente, en la enunciación de la pregunta está la posición que uno asume. Digo “¿por qué perdimos?” porque me alineo en el campo de los que perdieron. Es decir, del conjunto de la clase obrera y de la pequeña burguesía que marcharon en alianza. Es una pregunta necesaria si es que no queremos perder de vuelta. Si hubiéramos ganado, no tendríamos que hacernos esa pregunta. Normalmente, cuando uno gana no se pregunta por qué gana. La victoria no es muy pedagógica. La victoria, en realidad, confirma que lo que uno creía estaba bien. Además, si hubiéramos ganado, tendríamos otras preguntas: ¿cómo sobrevivimos ante el imperialismo?, ¿cómo organizamos una sociedad nueva? El que tengamos que preguntarnos “por qué perdimos” es un síntoma de que hay un problema irresuelto para nosotros, el problema de la

revolución. También implica que estuvo planteada la posibilidad de la victoria, que no era necesario que perdiéramos. Pero perdimos. Y las derrotas tienen virtudes pedagógicas porque salvo que uno sea un inconsciente o un delirante, tiene que entender por qué pasó lo que pasó.

Empezamos por ver los elementos necesarios para responder a esta pregunta examinando una serie de cuestiones en torno al Cordobazo y al período que se abre con él, en particular, las características de la fuerza revolucionaria que comenzó a estructurarse a partir del '69: minoritaria y fragmentada. Encontrábamos que parte de la debilidad y la fragmentación de esta fuerza revolucionaria podía rastrearse en el pasado de la izquierda argentina, en su proceso de formación a lo largo de los '60. Señalamos el rol de la pequeña burguesía en la construcción del partido, o mejor dicho, su falta de protagonismo en esa tarea. En la charla que correspondía a este capítulo, tomamos como eje dos problemas: el de las debilidades ideológicas de la izquierda argentina, es decir, su relación con el peronismo; el de los momentos del proceso revolucionario. Veamos primero, como siempre, los hechos.

Huelga general y crisis política

Llegado Perón al poder, su política necesita contener la inflación. Para ello organiza el Pacto Social, por el cual la burocracia se compromete a evitar las huelgas y aceptar el congelamiento salarial. Su firma, en junio de 1973, que pone un freno objetivo a las reivindicaciones salariales, lleva a que los conflictos se expresen a través de demandas por mejoras en las condiciones de trabajo, reincorporación de despedidos y por la legitimación de las nuevas instancias de representación. Este proceso de lucha provoca el enfrentamiento con la burocracia que, a cambio del compromiso firmado, la tregua por dos años impuesta por el Pacto Social, obtiene a fines del '73 la sanción de una Ley de Asociaciones Profesionales que establecía, entre otras cosas, el no reconocimiento de más de un sindicato por rama de actividad, ilegalizando los sindicatos por empresa, facultaba la intervención de filiales y seccionales, otorgaba al sindicato poder para hacer cadu-

car el mandato de las Comisiones Internas de fábrica y ampliaba el mandato de los dirigentes sindicales de dos a cuatro años.

A tres meses de vencer el plazo del Pacto, en febrero de 1975, la burocracia inicia negociaciones con el gobierno para lograr la reapertura de las paritarias, que habían quedado suspendidas como resultado del acuerdo. Las negociaciones no avanzan. El 12 de mayo el ministro Gómez Morales pone un límite del 25% a los aumentos mientras los sindicalistas exigen el 40%. Las idas y vueltas del acuerdo provocan la caída del ministro y de su política gradualista. El 2 de junio asume Celestino Rodrigo y anuncia su programa de shock. El Rodrigazo consistió en una fuerte devaluación, aumentos en las tarifas y combustibles y liberación de precios, con la consecuencia de una brutal escalada inflacionaria sin precedentes. Las paritarias se detienen pero la CGT obtiene finalmente y con un transfondo de fortísima movilización, aumentos que oscilan alrededor del 100%. Vencido, el gobierno demora la homologación de los convenios y para el 25 de junio hace trascender que no lo hará.

En Capital y Gran Buenos Aires el estado de inquietud provocó asambleas, paros, tomas, abandonos de fábricas y movilizaciones hacia los sindicatos, la CGT o la Casa Rosada. Se dieron también asambleas callejeras espontáneas, como la del 17 de junio en el Puente Pueyrredón, entre obreros de General Motors de Barracas y San Martín y los de Chrysler de Monte Chingolo a quienes la policía intentaba impedir el acceso a Capital para dirigirse a la CGT. En este contexto, el 24 de junio la dirigencia sindical de UOM se ve obligada a movilizar 25.000 obreros metalúrgicos a Plaza de Mayo para presionar al gobierno. La misma CGT debe llamar a paro y movilización para el 27 de junio en Plaza de Mayo.

Es así que al día siguiente del paro general se realizó el Primer Plenario de Gremios, Comisiones Internas y Cuerpos de Delegados en Lucha, previsto para tratar tres temas: el análisis de las paritarias por gremio, la defensa del salario y la recuperación de los gremios para los trabajadores. El anuncio del decreto de no homologación de los convenios conocido ese mismo día, volcó todas las preocupaciones al plan de lucha. El primero de julio abandonaron sus tareas los obreros de Ford Pacheco, Astilleros Navales de Tigre y San Fernando, COMETARSA y Dálmine

Siderca de Campana. En Mercedes Benz de Isidro Casanova, General Motors de San Martín y Capital, Chrysler de San Justo y Monte Chingolo, Fiat de Caseros y Citröen de Capital, hubo huelga de brazos caídos. Manifestaciones, movilizaciones de todo tipo y choques con las fuerzas policiales ocupan a los obreros casi a diario. Es en este proceso en el que surgen y se desarrollan coordinadoras de delegados de base. El 4 de junio la CGT, intentando limitar las actividades obreras, anunció el paro sin movilización, de 48 horas, a cumplirse desde el 7. Le daba al gobierno tiempo para homologar los convenios antes que se viera forzado a hacerlo como resultado de la lucha de los obreros. El gobierno tuvo que ceder y homologó los contratos.

Las Coordinadoras, que surgen hacia mayo-junio de 1975 y llegan al menos hasta el golpe militar de marzo de 1976, jugaron un papel relevante en la convocatoria y movilización contra el plan económico de Celestino Rodrigo, que culminó en las grandes huelgas de junio y julio del '75. En Capital y Gran Buenos Aires, la lucha contra la burocracia hace eje en dos aspectos: la recuperación del control sobre los organismos de representación de la clase (Cuerpos de Delegados y Comisiones Internas) y la discusión sobre las condiciones de producción. Surgen así nuevas conducciones de base en innumerable cantidad de fábricas: Astilleros Astarsa, Ford, Indiel, Philips, Bagley, General Electric, Molinos Río de la Plata, Zárate-Brazo Largo, Petroquímica Mosconi, Frigorífico Minguillón, General Motors, etc.. La burocracia sindical es sorprendida y rebasada por un movimiento que brota desde las bases. Las movilizaciones de junio-julio de 1975 tuvieron un impacto decisivo en la política nacional, cuya consecuencia manifiesta fue la homologación de los convenios colectivos y el alejamiento de López Rega y Rodrigo. Las Coordinadoras Interfabriles continuaron desarrollando su actividad en los meses que siguieron a la huelga general. En marzo de 1976 el Plan Mondelli generó una nueva ola de protesta donde vuelve a crecer la actividad de las Coordinadoras, desarrollo que fue interrumpido por el golpe militar.

Izquierda y peronismo

Si uno intenta entender por qué no surgió el partido de la revolución en la década del '70, por qué el proceso que desencadena el Cordobazo no da pie a la creación de un partido revolucionario de la clase obrera, uno de los elementos necesarios a tener en cuenta es el proceso de formación de los partidos de izquierda tras la caída de Perón. Decíamos que tras el '55, los partidos de izquierda reclutan su personal político casi exclusivamente en la pequeña burguesía. Esto tiene una causa: los errores que la izquierda cometió en los orígenes del peronismo, errores que la marginaron de la clase obrera. Marginados de la clase obrera por el peronismo, reclutando su personal político casi con exclusividad entre el estudiantado pequeño burgués, la mayoría de estos partidos tenían un sesgo opositor a la izquierda "tradicional", léase al Partido Socialista y al comunismo, los únicos que habían tenido una sólida implantación en el proletariado. La "nueva izquierda" es más anti-izquierda "tradicional" que anti-peronista, porque por lo general, también como rechazo a esa "vieja" izquierda, la "nueva" tiene una mirada del peronismo que la acerca a sus posiciones. La mayoría de los programas de esta "nueva" izquierda, más allá de las estrategias, no supera el frente popular. Paradójicamente, algo que las acerca más a la "vieja" izquierda, cuya disputa con el peronismo es más bien por el protagonismo del proceso que por el programa que lo guía. Esta "nueva" izquierda, que agrupa a fracciones trotskistas, maoístas, nacionalistas y guevaristas, está marcada por su dependencia del peronismo y casi todas, de una manera u otra, eran "entristas" de facto. Dicho en un lenguaje menos académico y más propio de barricadas, capitulaban ante el programa peronista. Uno de los pocos agrupamientos importantes, que cobró con el tiempo un rol dirigente de una parte importante de la fracción revolucionaria, el PRT, escapa a esta caracterización. El PRT tenía un programa de genuina independencia de clase, pero su error es otro, que ya examinamos, el de la estrategia.

Decir que esa izquierda fue poderosamente influida por el peronismo es decir que tuvo una poderosísima influencia del reformismo. La influencia del reformismo en la izquierda es un reflejo del reformismo en la clase obrera. En la vida de cualquier clase,

un período reformista relativamente largo es la norma. Lo primero que la clase obrera busca, como cualquiera de nosotros en cualquier situación, es tratar de acomodarse mejor en la sociedad existente. Recién cuando no puede sobrevivir en las condiciones de la sociedad existente busca otro camino, un camino que la lleve a superarla. El problema con el reformismo es que hay un momento en el cual la experiencia reformista necesariamente se agota y sólo puede superarse si la clase abandona esa estrategia. Por eso, cuando se abren los procesos de crisis revolucionaria, el reformismo empieza a transformarse: de elemento que ha conducido hasta allí a la clase, en el obstáculo que impide a la clase avanzar más allá. Por lo tanto, lo normal en el proceso revolucionario es una fuerte lucha de tendencias entre fuerzas, normalmente mayoritarias, de carácter reformista y fuerzas, normalmente minoritarias, de carácter revolucionario. Esta pelea entre reformismo y revolución en el medio de la crisis revolucionaria, evoluciona según una cantidad variable de factores. En algunos países el reformismo o tuvo una instalación muy breve o directamente no tuvo ningún éxito, de modo tal que marca muy poco a la clase obrera. Paradójicamente, la inexperiencia de la clase obrera rusa con el reformismo, la incapacidad del reformismo de dar una salida a los problemas de la clase obrera rusa, de alguna manera, la dejó en condiciones de virginidad política. No había detrás de la clase obrera rusa los prejuicios que carga el reformismo y que son necesarios de ser liquidados en el proceso revolucionario. Lenin comparaba la situación rusa con la alemana. Ésta, desde 1860-70, desarrolla una estrategia reformista muy poderosa y muy exitosa. El Partido Socialdemócrata Obrero Alemán logra enormes conquistas para la clase obrera. Es un partido que dice ser revolucionario pero que en la práctica es reformista, no tiene más ambiciones que desarrollar las mejores condiciones posibles para la clase obrera en el seno del capitalismo alemán. Lo paradójico en el socialismo alemán es que los socialistas reformistas no podían decir que lo eran, no podían reconocerlo públicamente, pero en la práctica, en las votaciones y en la vida del partido, era lo que objetivamente dominaba. Uno de los baluartes del reformismo alemán, Eduard Bernstein, sostenía que el partido debía atreverse a parecer lo que era. Bernstein llamaba a reconocer el reformismo que dominaba la práctica del partido. A diferencia del caso

alemán, en la socialdemocracia rusa el reformismo nunca tuvo un peso fuerte. En realidad, las tendencias más radicalizadas siempre fueron fuertes en el seno del campesinado y de la clase obrera rusa. En el caso argentino, sucede algo parecido al reformismo de la clase obrera alemana.

El reformismo de la clase obrera argentina, aquel que nace con el 17 de Octubre pero que incluso tiene raíces muy anteriores, es un reformismo muy poderoso y muy exitoso. Es un reformismo que efectivamente consiguió para la clase una serie de conquistas que marcaron su vida. Hoy ya es difícil encontrar gente que hable de esa manera, pero hace 15 o 20 años, y en la década del 70 sobre todo, la idea de que el peronismo había inventado a la clase obrera, de que los obreros no eran nada antes de Perón, de que la clase obrera recién había adquirido "dignidad" con Perón, era una idea establecida muy sólidamente. Ello contribuyó, como ya dijimos, a crear una imagen muy distorsionada de la historia de la clase obrera argentina. En este sentido, asimila su historia a la historia de la socialdemocracia alemana. Con una diferencia: la socialdemocracia alemana ideológicamente tenía vinculaciones con el socialismo y con el marxismo. En el caso argentino, ese reformismo exitoso rechaza de plano cualquier vinculación ideológica con el socialismo. Recuérdese aquello de "ni yanquis ni marxistas". Hay un rechazo de la tradición socialista marxista muy poderoso, aún cuando el propio peronismo se conformó con muchos dirigentes provenientes del comunismo, del socialismo e incluso del anarquismo.

Cabe insistir sobre la doble condición de este reformismo mayoritario de la clase obrera argentina. Por empezar, su éxito, para el que sólo basta con recordar dos o tres datos: el nivel salarial de la clase obrera argentina en el '75 era el doble del actual y si sacamos mejor las cuentas probablemente bastante más, uno de los niveles salariales más elevados de todo el mundo capitalista de desarrollo intermedio; una serie de derechos sindicales que no era común ni siquiera en muchos países del Primer Mundo; la solidez y densidad de la organización sindical que le otorgaba a la clase un lugar central en la vida política nacional. Siempre hay un ejemplo de color para dar, en este caso, el de los maestros. En la década de los '70 uno reconocía a la maestra que recién empezaba a dar clases por el auto: el Fitito o el Citröen. Ya cuando había llegado a niveles de

dirección, venía el Renault 12 o el Ford Falcon. Hoy pensar que un maestro va con auto al colegio es difícil. Otro ejemplo válido para ver lo que se ha perdido es el derrumbe de las obras sociales sindicales. El Policlínico Ferroviario llegó a atender a millones de personas y hoy día es imposible de sostener con esa estructura hija de su momento de mejor brillo. Ciudades enteras vivían y se desarrollaban puramente al calor de las obras sociales sindicales: Mar del Plata debe la mitad de su estructura a los hoteles sindicales. Carlos Paz y otros lugares de Córdoba tienen la misma historia. La clase obrera argentina arriba al momento de la crisis más profunda del capitalismo argentino (1969-1976), marcada por un reformismo muy profundo, no porque sea idiota sino porque era muy exitoso. Y nadie abandona una estrategia exitosa hasta que no se demuestra que ha dejado de serlo. Pero cuando estalla la crisis revolucionaria el tiempo es oro. No darse cuenta a tiempo de que ciertas cosas ya no sirven más y que es necesario crear otras, puede costar, como de hecho sucedió, la derrota.

Las debilidades ideológicas, como el nacionalismo y el anticomunismo peronistas, que fue la forma en que se manifestaba la conciencia reformista de la clase obrera argentina de este período, agravan las dificultades. Aunque su peso en la explicación no es el más importante, creer que una clase educada en una cultura anticomunista y nacionalista no está en peores condiciones para luchar que otra educada en la tradición socialista, implica sostener que los fenómenos de conciencia no tienen ningún efecto material sobre el comportamiento político. Que la ideología no tiene ningún efecto sobre la vida material y es un mero reflejo. Por el contrario, es conocido el hecho de las dificultades que afrontaban los militantes de izquierda a la hora de actuar en un entorno peronista, desde el lenguaje hasta las referencias históricas que siempre ofician como mediadores de la experiencia entre la vanguardia y el resto de la clase. Un problema que no enfrentaba, por ejemplo, la izquierda chilena o uruguaya, y que forzaba a la izquierda argentina a una especie de camaleonismo permanente. De ahí la tendencia "entrista" tan fuerte en su seno, que resultaba de la escasa voluntad de confrontación con una ideología poderosa como era el peronismo. En el mismo sentido operaba el nacionalismo peronista, como un freno a las tendencias internacionalistas propias de la izquierda, que se veía obligada a

mostrarse "nacional" en alguna medida. De una manera u otra, estos obstáculos ideológicos impulsaban a la izquierda a saltarlos, en su carrera hacia la clase obrera, olvidando que por esa vía se reforzaba aquello que se quería combatir.

Efectivamente, Montoneros y toda la izquierda peronista contribuían a la persistencia de la estrategia reformista de varias maneras. En primer lugar, reconociendo el liderazgo indiscutido del principal cuadro de esa estrategia, Perón. En segundo lugar, porque su propio programa era confuso en cuanto a qué significaba el "socialismo nacional", una amalgama de nacionalizaciones que podría no superar el peso en la economía de cualquier país capitalista avanzado. Sin embargo, no era la única orientación política con estas contradicciones. Sin el reconocimiento del liderazgo de Perón, el Partido Comunista, el Partido Socialista, el Partido Socialista de los Trabajadores y las diferentes variantes maoístas, expresaban alguna forma de frente popular. El que pocas (y minúsculas) organizaciones se plantearan otra estrategia, como Política Obrera, es un indicador de la debilidad de la fracción revolucionaria.

El retorno de Perón, el bonapartismo y los tiempos de la lucha revolucionaria

En esas condiciones, la clase obrera va a protagonizar el período '69-'76. Hay un primer momento en el cual irrumpe tras el Cordobazo, una fracción de esa clase con una perspectiva revolucionaria. Ese período va del '69 al '73, del Cordobazo hasta la llegada de Perón. Tiene su momento de auge, donde parece que ha triunfado, con la presidencia de Cámpora. Digo parece que ha triunfado porque, hasta ese momento, la estrategia de Perón es alentar el ala izquierda del peronismo a los efectos de crear las condiciones para que, tanto la burguesía como las fuerzas armadas, saquen como conclusión que el único que puede frenarla es el propio Perón. Por lo tanto, hasta su llegada, Perón impulsa a la izquierda de su partido. No es casualidad que el candidato presidencial que lo precede es alguien que viene de la tradición de la izquierda peronista, apoyado por la izquierda peronista. Es el momento de la crisis del reformismo, que se encuentra a la

defensiva en el seno de la clase obrera, algo que se manifiesta en el paso al costado que deben dar las conducciones sindicales frente a la "juventud". Desde el '73 al '75 la estrategia revolucionaria entra en declive y el reformismo se refuerza. Y del '75 al golpe del '76 vamos a ver el agotamiento y crisis definitiva de la estrategia reformista y el retorno de la estrategia revolucionaria. Nos vamos a concentrar, entonces, en el proceso que va del '73 al '76. En ese contexto, vamos a examinar el momento más importante del período que es la huelga general contra el Rodrigazo, que provoca la caída de un plan económico completo y del jefe de las fuerzas represivas, López Rega. Es importante no sólo por el efecto que tiene sino también por quienes la protagonizan: las famosas coordinadoras del norte de la provincia de Buenos Aires.

Se trata, visto desde la clase obrera, de dos momentos de avance y uno de reflujo. Visto desde la burguesía, sin embargo, el panorama es otro: indudablemente, el Cordobazo le quita la iniciativa política y la sumerge en una crisis de la cual sólo atina a salir apostando por Perón como elemento de contención. El retorno de Perón es la apuesta, sobre todo de una parte de la burguesía, la más débil, a una estrategia reformista como forma de salida de la crisis. Esa estrategia reformista, en el contexto de un proceso revolucionario, no puede ser sino un obstáculo a la revolución. Obstáculo que no trepida en armarse de todas las formas posibles para enfrentar la insurgencia, como veremos más adelante. Mientras tanto, las fracciones más poderosas del capital, tanto las locales como las imperialistas, alientan la crisis del reformismo y preparan una salida abiertamente contrarrevolucionaria. Para lograr articular dicha salida necesitan tiempo: tiempo para hacer fracasar la estrategia reformista en la economía, para articular las facciones contrarrevolucionarias sueltas y nuclearlas en un comando unificado y para convencer al resto de las fracciones burguesas que la que proponen es la única respuesta posible a una situación que se desborda.

El elemento que juega a favor de la burguesía más concentrada es el sentido en el que evoluciona, desde fines de la Segunda Guerra Mundial, la economía argentina y tiende a inviabilizar la estrategia reformista. Si yo puedo expandir la producción industrial, si yo puedo expandir los salarios, entonces puedo conseguir un sector del movimiento obrero que apoye esa política. Eso es lo

que hace Perón en la década del '40 y, en realidad, no hace más que culminar un proceso que tiene por lo menos quince años ya cuando el "Coronel de los trabajadores" llega al poder. De esa manera consigue un sector de la clase obrera que ve mejorar sus condiciones de vida y, por lo tanto, acepta esa estrategia reformista. Para la década del '70, esa posibilidad está completamente agotada. Como explicamos en el primer capítulo, la economía argentina comienza a privilegiar el crecimiento en profundidad por sobre el crecimiento en extensión, de modo que se expande el ejército industrial de reserva y los salarios tienden a estancarse, aunque ese fenómeno resulte poco perceptible, producto, precisamente, de la resistencia obrera. Es eso lo que explota con Onganía y enfrenta a tres fuerzas: una que lucha por la permanencia del sistema tal cual está, protagonizada por la burguesía más débil, peronista, que no encuentra una salida económica pero tiene fuerza política porque tiene una base en el movimiento obrero; otra que une a un sector de una burguesía concentrada nacional agraria y no agraria con el imperialismo americano, cuya salida consiste en desarrollar a pleno ese crecimiento en profundidad y que se apoya en el control de la economía pero no tiene base política de masas; una tercera, que empieza a correr después del Cordobazo, reuniendo una fracción de la clase obrera con otra de la pequeña burguesía, con una política revolucionaria y una base política débil pero potencialmente hegemónica. Resumiendo, una alianza que no tiene una salida económica pero tiene fuerza política de masas, la alianza reformista que se expresa como peronismo, choca con otra, conformada por la burguesía más poderosa, que tiene una salida económica pero no puede, con ella, darse ninguna base social de masas. De las chispas de ese enfrentamiento brota la estrategia revolucionaria.

Esa fracción de la clase obrera se va a desarrollar muy fuertemente entre el '69 y el '73 en relación al Cordobazo y a los otros "azos" del período. Ese desarrollo se frena con el retorno de Perón, cuyo efecto consiste en renovar las ilusiones de la clase obrera argentina en el reformismo, otra de las claves para explicar la derrota. ¿Por qué se refuerza la estrategia reformista? La estrategia reformista está atada en la Argentina a un partido político e incluso a una persona: el peronismo y su conductor, Perón. Ya hemos hablado del debate en la tradición marxista acerca del papel

del individuo en la historia, discusión simbolizada por un lado por Plejanov y por otro lado por Trotsky.

En el proceso histórico, las fuerzas sociales se corporizan en estructuras, en relaciones y, por lo tanto, toda fuerza social es una construcción jerarquizada. Gramsci toma la metáfora del ejército para explicar la composición interna de una fuerza social. Una fuerza social incluye un conjunto de peones, lo que llama la infantería del partido, un personal político que tiene relaciones inmediatas con la clase: los dirigentes de base, los activistas más volcados a la luchas en las comisiones internas, en los movimientos de desocupados, el militante que está en el día a día. Pero también, dice Gramsci, toda fuerza social se da un conjunto de "capitanes", de cuadros políticos que ya no está en relación directa e inmediata con la clase, sino que tiene tareas de cierta complejidad mayor y que resume en sí la actividad y la relación con muchos otros dirigentes de base. Estos cuadros medios enhebran las relaciones entre muchos cuadros de base, que a su vez enhebran las relaciones con la propia base. Llega al final el estado mayor, los dirigentes más importantes del partido, que sólo discuten de estrategia general y construyen teoría. Se va armando así una construcción piramidal, teniendo cada nivel funciones diferentes, resumiéndose todas ellas en el nivel inmediato superior. Cuanto más estructurado está el partido, más fuerte es porque tiene mayor capacidad de acción. Pero también es más débil a los procesos de descabezamiento de cúpulas. Dado que los niveles superiores resumen a los inferiores, el ataque a la dirección (como el ataque al estado mayor de cualquier ejército) tiene efectos devastadores. Cuando se estudia con detalle la represión que produce el Proceso Militar se encuentra este fenómeno.

Los intelectuales del Proceso, incluyendo entre ellos a los militares, leyeron a Gramsci. No sólo en forma directa sino a través de todos los teóricos de la guerra contra-insurgente, en especial a los franceses. Los franceses se especializaron en la represión sistemática y molecular. En lugar de liquidar a centenares de miles, se realiza una tarea de cirugía fina. Causar una masacre gigantesca significa una conmoción social de magnitudes únicas. No se puede hacer todos los días. Ninguna clase dominante busca semejante desenlace a menos que sea la última opción, porque si sale mal, la derrota más amplia y general es lo más probable.

Algunos procesos revolucionarios han abortado en medio de sangrías sin igual, como en la Indonesia de Sukarno, en la que luego de setiembre de 1965 se liquida a un millón y medio de comunistas. En cambio, la represión en la Argentina se limita a 10.000 personas. Decir "se limita" puede sonar hasta insultante, porque 10.000 personas es una masacre enorme. Pero comparado con los millones que componen la clase, son un pequeño puñado. Son un pequeño conjunto incluso de la fracción menor de la clase que se encolumna detrás de la estrategia revolucionaria. Y es así, porque la represión del proceso fue dirigida a la cúpula y a los cuadros medios. Pero para que la represión pueda ser descargada exclusivamente contra la dirección, es necesario aislar a la fuerza revolucionaria del resto de las masas. Allí es donde interviene el reformismo, a partir de su cuadro más importante, Juan Domingo Perón.

La presencia de Perón es, en este sentido, crucial. No sólo es el jefe indiscutido de la estrategia reformista, sino que llega por intermedio de un largo proceso de lucha. Cuando aquí hablamos de reformismo, hay que recordar siempre que no equivale a conservadurismo o pasividad. Existen en la historiografía argentina (Luis Alberto Romero, Milcíades Peña) posiciones que consideran que la clase obrera argentina era conservadora, asimilando reformismo con complacencia o conformismo. Nada más errado: el reformismo requiere dosis elevadas de lucha porque nadie regala nada, menos la burguesía. El reformismo peronista llegó al poder luego de diez o quince años de lucha y retornó al poder luego de otros dieciocho años de combate. De modo que cuando hablamos de Perón, no hablamos de un individuo simpático, con una sonrisa tipo Gardel, comprador, entrador, capaz de engañar a una masa informe e ignorante. Perón es un cuadro político de la burguesía más débil, cuya función es articular la alianza política que hace posible su acceso al control del estado para desarrollar políticas económicas que la favorezcan. Es un cuadro político de la estrategia reformista de la burguesía y es el cuadro político que condensa en sí la mayor cantidad de relaciones sociales que el reformismo ha sabido construir en la Argentina. Por lo tanto, la figura de Perón es una figura estratégica. Un sector de la pequeña y mediana burguesía obviamente busca el retorno de Perón porque Perón está relacionada con ella a través de la estrategia mercado internis-

ta, los subsidios, la protección, etc. El nacionalismo es la ideología que unifica estas relaciones. El sector más poderoso de la burguesía no lo quiere, y ha estado tratando de evitar su retorno todo el tiempo. Porque para ese sector esas relaciones sociales entre la burguesía y el proletariado, que se expresan bajo la forma de reformismo y nacionalismo, son relaciones molestas: si lo que quiere hacer es multiplicar el desarrollo en profundidad a expensas de la expansión en extensión, se dispone a liquidar sectores enteros del aparato productivo, incluso ramas enteras de la producción, todas esas relaciones sociales que se corporizan en el reformismo, en el nacionalismo, en el peronismo, molestan. Termina aceptándolo porque no le queda otra, porque el reformismo aparece como la única valla de contención de las tendencias insurreccionales y Perón es el único que puede articularlo. Después de una serie de intentos para eliminar la presencia de Perón por la vía de la represión simple (la Libertadora, Guido), reemplazarlo con alguna fórmula política más aceptable, (Frondizi, Illia), suprimirlo a largo plazo con un "gobierno fuerte" (Onganía) o realizarlo con otra figura (Lanusse y el GAN), no queda mucho más para hacer. Por eso Perón recibe el apoyo de todo el mundo, gana con más del 60%, una elección prácticamente plebiscitaria.

Porque la burguesía más poderosa no lo quería, salvo que no hubiera otra opción, toda la estrategia de Perón consiste en que no quede otra opción que llamarlo. Por eso alienta al ala izquierda: los Montoneros son la "juventud maravillosa", Perón se declara socialista y hace loas al Che y a Fidel Castro, nacen los mitos de Perón socialista y Evita Montonera. Incluso nace la ideología del socialismo nacional: la idea de que el peronismo encarnaba una variante de socialismo propia de la Argentina. Obviamente todas las tendencias de izquierda del peronismo creían que Perón era socialista o se lo podía controlar y guiar hacia esa estrategia. Cuando se hace claro que tal cosa es imposible, surge la figura del "entorno". Perón no tiene la culpa, el problema es que está rodeado ("entornado") por la derecha. La llegada de Perón reanima las ilusiones reformistas de las masas, es cierto, pero primero que nada reanima las ilusiones de la izquierda que claudicó ante el peronismo, debilidad que va a costarle caro. Cuando Perón llega al gobierno, lo primero que hace es desmantelar toda el ala izquierda, liquidarla físicamente. El primer combate que se da

entre el ala derecha y el ala izquierda es el combate de Ezeiza. La gente concurre allí masivamente a ver la llegada de Perón y el ala derecha, que ya está preparada, va allí a liquidar al ala izquierda, que fue a tocar el bombo. El resultado fue una masacre.

Este episodio, más otros que van a ir sumándose a lo largo de los tres años de gobierno peronista, muestra el grado superior de conciencia de la burguesía frente al proletariado. El ala derecha tenía en claro que había que liquidar al ala izquierda. Y el ala izquierda todavía no se había dado cuenta de semejante cosa, de que había llegado el momento militar de la lucha de clases y que la estrategia reformista era la cobertura que permitía encubrir ese proceso y ganar tiempo para desarrollarlo. Tiene que pasar un año largo para que la izquierda peronista comience a romper con Perón. Todavía después del famoso episodio del Primero de Mayo de 1974, cuando frente a la Rosada los Montoneros le gritan a Perón: "Qué pasa, qué pasa, General, que está lleno de gorilas el gobierno popular" y que Perón les contesta que son unos estúpidos, unos imberbes, todavía después de ese hecho se jugaba con la idea del entorno. Todavía hoy hay gente que cree que López Rega engañaba al General enfermo... Pero López Rega organiza la Triple A y es el fundador de la represión a gran escala en la Argentina. El Proceso Militar institucionaliza, sistematiza, racionaliza, una maquinaria que arranca con la propia llegada de Perón a la Argentina.

La muerte de Perón es la del único cuadro que podía mantener unida esa alianza reformista como mascarón de proa de una política represiva clandestina. La fracción de la burguesía que tomará el control del estado incluso recibirá ya en marcha la nueva política económica, el Plan Mondelli. El reformismo estaba condenado en vida de Perón. El programa del '45, la conciliación de clases, la promoción salarial, estaban muertos ya hacía rato, por las razones que dimos en el primer capítulo. Si algo salvó a Perón y su leyenda es que se murió a tiempo. No era la primera vez: en la primera presidencia, lo echan del gobierno cuando tenía que aplicar los planes de ajuste, algo que ya había intentado desde el '52. Una de las razones por las cuales Perón entrega tan fácilmente el poder es porque sabe que tiene que implementar una serie de medidas que le van a erosionar su base política. Sabe que tiene que desarmar lo que él mismo ha construido. Se va al exilio durante

18 años y el trabajo sucio lo hacen los desarrollistas, los radicales y Onganía. Así, Perón retorna como un héroe que muere antes que lo peor comience. Con lo cual su figura incluso queda salvada, recayendo las culpas en Isabel y el "entorno". Pero, en realidad, el programa político de Perón y su programa económico estaban condenados de antemano por la crisis de largo plazo del reformismo argentino. La muerte de Perón no hace más que ponerle fecha a un proceso que ya está muy avanzado.

Cuando se observa la política peronista, se percibe fácilmente el carácter precario del esquema económico, basado en un congelamiento general de precios, en particular, el congelamiento salarial que Perón impone a la clase obrera a través del Pacto Social. Inmediatamente, sabiendo que necesita un instrumento para sostener la política económica, procede a reforzar las conducciones dominantes del movimiento obrero con leyes sindicales que son ultra-proscriptivas y que buscan defender a la burocracia frente a las críticas de las bases. Comienza allí la guerra de guerrillas en el mundo del trabajo que se va a extender hasta marzo de 1976. Es decir, prepara el instrumento con el cual va a derrotar a la insurgencia en el seno del movimiento obrero. Pero a la corta o a la larga, el Pacto va a fracasar y la insurgencia retomará su marcha. Pero en el interín ha sembrado una enorme confusión en las filas de la fracción revolucionaria, cuyo aislamiento se profundiza y permite ataques frontales a posiciones importantes de la fracción revolucionaria, como el gobierno cordobés y Villa Constitución. A partir de ese momento queda más que claro que todo el asunto del entorno era falso y que durante casi dos años buena parte de la izquierda, especialmente la izquierda peronista, había estado perdiendo el tiempo, había caído en la trampa de la estrategia reformista, había perdido el tiempo de organizar a las fracciones más revolucionarias en una política de independencia de clase. Y cuando uno pierde tiempo el que lo gana es el enemigo.

Para entender este problema del tiempo del proceso revolucionario, hay que retornar brevemente a Gramsci. En todo proceso revolucionario, hay un momento en el cual las fuerzas en pugna se enfrentan en el plano militar de la lucha de clases. Por "plano militar" hay que entender el momento en el que el enfrentamiento se hace directo, bajo la forma de confrontaciones de masas contra el aparato del estado y otras fuerzas armadas de la clase

dominante. Lo importante es que el momento militar es el punto culminante de la lucha de clases. La fuerza que llegue allí en condiciones de inferioridad subjetiva, perderá. ¿En qué consiste esta inferioridad subjetiva? En una incapacidad para reconocer las necesidades estratégicas de la hora. La conciencia de clase del proletariado no está a la altura de la tarea, razón por la cual la alianza revolucionaria se encuentra incapacitada para desarrollarse a fondo. La burguesía, por el contrario, había alcanzado plena conciencia de las tareas necesarias. Esta es la razón más inmediata de la derrota.

Al comienzo del proceso, en 1969-71, las fracciones más concentradas del capital se encuentran a la defensiva, mientras asciende la estrella de la alianza revolucionaria, que logra acaudillar algunas fracciones de la clase obrera. La alianza reformista no ocupará el centro de la escena hasta la llegada de Perón. Durante este precioso período de tiempo dominado por la alianza reformista, los sectores más importantes de la burguesía argentina recomponen sus fuerzas. Para que una fracción de clase haga lo que la fracción que dio el golpe en el '76 hizo, es decir, dar un golpe de estado y someter a todo un país a una situación política determinada, tiene que obtener una serie de consensos en el interior de su propia clase ¿Cómo lo hizo? Primero, estimulando y dejando desarrollarse la crisis política, estimulando y dejando desarrollarse la crisis económica: "cuanto peor, mejor". La estrategia de la burguesía durante el gobierno de Perón es apostar a la crisis económica y a la crisis política permanente. El programa económico de Perón fracasa, entre otras cosas, porque la actitud de la burguesía más concentrada es el boicot sistemático. Esto se evidencia en que entre el '73 y el '76 se desarrolla en la Argentina un proceso inflacionario muy poderoso. Proceso que durante el gobierno de Perón está contenido porque se fijan los precios, porque hay controles de tarifas. Esa inflación reprimida se destapa durante el gobierno de Isabel Perón, que se ve forzada a reconocer esta situación.

Este reconocimiento ha pasado a la historia como "Rodrigazo". Celestino Rodrigo provoca una violenta devaluación del peso de un 100%, aumento de los combustibles en un 175%, de la electricidad en un 75% y el resto de los servicios en una magnitud parecida. La reacción del movimiento obrero no se hace esperar, y

la propia burocracia se ve obligada a pujar por aumentos salariales a la altura del costo de la vida, consiguiendo aumentos de salarios que, en promedio, superan el 160%. Esa violenta devaluación lleva a una explosión inflacionaria que supera en unos pocos meses el 300% y genera en el seno de la clase obrera una situación completamente insostenible. Como consecuencia, a mediados del '75, la clase obrera, que había sido contenida por la estrategia reformista, retoma el camino hacia la estrategia revolucionaria, comenzando por desplazar a la burocracia sindical y dotándose de una conducción poblada de cuadros de izquierda. Ya no es en el interior, en Córdoba, en Rosario, sino en el propio corazón del capitalismo, o sea, en el norte de la provincia de Buenos Aires. Todas estas fábricas salen a la lucha, no bajo la organización de la CGT o sindicatos oficiales (a los que fuerzan a plegarse a las medidas y a llamar a una huelga general) sino bajo una organización de nuevo tipo: las Coordinadoras Interfabriles de Capital y Gran Buenos Aires, donde las nuevas conducciones sindicales responden al PRT-ERP, Montoneros o a fracciones ligadas al trotskismo, al maoísmo o al Partido Comunista. Estas Coordinadoras debutan en la acción en las jornadas de junio-julio en la huelga general, que finalmente está obligada a llamar la CGT y que termina derrocando el Plan Rodrigo. El propio Rodrigo debe renunciar, acompañándolo el jefe del aparato represivo clandestino, José López Rega.

Esta huelga general, bajo la presión de las Coordinadoras tiene una serie de características notables que en algún sentido reproducen el proceso de lucha económica, lucha anti-burocrática y lucha política que llevó a la irrupción del clasismo cordobés de Sitrac-Sitram. Por empezar, la huelga es la culminación de un proceso de lucha que comienza por las bases ya en mayo del '75 y que determina el fin del Pacto Social que había firmado la CGT con Perón. Durante los meses de mayo y junio, momento en que se discuten las paritarias nacionales, el gobierno se niega a homologar los convenios que se están firmando en tanto superan las pautas marcadas y generan más presiones inflacionarias. Mientras la CGT y la burocracia sindical tratan de frenar la presión de las bases y arrancarle al gobierno un porcentaje lo más alto posible, las bases se movilizan a partir de las comisiones internas, organizan coordinadoras e impulsan la lucha que se expresa en un estado de virtual huelga general intermitente hacia fines

de junio. Estas presiones obligan a la burocracia a convocar a la huelga general sin movilización para contener los piquetes y las movilizaciones que se desarrollan en los primeros días de julio. Finalmente, la CGT debe convocar a la huelga general de los días 7 y 8 de julio que derrota el plan económico de Rodrigo, expulsa a López Rega y deja al gobierno tambaleando. Es la primera huelga general masiva y frontal contra un gobierno peronista. Es suficientemente poderosa como para tener efectos más inmediatos que el Cordobazo y cualquier otro hecho de la lucha de clases que hemos examinado hasta ahora, con excepción del 17 de Octubre. En este aspecto, en su efectividad inmediata, se parece a las jornadas del 19 y 20 de diciembre de 2001: caída del plan económico, caída del gobierno. Pero es además importante porque la acción de las bases rebasa toda estructura sindical. Después de tres años de lucha antiburocrática que va dando resultados parciales, entre el Cordobazo y la llegada de Perón (que liquida esa experiencia), y después también de la resistencia camuflada al Pacto Social, la clase obrera argentina se acerca, en esta huelga general de julio de 1975, al punto más avanzado de su combate con sus enemigos en el interior del movimiento obrero: toda la burocracia sindical nacional fue puesta contra la pared. Es tal vez el hecho de masas más importante de la historia argentina, entre otras cosas, porque fue protagonizada por el proletariado industrial del corazón del capitalismo argentino.

Durante los meses siguientes los obreros continúan con su lucha, asegurando el cumplimiento de los convenios. Se suceden huelga tras huelga y nace la bandera de lucha que unificará a la burguesía: hay que acabar con la "guerrilla fabril". El Plan Mondelli, de comienzos de marzo, intenta retomar la política de Rodrigo, lo que provocará nuevas huelgas y manifestaciones. Sin embargo, en un par de semanas el golpe de Estado dará por terminadas las acciones obreras en cuestión de días. La pregunta es: ¿por qué el golpe resultó tan sencillo a siete u ocho meses de la huelga general de julio?

La respuesta que creemos correcta es la que parte de la idea de que en política el tiempo es oro. Durante el gobierno de Perón la clase obrera perdió un tiempo precioso y permitió la reconstitución de un frente burgués sólido, sin base de masas activa pero con cierto consenso pasivo entre las fracciones más débiles de la

burguesía y de la pequeña burguesía. La burguesía siempre está organizada, para eso tiene el Estado. En eso tiene una gran ventaja sobre la clase obrera. De allí que cuando la crisis intraburguesa se abre es necesario proceder con rapidez antes de que se suelde la brecha. En cuanto una fracción de la burguesía logre acaudillar al resto, reunirá las fuerzas dispersas del estado y procederá a aniquilar a su adversario. Una serie de intelectuales de estos sectores de la gran burguesía argentina se encargan de crear el clima necesario para la represión. Uno de los más conocidos es Mariano Grondona, por ejemplo. Ese combate ideológico puede seguirse en el diario *La Nueva Provincia* de Bahía Blanca o en cualquier gran diario nacional.

El golpe del '76 es protagonizado por los sectores más concentrados de la burguesía, tanto financiera, industrial como agropecuaria, que controlan el aparato del Estado y, sobre todo, los niveles más elevados de las Fuerzas Armadas que han logrado, a través de la experiencia del gobierno de Perón, convencer a otros sectores de la burguesía de que el reformismo está agotado, que la estrategia económica no sirve y que, además, la política reformista no sólo no contiene la crisis sino que, al contrario, la estimula. Cuenta con el apoyo del imperialismo americano, tanto por los intereses específicos de las empresas americanas, como por las necesidades más generales de la lucha de clases a escala internacional. Este plano internacional no debe ser olvidado, porque cuando la burguesía toma la decisión de liquidar a la fuerza revolucionaria, no sólo recibe el apoyo político inmediato, sino que aprovecha la larga experiencia acumulada en materia contra-insurgente. Para eso ha venido preparando sus fuerzas desde largo tiempo atrás. Las propias Fuerzas Armadas van siendo reestructuradas y rearmadas para el nuevo contenido del golpe de estado. El golpe del '76 se diferencia de los anteriores en que éstos simplemente cancelaban la legalidad democrático-burguesa y la mantenían en una congeladora, en la posibilidad de armar alguna fórmula que pudiese lanzarse a la palestra y funcionar. El golpe de viejo tipo no tenía por función desarmar una fuerza social revolucionaria, porque esa fuerza social todavía no se había estructurado. El golpe del '76 es diferente radicalmente a todos los golpes anteriores. Porque su función ya no es poner la política en una congeladora y buscar alguna fórmula que sirva para relanzar la democracia burguesa.

Ahora se trata de desarmar, destruir una fuerza social. A lo largo de 15 o 20 años la burguesía ha ido aprendiendo eso, aprendiendo que lo que tiene que hacer es destruir a esa fuerza social que se le opone. Lo que la clase obrera no pudo hacer, por la debilidad de los partidos de izquierda, por la potencia del reformismo, por la presencia de Perón, es darse cuenta que la única solución posible que tenía era exactamente la misma pero al revés: destruir la fuerza social que se le opusiera. Eso significaba desarrollar al máximo la estrategia revolucionaria y zanjar el conflicto por la vía de la destrucción de las fuerzas sociales oponentes. El no haber podido concretar esta tarea, el haber llegado tarde a esta tarea, el no haber entendido esta tarea, es lo que condenó a la clase obrera argentina al fracaso. Por eso cuando nosotros tratamos de dar una explicación sintética de por qué fracasamos, lo que decimos siempre es que fracasamos por la mayor fuerza subjetiva de la burguesía, es decir, por la debilidad subjetiva de la clase obrera. Cuando vamos a la lucha, aquel que sabe y tiene más en claro lo que hay que hacer es el que tiene las mayores posibilidades de ganar.

Una síntesis precaria

Es un buen momento, entonces, para realizar una síntesis. La persistencia y potencia del reformismo en el seno de la clase obrera es, sin dudas, el elemento más importante en la explicación. La presencia de un cuadro político de la magnitud de Perón explica también la facilidad con que una fracción dominante de la clase obrera fue recapturada para las ilusiones reformistas en el momento clave, desarmando buena parte de lo que la izquierda había logrado construir, sobre todo la izquierda peronista. Las debilidades de la izquierda argentina, su fragmentación interna, su fascinación por estrategias no obreras, su claudicación ante el peronismo, constituyen, sin dudas, otro factor de la explicación. La rapidez de reacción de la burguesía argentina, atribuible entre otras cosas a que desde la revolución cubana viene preparándose para estas eventualidades, es otro factor que hay que tomar en cuenta, así como la estrategia imperialista que ya se estaba probando en Uruguay y Chile. Pero nunca será suficiente insistir en que esos dos o tres años de ilusiones con el peronismo fueron cruciales

para que los sectores más poderosos de la burguesía lograran rearmarse, atacaran la estrategia reformista y convencieran a sectores enteros de la burguesía y pequeña burguesía de que la única salida era el golpe. Por eso, el golpe del '76 tiene un carácter preventivo: llega antes de que en el seno de la clase obrera la estrategia revolucionaria se desarrolle plenamente. Basta con que esta estrategia parezca insinuar su renacimiento, con las Coordinadoras del '75, para que ya eso constituya la campana de alarma. Se cierra ahí, en marzo del '76, el proceso que se abre con el Cordobazo. En los primeros tres años la burguesía en su conjunto, sobre todo el sector más derechista, más reaccionario, está a la deriva, no sabe que hacer y de última llama a Perón para que contenga las situación. En los siguientes dos años y medio, se rearma, elabora una estrategia adecuada, convence a sectores que la apoyen y logra capitalizar el descontento y la crisis del reformismo con una salida a través del golpe. La piedra de toque, el elemento que actúa como desencadenante es la huelga general contra el Rodrigazo. Porque Rodrigo no hace más que adelantar el programa de Martínez de Hoz y que el programa de Martínez de Hoz sea barrido con una huelga general, resultado de una movilización espectacular, es la prueba de que ese programa requiere algo más que un gobierno elegido democráticamente o, por lo menos, por los mecanismos de la democracia burguesa. Requiere una intervención militar. Y no cualquiera, porque Krieger Vasena, otro mojón en el camino del plan Martínez de Hoz, también fue derrotado por una huelga general, la que inaugura esta etapa, el Cordobazo.

La victoria de la burguesía tiene su origen en su capacidad para resolver sus problemas internos antes. Supo imponer a una fracción que hegemonizó al resto y le indicó la salida. Y puso detrás de esa salida a todo el mundo. Si no, los militares no podrían haber intervenido. Los militares intervienen porque están legitimados por una fuerza social que construyó poder político para destruir a esas fuerzas revolucionarias que se organizaron después del Cordobazo. El golpe del '76 no es un resultado militar sino un resultado político que tiene consecuencias militares. El golpe de estado lo da una fracción de una clase, la burguesía más concentrada, que ha logrado hegemonizar a otras fracciones y acaudillarlas. Es una tarea política que la burguesía hizo y la clase obrera no. El desarrollar las organizaciones guerrilleras antes de que naciera

el partido de la clase fue un grave error estratégico, comparable a poner el carro antes del caballo. La revolución no es un problema militar, es un problema político que tiene consecuencias militares. Ningún golpe ni ninguna revolución triunfan simplemente montados sobre las armas. Decía Napoleón que las armas sirven para cualquier cosa salvo para sentarse sobre ellas. Porque el poder militar sólo tiene peso como poder social. Eso es algo que la burguesía entendió y la alianza obrero-pequeño burguesa revolucionaria no. El tiempo que se tarda en cambiar de estrategia y darse la organización correspondiente, es decir, el tiempo que se tarda en la construcción del partido, es un problema clave.

Por eso, una de las perversidades de la propaganda del Proceso y del Alfonsinismo es esta idea de que la izquierda de los '70 "ponía bombas". No fue así. La clase obrera no se dio cuenta de cuáles eran sus tareas históricas, no llegó a comprenderlo de manera cabal, es decir, no se dio los instrumentos para luchar por el poder, mientras que la burguesía sí lo hizo. Siempre tratan de asustarnos con la idea de "la violencia". No hay que ser violentos, hay que elegir el consenso. Pero el problema es que la que rompe todo consenso en defensa de sus intereses es la burguesía misma, característica que comparte con toda clase dominante, porque eso es lo que la constituye como tal: el monopolio de la violencia y la iniciativa en su uso instrumental. En la lucha de clases, como en todo, no hay actividad que no sea violenta. Es lamentable, pero es así: la violencia es constitutiva de las sociedades de clases. La violencia no es más que el proceso por el cual las relaciones de clase se enfrentan unas con otras a fin de destruir o subordinar a la contraria. Es el proceso por el cual las sociedades de clase procesan todos los intereses encontrados que hay en esas sociedades. ¿Qué pasó entre el '69 y el '76? La burguesía se dio cuenta que tenía que romper una serie de relaciones y que la única forma de romperlas era por la vía de la destrucción de las personas que corporizaban en sus cuerpos esas relaciones. De ahí la figura del desaparecido, que es la forma que asume la destrucción de los cuadros que estructuraban esa fuerza.

Los hechos armados. Un ejercicio posible de Juan Carlos Marín, da cuenta de este proceso. Hace un conteo de todos los hechos del período '69 a '76 y encuentra que la fuerza de lo que él llama el campo popular, no sólo no "pone bombas", sino que sufre mu-

chas más bajas que las que provoca. La cantidad de muertos del régimen político es ínfima a comparación con la cantidad de muertos del campo popular. En realidad las acciones que protagonizan las fuerzas del campo popular son de tipo defensivo, es decir, el campo popular se está armando: el asalto de un cuartel para obtener armas, golpear a un policía y sacarle la pistola reglamentaria, copar una comisaría o robar una armería. Esas eran las acciones más comunes. Marín encuentra que durante el '69-'76 las fuerzas revolucionarias recién se están armando, recién se están dotando de los instrumentos, todavía no han llegado a la conclusión del enfrentamiento. Mientras tanto, las fuerzas de la burguesía, las fuerzas del régimen, matan. Ni siquiera toman rehenes. Matan. La lista de los desaparecidos y los muertos comienza mucho antes del golpe del '76. La Triple A durante dos o tres años se dedica a liquidar cuadros uno tras otro y al que no lo liquida lo amenaza de muerte y lo fuerza al exilio. Marín encuentra que la burguesía ya sabe lo que tiene que hacer: tiene que matar, tiene que liquidar a esa fuerza. Y la clase obrera todavía no se ha dado cuenta, recién empieza a organizarse. Esa diferencia es la clave de la explicación de la derrota. Perdimos porque llegamos tarde y mal al momento clave de la lucha de clases.

Bibliografía

Sobre la huelga y las coordinadoras hay muy poco material escrito. Aparte de los textos ya señalados de Torre, Brennan, James, pueden verse dos breves artículos en los que se basa la exposición anterior:

Colom, Yolanda y Alicia Salomone: "Las coordinadoras interfabriles de Capital Federal y Gran Buenos Aires, 1975-1976" y Cotarelo, María Celia y Fabián Fernández: "Lucha del movimiento obrero en un momento de crisis de la sociedad: Argentina, 1975-76", ambos en *Razón y Revolución* n° 4, Otoño de 1998.

También,

Löbbe, Héctor: *La guerrilla fabril*, ediciones ryr, 2006.

Lbbe, Héctor: "Las desmemorias de José Rodríguez", en *El Aromo*, n° 15, octubre 2004 y 17, diciembre 2004.

Sobre la política de Martínez de Hoz, puede verse

Schvarzer, Jorge: *La política económica de Martínez de Hoz*, Hyspamérica, Bs. As., 1986.

Del mismo Martínez de Hoz,

Martínez de Hoz, José Alfredo: *15 años después*, Emecé, Bs. As., 1991

y la

Respuesta a Martínez de Hoz, de Osvaldo Barsky y Arnaldo Bocco (editores), Imago Mundi, Bs. As., 1991.

Para bibliografía sobre el período y su interpretación, véase también el capítulo sobre el Cordobazo. Sobre la historia de la izquierda y su relación con el peronismo, se puede ver

Slatman, Melisa: "Memoria y balance. El programa del Movimiento Nacional de Liberación a la luz de sus documentos", en *Razón y Revolución* n° 13, invierno de 2004

Grenat, Stella: "Una espada sin cabeza. Los antecedentes de FAL (1959-1969)", en ídem.

El análisis sobre la derrota de los '70 se encuentra en

AA.VV.: "¿Por qué perdimos?", en *Razón y Revolución* n° 12, verano de 2004.

Véase también la respuesta de

Izaguirre, Inés et al: "Hagamos historia. Respuesta a "¿Por qué perdimos?"", en *Razón y Revolución* n° 13, invierno de 2004.

y la réplica en

AA.VV.: "Hagamos ciencia. Una respuesta fraternal a los compañeros del Proyecto Genocidio en Argentina", en ídem.

El Argentinazo, antes y después

El hecho que denominamos Argentinazo dio origen a las reflexiones que constituyen este libro. Sorprendió a muchos, no sólo por la magnitud, sino por el proceso que se abrió con él. Indudablemente, las jornadas del 19 y 20 de diciembre de 2001 cierran una etapa de la historia argentina y abren otra. Si lo primero parece claro, no lo es tanto el contenido de lo segundo. ¿Qué etapa se abre con el Argentinazo? Esa es la gran pregunta. Para entenderlo, toda la historia que hemos narrado hasta aquí nos servirá como referencia, pero eso no nos exime de examinar los hechos mismos, antes y después. Ello resulta particularmente útil hoy, a la hora de evaluar éxitos y fracasos de cara a la perspectiva de una nueva crisis en el futuro. Aunque ahora parece, superficialmente, que todo ha pasado, trataremos de demostrar que en un horizonte no muy lejano los problemas que hemos enfrentado volverán a plantearse. La Argentina, como parte integrante del capitalismo mundial, vive hoy una crisis más que profunda, aunque un análisis simplista suponga lo contrario. Es menester, entonces, hacer el balance y predisponerse a las tareas necesarias. Para abordar el asunto ordenadamente, dividiremos la exposición en dos: la primera dedicada a describir y explicar el proceso social en el que se inscribe el Argentinazo; la segunda, a debatir algunas cuestiones que ocuparon la atención primordial de los protagonistas del proceso, en especial, en el seno de la izquierda.

El Argentinazo: la descomposición de una sociedad

Dijimos que el Argentinazo divide aguas en la historia argentina reciente, que cierra una época e inaugura otra. Resulta importante recuperar los hechos y caracterizarlos adecuadamente primero, para luego encontrar su significado profundo en el marco de los procesos históricos más amplios que explican su sentido. Empecemos entonces por...

...los hechos y su caracterización

El Argentinazo fue precedido por una serie de hechos que anticipaban, varios meses antes, los alineamientos futuros de cada participante. Los meses anteriores estuvieron marcados por una elección general (con una amplia derrota para el gobierno y el principal partido de la oposición, alto abstencionismo y voto en blanco y crecimiento de las fuerzas de la izquierda), varias huelgas importantes (en especial, la de la docencia de todos los niveles) y la seguidilla de elecciones universitarias en las que el partido de gobierno pierde la hegemonía en la FUBA. Por el lado de la burguesía y sus fracciones, tenemos varios desplantes del representante general del imperialismo americano, el FMI, que hacen fracasar los intentos desesperados del gobierno de meter en caja la situación económica, en particular, con la frustración del "Megacanje". Las fracciones devaluacionistas se expresaron repetidas veces acerca de la necesidad del cambio de rumbo y prohijaron manifestaciones en ese sentido de sus voceros, en particular, en el movimiento obrero (Hugo Moyano). Por el lado de la pequeña burguesía, se observaron actitudes de protesta, en particular entre las pymes y el pequeño comercio. Las fracciones desocupadas de la clase obrera también se movilizaron antes de la gran explosión de fin de año: las que se agrupan en el movimiento piquetero protagonizaron tres semanas de corte y movilización durante el mes de setiembre, el "piquetazo", que impactó con fuerza en el escenario político; las que permanecen sin organización, protagonizan los saqueos que comenzaron una semana antes de la caída del gobierno. Por esas fechas, la clase obrera ocupada se manifiesta de varias maneras, en particular con un plebiscito sobre un subsidio a la desocupación que recibió varios millones de votos, convocado por la

CTA y, más contundentemente, con la huelga general protagonizada por ambas CGT y la CTA, el 13 de diciembre. La tendencia general es al aislamiento del gobierno, no sólo de las fracciones sociales opositoras sino de su propia base de sustentación social y electoral. Tendencia que se agrava a medida que intenta contener la crisis económica en marcha en el marco de la Convertibilidad, lo que fuerza a la reducción de sueldos en el sector estatal y al congelamiento de depósitos para evitar la fuga de divisas y verse obligado a declarar el default de la deuda. Indudablemente, los dos elementos que ponen el mayor dramatismo a la situación son el "corralito" y los saqueos. El combustible estaba, faltaba la chispa.

Como señalé en el prólogo, el miércoles 19 llegué a Plaza de Mayo a poco de empezado el cacerolazo. Todavía no había llegado la gran masa que luego lo cubriría todo. En menos de media hora la plaza se llenó y comenzó la lucha de consignas. La primera reflejaba el contenido más primario de la acción en marcha: "¡Qué boludos, qué boludos, el estado de sitio se lo meten en el culo!". La que comenzó a precisar las consecuencias necesarias de esta intervención política fue "¡Fuera Cavallo!", rindiendo frutos inmediatos. "¡Fuera De la Rúa!" ya se asomaba y competía con el "¡Que se vayan todos!" que dominaría los hechos de allí en adelante. Cómo y cuándo había comenzado el cacerolazo que había iniciado la caída del gobierno, es materia de discusión, aunque se coincide en que habría empezado con manifestaciones aisladas de comerciantes en la zona de Barrio Norte, Belgrano, Caballito, Palermo y Liniers. No tardaría en extenderse a casi toda la ciudad, provocando movilizaciones a la quinta presidencial en Olivos, al departamento de Cavallo, a Plaza Congreso y, sobre todo, a Plaza de Mayo. Se trató de una manifestación política mayormente pacífica con contenido opositor a la política del gobierno, protagonizada, sobre todo aunque no exclusivamente, por su propia base de sustentación: la pequeña burguesía. Aunque hay manifestaciones por el estilo en otros lugares del país (La Plata, Bahía Blanca, Santa Rosa), el epicentro del movimiento es la capital política de la nación.

Las cosas no terminarían tan tranquilas como comenzaron. Ya a eso de la 1 de la mañana del jueves 20, cuando todavía se festeja la renuncia de Cavallo, la policía reprime a manifestantes y se producen, como consecuencia, los primeros ataques a sedes

de empresas privatizadas y transnacionales. Otro acto represivo se produce en Congreso, a eso de las cuatro de la mañana. Pero la acción que corresponderá a ese día se inicia a eso de las 9 horas, cuando comienza la habitual marcha de las Madres de Plaza de Mayo (línea Bonafini). Madres había convocado a la población a acompañarla para repudiar el estado de sitio y los allí concentrados reciben una feroz respuesta policial que tenía orden de evitar el copamiento de la plaza, en el temor de que manifestantes intentaran tomar la Casa Rosada. Desde este momento y por el espacio de unas diez a doce horas, el espacio que va desde Moreno hasta Corrientes y desde San Martín a Avenida Callao, será escenario de una batalla campal entre la policía antimotines y masas crecientes de extracción obrera, pugnando por llegar a la Plaza de Mayo. Se encuentran presentes en esas acciones los miembros del sindicato de motoqueros, el SIMECA. En el medio de este combate principal es que se abre un segundo frente, protagonizado por columnas de partidos de izquierda y sindicatos, que hace su entrada en acción poco después de medio día. Precisamente, a eso de las 14 horas, se reúnen los contingentes que iban a protagonizar una marcha pactada bastante tiempo antes, desde Congreso hasta Plaza de Mayo. Están allí, sobre todo, los principales representantes de lo que luego iba a ser denominada el "ala dura" piquetera: el Polo Obrero, el PO, Izquierda Unida y otros agrupamientos de izquierda, junto con seccionales del Suteba y la AGD de la UBA (docentes universitarios). A poco de acercarse la marcha a la 9 de julio recibe un feroz ataque de las tropas policiales, con gases y balas de goma. Las columnas se dispersan y se reagrupan sobre Callao, para volver por Corrientes hacia Diagonal Norte, desde donde las agrupaciones de izquierda intentan llegar a Plaza de Mayo, quedando otros contingentes estacionados en el Obelisco.

En conjunto, la insurrección obrera de la tarde del jueves 20 termina con la renuncia de De la Rúa, dejando un saldo de cinco muertos y decenas de heridos y detenidos. En total, la secuencia que se inicia varios días antes, culmina con más de treinta muertos en todo el país, dando inicio a la mayor crisis política desde el establecimiento de la democracia burguesa en 1983 y una de las más importantes de toda su historia.

El hecho que denominamos "Argentinazo" es, en sentido estricto, la combinación de dos hechos. Una manifestación pacífica

de oposición política y una insurrección. La primera estuvo protagonizada centralmente por elementos de pequeña burguesía, mientras que la segunda tuvo un claro componente obrero. Se establece una alianza de hecho entre ambos, alianza que se formalizará días después con la confluencia de las asambleas populares y el movimiento piquetero y la consigna "piquete y cacerola, la lucha es una sola".

Antes del 19/20

En las jornadas del 19/20 observamos, sobre este fondo, un proceso de unificación general contra el gobierno, que expresa, tanto el enorme aislamiento al que se encuentra sometido como la profundidad de la conciencia de las diferentes clases (y sus fracciones) que componen la sociedad argentina, sobre el carácter terminal de la crisis que se vive y, por lo tanto, la urgencia de una acción de carácter excepcional. Frente al gobierno De la Rúa se yergue, entonces, una unidad superficial de la burguesía (expresado como aislamiento, o sea, negación de apoyo político), una movilización autónoma de la pequeña burguesía contra el ministro de economía y una movilización autónoma de la clase obrera contra el Poder Ejecutivo. Aislado internacionalmente, repudiado por su electorado y atacado por su enemigo de clase, el gobierno cayó, víctima de un golpe de estado de tipo parlamentario.

Entender el contenido real de los sucesos revolucionarios del 19/20 exige, sin embargo, ir más allá de la descripción de lo que pasó en esos días, incluso en los meses previos. Exige remontarnos al menos al 24 de marzo de 1976, punto de cierre de una etapa en la lucha de clases en Argentina. Como dijimos en el capítulo anterior, se enfrentaban dos alianzas burguesas en medio de la emergencia de una alternativa revolucionaria (corporizada en una fracción de la clase obrera aliada a una fracción de la pequeña burguesía). Una de dichas alianzas logró hegemonizar el proceso de destrucción de esa fuerza revolucionaria al mismo tiempo (y por ello mismo) que se imponía a la otra. Las tres alianzas enfrentadas eran: 1) la que tenía como personal político a las fuerzas armadas, que por comodidad llamamos "alianza militar"; 2) la que tenía como personal político al peronismo (y por ello la llamaremos "alianza populista" o también "peronista" o "refor-

mista"); 3) la que pugnaba por una salida revolucionaria. En la primera militaban también partidos de derecha y el radicalismo, siendo su base de masas pasiva (como "opinión pública") la mayor parte de la pequeña burguesía. La conducción de esta alianza la expresaban sectores de gran burguesía nacional y extranjera. En la segunda se expresaban partidos de izquierda y nacionalistas y su base de masas activa era la mayor parte de la clase obrera, que disputaba la conducción de la alianza con su fracción burguesa, la más débil de la burguesía. Por fuera de ambas alianzas, se extendía la otra, formada por los sectores más radicalizados, pero minoritarios, de la clase obrera y la pequeña burguesía, con conducción de la primera, expresándose en partidos de izquierda y agrupaciones político-militares. Dicha conducción, sin embargo, se hallaba repartida en una enorme variedad de partidos nominales. Esta falta de conducción es la que se señala como debilidad central cuando se dice que en los '70 "faltó el partido" y que hemos tratado de explicar en capítulos anteriores. La progresión de esta última alianza (desatada por el Cordobazo y producto de la crisis de la pequeña burguesía con el radicalismo y el desarrollismo y de la clase obrera con las conducciones "vandoristas" bajo el gobierno de Onganía) llevó a la reconstitución de la alternativa populista como modo de desviar las tendencias revolucionarias. Así, la experiencia del último gobierno peronista (1973-76) mostró las características abiertamente contrarrevolucionarias de los gobiernos de estilo "frente popular". Es el fracaso de esta experiencia tanto en encausar la crisis económica como la emergencia revolucionaria, la que fortalece a la alianza "militar".

El gobierno de la alianza "militar" se caracterizó por iniciar el mecanismo de "salto hacia delante" vía deuda que ha caracterizado a la burguesía argentina (y no sólo argentina) desde ese momento (y tal vez, desde mucho antes). En efecto, atacada por burguesías más poderosas, la burguesía argentina recurre a una feroz concentración y centralización del capital, con la liquidación consecuente de pequeños y medianos capitales, y al endeudamiento permanente. Por ambas vías esperaba alcanzar algún lugar en el mercado mundial. El resultado es la conformación de una cúpula burguesa extremadamente reducida, que progresa en la misma medida en que se expropia al resto de la burguesía local y crece la deuda. Cada tanto el sistema estalla como resultado de

la inviabilidad de largo plazo de esa estrategia y su debilidad financiera de corto plazo (1982, 1989, 2001), dejando la secuela de mayores quebrantos de capitales más débiles, privatización de activos públicos, licuación de pasivos y estatización de deudas. Con estos mecanismos, la burguesía local transfiere sus pérdidas al conjunto de la sociedad, socializando su bancarrota. En el camino, algunos grandes grupos, como Techint o Pérez Companc, o sectores enteros, como el agrícola, logran condiciones para operar en el mercado mundial, condiciones que se traducen en innovaciones productivas y escalas de producción que son destructoras de empleo. El resto de las actividades sufre las transformaciones que el proceso mundial de concentración, centralización y desregionalización del capital le impone, provocando nuevas destrucciones de empleos por la vía del aumento de la productividad del trabajo o por la desaparición de ramas enteras de la producción como resultado de su relocalización a escala mundial. Superficialmente (o sea, nacionalmente) puede aparecer como "desindustrialización" y estancamiento de las fuerzas productivas. A escala mundial, no es más que la consecuencia lógica del desarrollo de las fuerzas productivas.

El capital extranjero, socio tutelar de la alianza "militar", opera a través de la pugna interimperialista. La Argentina cae políticamente dentro de la órbita del capital americano, por lo cual la burguesía local pierde permanentemente posiciones en beneficio de su par yanqui, algo que quedó evidenciado en la venta general de empresas locales a manos de sus competidores y que ha transformado a buena parte de la ex burguesía argentina en nuevos rentistas internacionales. Sin embargo, en la última década, el capital europeo ha realizado una penetración profunda en la economía argentina, sobre todo a partir de las privatizaciones. Es esta la razón por la cual Cavallo creyó en su momento que podía realizar una especie de "bonapartismo" internacional, una función de arbitraje que sería corporizada en la frustrada tentativa de anclar el peso no sólo al dólar sino también al euro. Movida que no hizo más que acelerar su caída. Algo que muestra también la debilidad relativa del capital europeo frente al americano. Una situación parecida se vive en relación al Mercosur, en el cual algún sector de la burguesía argentina creyó encontrar un socio que le permitiera incrementar su capacidad de negociación frente al capital euro-

peo y/o norteamericano. Es la debilidad de la burguesía brasileña la que impide esta operación, en tanto ella misma, aún siendo mucho más poderosa que su par argentina, es incapaz de darse un lugar propio en el mercado mundial. Argentina es, entonces, el terreno de batalla de las dos expresiones más poderosas del imperialismo mundial. Si los europeos parecieron tomar ventaja durante la década pasada, en tanto se hicieron con los activos más importantes, se trató de una obligada victoria a lo Pirro. Obligada, porque la única forma para los capitales más débiles de ocupar posiciones es arriesgarse a las operaciones más inseguras. Esa es la razón por la cual el más débil de todos los capitalismos europeos, el español, se embarcó en una agresiva política latinoamericana de compra de activos a cualquier precio. Quizás la operación más riesgosa fue la absorción de YPF, para lo cual Repsol debió endeudarse en 15.000 millones de dólares. La leyenda quiere que los americanos se han quedado fuera de las operaciones más jugosas porque carecían de la posibilidad de "coimear" que tendrían sus contrapartes españolas, cuyas leyes serían más laxas a ese respecto. Pero el affaire IBM-Banco Nación demostró que ese no era el problema. En realidad, los españoles se arriesgaron más de la cuenta para ocupar posiciones en el mercado mundial, a sabiendas de que, de no hacerlo, la oleada mundial de fusiones y adquisiciones amenazaba con llevárselos puestos. Al mismo tiempo, el conjunto del capital extranjero busca la privatización de los bancos estatales a fin de apoderarse de la cartera de deudores incobrables, lo que dejaría en sus manos entre otras cosas millones de hectáreas de la pampa húmeda y del resto de país.

La "alianza militar" impulsa esta política casi suicida por su propia debilidad. Incapaz de garantizar la reproducción a escala ampliada, es decir, de reconquistar posiciones en el mercado mundial, se contenta con ser socia menor del imperialismo americano, aunque ello signifique dormir con el enemigo, algo que hizo con placer durante la década menemista. Ahora se encuentra en condiciones de desorganización extrema, razón por la cual la crisis pareció revivir la "alianza populista", ya sea por la vía del Frepaso-CTA-Alianza, Duhalde o ahora Kirchner. Pero la debilidad de la alianza populista es mayor que en los '70, por la simple razón de que las magnitudes inferiores de capital que representa son aún menos capaces de sostener el desarrollo de las fuerzas

productivas y reconquistar posiciones en el mercado mundial. De Mendiguren es la expresión más cabal de esta debilidad insalvable. Por eso, su política se limitó a conseguir la devaluación en espera que ésta mejorara sus posibilidades, política que comparte con otros sectores del gran capital (como Techint) y con el mundo agropecuario. La política populista se limitó a descargar sobre las espaldas de las grandes masas la licuación de pasivos y la mejora de la "competitividad", a costa de una completa desestructuración de las relaciones sociales. Ya sea por la vía "militar" como por la "populista" la burguesía argentina demuestra, en su conjunto, la desaparición de su necesidad de existencia y su transformación en parásito destructor de toda relación social. Que las masas explotadas hayan enarbolado como grito de guerra el "Que se vayan todos" es una expresión de su conciencia del agotamiento de toda función social del conjunto de la clase propietaria, por ahora evidenciado en la crisis definitiva de los partidos políticos que encarnaron todas y cada una de las variantes de la política burguesa. Es este agotamiento el que crea la posibilidad del surgimiento de una nueva alianza revolucionaria, posibilidad que se expresó en las jornadas del 19 y 20 de diciembre de 2001.

El resultado de esta política comandada por la alianza militar lleva a una reestructuración de la sociedad que destruye las condiciones materiales de las viejas alianzas dominantes y dejan a la clase obrera y a la pequeña burguesía en disposición de iniciar acciones históricas independientes. La alianza "militar" logró doblegar incluso el intento del alfonsinismo de reconstituir la alianza populista, arrastrando nuevamente a la pequeña burguesía y a sectores de la clase obrera como base de masas del menemismo. Este éxito es relativo, porque el mismo proceso vuelve a quitarle ese caudal político. El 19/20 no es más que la culminación de dicho proceso. Veámoslo más de cerca.

La crisis del capitalismo iba, dijimos ya hace siete u ocho años, a enterrar al reformismo y a ofrecer una oportunidad histórica a la izquierda. La base de tal oportunidad era el agotamiento de la alianza populista, con el consiguiente deterioro de la fracción burguesa que la había impulsado y el pasaje de su personal político, el peronismo, a las filas de la alianza vencedora, la militar. Algo similar sucede con una de las expresiones políticas de la alianza militar, el radicalismo. Ambos partidos, radicalismo y peronismo,

ven erosionarse sus bases políticas al mismo ritmo con el cual su personal dirigente se pasa a las filas de la alianza victoriosa. En el medio, se producen desgarramientos que llevan a intentos de reconstitución de las fuerzas originales a partir de personal político disidente al que suelen sumarse sectores de izquierda. Es la matriz de nacimiento del alfonsinismo, del Partido Intransigente, del Grupo de los 8, del Frente Grande, del Frente del Sur, del Frepaso, de la Alianza, del Polo Social y del ARI. La viabilidad de estos reagrupamientos está descartada tanto por la magnitud de la crisis en curso como por la naturaleza del ciclo actual del capital, que limita cualquier tentativa reformista. Su efímera duración confirma esta apreciación.

La alianza militar logra consolidar su victoria de los '70 sobre dos bases distintas pero estrechamente relacionadas: la que justifica su nombre, es decir, la victoria en el momento militar de la lucha de clases (el "Proceso"), y la "compra" de bases políticas (tanto obreras como pequeño-burguesas) por medio de la deuda y las privatizaciones, utilizando como instrumento distribuidor el anclaje del tipo de cambio. La violenta destrucción de la alianza revolucionaria (los "desaparecidos") constituye la clave de la historia. Pero ello no hubiera bastado sin la neutralización de las fuerzas que la compusieron o que podrían haberle insuflado nueva vida, la pequeña burguesía y la clase obrera. Dicha neutralización tomó varias formas (la "plata dulce" bajo Martínez de Hoz, el "voto licuadora" con Menem) pero consistió siempre en propiciar un poder de compra elevado en términos internacionales ("déme dos", Miami, Punta del Este) a las grandes masas por la vía de sostener un peso sobrevaluado. El precio de esa estrategia era el endeudamiento externo a tasas elevadas ("tablita", Plan Austral, Convertibilidad) y la venta de activos públicos (las privatizaciones, "las joyas de la abuela"). Consecuencia necesaria de dicha política era la creación de condiciones negativas para la acumulación de capital local, en un principio favoreciendo a las grandes empresas locales y extranjeras al permitir la caída de costos de los insumos importados y al depurar el mercado de capitales débiles, tanto por la competencia interna como por la importación subsidiada. Pero el correr del tiempo afecta a todos, sobre todo a esa base coyuntural a la que diezma la desocupación.

Esto no quiere decir que la raíz del problema sea el atraso cambiario y que se resuelva (ya está visto que no) con una devaluación. Como señalamos en el primer capítulo, el atraso cambiario mismo es la expresión de un problema más profundo: la incapacidad de la reestructuración capitalista para recuperar posiciones en el mercado mundial (la "competitividad") en una magnitud suficiente como para ocupar a una parte sustantiva de la mano de obra local e incrementar las exportaciones a fin de asegurar el repago de la deuda. Este es un problema que la Argentina arrastra desde hace décadas. De hecho, forma parte de la historia misma de la Argentina y de todo capitalismo débil (es decir, chico) porque la devaluación de la moneda es la manera por la cual los pequeños capitales (a escala mundial) se defienden de los grandes. Las devaluaciones monetarias son, entonces, reconocimiento del retraso permanente de la productividad del trabajo en los capitalismos más débiles, retraso que sólo puede limitarse por esa vía. Pero eso no resuelve el problema, sino que lo traslada hacia el futuro y a una escala mayor. El ciclo podría describirse de la siguiente manera: retraso de la productividad del trabajo, tensiones en la balanza de pagos y presión sobre el tipo de cambio, crisis, depuración de capitales más débiles, concentración y centralización del capital, supervivencia de los grupos económicos más alineados con la productividad mundial, penetración del capital extranjero, nuevas condiciones de estabilidad, nuevo plan económico. Todos los "planes económicos", por lo tanto, no son más que la expresión de la paz entre dos guerras de capitales en las cuales pierden los más chicos y, como tendencia, se imponen los grandes y dentro de estos, ganan espacio los extranjeros. La devaluación viene a facilitar esta resolución renovando el aire para los grandes locales que sobreviven. Por eso, todo plan económico comienza con un dólar "recontra alto" (Krieger Vasena, 1966; Martínez de Hoz, 1976; Cavallo, 1991, Duhalde, 2002). Casi todos comienzan también con una violenta confiscación de depósitos, lo que no es más que parte del proceso general de confiscación que sella el nuevo pacto entre los "grandes" nacionales y extranjeros. Un pacto que dura lo que el retraso permanente de la productividad del trabajo nacional tarde en hacerse notar, hecho que depende de la coyuntura financiera internacional y/o de la posibilidad de rematar activos estatales o disminuir el déficit público. Tampoco

hay que descartar los éxitos, bien que parciales, de la reestructuración productiva.

Es así, entonces, que la amplia coalición coyuntural que generó la Convertibilidad comenzó a hacer sentir sus consecuencias. La devaluación se imponía como una necesidad para devolver competitividad a la economía rebajando abrupta y masivamente los salarios reales, hecho estimulado también por la hiperinflación en marcha. Pero la devaluación al mismo tiempo constituía un remedio capaz de matar al enfermo. Por eso no alcanzaba. Al igual que en el '82 y en el '89-90, se imponía enfrentar dicha situación salvando a los bancos de la quiebra (Corralito) y a las empresas con deudas internas (licuación de pasivos con la devaluación) y externas (nacionalización de las deudas privadas). Todo eso debería ser pagado por alguien: la confiscación de los depósitos (Plan Bónex, Corralito) y el cese de pagos de la deuda, que afecta centralmente a los bancos y a las AFJP, en última instancia, a los asalariados, ahorristas y futuros jubilados. El costo de esta estrategia es una fenomenal crisis política y social ('82, '89, '01). Pero estas medidas extremas fueron precedidas en los últimos tres años con ajustes permanentes, caídas salariales y crecimiento de la desocupación. Todo ello había ya erosionado esa base de masas coyuntural de la alianza militar, expresándose en el crecimiento del voto de la izquierda, el abstencionismo y el voto en blanco, en la ruptura de las estructuras sindicales, en la victoria de la Alianza, etc., etc..

Desgajadas de sus alianzas históricas tanto como de las coyunturales, la clase obrera y la pequeña burguesía han emprendido un movimiento histórico independiente. Habíamos señalado eso mucho antes del Argentinazo y los sucesos del 19/20 lo han confirmado. No se trata de un pase de magia o adivinación, sino de haber interpretado correctamente una tendencia histórica. Pero la existencia de esa tendencia demuestra que el Argentinazo no fue un rayo en un cielo sereno, un "acontecimiento" espontáneo, sino el resultado de un proceso preparado por más de una década de lucha de clases. En esa década, los participantes fueron experimentando, sacando conclusiones y, por lo tanto, aprendiendo. Ese aprendizaje mostró su calidad en las jornadas del 19/20. Y, por supuesto, también mostró sus límites. Lo que no impide que esos mismos límites (y la recomposición kirchnerista que se

montó sobre ellos) testimonien que algo se ha desgarrado en la profundidad del tejido social de la Argentina.

¿Qué se ha roto en la sociedad argentina? La respuesta es bastante sencilla: se ha roto el ciclo del reformismo. Y es probable que el período menemista sea observado en el futuro como una pausa en la tormenta desatada por la ruptura de los lazos sustantivos que unían a la clase obrera y la pequeña burguesía con la burguesía. Una pausa financiada por las privatizaciones y por la duplicación del ya gigantesco endeudamiento externo. Una situación que es común a muchos países del mundo, por no decir a casi todos o sin el casi. La "mundialización" de la situación depende de la forma en que se procese la crisis norteamericana. Lo que no deja de estar claro es que la Argentina es uno de los eslabones más débiles de la cadena capitalista. El kirchnerismo aparece, en ese contexto, como una pausa relativamente breve en un proceso más profundo de descomposición y desarticulación social. Pero todo proceso de descomposición y desarticulación es, al mismo tiempo, un proceso de recomposición y rearticulación de relaciones sociales, de modo que una nueva pregunta se suma necesariamente a la anterior: ¿qué se construye hoy en la sociedad argentina? Antes del Argentinazo habíamos contestado lo siguiente: se construye una tendencia a la superación de la derrota, el inicio de una fase de ascenso y ofensiva del proletariado y la organización de una alternativa política de masas potencialmente revolucionaria. Y antes del Argentinazo estábamos preocupados por señalar que lo que se construía no era la ofensiva ni la alternativa revolucionaria, sino la tendencia a desembocar en ellas. Este pronóstico se confirmó con el Argentinazo y el reflujo que le siguió después de las jornadas de Puente Pueyrredón no lo invalida. No lo invalida porque lo que vivimos en diciembre de 2001 no es el resultado anecdótico de procesos meramente coyunturales, sino la expresión de las contradicciones más profundas de la sociedad argentina. Ha quedado atrás el momento dominado por las tendencias contra-revolucionarias y se ha abierto un proceso de tendencias revolucionarias. Veamos el cuadro que justifica esta conclusión repasando la situación de las clases fundamentales, comenzando por el proletariado.

Dado que lo que caracteriza a la clase obrera argentina es una tendencia a la fragmentación que ha destruido la otrora

homogeneidad que la distinguía, hay que comenzar por examinar su evolución desde los fragmentos mismos. Repasemos: el proletariado argentino actual se compone de un sector de pauperismo consolidado y de un ejército industrial de reserva muy extensos (lo que aparece superficialmente bajo el rótulo de desocupados y subocupados), otro de obreros en activo, muy disminuido, que puede separarse en dos fracciones, el de los obreros industriales (entre los que sobresalen los transportistas) y el de las nuevas capas asalariadas de origen pequeño-burgués (entre los que destacan los docentes). Los sectores de pequeña burguesía pauperizada (comerciantes y productores rurales sobre todo) tienden a acercarse a las condiciones de vida de los últimos, mientras que sus hijos suelen formar parte de los componentes juvenil-estudiantiles que llegan a ubicarse en una escala aún más baja. Este conjunto ha tendido a moverse sin coordinación alguna a gran escala, experimentando diferentes procesos, aunque todos condicionados por los fenómenos dominantes del período: la desocupación y el empobrecimiento.

Los "desocupados" han vivido un proceso que los ha llevado desde las acciones más desesperadas a la construcción política más avanzada hasta el momento. La ecuación desocupación-pobreza ha hecho que por momentos fueran los protagonistas exclusivos o que compartieran ese protagonismo con otras fracciones y capas. Podemos distinguir, dos momentos: desde los saqueos alfonsinistas a Cutral-Có y Tartagal; desde estos últimos hasta el "Piquetazo" del 2001. El primer hecho de magnitud nacional en que la presencia de los "desocupados" es dominante es el de los saqueos bajo el alfonsinismo. Allí, el momento de mayor debilidad de la clase obrera argentina coincide con la incapacidad de hacer frente al golpe de estado hiperinflacionario con otra reacción que no sea el saqueo, al mejor estilo "motín de hambre". En el corazón del capitalismo argentino, la clase obrera respondía con una forma de acción que no alcanza a estructurar un proceso de lucha. Hay que esperar hasta el Santiagueñazo para encontrar el segundo hecho de magnitud importante. Aunque los protagonistas no son exactamente los mismos (ya que no sólo participan desocupados), la situación sigue dominada por la ecuación desocupación-pobreza. La conciencia ha avanzado: se ataca al poder, aún cuando sólo sea para destruir sus símbolos, un motín en toda la regla. No

obstante, el espacio social se reduce: Santiago del Estero es una provincia marginal. La calidad del movimiento sigue su marcha ascendente en Cutral Có y Tartagal, donde la participación de las nuevas capas asalariadas y de la pequeña burguesía se hace mayor: asambleas populares virtualmente construyen un poder paralelo, pero la magnitud vuelve a reducirse porque se trata de pequeños pueblos de provincias marginales. Se trata de un movimiento contradictorio: el fenómeno aumenta en calidad pero disminuye en cantidad. Sin embargo, a fines del menemismo, comienza el segundo momento: el movimiento vuelve al litoral y ya es una provincia no tan marginal la que da la nota, aunque el rol de los desocupados es aquí menor frente al de las nuevas capas asalariadas y la pequeña burguesía: Corrientes. Y retorna al corazón del capitalismo ahora habiendo recogido en el camino todas las experiencias: La Matanza y las dos asambleas nacionales piqueteras, que culminan en la tres semanas nacionales de cortes de ruta. Todo este proceso termina en el Argentinazo, donde el conjunto del movimiento se proyecta a la política nacional. El fenómeno ha ganado en calidad y cantidad.

El movimiento que hemos descrito une la acción de una de las fracciones de la clase obrera (el ejército industrial de reserva y el pauperismo consolidado) a la que se suman sectores de capas asalariadas recientes y fracciones de la pequeña burguesía pauperizada. Dos circunstancias, la pobreza, es decir, la desposesión de sus lugares sociales (como dueños de fuerza de trabajo, como poseedores de medios de producción o de vida) y la imposibilidad de realizar su acción por la vía de dificultar la creación de plusvalor (la huelga es reemplazada por el "corte de ruta" y por la "carpa") son los denominadores comunes que los reúnen en la lucha. Ambos elementos, carpa y corte, son solidarios: en tanto imposibilitados de ocupar el lugar de la producción de plusvalor, la acción requiere de otra forma de irrupción, el corte, y de otra forma de ocupación, la carpa. El "aguante" se transforma en el elemento moral necesario, en tanto que todas estas acciones requieren una disposición para la lucha larga. De la misma manera, la quema de gomas, la honda y las piedras se constituyen en las armas necesarias, en la medida en que el desalojo suele revestir la forma de batalla campal. Concientes de la debilidad relativa, el combate suele desarrollarse de preferencia en el ámbito de lo

ético-simbólico: la presencia de niños, curas, apelaciones a la patria, marchas de antorchas, procesiones, invocaciones a la unidad y a la solidaridad, son instrumentos que buscan colocar al combatiente en condiciones de armamento moral superior. Es en este camino que el movimiento ya ha construido sus mártires (Teresa Rodríguez, Aníbal Verón), sus líderes presos o rescatados de la cárcel (Castells, Alí, Barraza) y una nueva dirigencia reciclada de viejos militantes sindicales de extracción fabril (Martino, Pitrola, Pepino Fernández, Carlos Alderete) o de la política tradicional (D'elía).

Aún con su capacidad aglutinante, el movimiento piquetero, esencialmente un movimiento de desocupados, no carece de contradicciones internas ni de dificultades de estructuración. Sin embargo, ha servido de punto de referencia para otro grupo de empobrecidos y potenciales desempleados que comparten con ellos la dificultad de utilizar la huelga y la ocupación como instrumentos de acción, como los docentes y los empleados estatales. Las nuevas capas asalariadas de origen pequeño burgués, cuyo núcleo se encuentra en los docentes y trabajadores de la salud, han tendido a manifestarse ruidosamente siempre que la crisis alcanza un pico dramático, como durante el "Piquetazo", en el que tendieron a confluir con las masas de desocupados y los cortes de ruta. Esta última no fue, sin embargo, ni la primera ni la más importante de sus acciones, que tuvieron peso importante ya bajo el alfonsinismo y luego bajo el menemismo.

La clase obrera ocupada protagonizó hechos de diferente calidad pero todos concurrentes en un punto: la tendencia a desbordar a las conducciones oficiales, a privilegiar la acción directa y la lucha callejera. Es necesario despejar la falsa imagen que sostiene que los obreros ocupados estuvieron ausentes de la lucha previa al Argentinazo: sus acciones son tan o más numerosas que las de los obreros desocupados, pero hay varias circunstancias que impiden percibir esta realidad: a) los obreros ocupados realizan otro tipo de acciones (huelgas por tiempo determinado, "batucadas", huelgas de "brazos caídos", trabajo "a reglamento", etc.), en general, menos espectaculares que las de otras fracciones de la clase; b) realizan actividades que se confunden con las de los desocupados (cortes de ruta, movilizaciones, piquetes, etc.); c) se mantienen, en general, en los marcos de las conducciones sindicales tradicionales;

d) muchos de ellos no son percibidos como obreros (docentes, empleados estatales, médicos, etc.); e) sólo realizan acciones más radicales cuando la situación llega al extremo de cierre de plantas o abandono por sus patrones; f) las acciones de los desocupados tienen una espectacularidad y "novedad" que los coloca en primer plano opacando todo lo demás, en parte como una maniobra burguesa de colocarlos como "demonio" a exorcizar.

Estas circunstancias explican, no sólo la invisibilidad de las acciones de los obreros ocupados (disminuyendo su importancia real en la lucha), sino que también explican el por qué de su incapacidad (hasta el momento) para convertirse en vanguardia del proletariado. En efecto, fuera de algunas acciones de particular envergadura, pero escasa repercusión política sostenida (Aerolíneas, Atlántida, Río Santiago, TDO, las huelgas automotrices de los '90, etc.), el proletariado ocupado sólo ha dado espacio a un desarrollo político importante entre los docentes y empleados estatales de diferentes provincias. Y, de hecho, la suerte de experiencias como el sindicato del pescado de Mar del Plata, Zanón, Brukman y Río Santiago, depende crucialmente del movimiento piquetero, de su apoyo y su movilización. La ausencia de dicho movimiento selló la suerte de Atlántida y las huelgas automotrices de los '90, que cayeron como producto del aislamiento. Hay una explicación para ello y tiene dos partes: la primera, es la desocupación; la segunda, el poder de las burocracias sindicales en dichas ramas de la producción. Donde la desocupación se hizo sentir menos, hasta las burocracias sindicales se han dado el lujo de ser "combativas" (al menos hasta conseguir posiciones de poder en la estructura sindical) como es el caso del ascenso de Moyano. Esto explica que la lucha se hiciera fuerte allí donde la estabilidad en el empleo y su peso político son más importantes, como entre los empleados estatales y los docentes (también empleados estatales), mucho más protegidos de las consecuencias de una huelga fracasada. No es extraño que la vanguardia se ubique entre los empleados estatales y los desocupados. La masa de los obreros ocupados de la economía privada sólo se va a hacer presente en la vanguardia del proceso de lucha cuando el derrumbe de la economía en su conjunto no les deje otro remedio, precedido de una licuación de salarios por hiperinflación y la disparada de la desocupación.

Sintetizando, se trata de una clase sin centro definido que avanza, sin embargo, en la estructuración de una alternativa a través de la lucha, capaz de aglutinar y acaudillar otras fracciones de las clases subalternas, sobre todo la pequeña burguesía pauperizada.

Si ahora vemos a la pequeña burguesía, observaremos un panorama similar. Sus acciones se remontan al '83, cuando son punta de lanza de la "reconquista" de la democracia, sobre todo después de la desilusión de Malvinas. Pero es el agotamiento del menemismo el que la llama a la lucha. No hay más que recordar que es su última ilusión política importante, el Frepaso, el que reinventa los cacerolazos contra Yabrán, parte de la lucha contra la corrupción y el gatillo fácil. Entre los movimientos de la pequeña burguesía hay que incluir también el Movimiento de Mujeres en Lucha junto con otras acciones similares de la pequeña y no tan pequeña burguesía rural, como los tractorazos, cortes, etc. También hay que contar la lucha por los derechos humanos (en tanto buena parte de sus organizaciones reclutan sus militantes en el seno de la pequeña burguesía), las movilizaciones contra el problema de las inundaciones en la Capital, contra los cortes de luz de Edesur y el desplazamiento de Franja Morada de la conducción universitaria. Pero lo más espectacular se produce en Buenos Aires en la noche del miércoles 19: es la pequeña burguesía movilizada la que inicia la caída de su propio gobierno, a quien no le permite que la use como masa de maniobras contra los piqueteros y el resto de la clase obrera. En efecto, contra todo lo que dicen quienes critican a la pequeña burguesía por "economicista" ("salieron cuando les tocaron el bolsillo"), la pueblada que inicia el Argentinazo se hizo contra el estado de sitio decretado por su propio gobierno para aislarla y separarla de la clase obrera, utilizando el fantasma de los saqueos. Y por esta vía, y al revés que en el '89, dio la razón a los saqueadores contra su propio gobierno. La movilización de la pequeña burguesía no es más que el resultado de dos décadas de desposesión de sus condiciones de vida por parte del gran capital: expropiación de su capital de trabajo, sí, de los ahorros de toda la vida, también, pero además la pérdida de derechos educativos y de salud, la decadencia de sus derechos políticos, la indefensión jurídica, la ausencia de perspectivas para sus hijos y sus consecuencias (drogadicción, desocupación, delincuencia juvenil), la inseguridad, etc., etc..

Como resultado de todo este desarrollo, han surgido las novedades políticas más importantes de los últimos '20 años, el movimiento piquetero y las asambleas populares. Son ellos los que vienen a ocupar el lugar vacío dejado por la desaparición del peronismo y el radicalismo como alianzas de masas. Ambos movimientos buscan darse una comprensión del fenómeno que están protagonizando, razón por la cual se produce en cada uno de ellos un intenso debate político ideológico. En este aspecto, el movimiento piquetero ha avanzado mucho más, en tanto no sólo se ha dado ya una conducción visible (aunque dividida y en disputa) sino un programa que lo proyecta como vanguardia del conjunto de los oprimidos y explotados. Ha avanzado también en el plano organizativo, como lo demuestran las asambleas piqueteras nacionales.

Después del 19/20

Desde la caída de De la Rúa a la llegada de Duhalde, el país vivió en estado de conmoción permanente. En esa semana, cinco presidentes se sucedieron en el poder: De la Rúa, Puerta, Rodríguez Sá, Caamaño, Duhalde. Contando a Kirchner, entre la caída del presidente radical y la asunción del patagónico poco más de un año después, seis políticos de primer rango fueron necesarios para que la burguesía pudiera encontrar una salida. Durante ese año y medio, la burguesía permaneció dividida en torno a la salida, porque detrás de la interna del justicialismo y las oposiciones Menem-Duhalde primero, Menem-Kirchner después, se extendía (se extiende todavía) la disputa entre las diferentes fracciones del capital que buscan zanjar la situación unas contra otras. Durante ese año y medio, algunas fracciones recuperaron sus condiciones de acumulación, como agro y petróleo, mientras que otras estuvieron al borde de la liquidación, como automotrices y bancos. Todos los endeudados en dólares en el exterior temieron ser expropiados si el estado no se hacía cargo de las consecuencias de la devaluación. El imperialismo norteamericano logró debilitar seriamente a sus competidores europeos, y de hecho, gobiernos que se suponía iban a reformular las relaciones con los EE.UU. terminaron reafirmando el alineamiento iniciado por

Menem. Las posibilidades abiertas para la burguesía eran pocas, en particular, en materia política.

Decíamos más arriba que se había consumado un golpe de estado parlamentario que expresa la unidad de la burguesía contra De la Rúa, unidad que escondía un abanico de intereses divergentes. Esta coalición momentánea iba a estallar al otro día del golpe, iniciando un período aún no concluido de feroz lucha política entre diferentes fracciones de la burguesía. El carácter completamente heterogéneo de dicha coalición se evidencia en la fugaz aventura de Rodríguez Saá, que sin tomar ninguna medida real, más que anunciar el default pero sin ponerlo en práctica, se reúne con todo el arco político y a cada uno le promete lo que cada uno quiere. Es por eso que, en el seno del golpe de estado parlamentario, se produce un audaz golpe de mano de las fracciones más débiles de la burguesía local. Golpe de mano que contó con el auxilio de algunos grupos locales poderosos, unidos bajo la expresión "bloque productivo", que tenía por función recomponer las bases sociales del estado a fin de descargar la crisis sobre los sectores financieros locales y extranjeros. La vía por la cual lo realizan es el cese de pagos de la deuda externa, la devaluación y la pesificación. El capital extranjero, sobre todo el yanqui, cuyo jefe político es el FMI, pasa a la oposición porque la devaluación y el cese de pagos lo beneficia sólo si tiene vía libre para liquidar empresas locales y europeas. La pelea pasa a desarrollarse ahora en torno a dos leyes, la de subversión económica y la de quiebras. El imperialismo se muestra unido a este respecto, entre otras cosas, por la debilidad relativa del capitalismo europeo en relación al yanqui. La resolución de este conflicto podía relanzar a las masas a la calle, en tanto lleva a completar el proceso de expropiación social en marcha desde el inicio de la crisis. No había condiciones políticas adecuadas para dejar que la crisis se desenvolviera a pleno, como en el '82 o el '89, porque el grado de movilización social es enorme.

En efecto, lo primero que debió hacer fue garantizar la estabilidad política inmediata. Ante un posible desmoronamiento del Estado, como consecuencia del descalabro del sistema, urgía reconstruir el liderazgo político. A diferencia de la historia pasada, donde cada crisis del sistema político contaba con una retaguardia militar pronta a intervenir, en esta situación, no había nada

preparado ante la eventualidad de un desborde de la situación. Todo el sistema estuvo a la deriva hasta que recaló en el único aparato político relativamente importante que quedó en pié, el peronismo de la provincia de Buenos Aires y su jefe, Duhalde. Es el propio Duhalde el que diseña la política que Kirchner no va a hacer más que continuar, continuidad más que evidenciada en la permanencia de su ministro de economía, Lavagna. En determinado momento, el propio Duhalde imaginó su propia continuidad, pero para ello debía desmovilizar a buena parte de la sociedad que no iba a tolerar fácilmente que la crisis se cerrara sin que ninguna de sus demandas se cumpliera aunque más no fuera en algún grado real y/o simbólico. La función de los asesinatos de Puente Pueyrredón fue esa: testear la medida en que era posible iniciar la tarea de desmovilización. El resultado negativo obligó al gobierno a ponerle fecha al fin de su mandato y llamar a elecciones. El "que se vayan todos" había resistido a su liquidación, aunque iba en camino de canalizarse por vía electoral. Todo el problema posterior consistía en la disputa entre las fracciones que representaban menemistas y duhaldistas, preocupados éstos últimos porque no se les expropiara la victoria conseguida hasta el momento, victoria que se corporizaba, primero que nada, en la devaluación.

A nivel de la pequeña burguesía, las asambleas populares vivieron una etapa de esplendor en los días siguientes al Argentinazo, llegando incluso a darse una centralización mayor, la asamblea de Parque Centenario. Las asambleas populares reunían tanto a sectores del proletariado como de la pequeña burguesía y llegaron a expresar un poder relativamente importante. Sin embargo, nunca constituyeron soviets. El principal problema de las asambleas consistió en el dominio, en su seno, de elementos autonomistas macartistas, que tendió a aislarlas del proceso más general y, en especial, del proceso de construcción del partido revolucionario que estaba avanzando en el movimiento piquetero. A posteriori, el fenómeno más importante es el proceso de "proletarización" de las asambleas, es decir, el movimiento por el cual las asambleas comienzan a expresar intereses más puramente obreros, sobre todo a partir de la construcción de comedores, merenderos y, en especial, de comisiones de desocupados. Este movimiento las acerca más al mundo piquetero, aunque en una tendencia a

la reducción de las asambleas a un tamaño mínimo, al borde de la desaparición.

En el seno de la clase obrera, el movimiento de fábricas ocupadas se ha extendido y sostenido en el tiempo, pero la mayoría de las experiencias sigue en manos de la Iglesia y el peronismo. La clase obrera ocupada ha desarrollado escasa actividad, pero la erosión de su capacidad de compra por la inflación ya ha generado una tendencia lenta a la acción sindical, beneficiada por uno de los principales resultados del Argentinazo, el cambio del clima ideológico, ahora más permeable a la acción sindical, aún a pesar de la progresiva desmovilización que han pretendido imponerle las grandes centrales sindicales (CGT, MTA, CTA) y la fracción piquetera que les corresponde (FTV-CCC). El movimiento piquetero y, en su seno, las agrupaciones del Bloque Piquetero Nacional, vivieron durante el año siguiente a la caída de De la Rúa un crecimiento espectacular que los colocó en el centro de la escena política. La elección de Kirchner dio comienzo a un período de aislamiento creciente que se acentuó a lo largo del 2003 y del 2004. Esta tendencia no sólo se manifestó en la creciente oposición a los cortes y manifestaciones, sino en el reforzamiento de las fuerzas disgregadoras en la Asamblea Nacional de Trabajadores. El afianzamiento del kirchnerismo no sólo profundizó la separación entre las alas conciliadoras y revolucionarias del movimiento (FTV y CCC, por un lado y el Bloque piquetero nacional, por el otro) sino que sumó nuevas organizaciones al campo de la burguesía (Barrios de pie y la mayoría de los MTD autonomistas) y reflotó las tendencias democratistas de varias agrupaciones, en particular de las que conforman Izquierda Unida, con la partida del MTL y del MST, éste último virtualmente partido a la mitad entre una fracción pro-piquetera y otra anti-piquetera.

Estas tendencias no son más que la expresión del reflujo que se produce en el proceso revolucionario. Ya en setiembre de 2002 señalamos que se había iniciado un movimiento de reflujo, evidenciado en las jornadas de Puente Pueyrredón, ya que las acciones no tenían la misma magnitud y calidad que las jornadas históricas que constituyeron y siguieron al Argentinazo. Es un reflujo relativo porque el movimiento ha ganado en consolidación, estructuración, debate teórico y político, extensión y experiencia, aún cuando hoy parezca al borde de la extinción. Es además un

proceso temporario, porque ni Duhalde ni Kirchner han logrado resolver las contradicciones profundas de la economía argentina. Simplemente han logrado congelarlas aprovechando la devaluación y una coyuntura de precios internacionales excepcional. La única discusión pendiente es cuánto durará el interregno kirchnerista, es decir, cuánto falta para la próxima explosión.

Cuestiones en disputa

Difícilmente un proceso como el vivido en Argentina en el 2001 podía dejar de generar una intensa polémica, no sólo ante la interpretación del hecho, sino también, respecto a los problemas que planteaba a los participantes en él y a la forma de resolverlos. Intentaremos, en esta parte, un examen de los mismos que no puede ser sino precario y provisional.

Movimiento piquetero, obreros y desocupados: la vanguardia de la clase obrera

Una de las ideas más usuales sobre el movimiento piquetero, y que apareció en las charlas organizadas con la asamblea, es que está constituido por un conjunto de ignorantes manipulados por un puñado de vivos. El que se lo mirara desde más a la izquierda, considerando que los piqueteros son brutos por culpa del capitalismo y que sus dirigentes son abnegados militantes que tienen que lidiar con una masa casi iletrada, no cambia el hecho que, en esta perspectiva, el movimiento no representa un avance en la conciencia de clase en las masas. En esa matriz de pensamiento, el subsidio de 150 pesos aparece como una simple compra de voluntades.

La idea se puede discutir aún en los términos más elementales. Decir que el movimiento piquetero, que da de comer, educa y sostiene, hasta en términos médicos elementales, a miles de seres humanos en la Argentina, no desarrolla un proceso de conocimiento, es falso. Sostener que un movimiento que ha desarrollado una verdadera escuela de cuadros, de miles de cuadros en todo el país, que se dedican al mayor movimiento cultural de la historia argentina de los últimos cuarenta años, que es combatir

a la burguesía en la calle, que ha creado hasta artistas piqueteros, que ha creado un movimiento musical piquetero, que ha creado un teatro piquetero, un cine piquetero (que ahora es incluso de fama mundial), sostener, digo, que ese movimiento no educa a las masas obedece a una falta de perspectiva o a la mala fe. El movimiento piquetero es un renacimiento general de la cultura de masas en la Argentina, que va de la mano del sostenimiento de la vida en forma práctica. Eso se hace con 150 pesos. Para quien no tiene nada para comer, 150 pesos es todo. Para quien ha tenido que pelear por esos 150 pesos, esos 150 pesos representan la lucha de su vida. No sólo representan la lucha de su vida sino la experiencia de su vida: luchás, comés; luchás, te educás; luchás, tenés cultura; luchás, tu hijo sobrevive; luchás, te organizás. Creer que eso es poca cosa, creer que con eso se compró a alguien, es no ver la realidad. ¿Deja por eso de haber tendencias reformistas, incluso reaccionarias, en el seno del movimiento piquetero? No. ¿Cómo va a dejar de haberlas? Si 2 millones de personas estuvieran organizadas en términos revolucionarios, la Argentina no existiría ya como país capitalista. Ahí está el chiste: en el proceso por el cual las fracciones más revolucionarias logran acaudillar al resto. Si no pueden hacerlo, por las razones que fueran, perderemos otra vez. Pero ahí está la lucha.

Más de una vez se me preguntó, en las charlas en asambleas y sindicatos, cómo el sector desocupado, que no va a una fábrica, no trabaja, puede ser considerado como parte de la clase obrera. Normalmente se mezclan varias preguntas en esa afirmación: ¿un desocupado es un obrero? es una; ¿los desocupados pueden encabezar un proceso revolucionario? es otra. Son cosas distintas. Primero, un desocupado es, efectivamente, un obrero. Un obrero es aquel que carece de medios de producción y de vida y, por lo tanto, debe vivir de entregar su fuerza de trabajo al capital. Los desocupados son carentes de medios de producción y de vida. Si quieren vivir tienen que buscar trabajo. Si encuentran trabajo sobreviven. En ese proceso de buscar trabajo, perderlo, volverlo a encontrar, tenemos una masa de la población que se constituye siempre como desocupada. Siempre hay desocupados. ¿Por qué son clase obrera? Porque no tienen otra forma de sobrevivir que alquilarse al capital, aunque momentáneamente no puedan hacerlo. Por eso mismo, la burguesía acepta gustosa la desocupación,

porque eso aumenta la competencia entre los obreros activos y ayuda a disminuir los salarios. Los desocupados no son más que una fracción de la clase, normalmente mantenida por la propia clase: el marido desocupado mantenido por su esposa o sus hijos, los adolescentes sostenidos económicamente por sus padres, etc. Incluso, cuando existe el subsidio al desempleo, no es más que un desvío de parte de plusvalía que se recicla en el interior de la clase. Cuando la desocupación llega a una magnitud como la que vivimos en la Argentina, el problema tiende a exceder las necesidades normales del capital. Normalmente el capital tiene una masa de obreros desocupados, lo que Marx llama el ejército industrial de reserva, pero cuando la masa excede por mucho sus necesidades se está en presencia de un proceso de descomposición capitalista: el propio capital no puede poner en marcha el proceso productivo y sostener al conjunto de la población.

En estas condiciones suelen aumentar las capas desocupadas más estables como desocupadas, es decir, que adquieren un carácter permanente. Siguen siendo obreros. La única diferencia es que la posibilidad de incorporarse al ejército activo ya es más difícil. Y a medida que pasa el tiempo, lo es más. Estos desocupados, el pauperismo consolidado, sobreviven con subsidios al desempleo, es decir, coparticipan de la plusvalía generada por los obreros activos. El Plan Trabajar no es más que parte de la plusvalía de los obreros activos que tiene que ir a mantener a este sector de la clase obrera. Vista la clase obrera en su conjunto, el subsidio al desocupado, sea estatal o familiar, público o privado, no es más que una especie de salario diferido.

Esa masa excedente de obreros, en condiciones como las de la Argentina, donde el capitalismo está en descomposición, busca organizarse. Y como es el sector más explotado de la clase obrera es el que reacciona más rápido. Se podría objetar que no puede ser explotado quien no está trabajando. Pero negar que los desocupados sean explotados es negar que sean obreros. No hay que olvidar que la explotación es un proceso social. Toda la clase obrera es explotada, cumpliendo cada fracción una función diferente. Toda la clase burguesa es explotadora, aunque haya fracciones que no extraigan plusvalía y simplemente se apropien de la plusvalía existente (como el sector bancario o el mercantil). Y la plusvalía que cada burgués recibe no es la que le saca a sus

obreros. A través del proceso de transformación de los valores en precios, el burgués en cuestión recibe la plusvalía de sus obreros y de todos los demás. Los burgueses que son poco eficientes tienen que entregar parte de la plusvalía de sus obreros a otros burgueses. Por su parte, todos los burgueses productivos deben entregar parte de la plusvalía a los burgueses improductivos. La plusvalía se recicla, entonces, en el interior de toda la burguesía. Vista la clase como totalidad, los desocupados no son más que esa fracción de la clase que tiene que ser mantenida en esas condiciones para facilitar el proceso de acumulación del capital, o sea el proceso de explotación. Son mantenidos en condiciones límite a los efectos de permitir el máximo grado de explotación general. Vista la clase obrera en su conjunto, los obreros más explotados son aquellos que no tienen trabajo.

Cuando la fracción de la clase obrera desocupada se da una organización para conseguir un subsidio casi legalmente establecido, como el Plan Trabajar, ha recorrido un largo proceso. Es decir, para llegar al Plan Trabajar hay diez o veinte años de lucha de la clase obrera. Esos diez o veinte años esa gente ha estado luchando y organizándose. Incluso se ha dado un programa muy avanzado, el programa de la Asamblea Nacional de Obreros Ocupados y Desocupados. Esto es lo que los constituye en vanguardia. Esto es así porque los otros sectores están en peores condiciones para luchar. Por ejemplo, los obreros ocupados, atacados por la desocupación, no tienen posibilidades de desarrollar acciones como las de los obreros desocupados. Un desocupado no tiene encima el peligro de ser echado de ningún lado. Entonces, al recibir un subsidio recibe una beca para militar. Por eso el movimiento de desocupados es muy activo. En ese proceso de lucha, la fracción desocupada de la clase obrera produce multitud de cuadros militantes que se integran en partidos. Los partidos que se negaron a construir en el seno de la fracción desocupada resultaron subdesarrollados frente a los que sí lo hicieron.

Ahora, ¿si el movimiento obrero ocupado no se desarrolla, no se pliega a la lucha e, incluso, no toma la dirección, hay posibilidades de que triunfe la revolución? No. Porque que haya un 30 o 40 por ciento de desocupados en la Argentina quiere decir que hay un 60 o un 70 por ciento de ocupados. A uno lo asusta la magnitud de la desocupación. Pero la gran masa de la población en la

Argentina aún está ocupada. Y si no se incorporan a la lucha, no hay futuro alguno. Para que la clase obrera ocupada entre en el proceso de lucha, es necesario que la desocupación se transforme en descomposición social: el proceso que se vivió con las fábricas ocupadas, con el Club del trueque, con más de diez monedas circulando simultáneamente, es decir, de enero a agosto de 2002.

Ciertas condiciones históricas hacen que una fracción se comporte objetivamente como vanguardia. En las condiciones de la Argentina actual, con esta masa de desocupados, es difícil que la clase obrera ocupada tome la punta a menos que se desarrolle un proceso del tipo señalado, potenciado con hiperinflación. Hoy en la Argentina hay 2 millones de estos planes. En manos del movimiento piquetero en su conjunto no hay más de 200 mil. Quiere decir que hay 1 millón 800 mil planes en manos de punteros del peronismo y de otras fuerzas. Todo el mundo ha visto la ventaja de tener una "beca para militar". Eso, objetivamente, libera un montón de población para ser personal político de un movimiento social, algunos para la burguesía, otros para la clase obrera. Pero lo que está claro es que esa situación peculiar le da a la fracción desocupada de la clase obrera argentina una dinámica que no tiene ninguna otra fracción. Se ha dicho que "los desocupados tienen un límite", pero todo tiene un límite. A ojos vista, la clase obrera ocupada también tiene un límite. Hasta tal punto que hasta ahora su límite es mayor que el del movimiento de desocupados. En el caso argentino actual, hasta ahora, la fracción de la clase obrera que aparece encabezando el proceso es la más pobre, la que vive en peores condiciones. En el '69 no era así. En el proceso ruso tampoco, aunque habría que evaluar mejor el lugar de los soldados desmovilizados, que no eran más que desocupados armados. ¿Será el proceso argentino peculiar? Veremos cuando despierte la clase obrera ocupada. Tal vez el movimiento piquetero no es más que la antesala de otro proceso. Pero hasta ahora esto es lo que hay y todo partido revolucionario actúa sobre la base de lo que existe, no de lo que sería deseable. Los partidos políticos que se empeñan en hacer eje en el movimiento de ocupados y tienen prejuicio con los desocupados, se están perdiendo la oportunidad de formar un personal político fabuloso. Cuando la clase obrera ocupada despierte, recién van a estar empezando y otros tendrán una masa enorme de militantes con años de entrenamiento y

lucha. Es el caso del PTS, que apostó a Zanón y Brukman, como si los trabajadores de esas fábricas no fueran desocupados.

En efecto, los trabajadores de las fábricas ocupadas no son obreros "ocupados". "Ocupado" o "desocupado" es el obrero *para* el capital. Un obrero de una fábrica abandonada por sus patrones, por inviable, no está ocupado, aunque desarrolle alguna actividad productiva en ella. Ni Brukman ni Zanón, ni el conjunto de las fábricas ocupadas cae en esta categoría. Son desocupados que han logrado retener el control de los medios de producción que ya no son capital. Y si los ponen en funcionamiento de forma cooperativa (no importa la fórmula legal que asuma) ya no son obreros, en tanto trabajadores no explotados. Esta confusión es la consecuencia de un obrerismo vulgar que llevó al PTS a caracterizar, implícitamente, a los obreros desocupados como no obreros. Tuvo como correlato político la tendencia a aislar sectariamente las experiencias mencionadas del proceso más general de la clase, el que se desarrollaba en las ANT.

¿Quién dirigió el Argentinazo?

Entre las caracterizaciones del Argentinazo, una de las más fundamentadas es la que lo define como una "insurrección espontánea". En efecto, Nicolás Iñigo Carrera y Maricel Cotarelo definen de esta manera al hecho que ven iniciarse con la huelga general convocada por ambas CGT y la CTA, el 13 de diciembre. El texto comienza con una crítica ajustada de las caracterizaciones del hecho, en particular las de "insurrección destituyente" y "19/20", incluyendo en ese rechazo la denominación "argentinazo", aunque reconocen que tiene un valor importante en la lucha ideológica, en tanto remite a la lucha de los '70 y enfatiza el carácter nacional del hecho. Se confunde, sin embargo, el nombre de un hecho con su caracterización, una constante en los trabajos de PIMSA. Definir al hecho como "insurrección espontánea" (o al '89 como "revuelta") puede ser correcto o no, pero no sirve como "nombre". Insurrecciones espontáneas, revueltas o motines hay en cantidad en la historia de cualquier país. Agregarle la fecha no ayuda demasiado para especificarlo. Al mismo tiempo, el nombre que algo recibe no dice mucho sobre qué es. En todo caso es indicativo de la intencionalidad del que logró imponer tal

denominación, algo que constituye un hecho en sí mismo y que es expresión del estado de la lucha en general. Por ejemplo, que la denominación más común del hecho, "argentinazo", revele con acierto dos de sus características principales (la tendencia insurreccional y el alcance nacional) es una muestra de la conciencia relativamente aguda de la naturaleza de la situación por sus participantes. Es necesario distinguir entre las categorías históricas (los "nombres": Semana Trágica, 17 de Octubre, Cordobazo) y las categorías analíticas (huelga general política, manifestación pacífica o insurrección) con las cuales se caracteriza el hecho. Rechazar un nombre como si fuera una caracterización (aunque todo nombre porta una caracterización) tiene poco sentido y aísla al científico del común de la gente. Adquirir el nombre sin caracterización específica, es comprar más de lo que se debiera. De modo que el hecho puede seguir denominándose "argentinazo", sin que eso explicite ninguna caracterización a priori (aunque, como se dijo, porta una, relativamente ajustada a la caracterización científica), algo parecido a la absurda discusión acerca del "movimiento piquetero", que no es más que el nombre histórico que ha recibido la fracción de la clase obrera que ha iniciado una acción políticamente independiente de la burguesía.

Pero la discusión más importante está en la caracterización, no en el nombre. Los autores califican a todo el hecho como "insurrección espontánea", lo que equivale a decir que no tuvo dirección, algo que hacen explícito en la introducción. Por dirección los autores entienden la presencia de un partido dirigente. Sin embargo, en la descripción de los hechos, muy amplia aunque con algunos detalles faltantes significativos, aparecen varias direcciones en pugna. Al mismo tiempo, pretendiendo reseñar sólo la "lucha obrera" (o del "pueblo", mejor dicho) los autores parecen suponer que todo lo que hacen los obreros (o el "pueblo") es lucha "obrera" (o del "pueblo"). Pareciera no existir la posibilidad de que muchas de las acciones protagonizadas por los obreros (o el pueblo) pudieran expresar, en realidad, la lucha de otras clases. Se excluye la posibilidad, entonces, de una acción heterónoma de las masas, o por lo menos, con un grado de heteronomía importante. Se deduce de allí que la suma de los hechos revela la existencia de una estrategia obrera (o del pueblo) y no, en realidad, una disputa entre diferentes estrategias, una de las cuales porta en primer

plano los intereses más generales de la clase y otra que porta sólo intereses particulares e, incluso, otra que no porta ningún interés de la clase, sino que expresa los intereses de su enemigo.

En la descripción de los hechos hay por lo menos tres elementos que, o son interpretados incorrectamente o directamente no corresponden a la verdad, siendo la característica general del relato la tendencia a disminuir la presencia del movimiento piquetero, en particular de la fracción que tendría el mayor desarrollo a posteriori. En principio, hacer coincidir el origen del hecho con la huelga de la CGT permitiría suponer la presencia dirigente de este agrupamiento en el proceso general de lucha obrera, cuando en realidad, su presencia es la corporización entre los trabajadores de las estrategias burguesas. La división de la CGT es la proyección de la división de la burguesía argentina entre los capitales más concentrados e internacionalizados (Daer) y los más débiles y, por ende, mercado internistas (Moyano). Más específicamente pequeño-burgués en sus alineamientos es el agrupamiento que constituyen la CTA y la CCC. De allí su diferente comportamiento durante el proceso. La huelga general proyectada por todos ellos en realidad es parte de la unidad de la burguesía contra el gobierno, unidad que es sólo coyuntural y contradictoria, donde el elemento más dinámico es la fracción que empuja Moyano, partidario firme de la burguesía devaluacionista. Tanto Moyano como De Genaro y Alderete buscan un reemplazo del "modelo", que en algún caso implica la salida del elenco gobernante (Moyano) y en otro sólo el del ministro de economía (CTA-CCC). En todos los casos, se trata de utilizar a las fracciones de la clase obrera que capitanean como masa de maniobra de las disputas burguesas, no sólo contra los intereses generales de sus bases, sino incluso contra intereses inmediatos, como la caída salarial que provocaría la devaluación. Es por eso que ninguno de estos agrupamientos participa orgánicamente de los momentos más agudos de la lucha. Es más, cuando lo principal del hecho ya haya pasado, la CTA y la CGT llamarán a paro general con la clara intención de frenar la movilización, algo que dicen explícitamente en testimonios recogidos por los autores en el texto que criticamos. Los primeros en retirarse son la CTA y la CCC que sólo buscan la caída de Cavallo. Por eso no participarán de la marcha convocada para el 20 a la tarde, excusándose a último momento o faltando sin

aviso. Es falso, como señalan los autores, que en la marcha que se inicia en Congreso en la tarde del jueves 20 estuviera presente la CCC de La Matanza, a quien probablemente confundan con el SUTEBA Matanza, en ese momento dirigido por una coalición de izquierda. Los únicos presentes allí fueron los partidos de izquierda, en particular el Partido Obrero e Izquierda Unida. Entre los gremios, sólo estaban la mencionada seccional del SUTEBA y la AGD de la UBA, también ésta última dirigida por una coalición de izquierda. La ausencia de la CTA Capital y de la CCC será un elemento clave en la división que iba a producirse a posteriori en el seno del movimiento piquetero, división que reflejaba dos estrategias distintas cuya marcha conjunta hizo crisis ese día: la estrategia que, persiguiendo intereses secundarios del proletariado, buscaba la alianza con la burguesía "progresista" y "nacional" (CTA y CCC) y la que, persiguiendo los intereses más generales del proletariado rechazaba toda alianza con elementos burgueses (que, a posteriori, coagularía en el Bloque Piquetero Nacional).

Así, el hecho denominado Argentinazo tiene, como bien señalan los autores, diferentes momentos: un momento de lucha interburguesa con intervención subordinada de la clase obrera, un momento de agudización de las contradicciones sin lucha, y un momento de tipo insurreccional. El primero es el protagonizado por las fracciones que dirigen CTA-CGT-CCC y que cuenta con una enorme aceptación por parte del conjunto de la sociedad, en tanto refleja el aislamiento del gobierno. Allí la dirección intelectual recae en los medios de comunicación y en intelectuales de origen pequeño-burgués y burgués que componen la cúpula del partido justicialista y la dirección moral la tiene la burguesía en su conjunto, con un mayor peso de la devaluacionista, mientras la dirección técnica está en manos de las centrales sindicales. El proceso se les escapa de las manos, al iniciarse el momento de agudización de las contradicciones sin lucha, los saqueos, protagonizados por la fracción más pauperizada de la clase obrera. Es en ese momento en que la coalición que ha iniciado el proceso tiende a separarse de la responsabilidad por las acciones. La contraofensiva del personal político que ocupa el comando del estado, el estado de sitio dictado por el gobierno, desencadena el momento insurreccional, primero de la pequeña burguesía (su "17 de Octubre", como señalamos en este libro ya en su primera edición) y luego de

la clase obrera. En los dos casos, no existe dirección técnica, pero sí dirección intelectual y moral, que recae en aquellos que han portado en sus palabras y acciones la tendencia insurreccional: el movimiento piquetero. El hecho como tal debe restringirse a la noche del miércoles y la tarde del jueves, considerándose las acciones de CTA-CGT-CCC como partes componentes de la lucha burguesa que desencadenan la crisis y a los saqueos como el momento de expresión aguda de la misma. La dirección del Argentinazo es, entonces, incompleta, en tanto careció de unidad de comando técnico, aunque no de dirección moral. Esta composición contradictoria de la dirección es la que explica la suerte final del Argentinazo: por su dirección moral tuvo una potencia suficiente para sacudir al gobierno del estado y frenar el desarrollo de la estrategia burguesa en el seno del proletariado; por su carencia de dirección técnica no pudo hacer efectivo y duradero sus resultados. El Argentinazo no es, entonces, la emergencia de una estrategia de lucha democrática y anti-imperialista, sino el fracaso de la misma en contener en sus límites la emergencia de una estrategia de corte insurreccional potencialmente revolucionaria.

¿Cuándo empieza una revolución?

Otro de los problemas recurrentes que generó un amplio debate giraba en torno a la caracterización de la etapa que abría el Argentinazo. ¿Se trataba de una situación revolucionaria o, por el contrario, de una vuelta de tuerca de la contrarrevolución que, según algunos, campea en la Argentina desde marzo del '76? ¿Se trataba de una situación de nuevo tipo, como sostiene el arco que por comodidad denominamos "autonomista"? Veamos.

Hay algo que, al menos en principio, nadie podría negar. En medio de una crisis social y política sin parangón en la historia argentina, la sensación ambiente alentaba a pensar en la cercanía de un desenlace revolucionario hacia comienzos del 2002. Sin embargo, había quienes observaban el período como la continuación de la etapa contra-revolucionaria abierta con el Proceso, haciendo énfasis en los efectos de la devaluación en las condiciones de vida de la clase obrera, de la desocupación sobre el activismo sindical en las fábricas, de la parálisis de la clase obrera ocupada y del rol de la burguesía en la caída de De la Rúa. Es una po-

sición relativamente aislada, defendida en particular por la Liga Marxista. Prestaremos particular atención al documento firmado por Osvaldo Garmendia, titulado "La situación nacional y las tareas de la izquierda revolucionaria" (*Debate Marxista*, Octubre de 2002). El conjunto de la exposición es superficial, amén de falsear datos de la realidad muy evidentes. Garmendia parte de una afirmación de principio que lo coloca fuera del análisis marxista: "El capital no tiene crisis sin salida". Observa la caída del capital como un efecto de la subjetividad revolucionaria, unificándose en este análisis con posiciones autonomistas al mejor estilo Toni Negri o John Holloway. El capital no tiene, como quiere Marx, un límite en sí mismo, ni la tendencia decreciente de la tasa de ganancia describe un proceso necesario, sino que todo se resuelve en el campo de la lucha de clases. Afirmar algo así es sencillamente defender la eternidad del capital, que sería la primera sociedad en la historia humana que no encontraría límite alguno en las fuerzas productivas a las que da lugar. Pretende probar esta premisa, completamente desmentida por la historia misma, con un análisis económico que, si se toma en serio, se da de patadas con su propia exposición. Garmendia cree que, porque la economía argentina se recuperó luego de la devaluación, esa recuperación es un síntoma de que el capital siempre "tiene salida". Es aquí donde se observa la superficialidad de su análisis: ningún pronóstico serio puede hacerse sobre la base de unos pocos meses, incluso de unos pocos años. A esta altura del partido, es fácil de ver que la economía argentina describe ciclos económicos de no más de 7 u 8 años, ciclos que terminan en explosiones cada vez más profundas y generales (1982/1989/2001). Y que cada una de esas explosiones desemboca en una crisis política cada vez mayor. Lo que Garmendia tiene que probar es que el capital en la Argentina "tiene salida" *histórica* y no meramente coyuntural. Su propio análisis ayuda a desconfiar de tal cosa.

Algo parecido sucede con su análisis político. La idea de que la clase obrera no participó en la caída de De la Rúa, es simplemente falsear la realidad y remito al lector a la descripción de Iñigo Carrera criticada en este texto. Una cosa es afirmar que la burguesía participó de la caída, que incluso comandó las acciones hasta bien avanzado el proceso (y que a la postre lo capitalizó a su favor), algo que sucede en todo proceso revolucionario, y otra

muy diferente es decir que la clase obrera "no participó". Basta ver la naturaleza del gobierno que le siguió para darse cuenta de todo el tiempo que tuvo que tomarse la burguesía para controlar la situación. La misma ignorancia de los hechos tiene el autor cuando señala que la represión sobre el movimiento piquetero no encontró ninguna resistencia o reacción alguna. Olvida que Duhalde tuvo que adelantar el llamado a elecciones y poner fin a sus intentos de continuismo como resultado de las consecuencias de la masacre de Puente Pueyrredón y que la capacidad de represión del estado todavía hoy se encuentra limitada. Incluso, su afirmación de que la izquierda "tradicional"no pudo capitalizar nada del Argentinazo es completamente absurda y parece no recordar que ninguna de las organizaciones piqueteras pertenecientes a partidos de izquierda tenían peso alguno en la realidad antes del 2001. Creer que el lugar de la izquierda hoy en la Argentina es igual al que tenía en 1998, es decir, antes del desbarranque de la economía argentina, no sólo es erróneo a todas luces vista (¿cuándo la izquierda convocó a movilizaciones masivas como en la actualidad?), sino que es probable que traduzca una autoevaluación sobre el lugar de la Liga Marxista en el proceso histórico argentino, autoevaluación incorrectamente generalizada... Incapaz de hacer una evaluación seria de lo que realmente sucedió se limita a constatar que no hubo ninguna revolución, lo que parece permitirle afirmar que aquí no ha pasado nada. Seguimos entonces en medio de un proceso contrarrevolucionario. En consecuencia, se trata de pensar en programas mínimos que agrupen a las "bases", personaje reificado que se encontraría más allá de las disputas ideológicas y que, en última instancia, estaría bien dirigido por la CTA y las dos CGT (cuyo programa consiste precisamente en eso). Garmendia critica la falta de autocrítica de la izquierda, su incapacidad de verificar en su nulo crecimiento la incorrección de sus pronósticos. Pero esa misma crítica podría hacerse a la Liga, que con sus análisis supuestamente correctos no ha logrado, en cerca de una década, superar el estadio de grupo de lectura. Sería hora de ir revisando esos análisis...

Una evaluación opuesta a esta es la que ve en el proceso de crisis política y la aparición de asambleas populares, la prueba de una verdadera revolución. El MST defendió esta idea, repitiendo la caracterización que Nahuel Moreno había hecho en 1982,

cuando la caída de la dictadura lo convenció de que había comenzado la revolución. Esa era una revolución "democrática", igual que la que se habría producido el 19 y 20 de diciembre de 2001. El problema para esta interpretación radica en el aspecto "democrático" del asunto. Una revolución democrática es una en la cual la burguesía toma el poder y coloca en el "pueblo" el sujeto de la soberanía. Eso sucedió en nuestro país en 1810. Salvo que uno defina como revolución "democrática" a un simple cambio de régimen o, peor aún, a una crisis gubernamental dentro del mismo régimen, caracterizar al 19 y 20 como revolución democrática es un disparate.

Otras interpretaciones del fenómeno reducían todo el asunto a "jornadas revolucionarias", sin especificar en qué proceso histórico se inscriben y, por lo tanto, que perspectivas abren o cierran. Mejor era la perspectiva que observaba en el desarrollo del movimiento piquetero y su creciente hegemonía sobre las asambleas, en la crisis por arriba y la descomposición de la economía, la cercanía de la toma del poder o de una tendencia en ese sentido. Aquí no había situación contrarrevolucionaria ni simples jornadas revolucionarias, sino una situación revolucionaria. Aunque hoy parece claro que no se vivió una situación de ese tipo, puesto que no se había abierto la disputa inmediata por el poder, no parece menos claro que las tendencias presionaban en ese sentido. La clave que abre una situación revolucionaria es siempre la quiebra del aparato del estado. En la Argentina eso no sucedió en términos materiales, aunque sí en términos morales. La incapacidad para controlar el desborde que estaba produciéndose por la vía directamente represiva no se debía a una crisis material del aparato del estado (las armas no habían pasado a manos de la masa de la población), sino a su crisis ideológica: aunque pudiera, la burguesía no podía reprimir, so pena de agravar la situación. Las jornadas de Puente Pueyrredón mostraron eso e impusieron a la burguesía una salida: el adelantamiento de las elecciones y la búsqueda de un jefe político a la altura de las circunstancias, es decir, un nuevo pacto entre sus fracciones. Las rentas petrolera y agraria fueron el aceite de ese pacto intra-burgués.

La mayoría de estas evaluaciones sobre el Argentinazo son cuestionables, por supuesto. Que la crisis política tuviera un componente claramente burgués y que la caída de De la Rúa se de-

biera a su activismo, es una afirmación difícil de rechazar. Que todo proceso revolucionario comienza con una crisis en las alturas, también. Es absurdo pensar que una revolución social pueda tener lugar cuando el aparato del estado representa fielmente a una burguesía unificada. Las grietas en el aparato de dominación sólo aparecen cuando la propia clase dominante lo sacude como resultado de sus propias disputas. Lo que distingue a una crisis política "normal" de una que responde a una crisis orgánica, es que en la primera la burguesía comanda las acciones, interviniendo las clases subalternas sólo como masa de maniobra. No es el caso del período que va hasta la masacre de Puente Pueyrredón. Por muy incipiente que haya sido, no puede negarse que el movimiento piquetero y las asambleas populares constituían un inicio de movilización independiente de una fracción importante de las masas. A diferencia de las crisis del '82 y del '89, las fracciones más dinámicas de la pequeña burguesía y el proletariado comenzaron a darse una dirección política por fuera de las opciones burguesas tradicionales.

La caracterización de los hechos no puede hacerse en sí misma ni aunque se lo coloque en una escala abstracta de "niveles de lucha". El mismo hecho en un contexto distinto produce efectos distintos. Precisamente, lo que corresponde es caracterizar ese "marco", es decir, el carácter de la etapa en cuestión. El Argentinazo, entonces, no es ninguna de esas cuatro cosas sino todas juntas. Esos elementos son los que caracterizan la apertura de un *proceso* revolucionario, un período relativamente largo, en el que las contradicciones centrales de la sociedad estallan y sólo logran recomposiciones relativas con nuevos estallidos de magnitud creciente, que van creando las condiciones para el nacimiento de una alternativa revolucionaria y una tendencia a desembocar en situaciones revolucionarias y, por lo tanto, también contra-revolucionarias. La existencia de un proceso de este tipo ya era visible antes del Argentinazo, siendo las jornadas de diciembre del 2001 las que lo sacan a la luz pública.

¿Fue un fracaso el Argentinazo? Las bases del bonapartismo kirchnerista

La evaluación del 19 y 20 es necesariamente conflictiva. En parte, porque es un fenómeno cuyo proceso no ha terminado todavía. Pero también porque los protagonistas se encuentran involucrados en su evaluación. Este último es un problema presente en todo hecho histórico, reciente o remoto, pero su inmediatez le agrega un dramatismo difícil de encontrar en otros. Una evaluación muy popular, a tres años del hecho, es que el 19 y 20 fue un fracaso. Sin embargo, siempre hay que preguntarse para quién fue un éxito o un fracaso. Para la burguesía devaluadora fue un éxito completo. Para la pequeña burguesía el balance es indudablemente positivo en más de un aspecto, desde los materiales (la salvaguarda de su pequeño capital gracias a la devaluación) a los ideológicos (los ataques a la Corte Suprema menemista, la reivindicación del nacionalismo popular, etc., etc.). ¿Para la clase obrera? Para aquella enrolada en la estrategia reformista, es un éxito resonante: Kirchner es *su* presidente, el que han soñado desde Perón a esta parte. Para la clase obrera ocupada en general, es claro que se ha abierto un cambio en las relaciones de fuerza que se manifiesta primero que nada en el clima ideológico: el Argentinazo sepultó al neoliberalismo como ideología incontestada. Se barrió con la principal defensa ideológica de la flexibilización laboral y de la tendencia al incremento sistemático de la tasa de explotación. Para la clase obrera desocupada, el Argentinazo significó dos millones de Planes Trabajar.

En términos de los intereses más generales de la clase obrera y sus aliados, el resultado del Argentinazo es un empate. El primer empate en una larga serie de derrotas. Porque el proceso histórico argentino, hasta el 19 y 20, estaba signado por la tendencia a la derrota y a la expropiación política de la clase obrera. Todas las movilizaciones de la clase obrera y de la pequeña burguesía terminaban en poco y nada y eran expropiadas por algún partido político burgués: por Alfonsín, por De la Rúa, por Menem. Pero en ese 19 y 20 se consiguió un empate. ¿Cuáles son los elementos del empate? Van desde aquellos que tienen valor simbólico hasta los que tienen un peso real y efectivo. El primer elemento es el default. El default significa simbólicamente (no realmente) que

se ha puesto un límite a la exacción al trabajo nacional. Digo simbólicamente porque, en términos reales, Kirchner es el primer presidente desde Alfonsín que hace pagos netos en concepto de deuda. Pero aún así, incluso en la fantochada kirchneriana, existe un fondo de verdad en el hecho de que se le ha puesto un límite al proceso de endeudamiento, un límite simbólico que tiene un valor ideológico no buscado por la burguesía, porque implica un cuestionamiento al carácter sagrado de la propiedad. Lo mismo sucede con la devaluación: por un lado es una expropiación masiva y un ataque profundo contra los salarios; por otro, crea las condiciones para la recuperación del empleo. En ese contexto, los aumentos salariales a los que se ha dado lugar, resultan apenas una tenue recompensa por un sacrificio enorme. Pero aún así, es más importante por lo que significa en términos de habilitar la discusión salarial congelada durante todo el menemismo. De hecho, el clima ideológico, sumado a la recuperación económica, ha creado las condiciones para la reanudación de la lucha por salarios que se lleva adelante desde comienzos del gobierno patagónico, a lo que ha ayudado, sin dudas, el freno a los despidos con la doble indemnización. Un elemento mucho más real que simbólico en relación al empate es el congelamiento de tarifas, que ha limitado la caída salarial por inflación. Otro elemento real, nada simbólico, es la extensión del subsidio al desempleo a cerca de dos millones de personas sustentado con las retenciones a las exportaciones al agro y el petróleo. Dos semanas antes del Argentinazo, el FRENAPO llama a una consulta popular por un subsidio de formación y empleo. Votaron unos 4 millones de personas y no tuvo ningún efecto político real. Luego del Argentinazo el subsidio se impuso con una velocidad inesperada.

Es indudable que Duhalde y Kirchner han debido hacer estas concesiones como forma de frenar el desarrollo de la rebelión popular. Sin la satisfacción al menos parcial de las demandas del Argentinazo, Kirchner no podría hoy sostenerse en el poder: con la amenaza del Argentinazo hace que la burguesía lo acepte como conducción, al mismo tiempo que busca ponerle límite permanentemente a las concesiones reales. Es esa la base de su permanente oscilación discursiva y política, entre el ajuste y nuevas concesiones a las masas, entre las concesiones al imperialismo americano y el nacionalismo popular, entre Bush y Chávez,

entre Evo Morales y el envío de tropas a Haití. Eso significa que el movimiento no fue una derrota, lo que permite caracterizar al gobierno de Kirchner como bonapartismo. Al mismo tiempo, las ambigüedades y limitaciones de la política bonapartistas hacen más dificultosa la salida de la crisis, porque Duhalde y Kirchner no han podido llevar a fondo las tareas necesarias para restaurar condiciones de acumulación positivas. No pudieron expropiar definitivamente a los ahorristas, producir una hiperinflación y bajar los salarios abruptamente, liberar las tarifas, etc. En el '82 lo hicieron, igual que en el '89. Esto ayuda a explicar qué es lo que ha permitido a Kirchner llegar hasta aquí y cerrar la crisis de hegemonía al menos por ahora. No pudiendo incrementar aún más la tasa de explotación, no pudiendo renovar el endeudamiento, la única forma de hacer frente a estas concesiones es apropiarse de una parte de la renta agraria y petrolera, aprovechando la subida de los precios internacionales. Esa es la base de un bonapartismo de corto vuelo.

Bibliografía

Los libros sobre el Argentinazo no se hicieron esperar. Las primeras aproximaciones fueron las periodísticas, entre las que destacan:

Camarasa, Jorge: *Días de Furia*, Sudamericana, Buenos Aires, 2002.

Di Mauro, José Ángel: *¿Qué se vayan todos?,* Corregidor, Buenos Aires, 2003.

Jozami, Ángel: *Argentina. La destrucción de una nación*, Mondadori, Buenos Aires, 2003.

El primero es un relato sencillo de la caída de De la Rúa. El segundo pretende estar más informado y realizar un análisis más abarcador, igual que el tercero, pero no escapan a los lugares comunes que combatimos aquí. Desde un ángulo académico, recomendamos al lector

Iñigo Carrera, Nicolás y María Celia Cotarelo: "La insurrección espontánea. Argentina diciembre 2001. Descripción, periodización, conceptualización", en *PIMSA*, 2003.

No recomendamos, a excepción del artículo de los autores recién citados,

Herrero, Fabián (compilador): *Ensayos sobre las protestas sociales en la Argentina,* UNLa, Banfield, 2002.

Se trata de una compilación de textos de autores que desconocen por completo la temática de la que hablan. De los análisis políticos, el mejor es, sin dudas,

Altamira, Jorge: *El Argentinazo. El presente como historia*, Ediciones Rumbos, Buenos Aires, 2002.

Los peores análisis, por el contrario, pueden encontrarse en los escritos "situacionistas":

Colectivo Situaciones: *19 y 20. Apuntes para el nuevo protagonismo social***,** Ediciones de Mano en Mano, Buenos aires, 2002.
Zibechi, Raúl: *Genealogía de la revuelta*, La Plata, 2003.

Sobre el movimiento piquetero, la bibliografía es muy amplia ya. Nos limitamos a señalar:

Oviedo, Luis: *Una historia del movimiento piquetero*, Ediciones Rumbos, Buenos Aires, 2001.

Un texto de lectura imprescindible, igual que

Heller, Pablo: *Fábricas ocupadas. Argentina, 2000-2004*, Ediciones Rumbos, Buenos Aires, 2004.

De menor interés resultan, por el contrario

Ferrara, Francisco*: Más allá del corte de rutas. La lucha por una nueva subjetividad*., La rosa blindada, Buenos Aires, 2003.

Aguirre, Ricardo (compilador): *Hablan los piqueteros*, CISET, Buenos Aires, 2004.

Svampa, Maristella y Sebastián Pereyra: *Entre la ruta y el barrio*, Biblos, Buenos Aires, 2003.

Universidad Popular Madres de Plaza de Mayo: *Cortando las rutas del petróleo*, Cuadernos de educación popular, Buenos Aires, 2003.

Carpintero, Enrique y Mario Hernández: *Produciendo realidad*, Topía Editorial, Buenos Aires, 2002.

Dinerstein, Ana: "Argentina: desocupados en lucha. Contradicción en movimiento", en *Cuadernos del Sur*, n° 26, 1998.

Montes, José: *Astillero Río Santiago*, Ediciones La Verdad Obrera, Bs. As., 1999.

Sobre los procesos puntuales que iluminan algunos momentos importantes de la lucha,

Desalvo, Agustina: "Apagón. Buenos Aires, febrero de 1999", en *Razón y Revolución* n° 13, invierno de 2004.

Cominiello, Sebastián: "Otra vez, ¿qué es un escrache?", en *Razón y Revolución* n° 12, verano de 2004.

Rosati, Germán: "Recuerdos del futuro. Inundaciones, peajes, impuestos y otros ataques del capital a la pequeña burguesía (1982-2000)", en *Razón y Revolución* n° 12, verano de 2004.

AA.VV.: "Caracterización socioeconómica de los trabajadores de la fábrica de cerámicos Zanón", en *Razón y Revolución* n° 11, invierno de 2003.

Telechea, Roxana: "Los cacerolazos. Una hipótesis de investigación", en *Razón y Revolución* n° 11, invierno de 2003.

Sapkus, Sergio: "El campo formoseño en los '90", en *Razón y Revolución* n° 8, primavera de 2001.

Sartelli, Nancy: "La ley del pobre. Entrevistas a piqueteros", en *Razón y Revolución* n° 8, primavera de 2001.

Rieznik, Pablo: "Argentina: bancarrota económica, disolución social y rebelión popular", en *Razón y Revolución* n° 9, otoño de 2002.

Rau, Víctor: "En torno a las rebeliones recientes de cosecheros de yerba mate", en *Razón y Revolución* n° 9, otoño de 2002.

Cotarelo, María Celia e Iñigo Carrera, Nicolás: "La protesta en la Argentina", *en Razón y Revolución* n° 8, primavera de 2001.

Rieznik, Pablo: "¿Qué son las asambleas populares?"en *Razón y Revolución* n° 10, primavera de 2002.

Sartelli, Eduardo: "En la recta final. El proceso revolucionario en la Argentina actual", en *Razón y Revolución* n° 9, otoño de 2002.

Sartelli, Eduardo: "La pausa en la tormenta revolucionaria", en *Razón y Revolución* n° 10, primavera de 2002.

La literatura y el cine ya han producido resultados "piqueteros". Véase en particular, desde un ángulo feminista socialista,

López Rodríguez, Rosana: *La Herencia. Cuentos piqueteros*, ediciones ryr, Bs. As., 2006, 2ª edición.

Kirchner, un sobrino con buena suerte

La evolución de la lucha de clases en la Argentina depende, por supuesto, de la marcha de la economía. Un crecimiento sostenido a mediano y largo plazo, es decir, sobre bases sólidas, liquidaría por un largo período la experiencia llamada Argentinazo, que este libro se empeña en defender. Por el contrario, si la Argentina marcha hacia una nueva crisis en un tiempo relativamente cercano, la evaluación de los resultados de la lucha de clases bajo el gobierno Kirchner resulta imprescindible. Esa evaluación será el punto de partida de la nueva marcha hacia delante de las fuerzas que buscan una transformación definitiva de la vida en este espacio social. Comencemos, entonces, por un repaso de las tendencias económicas más importantes, para luego abocarnos a dicho balance.

Es la economía, estúpido

Dentro de lo peor,
nunca estuvimos mejor...

Un temprano libro sobre la economía K, que reseñaba las "luces" y las "sombras" del mandato santacruceño, resumía así los "logros" del gobierno:

"Su gestión es diferente en muchos aspectos –y para bien- de lo que la sociedad ha presenciado y sufrido en los últimos largos años. La renovación de la Corte Suprema de Justicia, la política de derechos humanos, la firme actitud ante algunos sectores de las fuerzas armadas, los esfuerzos por adecentar a las fuerzas de seguridad, el intento de transparencia en el PAMI, la anulación de las leyes del perdón, la negociación en términos bien diferentes con las empresas de servicios privatizadas, y la reformulación, tanto de la relación con el Fondo Monetario Internacional, como con los acreedores privados de la deuda externa, la intervención a la provincia de Santiago del Estero, representan un cambio importante y positivo."[1]

Como se nota a simple vista, ninguno de los "logros" corresponde a la política económica. Es así porque su autor, Pablo Broder, un defensor del Plan Fénix, coincide con muchos analistas en que la economía kirchnerista no funciona del todo bien, a pesar de los gruesos datos sobre su desempeño general con el cual el oficialismo castiga a todos los críticos. A pesar de ello, cualquier cuestionamiento a la "economía K" debe hacerse cargo de un récord difícil de negar. Veamos primero los datos en cuestión.

El índice más general, el de la actividad económica, muestra una salud envidiable. Como se ve en el cuadro a continuación, la economía durante el primer mandato de Kirchner se cerrará con tasas de crecimiento que superan, por lejos, los mejores años de la Convertibilidad. En efecto, el "peor" año K, hasta ahora el 2006, resulta superior al mejor año del dúo Menem-Cavallo, 1997. Las tasas de crecimiento, si se suma el probable resultado similar del 2007, resultan no sólo muy altas sino, además, sostenidas en el mediano plazo, en tanto ya alcanzan cinco años de ascenso vertiginoso ininterrumpido, otro "logro" en comparación con la Convertibilidad. Por otra parte, el conjunto de la economía ha logrado recuperar el volumen que alcanzó en la cumbre del menemismo, 1998, encontrándose casi veinte puntos por arriba de esa marca histórica.

[1]Broder, Pablo: *Dos años en la era K*, Planeta, Bs. As., 2005.

Tabla 1: Actividad económica

Período	Índice (1993 = 100)	Variación anual
1993	100	
1994	105,8	5,8
1995	102,8	-2,8
1996	108,5	5,5
1997	117,3	8,1
1998	121,8	3,9
1999	117,7	-3,4
2000	116,8	-0,8
2001	111,6	-4,4
2002	99,5	-10,9
2003	108,3	8,8
2004	118	9
2005	128,9	9,2
2006	139,7	8,4

Fuente: INDEC

Si observamos la evolución de otras variables, como las reservas internacionales, también encontraremos resultados difíciles de cuestionar: en la profundidad del abismo, en 2002, las reservas tocaron un piso de 10.476 millones de dólares. Ya hacia el 2004 habían trepado hasta el momento previo a la caída, unos 19.000 millones, superando hoy día, con sus 35.000 millones al mejor año de la Convertibilidad, a pesar de haber pagado más de 9.000 millones al FMI.

En el rubro "deuda externa pública", el balance también resulta favorable. Por primera vez se frena la tendencia alcista, produciéndose incluso un brusco descenso de unos 60.000 millones de dólares. La deuda se ubica ahora por debajo del nivel alcanzado en 1996.

Tabla 2: Deuda Externa (millones u$s)

Año	Total
1994	87.524
1995	101.462
1996	114.423
1997	129.964
1998	147.634
1999	152.563
2000	155.014
2001	166.272
2002	156.748
2003	164.645
2004	171.205
2005	113.804
2006	107.818

Fuente: INDEC

El mismo éxito puede observarse en el control de la inflación, luego del desbarajuste del 2002, cerrando el 2006 con un índice inferior al 10%. Siendo una tasa alta en términos internacionales, es cierto que el gobierno ha impedido el desborde y la hiperinflación que acompañó otros momentos como éste.

Resulta también complicado negar los resultados que este proceso tiene sobre las "variables sociales", tales como la desocupación o los índices de pobreza e indigencia. Lo tabla siguiente muestra un descenso marcado de todos los índices. Mejor aún, en vísperas de su más que probable reelección, Kirchner puede anunciar con bombos y platillos que la desocupación ha "perforado", por primera vez en más de una década, el piso del 10%.

Tabla 3: Desempleo, indigencia, pobreza y empleo en negro (1993-2006)

Período	Desempleo %		Indigencia %	Pobreza %	Empleo en negro	
	Sin planes sociales	Ajustado por planes			Incluido servicio doméstico	Excluido servicio doméstico
Oct. 93	11,4	11,6	5,2	22,0	41,1	32,9
May. 94	13,0	13,2	4,4	20,4	39,4	30,8
May. 95	20,4	20,8	6,8	26,2	42,6	33,5
Oct. 98	14,8	15,5	8,5	30,2	47,5	39,9
Oct. 01	20,5	21,8	13,4	37,9	48,4	40,0
2° sem. 2003	15,7	22,6	21,1	48,4	53,1	44,5
2° sem.2005	10,6	13,9	12,2	22,8	51,5	44,0
1° sem. 2006	10,5	13,9	11,5	32,2	48,6	40,3

Fuente: Kritz, Ernesto: *Empleo y distribución del ingreso en la recuperación económica*, SEL, octubre 2006.

El panorama triunfal se corona con la proclamación del superávit fiscal, que demuestra que el gobierno hizo "todo bien", en tanto sus éxitos se consiguieron sin renegar de la disciplina en las cuentas públicas. Podríamos comenzar por cuestionar la validez de las cifras oficiales, pero es evidente que no todo es "maquillaje" estadístico. Cierto es que el gobierno tiene una notable habilidad para la decoración y el trampantojo, algo de lo que hablaremos más adelante, pero el grueso del asunto permanece en el campo de la realidad. El problema no es, sin embargo, el resultado, sino cómo se consiguió.

Las bases del milagro K

La fórmula de la economía kirchnerista es sencilla: [(soja + petróleo) x devaluación] + caída salarial. Desenvolvamos cada elemento de la fórmula.

Tabla 4: Evolución de precios de la soja

	Poroto	Comidas	Aceites
Año	u$s/ton - FOB B.Aires		
1994/95	214	151	623
1995/96	277	233	533
1996/97	288	257	515
1997/98	231	174	614
1998/99	179	130	453
1999/00	180	159	332
2000/01	175	168	295
2001/02	179	157	376
2002/03	221	152	491
2003/04	285	188	542
2004/05	247	157	471
2005/06	228	157	563

Fuente: United States Department of Agriculture: *Oilseeds: world markets and trade*, septiembre, 2006.

Argentina exporta principalmente la soja procesada. Es decir, alimentos en base a soja y aceites. El principal producto de exportación es el aceite. Si observamos la evolución de los precios de la soja, entenderemos buena parte de la crisis y de la recuperación: entre 1994 y 2000, el precio del aceite de soja descendió hasta menos de la mitad. Del 2001 al 2003, los precios vuelven casi a su mejor nivel, diez años atrás. El petróleo observa un recorrido similar:

Tabla 5: Precio del barril de petróleo

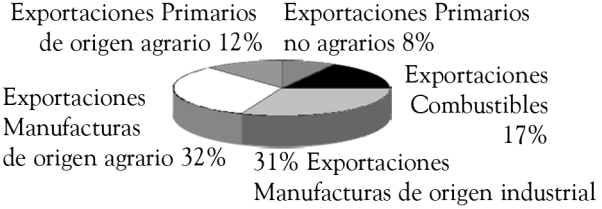
Año	u$s/barril
1990	35,62
1991	28,79
1992	26,98
1993	23,09
1994	21,07
1995	22,03
1996	25,94
1997	23,51
1998	15,71
1999	21,41
2000	32,88
2001	27,34
2002	27,36
2003	30,62
2004	39,57
2005	54,52
2006	66,00

Fuentes: Años 1990 - 2005: BP Statistical Review of World Energy en http://www.bp.com/statisticalreview Año 2006: EIA (Energy Information Administration): http://www.eia.doe.gov

Si a mitad de los '90 el precio del petróleo se encuentra en franco descenso, con su punto más bajo en el año que comienza la recesión en Argentina, 1998, emprende ya al año siguiente una recuperación que adquirirá visos de dramatismo al iniciarse el gobierno Kirchner.

La centralidad de ambos productos en la composición de las exportaciones argentinas se puede observar en el próximo gráfico. Entre las exportaciones que tienen su origen en los productos agrarios (el grueso de los cuales son granos y aceite de soja) y los combustibles, explican el 61% de las exportaciones.

Gráfico 1: Composición de las exportaciones. Últimos nueve meses de 2006



Fuente: INDEC[2]

El análisis de la evolución de las exportaciones revela que la principal causa de su expansión en los últimos años ha sido el aumento del precio internacional, que en el conjunto de la canasta de productos argentinos alcanzó al 58%. La masa de recursos excedente resultante se debe, entonces, al "efecto precio", o lo que los economistas suelen llamar escenario internacional favorable. Escenario que, sin embargo, no permite a la Argentina "despegar" en el mercado mundial, ya que su participación en las exportaciones mundiales continúa en descenso: en 1998 la Argentina representaba el 0,48% de las exportaciones mundiales, contra un 0,38 en la actualidad. [3]

La enorme masa de dólares que ingresa producto de las exportaciones tiene, sin embargo, un efecto interno aún mayor, en tanto debe multiplicarse por tres, gracias a la devaluación. La devaluación del dólar frente al euro no hace más que acentuar este efecto. He allí la razón de las tasas de crecimiento elevadas que muestra la Argentina. Eso explica también el superávit fiscal y el incremento de las reservas. Es, sobre todo, la fuente de los recursos que, vía retenciones a las exportaciones, permite mantener en caja a la inflación.

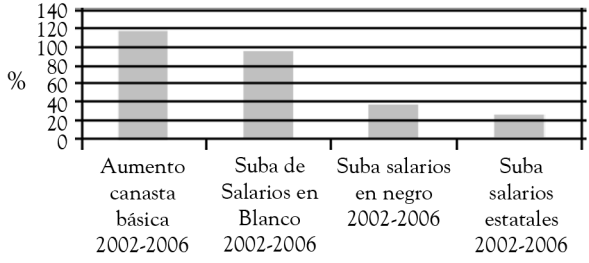
---

[2]Tomado de Dachevsky, Fernando: "Ese delicado vegetal. Las bases agrarias de la economía K", en *El Aromo* n° 34, diciembre de 2006

[3]Cristini, Marcela y Bermúdez, Guillermo: "Las exportaciones argentinas 2004-2006", en *Indicadores de coyuntura* n° 469, setiembre 2006

La recuperación del mercado interno no sería posible, sin embargo, sin el aporte de la principal consecuencia de la devaluación, la brutal confiscación de los salarios. En el cuadro siguiente observamos su evolución[4]:

Gráfico 2: Variaciones salario e inflación en % (2002-2006)



Como se observa con facilidad, los salarios en blanco fueron los que mejor resistieron la crisis, pero se encuentran, a mayo de 2006 por debajo del crecimiento de la canasta básica. Peor están los asalariados en negro, cuyos salarios subieron la mitad de lo que lo hicieron los precios de la canasta. Todavía en situación más desventajosa están los asalariados estatales, cuyas remuneraciones no alcanzaron a subir la quinta parte de lo que lo hicieron el resto de los precios de la economía familiar.

La alfombra que todo lo cubre

El superávit fiscal ha permitido, hasta ahora, mantener en línea a la inflación, reemplazando los aumentos de las tarifas por subsidios a las empresas. Como puede observarse en el cuadro siguiente, se gastaron en el 2006, unos 2.000 millones de dólares sólo en "dibujar" las tarifas de transporte y energía, que, liberadas a sí mismas provocarían una verdadera explosión de precios. Hay, entonces, un proceso caracterizado por la inflación reprimida, que puede explotar a la manera del Rodrigazo.

[4]Tomado de Kornblihtt, Juan: "Seguimos perdiendo", en *El Aromo*, n° 28, mayo de 2006

Tabla 6: Subsidios y préstamos - variaciones 2005/2006 - en millones de pesos

	2005	2006	Var (M de $)	Var %
Subsidios y préstamos	**4688**	**7513**	**2825**	**60%**
Política energética	2367	3780	1413	60%
Trenes, subtes y combustible aeronáutico	875	1809	934	107%
Empresas públicas	1063	1629	566	53%
Otros	383	295	-89	-23%

Fuente: Econline: *El peso de los subsidios*, en www.econline.com.ar, febrero, 2007.

El superávit fiscal no sólo está en la base de la contención inflacionaria. Es también el elemento que explica el enorme poder que ha podido concentrar la pareja presidencial, un poder contradictorio pero sorprendente si se lo mide con la crisis del sistema político en la primera mitad del 2006. Un poder que ha permitido controlar al partido de gobierno y sumar a la coalición a expresiones provenientes de los protagonistas de la erupción social.

No todo es economía, tonto

La descripción de la base material de la experiencia kirchnerista no agota, sin embargo, el conjunto de elementos que la dotan de la particular energía de la que hace alarde. No alcanzaría con buenos "índices" para dar cuenta de la medida en que el kirchnerismo ha "planchado" la vida política argentina. Es necesario examinar la política de Kirchner, en general, y hacia las organizaciones de izquierda en particular.

El bonapartismo kirchnerista y la expropiación del Argentinazo

Kirchner asume en el contexto de una crisis política extremadamente grave, una crisis de hegemonía que se manifiesta en el

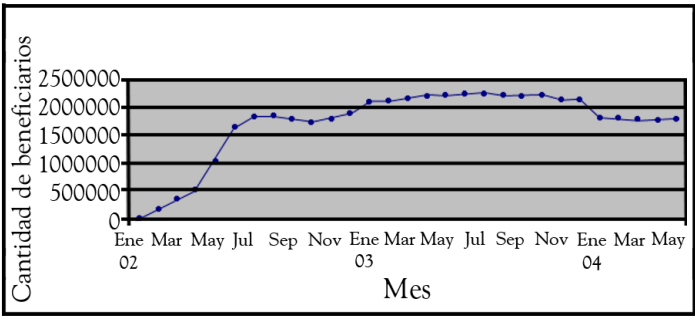
"que se vayan todos", una forma primitiva de plantear la inexistencia de una salida burguesa y una manera embrionaria de imaginar una solución por fuera de las estructuras del estado burgués. Evidentemente, no había llegado al cuestionamiento del sistema como tal, en particular por la muy incipiente formación del "partido del caos", pero resultó sí en una crisis de hegemonía. En ese contexto, la burguesía necesitaba de una urgente reconstitución del personal político del gobierno, a fin de evitar que la crisis de la "clase política" se transformase en crisis del aparato del estado y se abriera una situación revolucionaria. La crisis llegó a constituir el inicio de un proceso revolucionario pero no a desembocar en una situación revolucionaria.

El primer paso en ese sentido fue el intento de resolver la crisis por la simple sustitución del personal político a la cabeza del Estado, etapa que terminó con la caída de Rodríguez Saá y la llegada a la presidencia de Duhalde. Esta primera respuesta burguesa a la crisis se cerró en junio del 2002, con la Masacre de Puente Pueyrredón, que obligó a Duhalde a llamar a elecciones anticipadas. La crisis no podía resolverse sin expropiar políticamente al movimiento que protagonizó el Argentinazo. Se debía tomar sus demandas, sobre todo las políticas, y absorberlas en un marco que limara sus aristas más ásperas y las transformara en sostenes del régimen más que en cuestionadoras de su continuidad. Duhalde dio los primeros pasos en ese sentido, sobre todo en el campo de la economía, convalidando el default, devaluando la moneda, pesificando y expandiendo el subsidio al desempleo. Atacaba así a los dos extremos del arco que había provocado la caída de De la Rúa: la burguesía devaluadora y los desocupados.

Si recordamos el cuadro que muestra la evolución del empleo y reparamos en la diferencia entre el porcentaje oficial y el que resulta de la inclusión de los desocupados con "planes", notaremos que la distancia, en el segundo semestre del 2003 ha trepado a casi 7%, cuando a comienzos del derrumbe, en octubre de 2001, llegaba apenas a 1,3. Sería limitar el verdadero alcance de los subsidios si no observáramos que, además, hasta el 2004, se brindó asistencia a 1.115.000 a través del Plan de Seguridad Alimentaria, a 1.534.000 personas en el Área Materno-infantil, a 1.796.200 personas en el Plan Jefes y Jefas, a 3.133.000 personas en Huertas familiares y comunitarias, a 1.985.470 personas

en comedores comunitarios y más de 400.000 con pensiones asistenciales no contributivas.[5] La evolución de los beneficiarios del plan Jefes puede seguirse en el siguiente gráfico[6]:

Gráfico 3: Evolución de la cantidad de beneficiarios (Jefes I y Jefes II)



Fuente: M.T.E y S.S.

El carácter explosivo de su desarrollo en los primeros meses de la administración Duhalde, da prueba del origen político del fenómeno y de la victoria popular que se escondía detrás de semejante proceso.

La tarea pendiente para Kirchner consistía en la contención de la pequeña burguesía, a la que sólo podía incorporar al Estado por medio de una política que le devolviera su lugar social perdido durante el menemismo. No se trataba simplemente de resolver el problema del "corralito" y de evitar la crisis habitacional contra la cual se organizaron los "llaverazos". Se trataba de algo más: del fin de la "impunidad", del "gatillo fácil" y de la "corrupción", es decir, de los derechos civiles que aseguran su existencia como clase al garantizar su participación en el Estado. Esas demandas, que exceden "lo meramente económico", explican la política que dará a Kirchner su base más firme. El precio fue la reconstrucción

[5]Véase Broder, Pablo, op. cit.

[6]Tomado de Módolo, Cristian: "Los peligros institucionales del plan Jefes y Jefas de Hogar", en UNR, *Novenas Jornadas "Investigaciones en la Facultad"de Ciencias Económicas y Estadísticas*, 11/2004

de la Corte Suprema con nombres "potables", la anulación de las leyes de Punto final y Obediencia debida y el enjuiciamiento de algunos funcionarios del "antiguo régimen". Se entiende, entonces, que los organismos de Derechos Humanos terminaran en la primera fila de los apologistas del presidente.

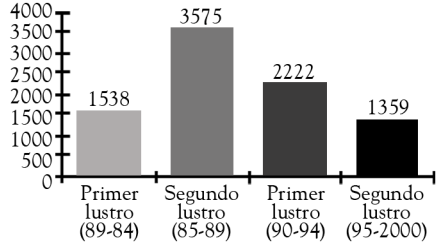
Kirchner ha logrado recuperar y soldar la base política que sostuvo a la Alianza, esa amplia coalición anti-menemista que iba desde Chacho Álvarez y el FREPASO a Moyano, pasando por la CTA, Madres de Plaza de Mayo y fracciones del movimiento piquetero. Su política salarial y de contención de la inflación, le ha permitido a Moyano y a la CTA volver a jugar su rol de burocracia sindical que había virtualmente desaparecido en el 2002. A la FTV de D'Elía y a Patria Libre, las concesiones simbólicas, sobre todo del orden del lenguaje seudo anti-imperialista (que se refuerza con el coqueteo con Chávez), les han abierto el camino a una integración completa al aparato del estado burgués. El Argentinazo corrió al país a la izquierda del espectro político y Kirchner ha sabido captarlo mejor que nadie. La burguesía argentina necesitaba un personaje por el estilo para contener la emergencia, un personaje que pudiera jugar por izquierda al mismo tiempo que reconstituir las condiciones de la dominación política. Kirchner será entonces el mismo presidente que manda tropas a Haití y se alinea con Castro, Morales y Chávez; el mismo que consolida la caída salarial y contiene la inflación; el mismo que deroga las leyes de la impunidad y el que reprime con tanta o más saña que sus antecesores; el que critica al FMI pero le paga *cash* y puntualmente. Es un bonapartista en toda la regla y su giro derechista se profundizará en su segundo mandato.

La lucha de clases en la era bonapartista

Como lo señalaba un informe del Centro de Estudios Nueva Mayoría, hacia fines de la década de los '90, los cortes de ruta habían desplazado a los paros y los saqueos como forma de protesta social.[7]

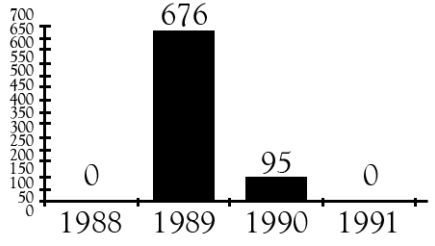
[7]Nueva Mayoría: "Los cortes de rutas desplazaron a los paros y los saqueos como expresión de protesta social", en *Nueva Mayoría.com*, 27/12/00

Gráfico 4: Evolución de los conflictos laborales por lustro (1980-2000)



Fuente: Nueva Mayoría

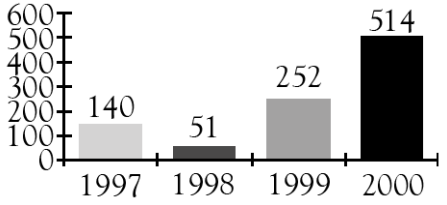
Gráfico 5: Evolución de los saqueos (1988-1991)



Fuente: Nueva Mayoría

El objetivo de los cortes de rutas, fue obtener los subsidios que se otorgaron a través del Plan Trabajar y similares. Si bien durante 1999, el corte también fue utilizado por estudiantes y transportistas, durante el año 2000 se restablecen como expresión básica de los desocupados, concluye el mismo informe.

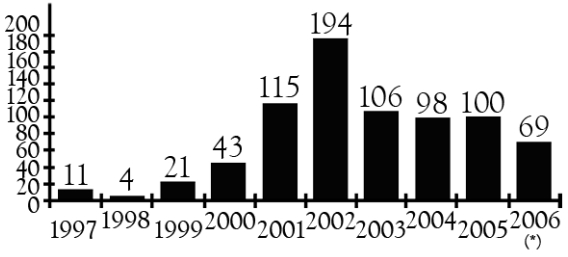
Gráfico 6: Evolución de los cortes de rutas (1997-2000)



Fuente: Nueva Mayoría

La secuencia de los tres gráficos precedentes ilustra bastante bien el camino que lleva al Argentinazo. Ahora bien, ¿qué sucedió luego? Un nuevo informe del mismo Centro nos muestra la evolución de los cortes por mes, entre 1997 y agosto de 2005.[8] Los cortes ascienden después del 2000 hasta el 2002, para estabilizarse entre el 2003 y el 2005 en un promedio similar al alcanzado en el 2001, el segundo año en importancia de la serie. Todavía en el 2006, en que el promedio se reduce sustantivamente, supera largamente al del año 2000, ya en plena emergencia social que estallará en 2001. La conclusión es sencilla: los cortes llegaron para quedarse.

Gráfico 7: Relación cantidad de cortes de rutas por mes (1997-2006)



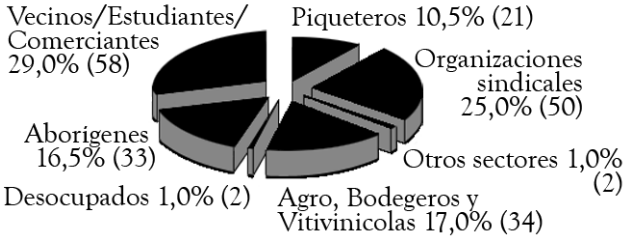
(*) Comprende hasta el 30 de setiembre
Fuente: Centro de Estudios Nueva Mayoría

Aunque el fenómeno se mantiene, cambia su contenido y sus protagonistas, razón que lleva a los analistas de Nueva Mayoría a decretar el fin del "piqueterismo".[9] En efecto, otra investigación del Centro de Estudios Nueva Mayoría, destaca que la reanudación de los bloqueos en Entre Ríos por las papeleras, evidencia que los piqueteros han perdido el protagonismo en los cortes.

[8]Nueva Mayoría: "La nueva actitud del gobierno logró bajar los cortes de rutas y vías públicas en agosto", en *Nueva Mayoría.com*, 02/09/05.
[9]Nueva Mayoría: "Los piqueteros pierden protagonismo en los cortes de rutas y vías públicas", en *Nueva Mayoría.com*, 13/10/06.

Los piqueteros serían responsables de sólo uno de cada 10 de los cortes producidos entre mayo y setiembre de 2006.

Gráfico 8: Quiénes protagonizaron los cortes de rutas y vias públicas (mayo-septiembre de 2006)



Fuente: Centro de Estudios Nueva Mayoría

La disminución de los cortes y el cambio en la composición y dirección no significan, sin embargo, ninguna reducción sustantiva de la conflictividad social. En realidad, presenciamos un alza de los conflictos laborales dirigidos por organizaciones sindicales, algo previsible a medida que sube la inflación y cae la desocupación. La relación entre conflictos y desocupación como contracara de la relación entre desocupación y cortes se puede ver en otro informe del mencionado Centro[10]: mientras la desocupación se mantiene alta, en torno al 18%, los conflictos laborales no pasan de unos 350 al año, mientras que una vez que la desocupación araña el 10%, comienzan a recuperar terreno y explotan hacia 2005, totalizando más de 800. Inversamente, a medida que disminuye la pobreza, se reduce la cantidad de cortes: con el pico de 2002 en el nivel de pobreza, se alcanza también el de los cortes, que descienden abruptamente a medida que el primer índice se reduce en más de veinte puntos.

El conflicto cambia, entonces, de protagonista: del obrero desocupado, al obrero ocupado. Es por eso que la idea de que Kirchner ha "pacificado" el país y ha conseguido eliminar la con-

[10]Nueva Mayoría: "Aumentan los conflictos laborales a medida que desciende la desocupación, mientras que bajan los cortes cuando lo hace la pobreza", en *Nueva Mayoría.com*, 23/03/06.

flictividad social, no resiste el análisis estadístico. Por el contrario, contando desde 1983 y hasta abril de 2006, Kirchner ha sido el presidente con más conflictos laborales por mes, segundo después de Alfonsín.[11] Eso sólo teniendo en cuenta los conflictos protagonizados por organizaciones sindicales. Indudablemente, ese dato refleja la recuperación económica y el clima político ideológico más favorable a la acción sindical, sobre todo si se lo compara con los promedios de los períodos anteriores. El gráfico siguiente, tomado de la misma publicación, ilustra sobre esta conclusión:

Gráfico 9: Promedio mensual de conflictos laborales por presidencia (diciembre de 1983-abril de 2006)

(*) Comprende hasta el 30 de abril.
Fuente: Centro de Estudios Nueva Mayoría

Según otra investigación de Nueva Mayoría, entre diciembre de 2005 y diciembre de 2006, la conflictividad laboral estuvo dominada por sanidad (6%), camioneros (6%), administración pública (18%), docentes (17%) y médicos (7%), totalizando el 54% de todos los conflictos. Tomando en relación el ámbito en el que se realizaron (público-privado), el 45,7% ha estado en el ámbito público, mientras el resto se reparte entre servicios e industria.[12] Esta presencia de las organizaciones sindicales en el conflicto no

[11]Nueva Mayoría: "Desde el primer gobierno de Menem, Kirchner ha sido el Presidente con más conflictos laborales por mes, siendo Alfonsín el que más tuvo desde 1983", en *Nueva Mayoría.com*, 23/05/06.
[12]Nueva Mayoría: "Administración pública, docentes, salud y camioneros lideran la conflictividad laboral", en *Nueva Mayoría.com*,08/12/06.

ha eliminado las formas de lucha anteriores, en particular el corte de ruta. Todo lo contrario, si ya hacia 2005 el 25% de los cortes eran producto de la acción sindical, ese porcentaje se duplica en julio de 2006. De hecho, el gobierno de Kirchner es un gobierno prolífico en materia de acciones de ese tipo, toda vez que le han hecho más cortes por mes (99) que a De la Rúa (79).[13]

No ha pasado lo mismo con otras formas de acción propias del Argentinazo, como los cacerolazos, (que llegaron a sumar 2.014 entre diciembre de 2001 y marzo de 2002), las asambleas populares (que alcanzaron la interesante cifra de 272 en abril de 2002) y el Club del trueque (más de 5.000 hacia el 2002). Todos ellos prácticamente desaparecieron en los años siguientes.[14]

Entre los huelguistas, el sector público, en particular, estatales y docentes, se revela como la fracción más combativa, dejando bastante más atrás a Moyano y al resto de la CGT. Sin embargo, el protagonismo de estos últimos ha aumentado en estos años, demostrando la capacidad de las viejas burocracias sindicales para sobrevivir a la crisis. Detrás de este proceso se esconde la recuperación de la actividad económica, sí, pero también los efectos de la inflación y de la caída salarial. El movimiento obrero ocupado comienza a despertar, lo que explica el cambio de contenido de los cortes de ruta. En efecto, el corte de ruta no es más que una acción propia de un "piquete". El piquete es una herramienta propia de la clase obrera, usualmente como complemento de otras acciones, como la huelga. Durante las huelgas, los "piquetes", grupos de activistas que despliegan tareas particulares, aseguran ciertas tareas necesarias para evitar la represión o para rechazar a los rompehuelgas. Los piquetes son el elemento coercitivo de esa acción, por definición "pasiva", que es la huelga. Lo que caracterizó al período previo al 2002 es la presencia dominante del piquete en ausencia de huelga, algo comprensible si se recuerda que era propiedad casi exclusiva de las acciones de los desocupados. Lo que caracteriza al "piqueterismo" actual es la "normalización" del

[13]Nueva Mayoría: "En tres años de gobierno, Kirchner tuvo 99 cortes de rutas y vías públicas por mes", en *Nueva Mayoría.com*, 23/05/06.
[14]Nueva Mayoría: "La desaparición de los cacerolazos, las asambleas populares, y el fenómeno del trueque, tras la salida de la crisis 2001-2002", en *Nueva Mayoría.com*, 21/12/06.

"piquete" como instrumento de la huelga y, consecuentemente, la institucionalización del corte de ruta, en tanto las acciones corren por cuenta de las organizaciones sindicales. Dicho de otro modo, la burguesía ha logrado contener al movimiento piquetero como movimiento de desocupados, pero no ha logrado disolver el "piqueterismo", es decir, la tendencia a la acción directa, que renace ahora entre los obreros ocupados. Por ahora dentro de las estructuras sindicales tradicionales dominadas por la burocracia.

El renacimiento del "piqueterismo" en el movimiento obrero ocupado ha creado un espacio para el crecimiento de la izquierda en su interior. En tanto el gobierno mismo genera las condiciones para la reacción de la clase obrera ocupada, crecimiento económico más inflación, las burocracias sindicales difícilmente puedan mantenerse en su lugar cuando la situación se torne más aguda. Eso es lo que explica que las grandes huelgas de la era kirchnerista sean protagonizadas por los mismos agrupamientos de izquierda que crecieron durante el Argentinazo, desmintiendo a aquellos que los caracterizaban como simples emergentes de la desocupación. La "novedad" en este campo es precisamente la inserción de la izquierda en el movimiento obrero ocupado, proceso que se acelera con cada huelga resistida por el gobierno. Y la resistencia del gobierno no hará sino crecer, porque la nueva "convertibilidad" no resiste al aumento de salarios masivo. Si la fórmula del gobierno era sencilla, la de los emergentes del Argentinazo lo fue más aún: ocupación + planes. El problema es que esa fórmula comienza a cambiar una vez logrados los objetivos, colocando en primer plano el problema del aumento salarial.

Algo similar sucede con la pequeña burguesía. Si en la instancia previa había luchado contra la expropiación del gran capital bajo formas económicas (la concentración y centralización del capital) y políticas (la eliminación de los "derechos civiles"), el logro de parte de esos objetivos (la expansión del mercado interno que permitió la recuperación del universo pyme, la política de derechos humanos y cierto adecentamiento superficial de la vida política), en la actualidad se enfrenta nuevamente al mismo proceso, porque la nueva convertibilidad no resiste sin una nueva etapa de concentración y centralización del capital. Eso es lo que se observa en Gualeguaychú, donde lo que aparece como lucha "ambientalista" es en realidad la expresión de una alianza de clases, dominada

por la pequeña burguesía, que se resiste a la expropiación de sus condiciones de existencia (el turismo) por parte del gran capital (Botnia). La continuidad del proceso expropiatorio (que puede verse en otros ámbitos, como en las estaciones de servicio) y la pasiva política oficial al respecto, explican la continuidad de los métodos piqueteros y asamblearios.

Un año mentiroso

El gobierno va a ganar las próximas elecciones y lo hará con amplitud. Sin embargo, es probable que estemos ante la bisagra de la aventura kirchnerista. Según algunos analistas, el 2007 puede presenciar el fin del superávit fiscal, una de las bases del gobierno.[15] La clave se encontraría en el desborde producido a comienzos de año, cuando entre enero y febrero el gasto público aumentó más de un 40% respecto del año anterior. Circunstancia agravada porque esta vez el aumento reviste el carácter de permanente, en tanto se originó en el incremento de los haberes jubilatorios y en la incorporación de 850.000 beneficiarios con régimen de jubilación anticipada y moratoria. El golpe intentó ser disimulado por medio de un "adelanto" de 1.000 millones de pesos del Banco Central, en concepto de "ganancias". El superávit fiscal consolidado caería a 2,5% del PBI, luego de haber alcanzado 4,4 en 2005. Esa es la razón por la cual se aceleró la apertura del traspaso entre sistemas jubilatorios, mediante el cual el gobierno espera recuperar una parte de los ingresos, mediante la incorporación al sistema de repartos de gran parte de los afiliados a las AFJP.

Más grave es la situación provincial, donde el superávit ya sería cosa del pasado, esperándose para 2007 un déficit de 500 millones de pesos. Si la situación de la Nación sigue deteriorándose, más difícil será que acuda en ayuda de las provincias, en un año en el que la conflictividad social no hará más que crecer, como ya se observa en la propia provincia del presidente, Santa Cruz.[16]

---

[15] *El Economista*, 30/3/07

[16] Quienes creen que Santa Cruz está siendo "atacada" por alguna confabulación que intenta aprovechar un año electoral, se equivocan. Nueva Mayoría demuestra que junto con Jujuy fueron los distritos con mayor cantidad de cortes de todo el país en relación a la población, entre 1997

Así las cosas, Kirchner tuvo el primer paro general de su gestión.[17] Venía salvándose, siendo el presidente con la menor cantidad de paros generales (1 cada 47 meses, contra 1 cada 24 del primer Menem y 1 cada 11 del segundo, 1 cada 5 de Duhalde y 1 cada 3 de De la Rúa), pero le tocó. A medias, porque no fue contra su política, sino contra Sobisch por la muerte de Carlos Fuentealba. La huelga docente es el emergente de una situación más general, fácil de entender si se recuerda la enorme caída de los salarios que significó la devaluación entre los empleados estatales, situación que empuja a la CTA, a su pesar, fuera de la alianza K. El año en curso verá desarrollarse una situación extraña: en la superficie, un nuevo año cargado de "éxitos", que contrastará por el agravamiento de todas las tensiones políticas y sociales que estallarán por debajo y serán mantenidas en la oscuridad. Pasadas las elecciones, la realidad se mostrará en toda su crudeza.

¿Por qué?

La Argentina enfrenta problemas más serios que la buena o mala administración de éste o aquel presidente. Son problemas de una envergadura sistémica que condicionan férreamente toda coyuntura y que brotan de la particular debilidad de la acumulación de capital en este espacio social. Como señala un comentarista,

> "... una estrategia de competitividad basada en un bajo costo laboral sin un crecimiento sustancial de la productividad, además de no ser deseable, parece poco factible. La comparación internacional nos ubica con costos de mano de obra hasta 10 veces más altos que los de los de países que compiten sólo con salarios, como Sri Lanka, o 6 veces superiores a los que combinan una altísima inversión con una oferta ilimitada de mano de obra, como China. Quizás más inquietante, nuestro costo laboral industrial es entre 1,5 y 2 veces mayor que el de socios comerciales con niveles parecidos de productividad, como Brasil o México. Pero lo que resulta tal vez paradójico es que los salarios industriales argentinos

y 2004, tendencia que mantuvo en el año siguiente. Nueva Mayoría: "En 2005 Santa Cruz fue la provincia con más cortes de rutas y vías públicas de acuerdo a su población", en *Nueva Mayoría.com*, 13/02/06.

[17]Nueva Mayoría: "Tras 4 años en el poder, Kirchner tiene el primer paro general de su gobierno", en *Nueva Mayoría.com*, 10/04/07.

son bastante inferiores a los de países más competitivos de modernización reciente, como Corea (nuestro costo laboral es 55% más bajo), Singapur (pagamos 40% menos), Nueva Zelanda (60% menos) o Irlanda (75% menos); y están manifestándose por debajo –entre tres y seis veces- de Japón, Canadá, Australia y los Estados Unidos. Esto nos plantea un dilema: si hacemos descansar nuestra competitividad en el costo de la mano de obra, somos caros con relación a la mayoría de los países emergentes incluidos nuestros socios comerciales; y cuando somos más baratos, no alcanza para cerrar la brecha de productividad que nos separa de los países desarrollados, o de aquellos que, sin serlo todavía, han elegido el camino de la innovación." [18]

Nada de esto ha cambiado en los últimos años y, por razones que se exponen en el primer capítulo, difícilmente lo hagan en un futuro próximo. Si la crisis mundial no termina de resolverse, la próxima explosión pondrá a la Argentina, de nuevo, en una encrucijada probablemente definitiva. Dependerá de cuánto haya asimilado políticamente la alianza que se formó en el 2001, el que el camino que se tome nos lleve más allá de este sistema social. De no ser así, nuevas catástrofes sociales se avecinan.

[18]Ver "El costo laboral en moneda extranjera", en SEL: *Newsletter sobre la situación laboral y social en la Argentina*, 09/2005

A modo de epílogo: ¿Qué hacer?

[A dos años de escrita esta conclusión, sus consideraciones permanecen válidas, razón por la cual rogamos al lector las acepte como propias de esta tercera edición]

En vísperas de la VII Asamblea Nacional de Trabajadores Ocupados y Desocupados, pareciera que todo es ya trama del pasado, objeto del recuerdo, una bella joya de la memoria (o una mala pesadilla de una noche de verano, según quién lo mire). ¿Qué pasó con esa "vida nueva" que quería conocer su propia experiencia? ¿Qué fue de sus entusiastas constructores? ¿Está perdida esa experiencia para el futuro inmediato? ¿Sigue siendo nuestra la plaza o ya no? Es decir, ¿se acabó el Argentinazo?

El Argentinazo es, en realidad, la cuarta gran crisis que vive el capitalismo argentino desde el Proceso Militar. La primera es la que dio por tierra con el último gobierno peronista, 1975. La dictadura cayó por culpa de la segunda, en 1982. La tercera derribó al primer gobierno elegido por los mecanismos de la democracia burguesa tras el Proceso, el alfonsinismo, en 1989. La cuarta es la que culmina con el Argentinazo. Siete años tardó la primera en desembocar en la segunda, siete también para que ésta cayera en la tercera, doce para que apareciera la cuarta. Tres planes económicos que prometieron soluciones definitivas (Martínez de Hoz, Sourrouille, Cavallo) mordieron el polvo entre crisis y crisis. Hemos tratado de explicar en el primer capítulo, por qué razones parece más

que dudoso que Lavagna pueda triunfar, con la misma receta, donde otros fracasaron. Menos cuando, al momento de escribir este epílogo, la economía argentina comienza a perder las condiciones excepcionales que hicieron posible la recuperación kirchnerista: el tope (y la tendencia a la caída) al alza de los precios internacionales de la soja y el petróleo, las tensiones inflacionarias, el retorno al endeudamiento, el fin de la recuperación basada en la devaluación y el empleo de la capacidad instalada ociosa y el freno a las pretensiones asalariadas. Ahora el kirchenerismo comienza a enfrentarse a la realidad de los problemas generales de la economía argentina.

Como ya señalamos hace tiempo, toda la cuestión sobre la viabilidad de la reestructuración capitalista en Argentina depende del alineamiento de la productividad del trabajo local con la del internacional. La medida del éxito es la expansión del volumen y la diversificación del contenido de las exportaciones, un índice del grado de penetración en mercado mundial y de la conquista de nuevas posiciones en su seno. La consecuencia obvia de dicho proceso sería el fin del retraso cambiario permanente, en tanto que el poder de una moneda no es más que el reflejo de la productividad del trabajo que la sostiene. Dijimos hace rato que, de no darse esta situación, el "ajuste" sólo significaría sangre, sudor y lágrimas para nada. El resultado hasta ahora es exactamente ese. Pero el problema es aún más grave, porque la Argentina no hace más que seguir estrechamente el ciclo mundial, en particular el ciclo americano: 1975, 1982, 1989, 2001, son momentos de crisis aguda de la economía yanqui. El ciclo mundial no parece haber logrado una recuperación de largo plazo. No hay razones para que la Argentina resulte la excepción. Por el contrario, la economía argentina es uno de los eslabones más débiles de la economía mundial. No hay nada, entonces, que permita negar la posibilidad de una nueva explosión económica, con su consecuente desenlace político.

La crisis del '75 permitió el ascenso de la contrarrevolución. El alfonsinismo surgió de la crisis material del personal político que realizó la tarea militar de la contrarrevolución. La pequeña burguesía interviene en el proceso político encabezando la lucha contra la dictadura, arrastrando a la clase obrera a la salida parlamentaria a la crisis de la dictadura. El alfonsinismo en sus ilusiones (no en su realidad) se encontraba algo más a la izquierda, representaba las ilusiones centro-izquierdistas, democratizantes de la pequeña

burguesía. El menemismo brotó de la crisis del '89 como una vuelta de tuerca de la contrarrevolución, donde la pequeña burguesía y la clase obrera se enfrentan exigiendo la primera la estabilidad económica, mientras la segunda se debate entre la parálisis y los saqueos. De esa confusión política generalizada se nutrió la pax riojana, aceitada con un poder de compra artificialmente elevado. Pero la crisis del menemismo significó un realineamiento de las alianzas: por primera vez desde la caída de la fuerza revolucionaria de los '70, fracciones enteras de la clase obrera y la pequeña burguesía trazan una alianza con tendencia a la independencia de clase frente a la burguesía y a la hegemonía creciente del proletariado en su interior.

Esa es la novedad del período, la emergencia de una alianza de fracciones de las clases subalternas que tiende a darse una orientación revolucionaria. En el contexto de las tendencias profundas a la crisis en el capitalismo mundial, ese eslabón débil que constituye el capitalismo argentino no sólo tiende a la descomposición, sino a la formación de una alternativa revolucionaria. Eso es lo que diferencia el proceso abierto por el Argentinazo de los que surgieron de las crisis anteriores: abre un período revolucionario, en el que, más allá de los reflujos, ha dado fin a la crisis ideológica generalizada en el seno de las clases subalternas. No importa que el kirchnerismo aparezca hoy como una alternativa ante los ojos de las masas. Ha aparecido ya el germen del partido revolucionario en el seno de la Asamblea Nacional de Trabajadores Ocupados y Desocupados. No importa que esté ahora en franco retroceso e incluso que el agrupamiento más importante en su interior, el Bloque Piquetero Nacional, se disuelva. Que haya disputas de orden político agudos, que terminen con la salida de agrupaciones o, peor aún, desarmándolo en sus partes constituyentes, no altera la situación porque el proceso de desarrollo del partido requiere de esa disputa. Es a través de esa disputa que se construye el partido. La realidad que los ha creado (y que han creado) no va a desaparecer porque las nomenclaturas se dispersen.

¿Qué hacer, entonces, mientras dura esta pausa en la tormenta? Defender las organizaciones conquistadas y disputar contra el derrotismo interesado de los intelectuales pasados al kircherismo. Defender la ANT y combatir las ilusiones kirchneristas, esa es la tarea del momento. Mantener viva la llama de la revolución, de eso se trata.

Apéndice

Para encontrar el rumbo... Breve historia de la Asamblea Popular de Plaza Congreso (contada por ella misma)

Los inicios

La plazoleta ubicada sobre la Avenida Entre Ríos, frente al Congreso Nacional fue el primer lugar de reunión de los vecinos que hoy conformamos la Asamblea Popular Plaza Congreso (APPC), aunque no pasó mucho tiempo para que decidiéramos romper la cadena que mantenía cerrada la puerta de las rejas que rodean al monumento de la Plaza de los Dos Congresos y comenzar a sesionar en sus escalinatas. Tuvimos que repetir esta "operación" varias veces, hasta que finalmente entendieron que habíamos llegado para quedarnos.

De esta manera, la asamblea comenzó a transitar una primera etapa caracterizada por las multitudinarias asambleas Interbarriales de Parque Centenario, que decidieron los cacerolazos de cada viernes (que se sostuvieron por largos meses) y que fueron tribuna de numerosas organizaciones piqueteras, de trabajadores en lucha, de familiares de víctimas del gatillo fácil, etcétera. Durante toda esta primera etapa, la Interbarrial de Parque Centenario jugó un importantísimo rol en el movimiento asambleario. Nuestra asamblea participó los domingos en esta instancia de coordinación, y muchas veces en la organización de la misma. Estas asambleas interbarriales, que en sus comienzos convocaron varios miles de personas se volvieron un ámbito de debate y discusión organizada

entre las diversas tendencias políticas (orgánicas o no) que se expresaban en el movimiento y una tribuna de difusión de cuanto conflicto y reclamo existiera.

En el mes de marzo, la interbarrial decidió convocar a una asamblea de asambleas de carácter nacional, donde participasen las asambleas populares del interior del país. Más de 200 asambleas populares se hicieron presentes, y la interbarrial se dotó de un primer programa político. Sus primeros cuatro puntos expresaban:

•No al pago de la Deuda Externa, fuera el FMI de la Argentina. Utilizar la plata para un plan nacional de obras públicas.

•Nacionalización de la banca y el comercio exterior.

•Reestatización de las empresas privatizadas y las AFJP, sin indemnización.

•Estatización de las fábricas cerradas, con control de los trabajadores.

Esta confluencia de viejos y nuevos luchadores dio lugar a que, en el último ítem de la declaración de principios de la 1º Asamblea Interbarrial Nacional, figurase la siguiente convocatoria: *"Que las Asambleas Populares confluyan con las organizaciones piqueteras y los trabajadores en lucha para comenzar a gestar, desde abajo, un poder alternativo que pueda cuestionar y disputar el poder a las clases dominantes"*. Hoy, la APPC sigue reivindicando este principio votado el 17 de marzo de 2002.

Así, al grito de *"Que Se Vayan Todos"* la Argentina, y la ciudad de Buenos Aires particularmente se vieron envueltas en una vorágine de movilización popular como hacia muchos años no se había visto. Todos los jueves, durante meses, hubo movilizaciones exigiendo la renuncia de la Corte Suprema, impulsadas especialmente por los pequeños ahorristas víctimas del "corralito" y en las cuales participamos, se organizaron "escraches" a figuras políticas repudiadas, como también a las cadenas de grandes supermercados en contra de los aumentos de precios. En el caso de nuestro barrio contra supermercados "Norte", escrache que contó con la adhesión de muchos vecinos. Nuestra asamblea, además, organizó también algunos escraches a medios de comunicación (el más efectivo fue contra Canal 13) que ignoraban o intentaban

ningunear estas movilizaciones, obligándolos a transmitir en vivo los acontecimientos que se desarrollaban.

Nos solidarizamos con los trabajadores de empresas que habían sido abandonadas por sus dueños y estaban ocupadas por sus trabajadores. Fue el caso, por ejemplo, de la imprenta Chilavert. Gracias al "aguante" efectuado en el lugar por varias asambleas populares, entre las cuales estábamos, por más de 24 horas impedimos el desalojo de la empresa por la policía. Hoy la empresa sigue trabajando, gestionada por sus trabajadores.

La solidaridad entre luchas se dio de muy diversas maneras. Un día en que nos encontrábamos reunidos en las escalinatas, se acercaron a nuestra asamblea un grupo de cinco compañeros de un pequeño pueblo situado en el interior de la provincia del Chaco. Venían a Buenos Aires para denunciar hechos de corrupción en el reparto de ayuda social. Estos compañeros apenas conseguían ubicarse en la ciudad, estaban sin dinero y durmiendo en la calle. Rápidamente, la asamblea les consiguió lugar donde quedarse y gestionó entrevistas con funcionarios, legisladores y en medios de comunicación. A raíz de una entrevista en vivo en el programa "Juego Limpio", en el cual participaron junto a compañeros de nuestra asamblea, el caso tomó relevancia nacional y obligó al gobernador de la provincia a comunicarse al programa.

Durante Semana Santa, cuando una ola de rumores sobre probables saqueos comenzó a tomar cuerpo, nos declaramos en estado de asamblea permanente. Esta campaña se orientaba contra los movimientos piqueteros, tratando de romper la unidad que había comenzado a darse entre éstos y los sectores medios de la sociedad. Durante cuatro días nuestra asamblea desarrolló actividades enfrentando esta campaña, con presencia más de una vez en medios de comunicación nacionales.

En lo que respecta a nuestro barrio y a nuestra asamblea, durante aquel verano comenzó a funcionar, entre otras, la Comisión de Cultura, que arrancó con la proyección de la película "La deuda externa" con posterior debate y siguió con la obra teatral "La cantata de Santa María de Iquique" (que se representó en las mismas escalinatas del monumento de la plaza), un recital de rock y una charla de Norberto Galasso sobre "La historia de la deuda externa desde 1810 hasta hoy". También realizamos, junto

a otras asambleas ,una mesa debate sobre el tema tarifas y servicios públicos.

Por otra parte, emprendimos -a propuesta de la asamblea vecina de Montserrat- una lucha para la reapertura de la Biblioteca Del Barco Centenera, que mantenía sus puertas cerradas desde hacía varios años. Hoy, esta biblioteca funciona para todos los vecinos del barrio. Asimismo, la asamblea delegó a una comisión para establecer el primer contacto con los trabajadores de la fábrica textil Brukman que, luego de haber sido abandonada por sus patrones, había continuado funcionando gracias a sus obreras y obreros. A partir de ese primer contacto, comenzamos a colaborar con el fondo de huelga, participamos de las largas noches de aguante en la puerta de la fábrica y, durante varios meses, fuimos parte de las reuniones que organizaron el primer festival en apoyo a estos compañeros (donde tuvo la palabra una compañera desocupada de la asamblea) que hoy continúan luchando por el control obrero de su fábrica.

Hacia el final de ese verano, integramos una coordinadora conformada por asambleas de la zona sur de la Capital Federal que funcionaba en el barrio de Parque Patricios. A partir de la integración a dicha coordinadora, cuyo principal reclamo fue el trabajo genuino, logramos los primeros bolsones de alimentos para los compañeros desocupados de nuestra asamblea. Este logro reivindicativo dio lugar a la formación de la Comisión de Trabajadores Ocupados y Desocupados de nuestra asamblea que entiende que sólo la organización de los vecinos del barrio en torno a sus propias necesidades es capaz de encontrar soluciones y enfrentar el asistencialismo y el clientelismo político. Hoy, nuestra asamblea organiza la entrega de bolsones de alimentos a 200 familias del barrio.

Hacia fines de marzo, y luego de haber participado del acto unitario del 24, nuestra asamblea, como el resto del movimiento asambleario, se vio envuelta en la discusión en torno al acto del 1° de Mayo. Luego de que los extensos debates entre las múltiples organizaciones no lograran organizar un acto unitario, la APPC decidió (por mayoría) concurrir al acto en Plaza de Mayo. Pero también repartimos un volante que explicaba nuestra posición y que fue leído como adhesión.

El 25 de mayo del 2002 convocamos por la mañana a escrachar a los responsables de la crisis, a los asesinos del Proceso y a quienes los perdonaron en el Tedeum tradicional en la Catedral Metropolitana. Por la noche concurrimos a un cacerolazo en las puertas del Cabildo de la ciudad. En el mismo lugar donde en una época el pueblo gritó queriendo saber "de qué se trata", ese día cientos gritaban "Que se vayan todos", es decir, sabían muy bien de qué se trataba. En un momento alguien propuso marchar hacia el teatro Colón, ya que era tradicional que para esa fecha patria se brindara una "Velada de gala" a la que concurren las principales autoridades de la Nación. Teniendo en cuenta que en esa época los escraches eran una de las rutinas más apetecibles de los asambleístas, esta posibilidad era un postre irresistible de una jornada de protesta. Fue así como la marcha se dirigió hacia el teatro y, al pasar por una de sus calles laterales donde había una puerta abierta... vimos luz y subimos!!! Unas 200 personas alcanzamos a subir por las escaleras que llegaban a los palcos superiores donde en medio de una función del bailarín Maximiliano Guerra se escuchó cantar "que se vayan todos" al ritmo de los bombos y el flamear de las banderas de las asambleas populares. Por eso hoy podemos decir que la Asamblea de Congreso cantó en una función del Colón.

Con la iniciativa de algunos integrantes de la asamblea funcionó en el barrio durante un período una bolsa de trabajo donde se inscribían desocupados con algún tipo de capacitación u oficio y de ese padrón alrededor de 12 personas llegaron a conseguir algún tipo de trabajo en esa oportunidad. También se llegaron a realizar compras comunitarias de frutas y verduras en el mercado central.

Después de Puente Pueyrredón

A diferencia de la 1° Asamblea Nacional de Trabajadores Ocupados y Desocupados (ANT) realizada en febrero, en la que participamos como observadores, en la segunda, llevada a cabo en junio en el estadio Gatica de Avellaneda, fuimos con una delegada con voz y voto. Esa fue la asamblea que votó el plan de lucha

que orientó, en buena parte, los principales hechos políticos que se sucedieron en la segunda parte del año 2002.

Las acciones se iniciaron el miércoles 26 de junio con una jornada de cortes de ruta en todo el país. De esa jornada, además de las organizaciones que habían estado en la ANT, participaron los movimientos Aníbal Verón y Barrios de Pie. Para esa primera acción que significaba nuestro segundo corte, ya que el 29 de mayo habíamos cortado Puente Alsina junto a una serie de asambleas, la CTA y la CCC concurrimos con un grupo de compañeros a Puente Pueyrredón. Esos compañeros fueron testigos y protagonistas de la feroz cacería (que se extendió por 12 cuadras) llevada adelante por un operativo conjunto de las fuerzas de seguridad que culminó con los asesinatos de Maximiliano Kosteki y Darío Santillán, con cerca de 200 compañeros heridos con balas de goma y de plomo, con 150 detenidos, con el brutal ingreso de la policía al local de Izquierda Unida y al mismísimo Hospital Fiorito. Seis días antes de esta masacre, en la Plaza de los Dos Congresos, habíamos plantado un árbol en memoria de los 34 compañeros caídos el 20 de diciembre de 2001.

Ese mismo 26, como todos los miércoles, nos reuníamos en asamblea. Pero esa noche la reunión fue corta porque nos movilizamos a Plaza de Mayo. Y lo mismo hicimos al día siguiente y el 3 de julio, en la multitudinaria marcha que recorrió las calles desde puente Pueyrredón hasta Plaza de Mayo.

Días después, reunidos en asamblea, y tras la oleada de discursos antipiqueteros por parte de los medios de comunicación tratando de justificar lo injustificable, decidimos "traer" a los piqueteros al barrio para que ellos contaran a los vecinos lo que los medios ocultaban o tergiversaban. Establecimos contacto con algunos de los principales referentes piqueteros el 9 de julio, en otra jornada convocada por la 2° ANT que concluyó con una concentración de las asambleas populares en la puerta de Editorial Perfil, donde los trabajadores libraban una intensa lucha por su estatuto. El 25 de julio, un día antes de cumplirse el primer mes desde los asesinatos de los compañeros Kosteki y Santillán, en las escalinatas de la plaza, recibimos a los compañeros de la Aníbal Verón, Barrios de Pie, Movimiento Teresa Rodríguez y Polo Obrero para que se explayaran sobre "¿Qué es el movimiento piquetero?".

Luego de ese encuentro, comenzó a germinar en nuestra asamblea la idea de reunir a un grupo de asambleas que adhirieran a la ANT para pedir un lugar en la mesa del Bloque Piquetero Nacional (BPN) porque, a nuestro entender, constituía y constituye el sector más dinámico y consecuente en el campo de los que luchan contra el gobierno y el régimen. Es por ello que consideramos que las asambleas que adherimos y participamos de la aplicación de los planes de lucha de las ANTs debemos ser parte activa de la elaboración de las futuras acciones en forma orgánica y no como asambleas aisladas. Mientras esta idea tomaba forma en los sucesivos debates, el rigor del invierno nos obligaba a buscar un lugar cerrado para reunirnos. En realidad, ya veníamos reuniéndonos en la casa de una compañera, pero se hacía necesario encontrar otro sitio. Recorriendo el barrio, nos encontramos con la Casa de la Amistad Argentino Cubana de Buenos Aires que, inmediatamente, nos permitió usar sus instalaciones para nuestras asambleas y actividades. Gracias a la disponibilidad de esas instalaciones, la Comisión de Cultura organizó el ciclo de cine-debate "Cine y Revolución" en forma conjunta con docentes de la carrera de Ciencias Políticas de la Universidad de Buenos Aires. En forma simultánea, pero en las escalinatas del monumento de la plaza, se inició el ciclo de charlas "Historia de las luchas obreras en la Argentina", a cargo de Eduardo Sartelli, de la Organización Cultural Razón y Revolución, cuyos contenidos constituyen la esencia de este libro. Ambos ciclos se extendieron hasta diciembre.

En agosto, continuando con el plan de lucha de la 2° ANT, acampamos en Plaza de Mayo y, en septiembre, además de participar con dos delegadas en la 3° ANT, intensificamos la lucha por nuestras reivindicaciones con un piquete en Promoción Social para reclamar productos de higiene y la ampliación del bolsón de alimentos. Durante 12 horas, alrededor de sesenta compañeros nos mantuvimos cortando Pavón y Entre Ríos mientras una delegación de otros diez compañeros permanecía en las instalaciones del organismo oficial para presentar los reclamos. Ese mismo mes, realizamos un corte de calles en Entre Ríos e Independencia para repudiar y difundir el plan siniestro de Ibarra para expulsar a los pobres de la Capital Federal.

Para cuando llegó el momento de la 2° Asamblea Interbarrial Nacional la idea de reunir a un grupo de asambleas con el fin de lograr un lugar en la mesa del BPN ya había sido lo suficientemente debatida, por lo que votamos presentarla a través de los dos delegados que mandatamos para concurrir a dicha Interbarrial. La propuesta, sin embargo, fue rechazada por la mayoría de las asambleas allí presentes. A pesar de ello, y teniendo en cuenta a aquellas asambleas que votaron la propuesta afirmativamente, no desechamos la idea, la cual comenzaría a dar frutos mas adelante...

Por otra parte, el 18 de octubre, en el marco de la jornada de lucha contra el tarifazo votada en la 3° ANT, realizamos una "toma express" de la oficina comercial de Telefónica, en Bartolomé Mitre y Uruguay. Ingresamos al local y, en forma absolutamente pacífica, desplegamos nuestra bandera y sacamos nuestras cacerolas para cantar consignas como *"En esta empresa hay una banda, hay una banda de delincuentes, con los despidos caga a los obreros, con las tarifas caga a la gente"*. Inmediatamente, recibimos el apoyo solidario de un grupo de trabajadores efectivos y pasantes de la empresa, quienes, terminada la actividad y mientras caminaban con nosotros hacia nuestra plaza, fueron reiteradamente amenazados de muerte por matones de la empresa, quienes continuaron provocándonos y amenazándonos hasta que pudimos ingresar al local de Madres de Plaza de Mayo en Hipólito Yrigoyen al 1500. Horas más tarde supimos que la empresa había mandado a pedir las cintas del circuito cerrado que posee la oficina comercial para "saber a quiénes tiene que echar". El hecho suscitó que sacáramos un comunicado en el que denunciamos el accionar mafioso y represor de Telefónica, rechazamos cualquier intento de represalia hacia nuestros compañeros telefónicos e hicimos responsable a la empresa por la seguridad e integridad física de todos.

Al mes siguiente, exactamente el 26 de octubre, fuimos víctimas de otro hecho represivo. En horas de la tarde de ese sábado nos enteramos de que un asambleísta de Ayacucho y Rivadavia había sido detenido en la Comisaría 6° cuando intentaba defender a un periodista de Indymedia que cubría una protesta de la agrupación ecologista Green Peace (que también tenía detenidos). Varias asambleas fuimos congregándonos frente a la comisaría de Venezuela y Combate de los Pozos hasta que con gases y palos la

Guardia de Infantería nos desplazó del lugar y personal de civil detuvo, injustificadamente, a otros cinco asambleístas que, además, fueron agredidos y golpeados brutalmente en el interior de la dependencia policial. Para ese entonces, los ecologistas habían sido liberados y sus abogados, desentendiéndose de la situación, se habían retirado. Nos reagrupamos sobre la Avenida Entre Ríos y junto a compañeros de organizaciones como el MST, Polo Obrero y MTL que iban llegando armamos un piquete. La pretensión policial de que levantáramos el piquete sin la liberación de los compañeros detenidos, desató otra brutal represión: uno de nuestros compañeros, que había sido atacado con "gas pimienta", debió ser llevado a tres hospitales por quemaduras en el rostro y bastonazos en la espalda, y otros tantos fueron lesionados por las balas de goma. Un grupo de manifestantes nos refugiamos en la Casa de la Amistad Argentino Cubana, que fue baleada con intención de allanamiento. Nos volvimos a movilizar a la comisaría hasta que, finalmente, los compañeros fueron liberados. Este hecho, que se produjo a exactamente cuatro meses de la masacre de Puente Pueyrredón, no fue algo casual o aislado sino parte de un plan represivo orquestado por el gobierno para limpiar las calles de luchadores populares. Días antes, habían sido reprimidos trabajadores de Metrovías, de la línea 501 de Merlo que defendían su fuente de trabajo y militantes de la Aníbal Verón habían sido secuestrados. En ese marco, llamamos al movimiento asambleario, piqueteros y organizaciones de Derechos Humanos a impulsar una movilización contra el accionar represivo, con las cuales convocamos a una conferencia de prensa en la misma Casa de la Amistad agredida. La marcha (desde Plaza Congreso a Plaza de mayo, pasando por el Departamento Central de Policía) se realizó en los primeros días de noviembre bajo una lluvia torrencial.

Ese mismo mes, el domingo 24, la policía emprendió el tercer intento de desalojo de los trabajadores de la textil Brukman. Nuestra asamblea respondió rápidamente al primer llamado de la cadena telefónica y se hizo presente en Jujuy al 500 para defender la continuidad de la gestión obrera. La jornada terminó con el triunfo de los trabajadores. Dos días después, en Puente Pueyrredón, un operativo conjunto de las fuerzas de seguridad, intentó imponer el cacheo y, por lo tanto, impedir el avance de las columnas piqueteras que marchaban hacia Plaza de Mayo.

Junto a otras asambleas, nos congregamos en la salida del puente a Capital Federal hasta que, luego de seis horas, los piqueteros lograron torcer el brazo al gobierno para marchar, todos juntos, a Plaza de Mayo.

Hacia principios de diciembre, las asambleas y demás organizaciones en lucha comenzamos a reunirnos para preparar la jornada del 20 de diciembre de 2002. Participamos de múltiples encuentros convocados por diversos sectores (estuvimos en el local de la Asamblea Popular del Cid Campeador y recorrimos los claustros de las facultades de Filosofía y Letras y de Psicología). Finalmente, todos los sectores logramos acordar el acto unitario y masivo que necesitábamos todas las organizaciones luchadoras. Asimismo, participamos de una reunión de alrededor de 50 asambleas en Parque Centenario (continuación de las reuniones que venían haciéndose en el local del Cid Campeador) para acordar la participación del movimiento asambleario en el acto del 20 de diciembre. Pero ante la imposibilidad de consensuar la formación de una comisión redactora de un documento único decidimos retirarnos. Lo mismo hicieron las asambleas de Lezama "20 de diciembre", Lezama "Piquete Urbano", Mario Bravo y Córdoba y Parque de los Patricios. Con ese grupo de asambleas solicitamos a los convocantes del acto un espacio para leer nuestro documento.

La jornada del 20 de diciembre arrancó por la mañana con un "piquete urbano" en el microcentro que a propuesta de la Asamblea de Cid Campeador llevamos adelante un grupo de asambleas, partidos políticos de izquierda y otras organizaciones. Luego, en Plaza Congreso, recibimos con un almuerzo a 700 compañeros de distintas organizaciones piqueteras integrantes de la Columna Norte de la Marcha Federal que tuvo lugar ese día. El compromiso que fue tomado a propuesta de las propias organizaciones piqueteras fue llevado a cabo exitosamente gracias al esfuerzo de los integrantes de nuestra asamblea, quienes comenzamos a organizar la movida con tres semanas de anticipación, y a la colaboración de diversas organizaciones. Colaboraron con alimentos varias asambleas y asambleístas (Ángel Gallardo y Corrientes, Ayacucho y Rivadavia, Lezama "20 de diciembre", Mario Bravo y Córdoba, Plaza de Mayo, Villa Crespo), los trabajadores de Grissinópoli, el Polo Obrero, la panadería "La Sonámbula", el supermercado Leader Price y la verdulería de Ayacucho y Corrientes. Además de

nuestros aportes, contribuyeron al fondo para la compra de lo necesario la Asamblea Permanente de Pasantes Telefónicos 000-19, los trabajadores de Brukman, la Organización Cultural Razón y Revolución y las asambleas populares de Parque de los Patricios y Plaza Rodríguez Peña. Asimismo, el MTD de Solano nos hizo un precio especial para el pan, la cooperativa IMPACK donó las bandejas de aluminio en las que envasamos la comida y la Casa de la Amistad Argentino Cubana nos prestó (una vez más) sus instalaciones. Allí, miembros de la comisión de desocupados cocinaron y elaboraron las viandas para luego trasladarlas a Plaza Congreso, con la colaboración de los pasantes del 000-19 y de los compañeros de Razón y Revolución. En la organización del reparto se sumaron asambleístas de Mario Bravo y Córdoba, Villa Crespo y Parque Patricios. El almuerzo del 20 de diciembre demostró, una vez más, que con la unidad de los sectores que luchan es posible concretar objetivos.

Pero la jornada del 20 no terminó allí. A la tarde fuimos parte de la histórica movilización a Plaza de Mayo. Durante el acto y como una de las asambleas que nos agrupamos referenciándonos en las ANTs, leímos un texto que había sido discutido por toda la asamblea.

Además de los hechos relatados, durante esta etapa participamos de la resistencia a varios desalojos (entre ellos el de la calle Ayacucho y Bartolomé Mitre) y de diversas marchas contra el gatillo fácil y en apoyo a las fábricas recuperadas por sus trabajadores. También organizamos, en las escalinatas de siempre, una charla debate sobre "Salidas políticas a la crisis", de la que participaron distintos partidos políticos de izquierda (MST, MAS, PO, PTS, LSR, AyL) que, fundamentalmente, se refirieron al tema de la Asamblea Constituyente. Finalizamos el 2002 con una fiesta popular de fin de año en "nuestras escalinatas".

Otro verano

El levantamiento popular del 19 y 20 de diciembre no solo conmovió a todos los argentinos, también atrajo la atención de infinidad de personas del resto del mundo. Argentina fue durante mucho tiempo el campo experimental de la economía globalizada

de mercado que entró como un virus haciendo estragos en el tejido social. También Argentina parecía haber producido algunos anticuerpos originales para hacer frente a este mal para muchos incurable, especialmente los que auguraban "El fin de la historia". Entre las muchas personalidades extranjeras que se acercaron a Buenos Aires a un año del "Argentinazo" deseosos de conocer algo más sobre esos "glóbulos blancos" descubiertos en nuestro país llamados asambleas populares, se encontró Danny Luce, miembro de la New York Marxist School con quien organizamos en las escalinatas de Plaza Congreso una charla con traducción simultánea, que incluyó los atentados del 11 de septiembre, la masacre imperialista contra Irak y el propósito de hegemonía militar mundial del imperialismo norteamericano.

Nuevamente por iniciativa de algunos compañeros de la asamblea, en el mes de febrero se decidió realizar el festejo de la fiesta de carnaval en las escalinatas de la plaza con la consigna "que no nos quiten también la alegría". En realidad, la alegría se transformo rápidamente en asombro y luego en bronca cuando vimos aparecer alrededor de cincuenta miembros del cuerpo de infantería, armados hasta los dientes, para impedir la realización del festejo. Luego de arduas negociaciones con el comisario, quien reconoció que estaban un poco paranoicos por la posibilidad, en esos días, de la instalación nuevamente de la carpa blanca docente, no pudo tocar la murga como estaba previsto. No obstante, se pudo realizar igual la actividad en la plaza de donde jamás aceptamos correrno s.

Cuando comenzó a instalarse en la sociedad el debate con respecto a la salida electoral planteada por el gobierno de Duhalde, en la asamblea también debatimos el tema para clarificar una posición al respecto. En ese debate mayoritariamente llegamos a la conclusión que las elecciones propuestas por el gobierno, no estaban orientadas a resolver los problemas acuciantes de la población, sino a resolver los propios problemas de ilegitimidad que hace cada vez más difícil, precisamente, dejar de dar las soluciones necesarias. Es decir, las elecciones buscan legitimar los planes de hambre y entrega al FMI, y legalizar la posibilidad de imponerlo,si es necesario, por la fuerza. También caracterizábamos que estas elecciones no despertaban ninguna expectativa en el grueso de la gente, lo que no quería decir que no participase votando, sino

que aún votando no cría que su voto pudiera modificar la realidad. De la misma manera, no cree que pueda modificar nada con el voto en blanco o nulo. Por eso, así como denunciamos estas elecciones como una farsa, no quisimos embarcarnos en las "campañas contra-electorales", es decir hacer campaña electoral por la negativa, que no es otra cosa que repudiar a los candidatos pero avalar esta práctica, que es ni más ni menos que el mejor recurso que tiene la burguesía para resolver sus crisis políticas.

Piquete y cacerola

Después de la desintegración de la Interbarrial de Parque Centenario, haciendo un balance de lo andado durante un año y con el fin de reorganizarnos de una manera que no repita errores ya cometidos, la APPC discute y elabora un documento. Allí, en líneas generales se hace un llamado a las asambleas a participar de lleno en la lucha de clases junto a los sectores más combativos de la sociedad, como método, no sólo para resolver la crisis de coordinación del movimiento asambleario, sino también como única salida a la crisis estructural del país.

Luego de la difusión de este documento convocamos a reunirnos el día 18 de enero de 2003 en la Casa de la Amistad Argentino-Cubana las asambleas y asambleístas que se referenciaran en el programa y plan de lucha de las ANTs y que estuvieran dispuestas a discutir y llevar a cabo un plan de lucha propio en el ámbito de la Ciudad de Buenos Aires ante las reivindicaciones incumplidas por el Gobierno de Ibarra. Fue así como se organizó la primera marcha unitaria entre piqueteros y vecinos de la Ciudad con carácter político reivindicativo convocado y organizado por un sector de asambleas populares.

El día 21 de febrero concentramos en la esquina de Florida y Diagonal Norte una docena de asambleas, la coordinadora de la Boca y sectores piqueteros de capital para dirigirnos a la Jefatura de Gobierno de la ciudad. Llevamos un pliego de reclamos y de acuerdos incumplidos para decirles a Ibarra y a todos sus funcionarios que si no eran capaces de dar solución a las necesidades más angustiantes de los habitantes de Buenos Aires, tenían que irse por incapaces. Las autoridades se negaron a recibir una

delegación que entregara en mano estas exigencias, hasta que se realizó un piquete que impidió la salida de los automóviles de dichos funcionarios: "si no nos reciben se van caminando", decían los compañeros, y al final fueron recibidos. Esta jornada de lucha y unidad de acción se lleva a cabo con gran repercusión mediática bajo el siguiente programa:

✓Abajo los tarifazos.
✓Padrones irrestrictos de bolsones de alimentos. Basta de discriminación en la entrega.
✓Reapertura del Plan Jefes y Jefas. Duplicación de los valores de los planes.
✓Prestación de carácter universal de Bolsón + Vale para las organizaciones de La Boca, Barracas, San Telmo y toda la Ciudad.
✓Suspensión de desalojos y remates de las viviendas de las familias trabajadoras y de pequeños comerciantes. Condonación de las deudas hipotecarias de vivienda única. Escrituración de los títulos de propiedad de los ocupantes de la ex AU3.
✓Defensa de los predios y locales ocupados por las asambleas y desprocesamiento de los asambleístas y de todos los luchadores populares.
✓Satisfacción de las reivindicaciones de Intersalud. Duplicación del presupuesto de salud de la Ciudad, atención integral, apertura de centros de atención primaria, políticas preventivas y trabajo genuino para los trabajadores de la salud. Presupuesto para la reactivación de la panificadora de los Hornos del Borda.
✓Reconocimiento de todas las organizaciones de lucha.
✓Trabajo genuino. Plan de obras públicas por trabajo para los desocupados de las organizaciones en lucha con igual salario y condiciones de convenio que los trabajadores municipales.

Por otra parte, ya estipulada la fecha para la realización de la 4º Asamblea Nacional de Trabajadores Ocupados y Desocupados y Organizaciones en Lucha, se realizaron pre-congresos regionales, entre ellos el perteneciente a la ciudad de Buenos Aires, en el que la APPC tuvo un rol protagónico tanto en su convocatoria como en su organización.

El pre-congreso se realizó en la facultad de Ciencias Sociales, en Parque Centenario, con la asistencia de casi 500 delegados.

Nuestra asamblea llevó 8 delegados (1 cada 10 integrantes) que además de la discusión política, participaron en la coordinación de las comisiones y en las acreditaciones. Aquí votamos, entre otras cosas, la formación de una mesa de organizaciones que impulsan las ANTs y de todos los movimientos de lucha de los explotados que intervienen en el ámbito de la ciudad de Buenos Aires, para potenciar los reclamos y la defensa de nuestras conquistas.

Asimismo, asistimos a un encuentro de empresas recuperadas y otras organizaciones en lucha que se realizó en las instalaciones del Supermercado Tigre (autogestionado por sus empleados) en la ciudad de Rosario. El objetivo de dicho encuentro era formar una coordinadora para la defensa de las fábricas recuperadas, ante la ofensiva prevista por parte del gobierno y las patronales para revertir este fenómeno del cual son precisamente los principales responsables. La APPC expuso en esa oportunidad la propuesta de participación de dicha coordinadora en la 4º ANT a realizarse en los próximos días, de la cual fuimos convocantes, como el ámbito unitario propicio para llevar esa lucha.

Finalmente en los días 5 y 6 de abril se realizó la 4º Asamblea Nacional de Trabajadores ocupados, desocupados, Asambleas Populares y Organizaciones en lucha. En el mini estadio de Lanús se congregaron más de 1500 delegados de todo el país y otro tanto de invitados de organizaciones piqueteras, asambleas, sindicatos combativos, estudiantes, fábricas recuperadas, etc. Después del acto de apertura se debatió en comisiones (Resolución política, Plan de lucha y Programa) y luego se votaron las resoluciones y tareas a llevarse a cabo para la lucha contra este sistema con el fin de lograr un gobierno de los trabajadores y el pueblo. En esta oportunidad concurrimos con tres delegados (1 cada 30 integrantes de la asamblea).

Padelai, Sasetru, Zanón y Brukman

Cuando bajo la excusa de un potencial derrumbe del edificio, el gobierno de Ibarra decide dejar en la calle a las familias ocupantes del ex Patronato de la Infancia (PADELAI) para garantizar un gigantesco negociado inmobiliario, la APPC se hizo presente para enfrentar el ataque de esta "Justicia" al servicio del poder políti-

co. "Justicia" que convalidó el accionar del gobierno de la ciudad declarando de facto zona liberada ocho manzanas completas del barrio de San Telmo y desatando una criminal represión tanto hacia fuera como hacia adentro de dicha zona, ya que mientras nos corrían con gases y balas por Paseo Colón hacia la Facultad de Ingenieria, dentro del PADELAI hacían firmar la aceptación del desalojo a las familias con aprietes y golpes.

Por otra parte, ante la amenaza de desalojo de la Cerámicas Zanón bajo control obrero, partieron desde la Casa de las Madres de Plaza de Mayo en Buenos Aires varios micros con delegaciones de distintos sectores, hacia la ciudad de Neuquén para participar de una marcha y festival en defensa de la fábrica y en rechazo al fallo judicial contra los trabajadores. En dicha ocasión viajaron dos integrantes de nuestra asamblea para apoyar la defensa de este ejemplo emblemático de gestión obrera.

También estuvimos, desde el primer momento, en los acontecimientos derivados de los desalojos de las fábricas Sasetru y Brukman, otras dos situaciones que concluyeron en represiones salvajes para completar el "raid" del gobierno "progresista" de la resaca aliancista que aún gobierna Bs. As. En solidaridad con los obreros y obreras de la fábrica Brukman, los organizadores del acto en el día de los trabajadores decidieron concentrarse en la esquina de dicha fábrica para luego marchar a Plaza de Mayo.

El 1º de mayo de 2003 demostró tal vez el grado de unidad del movimiento obrero más alto que hemos conocido en mucho tiempo, lo que representa un cierto grado de esperanza para enfrentar las luchas que vendrán y que no serán fáciles. En dicho acto participamos con la lectura de un documento en representación del Bloque de Asambleas Populares "Piquete y cacerola", donde destacamos principalmente este grado de consenso logrado que, a nuestro entender, representa un eje continuador del acto unitario del 20 de diciembre de 2002. En la misma plaza del poder político que hemos recuperado los movimientos obreros y populares desplazando a los partidos del régimen y las burocracias traidoras. Este acto fue cerrado, como correspondía, por las obreras de Brukman, que libraban y aún libran una ardua batalla por la dignidad y la recuperación de la fábrica que les pertenece.

Además, ante la amenaza de agresión imperialista al pueblo de Irak, se realizaron movilizaciones y acciones a lo largo y a lo

ancho del planeta. En Argentina participamos activamente con todo el conjunto de organizaciones que marcharon simultáneamente a la embajada norteamericana para gritar NO a la guerra genocida, solidaridad con el pueblo de Irak y con todos los pueblos del mundo amenazado por el terrorismo imperialista. Que cada ciudad del mundo sea un nuevo frente de combate contra la barbarie capitalista.

Desde la asamblea también denunciamos como en nuestro país aplicando la misma lógica de Bush de imponer el terrorismo imperialista con la excusa de la lucha contra el terrorismo, hay intenciones de responder a los reclamos sociales con la legislación del terrorismo de estado.

Entre las innumerables marchas antiimperialistas en las que participamos, también se encuentran las que repudiaban el intento de golpe contra Chávez en Venezuela, gobierno constitucional, democrático y moderadamente nacionalista que sólo intenta llevar adelante reformas que en nada amenazan la subsistencia del régimen capitalista. Aún así, al parecer resultan intolerables para los EE.UU. que solo concibe gobiernos como el argentino, que no solo vive de rodillas ante sus exigencias, sino que directamente permite que legislen, como ocurrió con la derogación de las leyes sobre subversión económica.

Notas al cierre

La Comisión de Cultura de nuestra asamblea, junto con los compañeros de la Organización Cultural Razón y Revolución, está llevando a cabo el ciclo de proyecciones "Sábados de video para ver y pensar" y la serie de charlas-debate "¿Por qué estamos como estamos?". Los registros fílmicos sobre el 20 de diciembre, los movimientos piqueteros, las asambleas populares, las fábricas recuperadas y las luchas de los trabajadores ocupados nos permiten repasar y analizar los acontecimientos vividos durante el último año y medio. Las charlas apuntan a reflexionar sobre algunas preguntas sencillas que tienen respuestas complicadas, como por ejemplo: ¿Qué es una sociedad? ¿Quién domina este mundo? ¿Por qué hay crisis miseria y muerte? ¿Qué hacer para cambiar la sociedad?

Al cierre de la edición de este libro, miles de familias en la ciudad de Santa Fe permanecen bajo las inundaciones más desastrosas de la historia. La Asamblea Popular de Plaza Congreso recolecta ropas y alimentos los fines de semana en las escalinatas y se dispone a enviar dos asambleístas en la caravana organizada por los piqueteros para llevar lo aprovisionado. Gracias a la solidaridad del barrio, llevamos acopiadas alrededor de veinte bolsas de consorcio; no obstante, dejamos claro que los desastres tienen un responsable y la ayuda desinteresada no excusa a los que deberían aportar las soluciones.

Hasta aquí esta breve historia de la Asamblea Popular de Plaza Congreso, de su año y medio de existencia. Nosotros nos consideramos hijos de la insurrección popular del 19 y 20 de diciembre del 2001, insurrección que comenzó a marcar el principio del fin del capitalismo globalizado en este rincón del planeta, punto de inflexión de una etapa que está lejos de haberse cerrado aún. Construcción política y organizativa del pueblo de nuestra ciudad y de nuestro barrio, nuestra experiencia se va incorporando día a día a la historia de las luchas populares de nuestro país. Creemos que cuando se produzca el próximo "Argentinazo" que más tarde o más temprano será inevitable, no seremos recién nacidos: aunque jóvenes aún, nos encontrarán caminando. Se equivocan quienes creen que las asambleas populares sólo fueron un pintoresco fenómeno episódico de la historia nacional, que se trató de una curiosidad sociopolítica sin mayores consecuencias, generadas por un hastío momentáneo con los representantes políticos de turno... A pesar de ellos y de sus interesadas interpretaciones, nosotros estamos aquí para crear y gobernar una nueva sociedad. Y por eso seguiremos luchando hasta hacer realidad este objetivo.

El futuro de la lucha de clases en Argentina. Charla con el movimiento piquetero

Para cerrar el ciclo de charlas sobre la historia de la lucha de clases en Argentina, los organizadores invitaron a varios de los principales referentes del movimiento piquetero. El debate se realizó el sábado 28 de diciembre de 2002, en las escalinatas del mismo monumento en el que se realizaron las charlas anteriores. El encuentro contó como panelistas a Luis Oviedo (Partido Obrero), Néstor Pitrola (Polo Obrero), Nicolás Lista (CTD Aníbal Verón), Antonio Bitto (Movimiento Teresa Rodríguez) y Oscar Kuperman (C.U.Ba. - Coordinadora de Unidad Barrial). Fue coordinado por Eduardo Sartelli (Razón y Revolución). Se ofrece a continuación la desgrabación completa corregida y verificada por los participantes.

***

Sartelli: Es motivo de enorme orgullo para nosotros, como Razón y Revolución y particularmente para mí, como participante de este curso, de estas charlas, culminar este ciclo con la presencia de lo más granado de la dirigencia piquetera nacional. Por eso mismo, voy a ser breve y voy a dar paso a los compañeros para que cada uno nos exponga lo que corresponda a su organización. Hemos invitado, además, a Luis Oviedo para que nos haga, como introducción al panel, una síntesis de su libro *Una historia del*

movimiento piquetero. Yo me traje el libro de Luis para mostrarlo. Es, creo yo, la única historia del movimiento piquetero, al menos hasta ahora y es un libro altamente recomendable. Luis Oviedo es, culmino la presentación, miembro del Comité Nacional del Partido Obrero.

Oviedo: Bueno, muchas gracias por la invitación a estar presente en el cierre de este ciclo de charlas sobre la historia del movimiento obrero. Yo quisiera presentar, en una síntesis lo más apretada posible, cuáles son las conclusiones centrales del libro que hemos escrito. Y cuando digo hemos no estoy haciendo como esa gente que habla en plural para referirse a uno mismo, que queda tan feo, sino por que este trabajo es una obra verdaderamente colectiva. Colectiva en un doble sentido. Primero porque la decisión de escribirlo fue una decisión tomada por la dirección del Partido Obrero, en el sentido que pensábamos que el movimiento piquetero había desarrollado un programa político, una experiencia histórica que había que reflejar en el papel para que el propio movimiento fuera consciente de lo que había desarrollado, de sus perspectivas. Y es un trabajo colectivo en un segundo sentido, porque el libro en gran parte recoge las crónicas, las posiciones de lo que es el propio movimiento a lo largo de su desarrollo. El libro se llama *Una historia del movimiento piquetero* porque no quisimos escribir una historia oficial, sino la historia del movimiento piquetero desde nuestro punto de vista, desde nuestras concepciones políticas, de nuestras ideas políticas.

¿Qué es, a nuestro modo de ver, lo esencial del movimiento piquetero? Algunas cosas muy importantes. En primer lugar para nosotros el movimiento piquetero se caracteriza por ser una organización de carácter obrero. Esto es muy importante, porque a la luz de siete, ocho años de lucha piquetera, ha habido constantemente gente que califica al movimiento piquetero como desclasado, como excluido. Para nosotros es una parte esencial del movimiento obrero. En primer lugar porque las primeras organizaciones piqueteras, las primeras organizaciones de desocupados, surgen a partir de núcleos obreros más precisos. Los obreros de la construcción de Neuquén, y en particular del interior de Neuquén, que habían quedado desocupados después de la culminación de las grandes obras. Y los obreros petroleros del norte de Salta, Tartagal

y Mosconi, que habían quedado desocupados como consecuencia de la privatización de YPF. Pero estos sectores obreros que forman las primeras coordinadoras son sectores obreros que vienen con una experiencia de lucha muy particular. Los obreros de la construcción de Neuquén habían expulsado a la burocracia de Genaro Martínez de su sindicato. Lo habían recuperado. Habían desarrollado una lucha anti-burocrática muy importante. Y los obreros del norte de Salta, de Tartagal y Mosconi, habían estado a la cabeza de la lucha contra la privatización de YPF. En este cuadro, estos sectores, entonces, con una gran experiencia de lucha, con una gran experiencia anti-burocrática, son los primeros en formar las primeros coordinadoras de desocupados, que después darían lugar al nacimiento del movimiento piquetero. Primer aspecto por el cual nosotros caracterizamos al movimiento piquetero como una organización obrera.

El segundo aspecto es que el movimiento piquetero enfrenta un problema que no es sólo un problema para el desocupado. El desocupado lo sufre en carne propia. Pero el problema de la desocupación es un problema para toda la clase obrera. Para el trabajador ocupado, que se ve obligado a trabajar jornadas más largas, aceptar condiciones más penosas de trabajo. En ese sentido, la organización de los desocupados intenta poner un primer límite a lo que es la política de la burguesía, de las patronales, del gobierno, para reventar las condiciones de trabajo de la clase obrera en general. Empieza a reorganizar al movimiento. Empieza a liquidar esa disolución que quiere plantear la patronal y el gobierno con la desocupación. Segundo aspecto por el cual es una organización obrera: porque enfoca un problema que atañe a toda la clase obrera, y porque comienza un proceso de reorganización de la clase obrera de conjunto.

Tercer aspecto. Es una organización obrera porque retoma los métodos tradicionales de lucha de la clase obrera argentina. El piquete no lo inventaron los desocupados. No lo inventó Cutral Có, no lo inventó Tartagal. El piquete es una organización histórica de lucha de la clase obrera. Estuvo presente en la huelga general de 1909, en la huelga general del '19, en la Patagonia Rebelde, en las huelgas del '59 de los frigoríficos. La pueblada, que vimos en Cutral Có, que vimos en Tartagal, que vimos en tantos lugares del interior, es una repetición de lo que fue el Cordobazo,

es decir, una pueblada que toma una ciudad y se convierte en la dirección política de esa ciudad. En ese sentido el movimiento piquetero retoma tradiciones históricas de lucha del movimiento obrero argentino. Para nosotros es una conclusión importante ésta, porque para nosotros el movimiento obrero no es el obrero simplemente que está al lado de una máquina, que está en la fábrica. El movimiento obrero es esa vanguardia que reconstituye las organizaciones obreras y retoma esa conciencia histórica de la clase obrera. Que puede reconstituir sus organizaciones. Que puede reconstruir su solidaridad y su organización común.

Otro aspecto por el cual caracterizamos al movimiento piquetero como un movimiento obrero: porque ha desarrollado un programa de luchas, a partir de su propia experiencia. Las primeras expresiones programáticas del movimiento piquetero planteaban meter la mano en las petroleras, por ejemplo, los compañeros de Cutral Có, que hubiera subsidios a las pequeñas y medianas empresas, en el norte de Salta. Y la experiencia le ha demostrado a los compañeros del movimiento piquetero que, aparte de meter la mano en las empresas, hay que pedir la nacionalización sin pago de YPF y de todas las privatizadas. La experiencia le ha demostrado que el subsidio a las pequeñas y medianas empresas no es una salida: que hay que plantear la lucha por el subsidio al desocupado, por el reparto de las horas de trabajo. Ha desarrollado un programa en base a su propia experiencia.

Y otro aspecto que para mí es muy significativo es el siguiente: si ustedes toman, como hacen esas consultoras que miden el grado de conflictividad, dicen "bueno, hubo tantos días de huelga, hubo tantas horas de huelga en este mes, el mes pasado hubo menos, hubo más". Entonces van midiendo una curva de la conflictividad. Si nosotros hacemos eso con el movimiento piquetero: ¿qué tenemos? El movimiento piquetero empieza a desarrollarse desde muy abajo. Sigue en el año '94, principios de '95 en Neuquén, en Tartagal, y empieza un movimiento de ascenso. El movimiento piquetero empieza a subir, a subir, a subir. En el '96 tiene lugar el primer Cutralcazo. En el '97, tiene lugar el segundo Cutralcazo, e inmediatamente después, la primera pueblada de Tartagal y Mosconi, la pueblada de Cruz del Eje, la pueblada de Jujuy. Parecía que la Argentina iba a una pueblada generalizada en junio-julio del '97. Pero de repente el movimiento empieza a caer,

empieza a retroceder, empieza a perder conquistas. Va para atrás y llega a su punto más bajo con el ascenso de la Alianza. Las luchas no eran ya para conquistar nuevos planes o nuevos subsidios sino para que no le quitaran lo que había conquistado. Se enfrentaba una represión muy fuerte en el Gran Buenos Aires. Ese momento, el más bajo del movimiento piquetero, coincide con el ascenso de la Alianza. Poco después, a partir de que el gobierno de la Alianza empieza a demostrar su carácter pro imperialista, anti-obrero, el movimiento piquetero empieza a resurgir. Llega a las Asambleas Nacionales, llega a las grandes movilizaciones piqueteras, tienen lugar nuevas puebladas, y finalmente el Argentinazo que termina golpeando al gobierno de De La Rúa.

¿Cuál es la conclusión que nosotros sacamos de esto? Si ustedes ven el curso político al mismo tiempo, notan que las recaídas del movimiento piquetero coinciden con la reelección de Menem, en el año '95 y con la formación de la Alianza en el '97. Es decir, que el movimiento piquetero se desarrolla en la medida en que hay una tendencia a la independencia política de los trabajadores. En la medida en que los trabajadores o las direcciones de esos trabajadores tienen una confianza en la centroizquierda, una confianza en fuerzas hostiles al movimiento obrero, el movimiento piquetero retrocede. Es la experiencia del '97 y '98, cuando una parte de la dirección del movimiento piquetero, claramente la CTA, por ejemplo, llama a confiar en la Alianza y a castigar a Menem en las urnas. Allí el movimiento piquetero empieza a retroceder. Cuando el movimiento piquetero expresa su independencia política, va para adelante. Hay un hecho esencial, compañeros. Los que tienen unos cuantos años saben que la gente que se movilizó el viernes pasado en las columnas del movimiento piquetero es gente que hace diez años sólo podía movilizar el Partido Justicialista. El movimiento piquetero es la expresión más alta de la tendencia a la independencia de clase de los trabajadores que hay en la Argentina. Esto es una conclusión que para nosotros es muy importante, porque expresa ese carácter obrero del movimiento.

Pero los métodos piqueteros expresan un carácter obrero también porque han revolucionado la vida de los sindicatos. Sectores muy importantes del movimiento obrero se referencian en el movimiento piquetero. Se unen con él, luchan con él. La CTA de

Santa Cruz, el Sindicato del Pescado de Mar del Plata, la CGT de San Lorenzo. Sectores del movimiento obrero que han protagonizado las luchas más importantes del último período se reivindican y se referencian en el movimiento piquetero. Y en este punto, cuando nosotros queremos trazar un balance del movimiento, ¿qué muestra el movimiento piquetero? El movimiento piquetero muestra que en años de terribles condiciones económicas para los trabajadores, de despidos, de retroceso en las condiciones de trabajo, etc., etc., etc., se puede organizar, se puede luchar y se pueden obtener reivindicaciones si hay un método de lucha, si hay voluntad de triunfar. La burocracia sindical lo único que puede mostrar es despidos, retroceso en las condiciones de trabajo, y retroceso de sus propias organizaciones. El movimiento piquetero puede mostrar que se ha construido prácticamente de la nada, que se ha convertido en un factor político, se ha armado, se ha desarrollado una organización que es una referencia política nacional, y que todo eso lo ha hecho en estas condiciones terribles. Yo mismo cito un ejemplo que para mí me parece muy ilustrativo. El secretario general de la CGT de San Lorenzo, Edgardo Quiroga, dice lo siguiente: a nosotros entre el '99 y el 2001 no nos despidieron a nadie. ¿Qué quiere decir que no nos despidieron a nadie? No es que no intentaron despedirnos, hubo muchos telegramas, muchos despidos, pero reincorporamos a todos. ¿Por qué los reincorporamos? Porque usamos métodos de lucha piqueteros, porque donde no podíamos parar la fábrica, porque los delegados no tenían la suficiente fuerza, porque la patronal usaba métodos terroristas contra los trabajadores, la parábamos de afuera, con los delegados de otras fábricas, con los delegados de otros gremios, con los compañeros del movimiento piquetero. Le bloqueábamos la entrada y obligábamos a reincorporar a los compañeros. La dirección piquetera se ha demostrado como una dirección dispuesta a ganar. Esta es la diferencia esencial entre la burocracia sindical y el movimiento piquetero. Un movimiento que está dispuesto a ganar y que utiliza los métodos necesarios para ganar, y que como consecuencia de utilizar los métodos necesarios para ganar, arranca conquistas, reivindicaciones y progresa.

Yo no me quiero extender, porque más vale que hablen los compañeros que tienen la experiencia concreta de haber llevado este movimiento hasta donde lo han llevado pero, quisiera marcar

una última conclusión. El movimiento piquetero no sólo ha revolucionado la vida del movimiento sindical, ha revolucionado la Argentina. En la prensa del exterior, hoy, el argentino piquetero es un sinónimo de Argentina, como en una época lo era el tango, como en otra época fue Maradona. Hoy, cuando se habla de la Argentina, se habla de Argentina piquetera. Además, el conjunto de las clases explotadas, de los trabajadores, de la juventud, han visto en los métodos de lucha piqueteros y en la organización piquetera un canal para expresarse y para luchar y para obtener reivindicaciones. Esto es esencial. Esto es verdaderamente esencial, porque se ha demostrado en la práctica que los únicos métodos de lucha que llevan a la victoria son los métodos de lucha piqueteros. Que la única organización que lucha por llevar la lucha a la victoria es la organización piquetera. Y nadie lucha para perder. Cuando la gente sale a luchar, cuando los trabajadores salen a luchar, los estudiantes salen a luchar para ganar, y han visto en su propia experiencia que éstos son los métodos que rinden. Miren compañeros, acá ha habido un conflicto de los productores de leche, de los tamberos. No tienen ninguna relación con el movimiento piquetero, pero ellos utilizaron métodos piqueteros: bloquearon las entradas de las usinas, impidieron la entrada y salida de los camiones y obtuvieron sus reivindicaciones. Las asambleas populares son una construcción particular de las clases medias, de los sectores explotados, que reflejan de una manera particular la organización piquetera. Y por eso tienden a unirse con ella. Lo que sucedió el 19 y 20 en la Argentina fue que la clase media de la Capital y el Gran Buenos Aires se hizo piquetera. Lo que ya habíamos visto en Tartagal, lo que ya habíamos visto en Mosconi, en Cutral Có, en Jujuy. Una clase media piquetera. Y esto era consecuencia de un largo proceso de giro.

Yo les voy a contar una anécdota personal que Eduardo (Sartelli) debe haber escuchado varias veces. Yo trabajo en el microcentro, muy cerca de la sede central de Aerolíneas. Cuando fue el gran conflicto de Aerolíneas por la quiebra que planteaba Iberia, en Perú II se hacían diariamente cortes de calle, movilizaciones. Todos los medio días cortaban la calle. Y yo, que trabajaba muy cerca, iba todos los medio días a colaborar, a apoyar. Los primeros días me sucedió una cosa muy extraña. En ese edificio de Perú II trabajan un montón de azafatas. Es decir, ex azafatas

al límite de edad para volar que hacen trabajo administrativo o que instruyen a nuevas camadas de azafatas. Pero siguen siendo azafatas: pañuelito al cuello, mujeres muy pintonas, siempre una sonrisa de esas de azafata, educadísimas. Ustedes las veían bajar y veían azafatas. Cuando cortaban la avenida, cuando cortaban Rivadavia, empezaban a cantar: "le vamos a quemar la Rosada", "si tiran al bombo a Aerolíneas no va a volar ninguno", "le vamos a hacer un piquete en la pista". Y uno sentía una contradicción. Parecía que la imagen que estaba viendo no coincidía con lo que escuchaba. Uno podía esperar escuchar eso en Berazategui, en Quilmes, en La Matanza, en algunos otros lugares. Pero escuchar a esas mujeres cantar lo que cantaban llamaba la atención. Y era una expresión de que en la clase media había un giro político. Había un giro piquetero que se expresa después el 19 y 20 de diciembre.

Y este movimiento piquetero, que empezó de muy abajo, en un plano local, con reivindicaciones muy elementales, ha logrado algo que lo ha convertido en un factor político, que es unificación nacional. Los piqueteros de todos los lugares del país se han reunido a discutir, han tomado el método de la Asamblea Nacional de Trabajadores Ocupados y Desocupados y en función de que, como están reunidos piqueteros y trabajadores de distintos lugares del país, tienen que discutir una salida política para el país. El movimiento piquetero es la única organización que ha planteado una salida política de conjunto para los trabajadores. El "que se vayan todos" el movimiento piquetero lo ha desarrollado, ha planteado un programa político, una salida: cómo llevar a la práctica el "que se vayan todos". Entonces, en nuestro punto de vista, desde nuestra opinión particular, que no es la opinión del conjunto del movimiento, hay un debate en el movimiento sobre ese punto, la salida es que el pueblo movilizado tire abajo el gobierno de Duhalde, tire abajo los gobernadores del FMI y se plantee una Asamblea Constituyente para discutir qué salida le damos al país, una Asamblea con poder para comenzar una reorganización social y política del país.

Entonces, éstas conclusiones esenciales: un movimiento piquetero de carácter obrero, que ha retomado métodos de lucha históricos, que ha demostrado que se puede formar una organización de trabajadores incluso en las condiciones más difíciles, que

ha llevado adelante una lucha fundamental que ha revolucionado al conjunto del movimiento sindical, que ha revolucionado a la Argentina, y que hoy se plantea frente al derrumbe del régimen político argentino y del régimen social que existe en Argentina como una alternativa de poder. Como una alternativa que se plantea para dirigir, para acaudillar a la masa popular que no está dispuesta a seguir soportando esto. Estas son las conclusiones esenciales que nosotros planteamos en el libro: un movimiento que se desarrolla en función de la independencia política de la clase obrera y que sólo puede coronarse si desarrolla esa tendencia a organizarse en forma independiente de los partidos patronales, de los políticos burgueses, y plantea una perspectiva propia para el movimiento obrero y para las capas explotadas de la población argentina. Muchas gracias.

Sartelli: Bueno, muchas gracias Luis. Insisto, el libro se llama *Una historia del movimiento piquetero*. Es muy rico en detalles, es muy rico en la historia concreta del movimiento y es muy rico en la síntesis de las posiciones políticas. Estamos esperando la segunda parte, seguramente aumentada y corregida. Cuando ello suceda, volveremos a invitar a Luis a algunas de estas actividades. Vamos a darle la palabra ahora al compañero Antonio Bitto, del Movimiento Teresa Rodríguez.

Bitto: Bueno, los compañeros ya dijeron bastante acerca de la historia del movimiento piquetero. Yo quiero decir dos o tres cosas alrededor de esto. En primer lugar que la historia del movimiento piquetero es parte de la historia del movimiento obrero argentino. Digamos, en esta etapa, en esta etapa que estamos viviendo. Y a mí me parece que si bien los piquetes son históricos en el movimiento obrero, el tipo de piquetes que desarrolla la clase obrera desocupada tiene una creatividad tremenda, porque es la forma de hacer huelga de un desocupado. A mí me parece que es fundamental que sepamos que un desocupado no puede hacer huelga, y que la manera de parar la producción de un desocupado es cortar la ruta, porque es la que trae la producción y la manera de no permitir que los capitalistas sigan nutriendo sus bolsillos. Exactamente lo mismo que cuando un trabajador hace un paro o cuando el conjunto de la clase obrera para. A mí me parece

que otra característica también fundamental de los compañeros piqueteros, es que hoy ya no son sólo los desocupados los que dan vida al movimiento piquetero. A mi juicio hoy está constituido el movimiento piquetero, a través de la Asamblea Nacional, por trabajadores ocupados, desocupados, asambleas populares, fábricas tomadas y en lucha, estudiantes. Yo creo que hoy vamos mucho más allá. Estamos constituyendo una fuerza de unidad popular demasiado importante para no darle la importancia que tiene. A mí me parece que lo que sí ocurre con los piqueteros es que han asumido la responsabilidad de conducir el proceso de lucha en contra del Estado, de la patronal y de la burocracia. Y que en los tres ámbitos va teniendo un cierto éxito. Este cierto éxito se ha traducido el último 19 y 20 con 200 mil compañeros movilizados en todo el país, que es mucho decir, y que para mí es el inicio de una confrontación política de la clase trabajadora con total independencia, vuelvo a insistir, de la burocracia, la patronal, el estado. Y con la posibilidad, a partir de la próxima Asamblea Nacional de Trabajadores Ocupados y Desocupados, asambleas populares, fábricas en lucha y ocupadas y estudiantes, de constituir no sólo un plan de lucha sino un plan de gobierno, porque yo creo que es hora de que los trabajadores tomemos ya en nuestras manos, no solamente la lucha, no solamente la confrontación, sino que empecemos a pensar cuál es la manera en que tenemos que llevar adelante la liberación de nuestra clase, la incorporación de la clase trabajadora al gobierno y la eliminación de la clase que hoy ostenta el poder, a la que solamente, compañeros, eliminándola vamos a tener el poder nosotros. Por lo tanto, creo que eso se hace de la humilde manera que lo estamos haciendo, incorporando a todos los sectores posibles en esta lucha y consagrando nuestro tiempo y nuestra vida a este factor fundamental que es el gobierno de los trabajadores y el pueblo. Nada más compañeros.

Sartelli: Bueno, muchas gracias. Habla ahora el compañero Oscar Kuperman, del C.U.Ba.

Kuperman: La Coordinadora de Unidad Barrial es una de las cinco organizaciones que formamos el Bloque Piquetero Nacional. Hemos nacido, como dijo el compañero, en el principio de la lucha piquetera, bajo el paraguas de la FTV y CCC y

hemos empezado a despegar hará dos años y algo más, a través de los cabildos, junto con el MTR y otras organizaciones, hasta que junto con el MTL, FTC y PO hemos realizado lo que es el BPN. Nosotros consideramos que el piquete, el método del piquete, es el método correcto. Por ejemplo, el corte del Puente Pueyrredón. Consideramos que el corte del Puente Pueyrredón, el 26 de junio, fue un eslabón más de lo que fue la jornadas del 19 y 20 de diciembre. Ese método de ir al puente, ese método de cortar, ese método de la continuidad de la protesta, creemos que fue un eslabón más del 19 y 20, y que fue en cierta forma lo que después ha ayudado a que nosotros hayamos tenido jornadas inolvidables como el acampe, jornadas inolvidables como la última movilización del 20. En realidad, los métodos que vamos aplicando, las diferentes formas de llegar a los supermercados (el C.U.Ba. va al bloqueo de los supermercados), de la forma cómo llegamos en febrero pasado a Repsol, lo hemos tomado de nuestros compañeros obreros de la década del '20, del '30 y aún en el Cordobazo. Pero también la necesidad de un trabajo digno, la necesidad de un plan, la necesidad de los compañeros de traer una solución a su casa. Y la necesidad de transformar esa bronca en lucha, que eso es muy importante compañeros, lleva a improvisar. Después nosotros vamos modificando los métodos, los discutimos en el barrio, los discutimos en la asamblea. Y bueno, así se van haciendo los métodos de lucha. Día a día se van superando viejas formas. Antes por ahí nos parábamos 20 compañeros en la puerta de la fábrica. Me acuerdo que lo habíamos hecho en la época que trabajábamos en Rigolleau. Pero después lo modificamos, y bueno, hoy rodeamos el supermercado. Y mañana haremos otra cosa. Siempre llevándole a la yuta ciertas ventajas, y al sistema. Y a veces equivocándonos y a veces aprendiendo. Pero es maravilloso lo que aporta cada compañero, por ejemplo, en las asambleas de los fines de semana, en las reuniones barriales. Es maravilloso el aporte, y cómo se preocupa cada compañero de que el método sea cada vez más contundente, o sea, vamos más, golpeamos más y exigimos más. Vamos más, nos quedamos más tiempo y sacamos más soluciones. Vamos más porque tenemos que ser más. Y bueno, humildemente, en la C.U.Ba., la organización más pequeña dentro del Bloque Piquetero, estamos orgullosísimos de lo que hemos logrado por ejemplo el día 20. Acompañar a organizaciones importantes

como el Polo, organizaciones importantes como el MTL, organizaciones hermanas como el FTC y el MTR, con una, realmente, cantidad de compañeros importantísima. No solamente acá en la Capital y en el conurbano. Yo he esperado compañeros que venían de Rosario, de Córdoba, en el corte de Gobernador Gálvez. Están las compañeras de la zona sur esperando a los compañeros que venían de Chubut y de Neuquén, preparando la comida en el Gatica. En fin, todas las actividades que hacen, mas allá del corte de ruta y del pedido reivindicativo de una bolsita, la unidad. Y empezar a pensar que el método para el poder es unidad y lucha, unidad y lucha. Por eso la C.U.Ba. insiste en el método del Paro Piquetero Nacional, profundizar las luchas, profundizar los cortes, ir a más. Muchas gracias, compañeros.

Sartelli: Bueno, damos las gracias al compañero Kuperman y pasamos el micrófono a Néstor Pitrola, del Polo Obrero.

Pitrola: Las exposiciones de los compañeros han sido muy interesantes. Resaltaremos algunos aspectos de lo que ha sido esta Marcha Federal, tal vez los menos conocidos. Y lo que ha sido esta jornada del 19 y 20. Naturalmente tenemos un balance como el que aquí se trazó con toda claridad. Hemos pisado territorio histórico del peronismo. Una plaza de estas características, lo marcamos en la propia Plaza de Mayo, se la hemos robado, tal vez definitivamente, a la burocracia sindical, al PJ, que está en una descomposición de características absolutamente históricas. Entonces, está planteando el problema de una nueva dirección para la clase obrera, el pueblo y todos los explotados de la República Argentina. Creemos que esta es la principal conclusión, el principal problema político que nos abre también de cara al desafío del futuro. Justamente en relación a esto quiero destacar algunos componentes de lo que fue esa enorme preparación de las jornadas del 19 y 20, que fue la Marcha Federal. En primer lugar, destaquemos que logramos esta plaza culminando un plan de lucha de la Asamblea de Trabajadores. No es un problema menor. Porque finalmente dicen: bueno alguien hizo una convocatoria, hubo una combinación de fuerzas y hubo mucha gente. No es el caso. En realidad es el resultado de un gran proceso político. Y ese proceso político ha estado expresado en programa, en plan de

lucha y en caracterización del momento político en la Asamblea Nacional de Trabajadores. Y las fuerzas convocantes de aquella Plaza de Mayo han sido las fuerzas de la Asamblea Nacional de Trabajadores, más otros sectores que no hubieran estado, pero que han concurrido a una convocatoria para que Duhalde se vaya ya, por otro Argentinazo, para que se vayan todos, por el problema del gobierno de los trabajadores, que son consignas definitivamente revolucionarias, que no ocultamos a nadie. Porque si hubo una convocatoria preparada, fue esta. Si hay una convocatoria que fue pública, fue esta. No puede haber nadie que diga que fue engañado, que iba a una mera conmemoración. Esto no fue una conmemoración. Fue una gran movilización política en todo el país, con un programa, que estaba expresado en esas tres consignas, de común acuerdo con todas las organizaciones, incluidas las asambleas populares, como ustedes, que fuimos convocantes de esta Plaza de Mayo y de este movimiento. Esto tiene una importancia histórica, porque ha habido muchas movilizaciones, conmemoraciones muy grandes, pero esta tuvo programa político. Esta tomó el problema de la rebelión popular como bandera y como programa político. Ha planteado la perspectiva de otro 19 y 20. No ha sido éste, el otro 19 y 20. Pero ha acumulado fuerzas, y ha colocado contra la pared a aquellas corrientes que desde el movimiento popular buscan bloquear la perspectiva política de otro 19 y 20. Y en este aspecto constituye un gran triunfo político. Con la limitación de que no volteó al gobierno, por supuesto. Pero fue una gran movilización política. La derrota del gobierno se ve en que ellos trataron de reventar esta movilización a como diera lugar. Desde la maniobra de Rodríguez Saá, que es parte del régimen, del PJ, de la burocracia sindical y de los partidos del sistema; desde la operatoria de la centroizquierda, que en realidad vino con convocatorias anteriores que buscaron competir con esta perspectiva política. Por ejemplo, la convocatoria del frente abstencionista, aquel frente político que buscó movilizar al "hombre de la calle". El hombre de la calle vino, esta vez con las organizaciones de los piqueteros, los sindicatos clasistas, las asambleas populares, las fábricas ocupadas y las federaciones estudiantiles, y aún otras organizaciones. Esto es de una importancia histórica. Absolutamente decisiva...

(se escucha un chico que pasa y grita: ¡mentira!)

Pitrola: Y bueno, hay tantos que dicen mentiras. El chico en general tiene razón... está bien educado. Quería plantear que la Marcha Federal fue algo extraordinario. Un tema que quería tocar es la participación de los sindicatos combativos, los sindicatos piqueteros. Porque, como una forma de adherir al planteo que todos han hecho acá, con extraordinaria homogeneidad política, lo quiero resaltar, el movimiento piquetero está muy lejos de ser la organización de desocupados a la que nos quieren restringir, y que de ninguna manera estamos dispuestos a aceptar ni a colocarnos en ese restringido lugar. *Página 12* tituló en tapa, el 21, como copete, que al lado de los piquetes y las cacerolas los sindicatos combativos y otros sectores habíamos llenado la plaza. ¡Muy importante! Que *Página 12* acepte semejante cosa es verdaderamente muy importante. Compañeros: desde Salta, donde ATE municipales, que fue reprimido recientemente por la policía de Romero, participan del acto de la Marcha Federal numerosísimos sindicatos. Con nosotros viajó al SITRACON, que fue reprimido brutalmente en Tucumán por la policía de Miranda el 25 de junio, horas antes de la masacre del Puente Pueyrredón. Nosotros en aquel momento pusimos de relieve que aquello reflejaba una decisión nacional de reprimir a todo el movimiento obrero, y habían empezado por el SITRACON en Tucumán, que movilizó cerca de 3.000 obreros de la construcción. Los dirigentes de ese sindicato marcharon con nosotros hasta la Plaza de Mayo. Los papeleros de Zárate, los choferes de la 228, los sindicatos como SUTEBA de Zárate, SUTEBA Matanza, que participa en el acto de cierre, participa en Plaza de Mayo. Bueno, ATE sur. Cantidad de sindicatos combativos, docentes universitarios de Córdoba, de Buenos Aires, de numerosos lugares. En Luján, en muchísimas partes los docentes universitarios nos han recibido con sus sindicatos. Es decir que acá el movimiento obrero está haciéndose piquetero, está recuperando organizaciones sindicales. Bueno, Metrovías, tantos otros. Quiero poner algunos de relieve, incluso menos conocidos. ATEN Plottier, ATEN Centenario, al lado de Ceramistas. Todos ellos participando de un acto masivo que duplicó al acto de la otrora monopólica dueña de la movilización en Neuquén, que era la CTA. Este acto piquetero, clasista, duplicó el acto divisionista,

en este caso de la CTA del día 20. La participación del SOIP de Mar del Plata con su soberbia intervención política en la Plaza de Mayo desnudando a toda la burocracia en nombre de los 7.000 obreros del pescado marplatense Bueno, este planteo político ha enfrentado a la burocracia sindical, la ha superado y ha quebrado la política de contención de la centroizquierda, que nunca quiso ganar la plaza, o los piquetes o el puente, con el planteo de acabar con el gobierno de Duhalde. Este planteo político que tiene que ver con la idea del que se vayan todos, se interpreta desde el punto de vista del recambio electoral en el próximo turno en que de lugar, a través de un frente político, de colaboración de clases, de carácter más o menos centroizquierdista. Esta perspectiva política ha sido disputada, triunfantemente, exitosamente, por esta convocatoria del 19 y 20, donde los piqueteros, las asambleas populares, los sindicatos clasistas y enorme cantidad de sectores han estado en un pie de igualdad de convocatoria. Lo último que quiero plantear es que está enhebrándose lo que tiene que ser el futuro inmediato: nosotros vemos que acá emergen aquellas fuerzas convocantes de la Asamblea Nacional de Trabajadores con una responsabilidad política histórica en la continuidad de este movimiento. No sólo en la convocatoria de una próxima asamblea o congreso, sino en toda la continuidad política de la lucha por una nueva dirección en el movimiento obrero y los sectores populares. ¿Cuántos ahorristas de Artaza habrán venido a nuestra convocatoria aunque no venga Artaza? Muchísimos, muchísimos si tenemos en cuenta que cuando llegamos a la plaza había 10 o 15 mil personas, y que muchas más se fueron agregando después, se fueron agregando durante el acto. Es decir, el componente organizado fue enorme, y el componente no organizado también fue enorme. Esto tiene una importancia política enorme de cara a los futuros sucesos, a los futuros acontecimientos. Muy bien, compañeros. Estas son las primeras reflexiones de balance político, y de lo que nos espera y de los que nos estamos trazando en el futuro de la lucha de clases en la Argentina. Muchas gracias.

Sartelli: Bueno, cierra esta primera ronda el compañero Nicolás Lista, de la Aníbal Verón. Así que, sin más preludio le damos la palabra.

Lista: Buenas tardes, compañeros. Yo me llamo Nicolás Lista, de la CTD Aníbal Verón. La CTD Aníbal Verón está en Lanús, Quilmes, La Plata, Echeverría y en el interior del país. Bueno, está demás decirles que, después del 26 de Junio hubo, no una división, pero sí un reagrupamiento de la CTD Aníbal Verón, pues yo no quiero macanearles ni mentirles, quiero que sepan la verdad. La CTD Aníbal Verón se había compuesto por los MTD y los CTD. Bueno, después por diferencias o por cosas que siempre pasan, nos reagrupamos como CTD Aníbal Verón y MTD Aníbal Verón. Eso, quiero que quede en claro, que hay dos Aníbal Verón: una MTD y una CTD. Nosotros estamos trabajando en los barrios. En Lanús son 18 centros, 18 barrios, con 18 copas de leche, 18 comedores, y nos cuesta muchísimo mantenernos. La gente cada vez asume más lo que es estar integrado en una organización, porque yo lo digo siempre, que siempre al estar organizado es mucho más fácil salir adelante. No es lo mismo estar solo. Uno solo puede conseguir algo, pero en los barrios organizadamente se consigue muchos más y podemos salir o podemos aguantarnos la pobreza mejor, en conjunto. Todo este tiempo veníamos hablando en los centros de cómo todo el mundo dice que se vayan todos. Y yo digo, bueno, ¿cómo hacemos para que se vayan todos? El reciclaje siempre lo hay, las elecciones. Los que no se reciclaron en las elecciones anteriores se reciclan ahora, con alguna otra cosa, se lavan la cara y salen dentro de los partidos políticos. Yo tengo un concepto, yo tengo una forma de pensar de que la única forma, para mi ver, quizás yo estoy equivocado, de que se vayan todos es que el pueblo esté en un estado revolucionario, vamos a hablar claro. Pero es la única forma. ¿Cómo hacemos para que se vayan todos? Todos luchamos para que esto cambie, para que alguna vez el pueblo, la Argentina, podamos tener otra patria, la misma patria pero con más fuerza, y que todos empecemos a sentirla. Como clase política que hay ahora, del ´82 hasta ahora, son todos culpables, tanto radicales, peronistas, que actuaron en el Congreso, son culpables, porque de una manera u otra permitieron que se privatizaran casi todas las empresas del Estado. Era muy poca gente en ese momento que se alzaba contra las privatizaciones. Todo era mucho más fácil, decir bueno, ahora vamos a tener teléfono todos los días, llamamos y tenemos el teléfono al otro día. Pero después vienen las consecuencias que hoy estamos pagando. La

deuda externa, por ejemplo, que nadie la investigó. Hay un solo juicio en el país y en América Latina, que lo hizo Olmos. Y nadie se acuerda. Olmos murió tan pobre que no tenía ni para comprar una bayaspirina. Hizo un juicio y lo ganó, pero con el tiempo lo fueron diluyendo. Pero está el juicio ganado. Pero ¿sabe por qué no se investiga la deuda externa? Porque hay muchos, muchos políticos que son culpables de esta deuda, y si se abriera la página de la deuda externa muchos políticos tendrían que ir presos. Muchas empresas, inclusive organizaciones políticas, asumieron plata por medio de los bancos, que no pagaron nunca más, y el Estado lo está pagando, lo estamos pagando nosotros. Grandes empresas multinacionales que sacaron créditos y que hoy estamos pagando, que los beneficios no los dejaron acá, al país, sino afuera, lo llevaron todo afuera. Por eso yo creo que la deuda externa es un deber que tenemos que empezar a impulsar. Es una de las cosas que nos está matando día a día. Es una enfermedad, un cáncer. Si no lo podemos extirpar no vamos a poder vivir tranquilos, porque siempre vamos a tener esa deuda encima nuestro. Pero vamos a pagar nosotros, y los que vienen, y los que vienen más atrás.

Por eso compañeros les agradezco que me hayan invitado acá, con los compañeros que fuimos los convocantes de la marcha del día viernes, por suerte la convocatoria salió bien. Previamente antes de eso todo el mundo hablaba de los saqueos, que iba a ver saqueos y todo eso. Yo creo que aquí en el país hubo saqueo con guante blanco, ¿no? Que saquearon al país. A esos no les llegó la gendarmería, no les fue la policía a buscarlos. Capaz que un compañero que está muerto de hambre va y saquea por un paquete de arroz. Y capaz que a ese compañero le dan bala y lo cagan a palos por robar un paquete de arroz, y todo el mundo va y lo denuncia como si fuera un saqueador, un desestabilizador del país, y no es así. Hubo mucha vigilanteada, salieron a decir que los saqueos eran de un grupo de brutos. Por eso yo digo que cuando el pueblo decida saquear, yo creo que no va a quedar piedra sobre piedra, todavía no lo vimos, compañeros. Eso es todo, compañeros. Gracias.

Sartelli Bueno, muchas gracias a los expositores. Damos paso a las preguntas del público. El que quiera preguntar algo levanta la mano, le acerco el micrófono y avanzamos.

Asambleísta: ¿Cuál es la diferencia entre el MTD y el CTD?

Lista: Bueno, la diferencia es que el MTD plantea el contrapoder, una. Y nosotros la CTD planteamos el poder. Si uno lucha es para acumular, para tener poder, para poder cambiar. Después no sé si nosotros lo veremos el cambio ese... pero vamos caminando en ese sentido: tener poder para poder cambiar. Y otra de las diferencias es de tipo político también. La mayoría de los compañeros que están en la CTD somos militantes de Quebracho. Es esa la diferencia.

Asambleísta: Hola, buenas tardes. Escuché atentamente todas las exposiciones. Yo vengo acumulando una duda a lo largo del año de militancia que traemos en la Asamblea de Congreso. Dadas las características de los asambleístas, que tienen que ver con este barrio, tienen que ver con el perímetro en el que nos encontramos ahora y con las características de que somos trabajadores ocupados o sub-ocupados. También hay gente que no tiene trabajo pero si habemos muchos que sí lo tenemos, habemos profesionales, habemos trabajadores de la salud, porteros. Y bueno, mi pregunta... en todo caso mi reflexión apunta a que si bien en mi caso personal yo reconozco que la vanguardia en este momento está representada por el movimiento piquetero, que realmente ellos están a la cabeza de las luchas y tienen en este momento la iniciativa de movilizaciones y acciones a tomar en contra del sistema, ¿qué pasa con nosotros los trabajadores ocupados? Porque si bien la convocatoria de la tercera asamblea piquetera fue esta vez por suerte más amplia que la segunda convocatoria, veo que los trabajadores ocupados no estamos todavía organizados. Porque las organizaciones de ocupados que quedan son las burocracias sindicales a la cabeza de, por ahí, trabajadores que reciben hasta ciertas prebendas de esas burocracia sindical, y por eso permanecen en los sindicatos, dónde la gran mayoría de los trabajadores ocupados estamos des-sindicalizados, vemos en el sindicato no nuestro aliado sino, quizás, hasta aliado del enemigo, de la patronal. No estamos interiorizados de lo que está pasando en los sindicatos, dado que por ejemplo, en mi caso yo soy de sanidad y tenemos un Secretario General eterno, eterno. Tampoco veo que haya interés por crear listas o agrupaciones que estén decididas a pelear la dirección de los

sindicatos. Entonces me vuelvo a preguntar ¿qué es de nosotros, los trabajadores ocupados? Que si bien sí se puede decir que en un sentido somos piqueteros, porque los piqueteros han tomado nuestros métodos de lucha, de los trabajadores ocupados, ¿cómo hacemos para que también los trabajadores ocupados, como los que estamos en las asambleas, por ejemplo, integremos este tan necesario movimiento de unidad para llevar adelante una unidad de acción que nos permita derrocar este régimen? Entonces, bueno, mi pregunta es: el movimiento piquetero, o en todo caso el Bloque Piquetero Nacional aquí presente, ¿qué política se da hacia los trabajadores ocupados? ¿El movimiento piquetero espera que los trabajadores vengan o hay una política? Nosotros hemos leído todo el programa, estamos de acuerdo. Hemos leído y discutido todo el plan de lucha, estuvimos de acuerdo. Llevamos adelante todas las acciones necesarias para implementar ese plan de lucha, pero mi duda es ésta. Porque me parece a mí que llegado un momento de gran crisis, el que tiene la manija de la producción del país es el movimiento obrero ocupado. El desocupado cortará rutas. Pero quien baja la palanca de la producción verdaderamente, o quién vuelve a levantar esa palanca de la producción, es el obrero ocupado. Sintetizando, la pregunta es: ¿cuál es la política que se da el movimiento piquetero hacia los trabajadores ocupados? No sindicatos combativos ya organizados, sino la dormida clase trabajadora actual

Sartelli: Bueno, no sé quién quiere empezar, pero supongo que todos quieren hablar. Néstor...

Pitrola: Sí, bueno, apasionante. Yo me adelanté un poco a tu inquietud cuando tocaba la enorme importancia de la participación sindical clasista en la Marcha Federal. Ahora, esos no son sindicatos ya organizados. Son sindicatos que estamos ganando, y justamente tenemos la política, en el caso del Polo Obrero, con toda nuestra dedicación, nuestra fuerza, nuestro planteo político para esta etapa, la política de la conquista del conjunto de la clase obrera y de sus organizaciones existentes y no existentes. Estos compañeros de Tucumán, de la construcción construyeron otro sindicato y ahora se dirigen a ganar la UOCRA de Tucumán. Es decir, militamos en los terrenos a que dé lugar. En Caleta Olivia

se acaba de formar un sindicato de la pesca. Lo estamos impulsando, y está en manos de los piqueteros de Caleta Olivia, todo el impulso de esas pesqueras que están formando un nuevo gremio. Pero en la plaza el otro día había una columna de 200 telefónicos: con pasantes, con delegados, con directivos. Yo pertenezco al gremio gráfico. Soy congresal por la oposición clasista a Raimundo Ongaro. Estamos haciendo un trabajo apasionado de conquista de comisiones internas, de luchas, de planteos de ocupación de fábricas. Hay varios talleres ocupados por los trabajadores bajo gestión obrera. Estamos dando un gran impulso a eso y a la recuperación de cuerpos de delegados como paso previo a la conquista del sindicato, que será por la vía electoral o de la acción directa, según como vaya dictando la evolución del movimiento obrero. Para nosotros este problema que vos planteás, por ejemplo, en la sanidad hubo una lista bordó, que tuvo una elección determinada. Se luchará por más, nuevas comisiones internas, combativas, anti-burocráticas. Frentes de diferentes características, con toda la izquierda, con todos los sectores combativos, con todos los sectores anti-burocráticos. Este problema de la conquista de los sindicatos lo abre profundamente la plaza del otro día. Yo quise poner el acento en este punto, porque el problema de una nueva dirección del conjunto de la clase obrera es del conjunto de la clase obrera. Y tiene el desafío político hacia la próxima asamblea de pegar saltos cuantitativos. Hay un gran movimiento anti-burocrático en el gremio ferroviario, lo hay en el sindicato de la leche, lo hay en los gremios estatales, en los gremios docentes. Una cantidad de seccionales, sindicatos enteros. Acá se mencionó a la CTA Santa Cruz. Está el UNTER de Río Negro, están los docentes de La Rioja, el poderoso movimiento docente anti-burocrático de Salta, de Córdoba. Es enorme el movimiento anti-burocrático que en este momento está recorriendo los sindicatos y que tiende a agruparse con el movimiento piquetero. Para que tengamos también los trabajadores ocupados organizados con los piqueteros, con los métodos de los piqueteros y con el programa de los piqueteros. Porque finalmente los piqueteros son el conjunto de la clase obrera. En el Polo Obrero en particular tomamos a la clase como una sola cosa, y nosotros estamos organizando ocupados y desocupados por igual, en forma conjunta, la organización territorial con la organización sindical o con la organización obrera. Lo último que

quiero decir es que no hablaron el otro día, pero por una omisión de la organización de este acto, ya hemos planteado una reparación, y seguramente la superaremos en la próxima, el movimiento de fábricas recuperadas. Habló Brukman, habló Zanón, una parte del movimiento, digamos el más clasista, el más combativo. Pero el movimiento de fábricas recuperadas fue enorme y llevó una columna de 500 personas. Y pidieron ser parte de este movimiento. Y ya están anotados para la próxima asamblea nacional de trabajadores. Anoche hemos tenido una reunión con oportunidad de la inauguración de Grissinópolis. Bueno, este es otro gran aporte de los trabajadores ocupados, en este caso al borde de ser desocupados, pero que luchan, imponen una gestión obrera, como aporte también a este torrente de la clase obrera piquetera. Entonces tu planteo es una preocupación política para nosotros, absolutamente central, prioritaria, decisiva, y es la tarea del momento y de la etapa junto al movimiento piquetero, las asambleas populares y todos los demás sectores.

Bitto: Compañera, yo creo que hay una falsa dicotomía entre trabajadores ocupados y desocupados, totalmente falsa. Yo soy trabajador. Que no tenga trabajo no significa que deje de serlo. En segundo lugar, y por lo menos cuando yo hablé no hablé de vanguardia, porque no creo en tal cosa, yo creo que el movimiento piquetero está a la vanguardia de la lucha. La vanguardia es otra cosa, y si quieren lo discutimos, pero no me parece que éste sea el ámbito. A la vanguardia de la lucha. A nosotros nos parece que tenemos que desarrollar la lucha en todos los aspectos. El Movimiento Teresa Rodríguez tiene fundamentalmente trabajadores desocupados. Pero tiene un frente de trabajadores ocupados, tiene un frente estudiantil y tiene la disposición de trabajar con las asambleas populares de la manera que a las asambleas populares les parezca. Nosotros no intervenimos en las asambleas populares, sencillamente nos ponemos a disposición en lo que podemos, e intercambiamos, por supuesto. También queremos que las asambleas populares estén a nuestra disposición. Es un intercambio y no una ayuda, es una manera de actuar juntos. Esta es la manera en que nosotros vemos la cosa y además una de las cosas fundamentales que está ocurriendo hoy en este país es que la clase trabajadora se está independizando de la ideología dominante, y

esta teniendo ella misma la manija y la hegemonía de la lucha. Y eso es vital, porque eso es justamente la independencia de la clase trabajadora de la patronal, del Estado y de la burocracia, que es lo que realmente necesita para llegar a concluir, en un proceso, con la toma del poder político.

Kuperman: Desde la Coordinadora de Unidad Barrial le voy a responder a la compañera. Me parece buenísima la pregunta. Nosotros somos trabajadores desocupados. Buscamos por diferentes métodos, en este caso cortes de ruta y demás, aquí y ahora que se vaya Duhalde ya, que se vayan todos. Y en un futuro el poder, por supuesto que buscamos el poder. Y no va a haber poder si no está la clase obrera a la cabeza, compañeros. La clase obrera trabajadora, la que está activa, que es la que puede, como dijo la compañerita, bajar la palanca, la que puede cortar la producción y la que va a encabezar esa lucha. Por eso cuando nosotros decimos hacia la toma del poder, con corte de ruta, con corte de puente, ahí estamos diciendo, primero que nada, todo el poder a las asambleas obreras, a las asambleas obreras que laburan. Las que producen. Después todo el poder a las asambleas piqueteras. Y después sí a los caceroleros, a las asambleas populares, que es el conjunto de la clase que va a tomar el poder. Pero no va a haber revolución, no va a haber socialismo, no va a haber clase y no vamos a ser los que dirigimos los de abajo, los trabajadores y el pueblo, si la clase obrera trabajadora no está al frente de esa lucha. Por eso confiamos, creemos en la capacidad del trabajador activo en este momento, y por supuesto, los piqueteros al lado de ellos. Porque te digo con toda franqueza, compañerita, nosotros no queremos más salir a la calle por una bolsita, por un plan. Queremos algún día volver al sindicato. Yo laburé en la construcción y quiero estar discutiendo las paritarias, aumento de salario, mejores condiciones de vida. No queremos más salir a la calle contra el hambre, contra la miseria, sino por mejor salario y sobre todo para que de una vez por todas los que dirijamos seamos nosotros. Por eso confiamos y creemos que tenemos que volver, como dijo Pitrola, con todos esos sindicatos combativos, que habrá muchos más, que hay muchos más. Entonces, con todas ellas, de esa lucha, hacia el poder. Pero no hay ningún poder sin los trabajadores y el pueblo, y sobre todo sin los trabajadores activos.

Lista: Sí, compañeros. Yo creo que si los desocupados nos creemos que podemos ser el ombligo del país nos estamos equivocando. Yo creo que acá el conjunto, los desocupados y los trabajadores, tenemos que ir de a poco, ir tomando posiciones dentro de los gremios, para poder cambiar, para que los trabajadores ocupados dentro de los gremios tengan fuerza y poder. Porque si no tienen fuerza y poder dentro del sindicato, la dirigencia sindical estamos viendo que en todos estos últimos años se aprovechó de la situación y grandes dirigentes gremiales hoy son empresarios. Entonces esa lucha hay que hacerla. No es de un día para el otro, sino es de mucho tiempo. Y por suerte ya se está dando que muchos gremios los va tomando la gente que quiere luchar, la que quiere cambiar, que no quiere doblarse ante esta situación económica y social del país, ni por lo que digan los capos de los sindicatos. Es una tarea muy dura, muy dura, tanto de los trabajadores desocupados como de los ocupados como ustedes. Todos tenemos que ir haciendo estos cambios. Y esto no es de un día para el otro, compañeros. Esto va a tardar. Pero cuando se concrete, se vaya concretando en cada sindicato, es un paso más hacia delante y es que nos podemos decir bueno, esta porción, este sindicato fue tomado por la clase trabajadora en lucha. Nada más.

Sartelli: Yo voy a hablar ahora brevemente como trabajador ocupado y como miembro de un sindicato. Yo soy de la Asociación Gremial Docente de la UBA, la AGD de la UBA. Formo parte de la mesa ejecutiva y lo que quiero reseñar brevemente es cómo un gremio de trabajadores ocupados, con las particularidades que tiene un trabajador docente, sin embargo participó del proceso de lucha y qué relación objetiva estableció con el movimiento piquetero. Y en qué medida yo creo que el movimiento piquetero construye realmente una posición dentro de los sindicatos de trabajadores ocupados, aunque no necesariamente esté presente en forma directa. No sé si recuerdan que, antes del Argentinazo, cuando nace el movimiento piquetero a la luz pública, se produjeron, como parte del plan de lucha, tres semanas de cortes sucesivos en todo el país. Fue la primera irrupción del movimiento piquetero así a gran escala, nacional, que conmocionó al país. Debe hacer veinte años que los docentes universitarios no podemos hacer una huelga en serio. Sale por televisión, se dice que

hay huelga, pero en realidad, en la práctica real, muy pocas veces hemos podido transformar la huelga en algo real, en algo combativo, en salir a la calle. Nosotros veníamos de un año muy duro. En medio de ese año salimos a una huelga nacional por nuestras propias reivindicaciones, antes del Piquetazo. La CONADUH se puso los pantalones, la CONADU Histórica, llamó a una huelga nacional. La AGD estaba en un proceso muy difícil, porque existe un gremio, todavía existe aunque ya está muy alicaído, un gremio patronal que se llama ADUBA, formado entre los docentes pero cooptado por Shuberoff. Un gremio que, como todo el aparato shuberofista, ha vivido del presupuesto universitario, con el sostén y el apoyo del aparato radical y de Franja Morada. Bueno, frente a ese gremio armado por el aparato shuberoffista, nosotros construimos la Asociación Gremial Docente de la UBA. Muy debilitada, porque se imaginan que peleamos contra el aparato más poderoso que haya manejado la universidad pública en toda su historia. En ese proceso empezamos una larga huelga, que se inició muy difícilmente, porque hacer la huelga en la universidad tiene sus bemoles, por un montón de razones. Cuando enganchamos las tres semanas de corte piquetero, la huelga levantó, hizo un pico espectacular, y fue el momento en que la mayor parte de los trabajadores de la UBA que buscaban un sindicato entró a la AGD. Y AGD nació allí, a pesar de que llevaba dos años y medio luchando de muchas maneras. ¿Por qué? Porque los trabajadores docentes respondieron al llamado del movimiento piquetero. Salimos a la calle, cortamos las calles, no se daban clases en las universidades. Aunque nadie del movimiento piquetero se reunió con la CONADUH Histórica, objetivamente el movimiento piquetero se planteaba como dirección de los trabajadores universitarios. Y eso no solamente permitió fundar el gremio, el verdadero gremio de los docentes de la UBA. Nosotros los docentes de la UBA le debemos al movimiento piquetero ese impulso, pero también el honor de haber participado en una jornada gloriosa de la historia argentina. La AGD de la UBA tiene entre sus pocos logros importantes, en la medida en que es un sindicato modesto, el orgullo de haber estado el 20 de diciembre acá, cortando con todos los compañeros. Y éramos uno de los pocos gremios de trabajadores ocupados que participamos orgánicamente del Argentinazo. Yo me acuerdo del SUTEBA Matanza, estaban los

compañeros motoqueros y algunos compañeros más, y nosotros, la AGD de la UBA, un pequeño grupo de 20 compañeros. Pero nosotros como gremio estuvimos en el Argentinazo. ¿Y por qué estuvimos? Por la convocatoria del movimiento piquetero, porque había organizaciones piqueteras que habían llamado a marchar ese día. Eso demuestra que no es necesario, aunque es deseable, y los compañeros han explicitado que efectivamente lo hacen así y tienen esa política, no es necesario para que una fracción del proletariado, una fracción de la clase obrera organizada, actúe como dirección, que haya ni siquiera una presencia directa. Es importante su propia presencia y su propia acción, la que conmueve al resto de los trabajadores. En el caso de los docentes de la UBA, nuestra propia lucha no hubiera bastado para constituir el gremio y llevarlo a lo que es hoy, un gremio en serio, luchador, combativo, y que puede poner en su foja de servicios cosas como haber participado del Argentinazo. No podría haber hecho eso sin el movimiento piquetero. Entonces yo rescato, no tanto la dificultad de poner en marcha a los obreros ocupados, sino la potencia del movimiento piquetero para colocar dentro del movimiento obrero ocupado su propia política y arrastrar al conjunto de los compañeros. Como han dicho varios compañeros acá, yo tengo una enorme esperanza en ello porque lo he vivido, porque he vivido cómo esa potencia política se proyecta y genera efectos.

Oviedo: Si, también sobre el tema este. Yo quisiera hacer el siguiente señalamiento. La clase obrera en lucha en la Argentina se ha movilizado con el movimiento piquetero. Y se ha reconstruido como clase obrera en lucha alrededor del movimiento piquetero. Es decir, no hay ninguna lucha decisiva, central, clave, de la clase obrera argentina de los últimos 2 años, 3 años, que no haya estado ligada de una u otra manera al movimiento piquetero. Entonces, este es un punto esencial, porque nos está indicando cual es la vía para recomponer al movimiento obrero de conjunto en la Argentina. Es decir, cuál es la vía para recomponer a los sindicatos como organizaciones vivas. Una cosa que dijo la compañera es muy importante. Ella está en sanidad. West Ocampo está de por vida. Yo soy bancario. Zanola está hace 30 años, 25 años por lo menos, en el sindicato. Comparado con el movimiento piquetero, donde los compañeros que hoy están al frente son una

tercera generación de dirigentes piqueteros, o sea que ha habido una renovación constante y sistemática, muestra una cosa que es anquilosada frente a una cosa que está viva. Pero me importa señalar esto. El movimiento obrero se está reconstituyendo como tal alrededor del movimiento piquetero. Naturalmente, no es todavía la mayoría de la clase obrera, no es la mayoría de la clase obrera. Y hasta uno podría decir que es la minoría de la clase obrera la que está reconstituyéndose. Pero acá lo que importa es la dinámica, es decir: ¿hay otra vía para reconstituir a la clase obrera, a sus organizaciones, su lucha de conjunto, su lucha general, de ocupados y desocupados que no sea este movimiento piquetero? La experiencia muestra que no. La experiencia muestra que es alrededor de esto que la clase obrera se está reconstituyendo. ¿Y dónde todos estamos discutiendo que hay crisis de poder? Yo creo que el principal problema del poder en la Argentina es la conquista de los sindicatos. Es el principal problema del poder, la conquista de los sindicatos. Pero el movimiento piquetero ya conquistó los sindicatos. No de la nada. Va con la autoridad política que le confiere el hecho de haber construido una organización obrera que ha logrado agrupar al sector más golpeado por la crisis capitalista, al desocupado, a los desocupados, y que organizando a los desocupados y movilizando a los desocupados está reconstituyendo al movimiento sindical y ha logrado arrastrar consigo, es decir, con ella, con sus planteos, con sus movilizaciones, a sectores importantísimos de los explotados, las asambleas populares, el movimiento estudiantil. Entonces, a mí lo que me importa destacar es esto. No somos todavía la mayoría de la clase obrera. Pero sólo a través de esta vía, de la organización piquetera, el desarrollo de la organización piquetera como organización de ocupados y desocupados, podemos reconstruir a la clase obrera y reconstituir sus organizaciones.

Bitto: Nosotros tuvimos dos experiencia tremendamente emocionantes este año. Una fue con la comisión interna de *El Gráfico*, en la puerta de *El Gráfico*, donde 8 compañeros recepcionaron a más de 3.000 compañeros que fuimos a solidarizarnos y a apoyarlos en su lucha. Eso en los últimos tiempos, no lo ví nunca. Y la segunda vez fue en la puerta de Perfil con todos los compañeros que nos corrimos para ese lugar. Hablo de masas, no de 10

compañeros que se solidarizaron. La efectivización de esas cosas permanentemente también es parte de la reconstrucción de la solidaridad en el movimiento obrero.

Sartelli: Seguimos entonces con las preguntas. Acá estaba el compañero.

Asambleísta: Bueno, mi inquietud es, ante el proyecto político de un PT (Partido de los Trabajadores de Brasil), que me parece sumamente peligroso y viable. Me parece viable frente a las circunstancias actuales, al equilibrio, digamos, que hay. Porque podría llegar a tener, no se, alguna perspectiva de triunfo. Quisiera el comentario de ustedes.

Asambleísta: Qué tal, muy brevemente quería introducirme dentro de la discusión interna al Bloque Piquetero, porque la consigna de que se vayan todos es una consigna me imagino unificada, por un gobierno de los trabajadores. Pero, como bien acá se estaba discutiendo, el movimiento piquetero representa una fracción de la clase y el problema del poder, también implica el problema de cómo atraer a otras fracciones de clase y lo que se llama también la clase media. Y ahí es dónde las consignas empiezan a divergir. Una de las propuestas que impulsa el Polo Obrero es la consigna de Asamblea Constituyente. Sé que hay una discusión en ese sentido. Quería yo plantear esa discusión, pero además me gustaría saber cuál es la consigna o la propuesta que tienen las otras organizaciones en torno a ese sentido.

Sartelli: Bueno, si no hay ninguna pregunta más, empezamos la ronda de respuestas. Aquí le doy el micrófono a Néstor.

Pitrola: La Constituyente. Ya todos saben que planteamos la Constituyente, es decir, nosotros tenemos en este aspecto un planteo muy difundido, muy explicado, que es como consecuencia de un Argentinazo. No es una Constituyente que le reclamamos al poder político, sino la Constituyente que planteamos como consecuencia de una rebelión popular, convocada con el pueblo en la calle y que tenga un carácter de reorganizar la sociedad sobre nuevas bases sociales, económicas y políticas. En todo caso, las otras

organizaciones que expliquen lo suyo, porque vos mencionaste el planteo nuestro. El problema del PT, nosotros hemos llevado una batalla política en el congreso de la CTA. Y en realidad, más que el peligro del PT, tenemos el peligro del no PT, en nuestra visión, porque De Gennaro tiene una oposición a formar un partido de la clase obrera. Él fue celestino de la Alianza, que fue un frente político que inspiró la CTA, y lo inspiró De Gennaro en persona. Después han constituido el FRENAPO, y ahora han constituido el Movimiento Político Social, que no se sabe que tiene de diferente con el FRENAPO. Pero son todos movimientos de colaboración de clases. Nunca un partido de la clase obrera, delimitado como partido político de los trabajadores. Nosotros somos partidarios, y estamos construyendo un partido de la clase obrera, y somos partidarios de que esa clase obrera tenga su propio partido político, que refleje sus intereses, no sólo inmediatos sino históricos, en el sentido de luchar por un Estado de los trabajadores, por una sociedad sin clases. Entonces, más que el peligro del PT, tenemos el peligro del no PT. El reciente congreso de la CTA, contra la expectativa de muchos, dio por tierra con toda ilusión política de que De Gennaro se oriente a formar un PT en la Argentina. Sigue planteando frentes centroizquierdistas, de colaboración de clases, con fuerzas ajenas a la clase obrera. Así vemos el problema.

Bitto: Bueno, dos cosas. Respecto de la Asamblea Constituyente. Nuestra organización, el Movimiento Teresa Rodríguez, está en contra de cualquier Asamblea Constituyente. En primer lugar porque si bien en este momento la Asamblea Constituyente es la mayor democracia posible dentro del sistema burgués, dada la actual situación, para nosotros, revolucionaria, es retrotraer la lucha. Y además, fraternalmente, pensamos que es un traslado mecánico que habría que discutir. Tendríamos que tener una discusión con los compañeros, y no acá. Y ya la vamos a tener. O ya la tuvimos. Por otra parte, a nosotros nos parece que para la toma del poder por la clase trabajadora y el pueblo hace falta mucho más que una Asamblea Constituyente, la cual seguramente va a ser barrida con a tiros, por el ejército, por la gendarmería, por la policía, y no va durar ni 5 segundos. Por lo tanto, yo creo que lo hay que hacer es construir una organización política capaz de confrontar en todos los niveles. Pero ese es otro problema. Esa es la opinión

del Movimiento. Acá no hay condiciones subjetivas para la toma del poder, y la toma del poder no es un problema de muchos hombres todos juntos que un día toman la Casa de Gobierno, sino un camino, el cual se desarrolla a partir de la lucha constante y cotidiana y con la conciencia clara de que hay que destruir al Estado burgués, al Ejército, a la policía, a la gendarmería y a todo lo que se opone al poder de la clase trabajadora y el pueblo.

Kuperman: Si, un poco continuando lo que decía Antonio, que no quede piedra sobre piedra del Estado burgués. La Coordinadora de Unidad Barrial tampoco está de acuerdo con la Constituyente. Nosotros consideramos que por supuesto no lo vamos a discutir en este ámbito. Nosotros lo vamos a discutir fraternalmente con los compañeros que están en el Bloque. Pero nosotros vamos camino hacia la toma del poder, creemos en la insurrección, creemos en que los compañeros tienen que tener la organización de masas, y que la toma del poder se dará por otra vía, no por ninguna vía electoral, no creemos en las salidas electorales. Y creemos que las constituyentes han siempre dañado a la clase. Tenemos la última, por ejemplo, que le ha dado incluso el mandato a Menem para que continuara un par de años más. La Constituyente es solamente una herramienta más de la burguesía. Nosotros no estamos de acuerdo con ella. Creemos que el poder lo vamos a tomar por otro lado, creemos que vamos a organizarnos de otra manera. Y sabemos qué vamos a hacer, sabiendo y sólo siendo conscientes que el poder no lo vamos a tomar nosotros, hoy, es una cosa a largo plazo. Pero sí podemos hacer muchos Cordobazos todavía, podemos hacer muchos Porteñazos, camino a un gran Argentinazo. Y algún día flamearán las banderas y los puños en alto en todo el país.

Lista: Bueno, cuando empezó la CTD Aníbal Verón, hace cosa de 2 años atrás, y creo que también los compañeros del MTD, hoy no se plantea lo electoral. Nosotros, la CTD, no nos planteamos lo electoral. Y la Constituyente tampoco, porque ya vimos lo que fue en el '94, como hicieron la reforma constituyente para un sector de poder. Acá nosotros vemos cómo se puede construir el poder: se construye de a poco. No es solamente de un día para el otro, hace un rato lo dije. Es como comer el pan. ¿Cuándo se

come el pan? Cuando está hecho. Pero previamente para hacer el pan, para comer el pan, hay que sembrar, hay que cosechar el trigo, moler el trigo, y no solamente de la harina se hace el pan, porque hay otras cosas también, otros componentes para hacer el pan. La levadura, el agua, la sal. Una vez que vos tenés todos los elementos, hacés el pan y lo comés. Ese es el proceso de la revolución, ese es el cambio que tenemos que hacer. Y ese cambio se hace de abajo hacia arriba, con la gente. No los iluminados de una clase dirigente, sino con la gente, cuando la gente quiere hacer la transformación, cuando quiere hacer la revolución, hay que hacerla. Pero no cuando nosotros los dirigentes que decimos mañana la hacemos, y nos equivocamos también. El reformismo, lo que dice el PT, es un reformismo para cambiar un poco para no hacer cambiar nada. El reformismo siempre fue el contra-avance de las cosas, porque nunca llegó al fondo de las reformas, de los cambios. Reforma para no cambiar nada. Eso es el reformismo. Que hoy tenemos que ir planteando, de a poco, de que una vez por todas tiene que cambiar todo, sin reformismo. Cueste lo que cueste, y a eso se llega con el tiempo.

Sartelli: Seguimos el debate. Estaba Luis, después le paso a los compañeros.

Oviedo: Sobre el problema del PT. Es un problema político clave porque finalmente el problema de la estructuración política de la clase obrera está mucho más allá que el problema que planteó la compañera. Como problema político, tiene una envergadura todavía mayor del que planteó la compañera. ¿Cómo se estructura políticamente la clase obrera? Yo creo que el PT no sería un peligro, sería fantástico tener un PT, es decir, una organización independiente de la clase obrera en el terreno político. Pero lo que estoy seguro que no va a hacer De Gennaro es formar un PT. Él tiene la intención, que ha venido desarrollando desde la Alianza, el FRENAPO, etc., etc., de ser un movimiento político-social que no sea exclusivamente un movimiento de trabajadores. Que no reúna la clase obrera y, sobre todo, no va a ser un PT por el programa político de ese movimiento. No es un programa que plantea la reconstrucción de la sociedad argentina sobre nuevas bases, sino es un programa que plantea la redistribución de la

riqueza, la democratización, etc., etc., etc. Es decir, no plantea una salida obrera a la crisis argentina. En ese sentido, cualquier cosa que haga De Gennaro no va a ser un partido de los trabajadores. Yo comparto, sin embargo, en un punto, lo que dice el compañero sobre el peligro, porque un compañero que trabaja de periodista me comentó, en la etapa previa a las elecciones de Brasil, que López Murphy decía: "¡qué cagada que en la Argentina no haya un Partido de los Trabajadores como el de Lula!". ¿Por qué? Porque es un cuadro de contención política excepcional. El problema es que el partido de Lula llegó a lo que llegó después de una historia de 25 años. Y en el partido de Lula hubo tendencias que fueron echadas, que fueron expulsadas, de corte revolucionario. Y dentro de ese Partido de los Trabajadores se procesó una lucha política que dio como resultado el triunfo del ala derecha del partido, el creciente corrimiento a la derecha del partido, su dominación por una capa social ajena a la clase obrera, profesores universitarios, políticos profesionales, funcionarios del estado. Pero durante mucho tiempo el Partido de los Trabajadores fue una oposición en Brasil. De Gennaro ha sido virtualmente, toda su carrera, un oficialista. Apoyó el ascenso del menemismo, forjó la Alianza, apoyó hasta el último momento a la Alianza. No concurrió, como dijo Eduardo, a la movilización del 20 porque estaba en contra de la consigna que era "Fuera De la Rúa". Ellos decían nada más Fuera Cavallo. Entonces, De Gennaro no tiene las condiciones políticas. Pero el problema esencial es el siguiente. La lucha política que en Brasil se desarrolló entre las corrientes revolucionarias y las corrientes contrarrevolucionarias dentro del Partido de los Trabajadores, se dio en un cuadro político nacional e internacional determinado. Caída del Muro de Berlín, ofensiva ideológica de la burguesía en el plano internacional. Si acá se llega a formar un PT, y por eso no lo forman, el cuadro político de la lucha entre una izquierda revolucionaria y una centroizquierda dentro del PT es completamente diferente. Es el cuadro de una rebelión popular, es el cuadro de la consigna "Que se Vayan Todos", es el cuadro de un segundo Argentinazo. En ese cuadro, una lucha política entre la derecha o la centroizquierda y la izquierda puede dar un resultado completamente diferente. Y la evidencia de que podría dar un resultado completamente diferente es la marcha del 19 de la CTA y la marcha del 20 del Bloque Piquetero

y las organizaciones que convocaron junto al Bloque Piquetero. Por ese motivo, por la posibilidad de que el PT se convierta en una fuerza revolucionaria argentina, es que De Gennaro no va a convocar a la formación de un PT. Va a llamar a la formación de un frente con su amigo Carlos Heller del Credicoop. Va a llamar a la formación de un frente con la Carrió. Va a formar un frente con los enemigos de la lucha de la clase obrera y con los enemigos de la consigna "Que se Vayan Todos". Porque son aquellos que la movilización quiere que se vayan. Entonces por eso me parece que sería fantástico que en la Argentina haya un PT. Y posiblemente haya un PT en la Argentina, y seguramente lo va a haber, pero no va a ser el PT que va a convocar De Gennaro. El PT lo van a construir las organizaciones que los trabajadores desarrollaron con una política de independencia de clase.

Sartelli: Tengo dos compañeros de la mesa que quieren opinar y un compañero allá que pidió la palabra.

Bitto: Bueno, yo comparto, y antes no hablé del PT porque compartía lo que dijo el compañero Pitrola, y le decía que nos olvidábamos de algo. El compañero dijo unas cuántas cosas importantes. Pero hay una que a mí me parece que hay que decirla con todas las letras. Y es que el PT en Brasil fue un partido de los trabajadores, y degeneró en lo que es hoy. Los compañeros hoy de la CTA, la dirección de la CTA, que plantea este partido, está planteando el partido desde la degeneración, desde este PT brasileño actual, no desde un partido de los trabajadores. Esa es la cosa, que en todo caso redondea lo que decían los compañeros, y quería decirlo, porque no estaba dicho con todas las letras. Digamos, diciéndolo groseramente, empieza por el culo en vez de empezar por la cabeza. Y la otra cosa es que realmente ojalá acá pudiéramos hacer un partido obrero. No es que yo menosprecie a ninguno de los compañeros que tienen un partido político ni a mi misma organización que es política, si no que creo que todavía no está construido ese partido, pero vamos por el buen camino.

Lista: Yo lo que creo es que el PT que quiere crear De Gennaro es un poco fabricado y mandado del sistema. El sistema lo pone a De Gennaro como carismático, el obrero que se opone a todo,

pero negocia con todo. Y yo creo que ese es el prototipo de dirigente reformista que hay en este país. No es un revolucionario ni quiere cambiar tampoco nada.

Asambleísta: Si, bueno, nuestra asamblea es una de las que se ha referenciado en las sucesivas Asambleas de Trabajadores, prácticamente desde que estas empezaron. Participamos en la primera, que fue en el Teatro Colonial, ahí en Avellaneda. Volvimos a participar en la segunda y también participamos en la tercera. Yo creo que una de las cosas también que tuvo así de novedoso el acto del día 20 pasado, es que en un mismo palco y bajo una misma organización, en un acto político, distintas organizaciones expresaron sus diferencias políticas bajo un mismo techo. Yo creo que eso también es algo bastante novedoso, digamos, dentro del cuadro de la izquierda revolucionaria argentina. En ese sentido, el último punto del plan de lucha de la tercera ANT es la convocatoria a una cuarta ANT, que sería en febrero. Y bueno, yo miro ya con cierta preocupación presiones sobre la convocatoria de esa cuarta ANT. Yo creo que no habría que rifar este camino de lucha que inició el Bloque Piquetero a partir de la convocatoria a las sucesivas ANT, que nosotros creemos que es un camino correcto, y no queremos que se frustre por diferencias ideológicas o tácticas entre las corrientes que conforman el Bloque Piquetero. En ese sentido, yo quisiera pedir un compromiso por parte de los dirigentes piqueteros acá presentes, que conforman el Bloque, de que la convocatoria de la cuarta ANT está presente y se va a concretar.

Bitto: Sí, juro, ché.

Kuperman: Yo diría que va más allá del Bloque. Ya tendríamos que hablar de la Mesa Nacional, o sea de la Asamblea Nacional Piquetera, que esa es la Asamblea Nacional de Trabajadores Ocupados y Desocupados. Mirá, no sé si te dejará tranquilo, pero, somos diferentes fuerzas con matices quizás muy puntuales, pero hasta ahora, hasta este momento en que nos acabamos de encontrar, nos unen los acuerdos. Siempre profundizamos y tratamos de tener discusiones políticas con el tiempo que nos queda, tratamos de ir acordando en algo más. Pero nos unen los acuerdos.

Y esos acuerdos están y seguiremos adelante, porque no es un compromiso con la Asamblea, no es un compromiso, digamos, con nuestros propios compañeros, sino un compromiso real y concreto con la clase. Seguramente a medida que van avanzando las elecciones, a media que vaya avanzando el proceso electoral, seguiremos discutiendo. Y seguramente sobre esos acuerdos continuará lo que es este movimiento.

Pitrola: Bueno, yo empecé con ese compromiso. Dije, en mi intervención, que ahora se abría una etapa, y que tenía por eje el problema del cuarto congreso, el próximo congreso de febrero y que emerge de la Plaza el problema de una nueva dirección de los trabajadores, que está en la responsabilidad de los convocantes de la ANT. Pero lo lindo es que la impresión que tenemos, y esperamos no equivocarnos, es que después de los sucesos del 19 y 20 muchos que no vinieron a las otras y hasta que las boicotearon, creemos que van a estar en esta. Ya, por lo pronto, podemos anunciar esta participación del movimiento de empresas recuperadas, que son muchas fábricas en lucha, con sus distintas posiciones, matices, etc., pero que están en la lucha y que ya piden pista, lo cual es políticamente muy auspicioso del carácter que pueda tener de cara a todo el movimiento obrero y popular el próximo congreso. Que lo queremos... sí, pero sectores muy puntuales, no el conjunto del movimiento. Ahora vendría el conjunto del movimiento con sus diferentes matices. Con lo cual, bueno, estamos en eso, más que el compromiso, estamos ya discutiendo el carácter, la campaña política estos meses, la campaña reivindicativa, que tiene que hacer eje en el salario, los planes de lucha que van a preceder a esa asamblea. Porque el gobierno habla de veranito. Nosotros no le concedemos el veranito, pero si hubiera veranito, queremos el 100 por 100 de aumento de salarios. ¿Vos decías que hay veranito? Dupliquemos los salarios, porque así no se puede vivir, y el problema salarial estalla. Es decir, vamos a todo el planteo futuro de cara justamente al congreso. Para nosotros el problema del método de la Asamblea de Trabajadores es el método del congreso de base. Llegó para quedarse. Es decir, no es un compromiso de lo hacemos o no lo hacemos, es el compromiso de una estrategia política, que es más importante que el compromiso

de lo hacemos o no lo hacemos, que por otra parte, lo venimos cumpliendo.

Sartelli: Siguen abiertas las preguntas. Allá, el compañero.

Asambleísta: Casualmente ayer estábamos discutiendo con los compañeros de la asamblea qué es lo que tenemos que hacer las asambleas, para qué estamos acá, más allá de participar de la lucha junto al movimiento piquetero, los trabajadores ocupados, quién sea, todos los sectores en lucha con los cuales siempre estamos. Pero, el rol concreto de las asambleas en todo este proceso, ¿cuál es? Se había planteado, uno decía que por ejemplo que para llegar a la revolución no sólo los trabajadores desocupados junto a los ocupados se tiene que unir, sino que se tienen que incorporar los sectores medios de la sociedad, concretamente ¿no? Y por ahí las asambleas somos esa bisagra que hay entre la clase obrera y los sectores medios. Durante años y años hubo prejuicios entre estas dos clases sociales, que impedían esa unión y eses objetivos comunes, y creo que esos prejuicios se derrumbaron en gran proporción a partir del 19 y 20 del 2001. Bueno, que hay ejemplos concretos de los sectores: las señoras de Barrio Norte que bajan y le dan de comer a los cartoneros, nosotros mismos les dimos de comer a los piqueteros que venían caminando. El tema de la comida del otro día, más allá de que no es indispensable esa comida para que esos compañeros que venían del sur lleguen hasta Plaza de Mayo, era un hecho simbólico en el cual nosotros queríamos que le barrio se dé cuenta que tenemos objetivos en común y tenemos cosas que hacer en común, y que nos une un mismo objetivo. Quería preguntarles concretamente a los compañeros del movimiento piquetero si ellos más o menos tienen alguna función concreta para nosotros y cómo podemos intervenir de aquí en adelante para eso. Si estamos haciendo lo correcto. Si la comida era rica también dice... (risas)

Lista: Yo creo que toda organización cumple una función. Nosotros hacemos una parte y ustedes hacen otra parte. Y con eso se va armando el rompecabezas de esta transformación que tenemos que dar en el país. Yo veo que muchas veces las asambleas bajan los brazos porque son pocos. Empezaron con mucha gente

y ahora son pocos. Pero no hay que bajar los brazos, compañeros. Las cosas grandes se empiezan con cosas chicas, y ahí se va viendo la participación de la gente. Hoy se sumarán dos, mañana tres, pero es un camino largo, compañeros. No hay que perder las esperanzas de que ustedes también son parte y tienen una parte muy importante de esta tarea que hay que hacer en este país.

Kuperman: Sí, en referencia a los que decía acá el compañero Lista, nosotros desde la C.U.Ba., tomamos las palabras siempre dichas por Hebe de Bonafini, y las llevamos muy presentes con nosotros. La vieja dice: preferimos ser pocas y pedir mucho y no ser muchas y no pedir nada.

Bitto: Bueno, compañeros. Yo, personalmente, le tengo un tremendo respeto a las asambleas populares. A mí me parece que es un ámbito de doble poder, que tiene que darse sus propias formas organizativas y de lucha, y donde la participación nuestra es una participación de enlace y de coordinación. Podemos juntos hacer muchas cosas, pero meternos en sus formas organizativas, en sus formas de discusión, en su forma de organización, no me parece que sea función nuestra. Sí la de coordinar, si la de llevar adelante la lucha juntos, sí la de, junto a la clase obrera, ustedes y todas las organismos de doble poder sumarlos, todo eso sí lo podemos hacer. Pero sus formas organizativas, sus formas de discusión, es algo en lo que nosotros sólo podemos ponernos a disposición, otra cosa es muy difícil.

Pitrola: Miren, compañeros. Nosotros tenemos una valoración altísima del movimiento de las asambleas populares. Altísima. Son varios miles de activistas que se reúnen en todo el país. La otra vez se publicó que hay, en este momento, vigentes 272 asambleas populares en todo el país. Aunque se reúnan 30 activistas por cada uno, es todo un activismo que discute, lucha, se organiza y lo que tenemos muy claro, es que mientras algunos pensaron que era un sarampión post rebelión del 19 y 20 pasado, es un fenómeno político que ha venido para quedarse, de organización. Y también han derrotado, en nuestra apreciación, todo el intento de absorberlos por parte del Estado como organizaciones de la democracia participativa, de los CGP y todo esto. Del mismo

modo que tratan de asimilar a las organizaciones piqueteras, nos convocó Duhalde para eso, para ser las ONG de la ayuda social del gobierno que nos caga de hambre y que nos deja sin trabajo. Ustedes están superando ese problema político como organizaciones de lucha y en ese aspecto, como organizaciones de lucha por el poder político, que es el mismo problema que nos planteamos nosotros, y lo planteamos para el conjunto de la clase obrera. De manera que no es una recomendación, estamos muy lejos se eso. Tenemos esta apreciación del camino ya recorrido por el movimiento asambleario. Y nos parece que, bueno, es una conquista, sí, de la Asamblea de Trabajadores, que es tal vez el ámbito más convocante de todas las asambleas populares, más que ellas mismas. Lo cual tiene de sano que es la clase obrera en lucha la que más convoca a las otras organizaciones de lucha. Y eso mientras ocurra, no está mal. Y vamos a seguir tratando de viabilizarlo. Este es nuestro punto de vista.

Asambleísta: Una pregunta puntual, especialmente al compañero del MTR. No con un tono negativo, pero como salió en la prensa me gustaría una aclaración, no voy a dar mi posición, si es necesario luego sí. Salió en la prensa, creo que hace un mes o un poco más, que el MTR y no sé si otras organizaciones, tenía relación con el Banco Mundial. Que están pidiendo apoyo y ayuda al Banco Mundial. Yo quisiera saber si tuvieron que ver con esto.

Bitto: Nosotros no le pedimos apoyo ni ayuda al Banco Mundial. Nosotros hicimos una movilización de 1.000 compañeros frente a la puerta del Banco Internacional de Desarrollo, porque teníamos un conflicto con la curia. Y ahí conseguimos una reunión que nos dieron con los dirigentes del Banco Mundial, y la tuvimos. Y tuvimos una discusión política, donde, fundamentalmente, les dijimos que eran los responsables de todo lo que pasaba en la Argentina, pero que de todas maneras nos sentábamos a discutir y ver que podíamos resolver. Lo haremos siempre, con Duhalde, con el Fondo Monetario Internacional o con quien sea. Si hablamos con el poder de acá mucho más vamos a hablar con el poder internacional. No tenemos ningún inconveniente en hacerlo.

Asambleísta: Quería hacer una pregunta. ¿Qué es lo que está evitando tal vez en estos momentos, que desgraciadamente, de todo lo que está sucediendo, no termine, no haya una movida finalmente violenta? Violenta con el significado que significa la palabra violenta. Al fin y al cabo estos hijos de puta nos están cagando la vida, están haciendo que todos nuestros hijos, los hijos de la Argentina, se estén muriendo. Están haciendo de que nuestros viejos no tengan futuro, no tengan su plata, por la que trabajaron. Están haciendo que la gente en este tremendo país se muera de hambre. Hoy vamos a terminar y nos vamos cada cual a sus casas y mientras un grupo de medios estúpidos tratan de mostrarnos la miseria que hay, porque ahora descubrieron que hay desnutrición en el país, porque en un par de provincias hay desnutrición. Y nosotros nos vamos a dormir a casa y en la otra cuadra, en la otra cuadra, en las narices de ellos hay docenas de personas grandes, que no tienen un futuro, que solamente se acercan ahí a a descansar y a esperar su muerte, su final. O sea, en otro momento la gente salió de otra forma más fuerte a la calle. Tratamos de adaptarnos ya a sus reglas y de jugar con sus reglas, pero estos las cambian, todo el tiempo. ¿Qué es lo que hace que la gente definitivamente de una buena vez no salga finalmente a la calle y los cuelgue? Los cuelgue, así, porque no hay mucha vuelta.

Lista: Yo creo que tu pregunta es muy profunda y yo creo que para eso hay que organizarse. No se puede salir por salir, que uno quisiera salir, pero... bueno eso será con la gente, con el pueblo, lo que estamos haciendo todos, tanto los piqueteros como ustedes, ee ir organizando. La paciencia tiene un límite, que no nos llegue a esa paciencia todavía pero sin organizarnos. Si estamos organizados podemos dar buenos resultados, pero de esta forma, así desorganizados todavía, no nos creamos que porque llenamos la plaza ya está todo hecho. Aún faltan muchas cosas por hacer. Hay que organizar, la gente tiene que estar en los barrios. ¿Cuántos desocupados organizados hay? Hay 200.000 a lo sumo en todo el país, y hay 3 millones de desocupados. ¿A dónde están los otros 2 millones 700 mil? ¿A dónde están que no salen? De a poco. Nosotros, la mayoría empezamos con poco, y ahora somos una fuerza. Pero eso es con el tiempo. No creo

que pase mucho tiempo, por la situación económica del país... Vemos que los viejos cuando van a los hospitales le dan una receta y se mueren en la esquina porque no tienen para comprar. Y así, como todo eso, los chicos no tienen para comer. Caminamos de acá hasta Plaza de Mayo y vemos todos los zaguanes. Están llenos de gente que están viviendo en la calle. Ya lo vamos a resolver. Pero para eso hay que organizarse, compañeros, porque una vez que uno sale no tiene retroceso.

Vitto: Sí, nosotros nos sentimos totalmente reflejados en lo que dijo el compañero. No tenemos nada que agregar.

Sartelli: Bueno, si no hay nada que agregar y si no hay más preguntas, por mi parte agradezco a la Asamblea de Congreso la posibilidad de este ciclo de charlas que ha terminado, a mi juicio, de una manera excelente. Le doy el micrófono a César para el cierre.

César (Asamblea de Congreso): Bueno, tenemos que despedirnos pero no antes de agradecerles a todos los compañeros del movimiento piquetero, a los cuales hemos acudido en varias oportunidades y siempre hemos sido recibidos con el abrazo fraterno y las puertas abiertas. Y de los cuales esperamos seguir teniendo abierta esa puerta y ese abrazo para el futuro, en forma recíproca, tanto de ustedes hacia nosotros como de nosotros hacia ustedes. Muchas gracias, y pido un aplauso por favor para todos. Muchas gracias a todos. Y hago extensivo mi agradecimiento a todos los que participaron y participan de todas las actividades de la asamblea. Buenas noches. (Aplausos).

Ediciones ryr

Desocupados en la ruta.Dibujos con programa, Nancy Sartelli

La Herencia, Rosana López Rodriguez

Contra la cultura del trabajo, Eduardo Sartelli (comp.)

La plaza es nuestra, Eduardo Sartelli

Lucha de calles. Lucha de clases, Beba Balvé, et al

El ´69, Beba Balvé, Beatríz Balvé

Del taller a la fábrica, Marina Kabat

La cajita infeliz, Eduardo Sartelli

La Contra, Fabián Harari

Entre tupas y perros, Daniel De Santis

Lecciones de batalla, Gregorio Flores

Historia del trotskismo en Argentina y Latinoamérica, Osvaldo Coggiola

Valor, acumulación y crisis, Anwar Shaikh

Lenin, Georg Lukács

Bolivia: la revolución derrotada, Liborio Justo

Se terminó de imprimir en mayo de 2007, en Pavón 1625, C.P. 1870,
Avellaneda, provincia de Buenos Aires, Argentina, mil ejemplares.